

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



HOMENAJE A NICOLÁS QUINTANA

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

La poesía de Luis Rogelio Noguera

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ

Viejas tesis sobre el cuento

ELIZABETH BURGOS

Sobre «Dulces guerreros cubanos»

**DOSSIER LITERATURA
CUBANA EN MIAMI**

otoño del 2000

18

1.000 ptas.
6,01 euros

REVISTA
encuentro
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR

Jesús Díaz

REDACCIÓN

Manuel Díaz Martínez

Carlos Espinosa

Luis Manuel García

Mary Montes

Iván de la Nuez

Marifeli Pérez-Stable

Rafael Rojas

Rafael Zequeira

EDITA

ASOCIACIÓN ENCUENTRO

DE LA CULTURA CUBANA

c/ Infanta Mercedes 43, 1º A

28020 • Madrid

Tel.: 91 425 04 04 • Fax: 91 571 73 16

E-mail: asociacion@encuentro.net

COLABORADORES

Eliseo Alberto • Ramón Alejandro • Carlos Alfonso † •
Rafael Almanza • Eliseo Altunaga • Alejandro Anreus •
Uva de Aragón • Helena Araujo • Emilio de Armas •
Jorge Luis Arcos • Guillermo Avello • Gastón Baquero † •
Carlos Barbáchano • Jesús J. Barquet • Víctor Batista •
José Bedía • Francisco Bedoya • Antonio Benítez Rojo •
Beatriz Bernal • Velia Cecilia Bobes • Elizabeth Burgos •
Atilio Caballero • Madeline Cámara • Wilfredo Cancio •
Esteban Luis Cárdenas • Mons. Carlos Manuel de Céspedes •
Félix Cruz-Alvarez • Luis Cruz Azaceta • Ángel Cuadra •
Daina Chaviano • Cristóbal Díaz Ayala • Carlos A. Díaz Barrios •
Néstor Díaz de Villegas • Eliseo Diego † • Josefina de Diego •
Benigno Dou • Vicente Echerrí • Oscar Espinosa Chepe •
Magaly Espinosa • María Elena Espinosa • Abilio Estévez •
Otmár Ette • Tony Évora • Mauricio Fernández •
Miguel Fernández • Gerardo Fernández Fe • Jorge Ferrer •
Eugenio Florit † • Rafael Fornés • Alejandro de la Fuente •
Flavio Garcandía • Alberto Garrandés • Florencio Gelabert •
Lourdes Gil • Luis Marcelino Gómez • Roberto González
Echevarría • Orlando González Esteva • Luis Goytisolo •
Germán Guerra • Mariela A. Gutiérrez • Pedro Juan Gutiérrez •
Liliane Hasson • Ernesto Hernández Busto • Ariel Hidalgo •
Emilio Ichikawa • José Kozér • Alberto Lauro • Glenda León •
Ivette Leyva Martínez • Félix Lizarraga • Jorge L. Llópiz •
César López • Margarita López Bonilla • Eduardo Manet •
Rodolfo Martínez Sotomayor • Ronaldo Menéndez Plasencia •
Carmelo Mesa-Lago • Julio E. Miranda † •
Carlos Alberto Montaner • María Montes • Gerardo Mosquera •
Joaquín Ordoqui • Antonio Orlando • Lisandro Otero •
Mario Parajón • Enrique Patterson • Luis de la Paz •
Lisandro Pérez • Marta María Pérez Bravo • Gustavo Pérez Firmat •
Juana Rosa Pita • Antonio José Ponte • Ricardo Porro •
Éna Lucía Portela • E.J. Préstamo • José Prats Sariol •
Nicolás Quintana • Tania Quintero • Sandra Ramos •
Alberto Recarte • Andrés Reynaldo • Alejandro Ríos •
Miguel Rivero • Raúl Rivero • Guillermo Rodríguez Rivera •
Efraín Rodríguez Santana • Teresa M. Rojas • Orlando Rossardi •
Bartuj Salinas • Miguel Ángel Sánchez • Manuel Santayana •
Enrico Mario Santi • Fidel Sendagorta • Ignacio Sotelo •
Ilán Stavans • Osbel Suárez • Lourdes Tomás • Roberto Uría •
Amir Valle • Jorge Valls • René Vázquez Díaz • Carlos Victoria •
Fernando Villaverde • Alan West • Yoss (José Miguel Sánchez) •
Gladys Zaldivar

18

otoño del 2000

NUEVA PUBLICACIÓN • 3

INTRODUCCIÓN
Jesús Díaz • 7

■ **Homenaje a Nicolás Quintana** ■

CUBA EN SU ARQUITECTURA Y URBANISMO

Nicolás Quintana • 9

Carta de Walter Gropius • 12

«EL GRAN BURGUÉS»

Rafael Fornés / Nicolás Quintana • 23

NICOLÁS Y LA TRINIDAD

Ricardo Porro • 49

NICOLÁS QUINTANA Y SU GENERACIÓN DEL 50

Carlos Alberto Montaner • 53

NICOLÁS QUINTANA, ARQUITECTO

Felipe J. Préstamo • 56

■ ■ ■

LOS SONIDOS DEL SPANGLISH / Ilán Stavans • 59

LAS AMISTADES PELIGROSAS / Velia Cecilia Bobes • 65

■ **DOSSIER MIAMI** ■

■ **La mirada del otro** ■

LA CUBA DE ENFRENTÉ

Luis Goytisolo • 71

■ ■ ■

EL ROSTRO OCULTO DE MIAMI / Uva de Aragón • 76

UNA INCOLORA RESPUESTA / Lourdes Tomás • 82

LIBERADO DE MIEDOS Y ODIOS / Ramón Alejandro • 88

■ **Narrativa** ■

91

■ **En proceso** ■

VISITACIÓN IX

Carlos A. Díaz Barrios • 121

■ **Poesía** ■

125

■ ■ ■

UNA FERIA SIN VANIDADES / Alejandro Ríos • 151

REVISTAS LITERARIAS: DESAFIANDO LOS RIGORES
DEL PÁRAMO / Ivette Leyva Martínez • 155



■ Más sobre LASA ■

ENTREVISTA CON AURELIO ALONSO
José León Díaz • 164

CARTA ABIERTA A AURELIO ALONSO
Jesús Díaz • 166

■ Textual ■

LA REVISTA «ENCUENTRO», OTRA HAZAÑA CUBANA
Ignacio Sotelo • 169



LA REVOLUCIÓN INCONCLUSA / Ariel Hidalgo • 172

CUBA: APERTURA HACIA EL EXTERIOR, BLOQUEO INTERNO
Oscar Espinosa Chepe • 180

■ Miradas polémicas ■

FINAL DE UNA POLÉMICA • 185

CARTA / Lisandro Otero • 186

RESPUESTA / Jesús Díaz • 187

RÉPLICA / Lisandro Otero • 189

DÚPLICA / Enrico Mario Santí • 195

SEÑORES DE LA GUERRA / Elizabeth Burgos • 197



VIEJAS TESIS SOBRE EL CUENTO
Pedro Juan Gutiérrez • 211

EL GALLO DE DIÓGENES / Ronaldo Menéndez • 215

LA POESÍA DE LUIS ROGELIO NOGUERAS
Guillermo Rodríguez Rivera • 223

■ Buena Letra ■

234

■ Cartas a Encuentro ■

263

■ La Isla en peso ■

269

DISEÑO GRÁFICO

Carlos Caso

MAQUETACIÓN

KSO comunicación

IMPRESIÓN

Navagraf, S.A., Madrid

Ejemplar: 1.000 ptas. / 6,01 euros

Ejemplar doble: 2.000 ptas. / 12,02 euros

Precio de suscripción (4 núm.):

España: 4.000 ptas. / 24,04 euros

Europa y África: 6.650 ptas. / 39,97 euros

América, Asia y Oceanía:

7.900 ptas. / \$ 55,00 / 47,48 euros

No se aceptan

domiciliaciones bancarias.

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA
publicación trimestral independiente
que no representa ni está vinculada a
ningún partido u organización política
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son
responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo
indicación contraria.

No se devolverán los artículos que no
hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996

ISSN: 1136-6389

Portada, contraportada e interior,
Nicolás Quintana

Contraportada
Residencia (interior)
de Mardonio Santiago.

Reparto Biltmore, Mariano (1956)

Portada
Vivienda para las Bahamas.
(1967)



Nueva publicación

Encuentro en la red

(Diario independiente de cultura cubana)

WWW.
cubaencuentro.com

A partir del lunes 4 de diciembre de 2000 la *Asociación Encuentro de la cultura cubana*, editora de esta revista, inaugurará el espacio digital *cubaencuentro.com*. En este marco iniciaremos la publicación de *Encuentro en la red (Diario independiente de cultura cubana)*, que aparecerá en internet cada día, de lunes a viernes.

Encuentro en la red (www.cubaencuentro.com), se propone desarrollar un nuevo polo cotidiano de información y opinión sobre asuntos cubanos con tres objetivos principales. Ofrecer una alternativa a la falta de libertad de prensa existente en Cuba. Contribuir a prefigurar un futuro democrático para la isla. Y servir como punto de encuentro entre los cubanos, tanto los que viven dentro como los que están dispersos por el mundo.

Encuentro en la red (www.cubaencuentro.com) tendrá el siguiente equipo de redacción:

Director: Jesús Díaz
Director de tecnología: Manuel Desdín
Director artístico: Carlos Caso
Jefa de diseño: Ana Fuentes
Jefe de Redacción: Pablo Díaz Espí
Redactora: Karelía Vázquez
Coordinador de chats: Luis Manuel García

Encuentro en la red (www.cubaencuentro.com) constará de las siguientes secciones:

Lunes

RITMO (música, con la colaboración de Tony Évora y Joaquín Ordoqui, ambos residentes en Madrid; y el apoyo de Cristóbal Díaz Ayala, Puerto Rico).

LA CHISTERA (humor, con la colaboración de Ramón Fernández Larrea, Barcelona; José Varela, Miami; y Omar Santana, Santa Cruz de Tenerife).

Martes

MERIDIANO (política internacional, a cargo de Miguel Rivero, Lisboa; con la colaboración de Manuel Díaz Martínez, Las Palmas de Gran Canaria).

PUNTO DE ENCUENTRO (chat con un invitado especial, a cargo de Luis Manuel García, Sevilla).

Miércoles

DEPORTES (a cargo de Jorge Morejón, Miami; y Pablo Díaz Espí, Madrid).

ESPEJO (arte y literatura, a cargo de Carlos Espinosa, Miami; y Pablo Díaz Espí, Madrid; incluirá la sección «**La linterna**» a cargo de Iván de la Nuez, Barcelona).

Jueves

EN MIAMI (el pulso del Miami cubano en la semana, a cargo de Ivette Leyva y Emilio Ichikawa, Miami, con la colaboración de José Varela, Miami).

Viernes

EN CUBA (el pulso de la isla en la semana, a cargo de Luis Manuel García, Sevilla, y Raúl Rivero, La Habana; una vez al mes se incluirá «**El proceso**», sobre la situación de los derechos humanos en Cuba, a cargo de Gisela Hidalgo, Miami).

Encuentro en la red (www.cubaencuentro.com), publicará además:

HUMOR (caricatura diaria a cargo de Omar Santana).

LA MIRADA (artículo de opinión a cargo de los colaboradores de la revista *Encuentro de la cultura cubana*).

DESDE... (la ciudad donde resida el colaborador).

EN LA PRENSA (lo publicado sobre Cuba en la prensa internacional).

COMER CRIOLLO (receta de cocina a cargo de Pantagruel).

CHISTÓPOLIS (chiste enviado por nuestros lectores).

CARTAS AL DIRECTOR (enviadas por nuestros lectores).

CHATS DIARIOS (con la participación espontánea de nuestros lectores).

También iremos incorporando progresivamente los números de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, hasta ofrecer a nuestros visitantes tanto la colección completa como un índice de contenidos de la misma.

Encuentro en la red (www.cubaencuentro.com) es un proyecto ambicioso y arriesgado, que no podemos llevar a cabo sin el concurso de todos nuestros colaboradores, suscriptores y amigos. De entre las varias maneras posibles de cooperar con esta nueva publicación enumeramos tres: escribir para cualquiera de sus secciones, cuyos formatos son flexibles; visitar día a día nuestro espacio a partir del lunes 4 de diciembre; y dar a conocer nuestra existencia y dirección electrónica.

Saldremos a la red con la vocación de prefigurar la existencia de una Cuba democrática y la convicción de que sólo podremos afianzarnos con el apoyo de ustedes, nuestros lectores, quienes contra todo pronóstico han hecho posible la existencia de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, que con este número alcanza su cuarto año y medio de vida y continúa hacia delante con más entusiasmo y más apoyos que nunca.



Introducción

JESÚS DÍAZ

En esta entrega incluimos un dossier dedicado a la literatura cubana contemporánea en Miami, y consagramos nuestro homenaje al gran arquitecto y urbanista Nicolás Quintana, residente en dicha ciudad. Con ello intentamos continuar cumpliendo el objetivo que da nombre y razón de ser a nuestra revista, propiciar el Encuentro de la cultura cubana.

En la preparación de este dossier ha jugado un papel principal el ensayista y crítico Carlos Espinosa, colaborador de *Encuentro* desde sus primeros números, que a partir de esta entrega se integra formalmente a nuestra redacción. También pasa a formar parte de la misma la estudiosa y crítica de literatura Mary Montes, en la que *Encuentro* siempre ha tenido colaboración y apoyo.

El Miami cubano ha sido demonizado hasta el extremo de que en muchos sectores de Cuba, América Latina, Europa e incluso de Estados Unidos, la simple mención de su nombre se asocia automática y exclusivamente a las mafias, la intolerancia, el odio y la sed de venganza con respecto a Cuba.

Lo cierto es, sin embargo, que el Miami cubano constituye la comunidad exiliada más exitosa de la historia contemporánea, que lo que en 1959 era apenas un pobladón adormecido se ha convertido en la ciudad más fulgurante del Atlántico norteamericano después de Nueva York, y que esa hazaña fue posible en primer lugar gracias al trabajo, a la iniciativa y a la capacidad de superación de los cubanos.

Lo cierto es, también, que nuestros compatriotas de Miami no han renunciado jamás al orgullo y a la pasión por su cultura, y que el primer rubro de ingresos de Cuba en divisas está constituido por las remesas que envían los exiliados a sus familias, prueba de amor y de responsabilidad donde las haya.

Lo cierto es, por último, que en un futuro democrático de economía abierta Cuba no podrá darse el lujo de prescindir del capital y la experiencia acumulados por los hermanos de Miami, y que éstos, a su vez, requerirán de la Isla como del aire para seguir desarrollando libremente su identidad.

Las afirmaciones anteriores no pretenden negar la existencia de un cúmulo de incomprensiones, miedos y prejuicios mutuos entre Cuba y el Miami cubano. Ese muro existe, es alimentado permanentemente desde el gobierno de la isla, que utiliza el «miedo a Miami» como un espantajo, y retroalimentado por los sectores más intolerantes del exilio, que suelen calificar a quienes viven en Cuba como cómplices de la dictadura, haciendo con ello el juego al dictador.

El futuro de la isla depende en gran medida de que los cubanos seamos capaces de derribar ese muro de miedo, odio, prejuicio e intolerancia con

una arrasadora corriente de amor. En esa dirección se mueve la literatura escrita por nuestros compatriotas en Miami, como podrán comprobar los lectores en la muestra que finalmente cupo en la páginas de *Encuentro*. En efecto, recibimos muchos más textos de los que pudimos publicar, y de antemano pedimos excusas a los autores a quienes por falta de espacio no nos fue posible incluir. Queremos subrayar, por otra parte, que el dossier se ocupa sólo de literatura, razón por la que no están presentes otras importantes actividades culturales del Miami cubano, como el magnífico Festival de Cine, la creciente actividad teatral, y el vitalísimo universo de la música y de las artes plásticas.

Juan Pablo II, en su visita a la isla, pidió «Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba»; Juan Carlos I, rey de España, fue todavía más lejos al decir «Que Cuba se abra a Cuba». Es en esa apertura de la nación a sus ciudadanos donde reside la única oportunidad de resolver la crisis que nos paraliza, nos entristece y nos agobia. A nuestro juicio, el Miami cubano es parte indisoluble de Cuba y debe seguir abriéndose a ella cada vez más y más generosamente, para que cada uno propicie así, «liberado de miedos y odios», como escribe Ramón Alejandro en la estremecedora carta que publicamos, el futuro democrático y pacífico de donde nacerán el reencuentro, el bienestar y la alegría.

Cuba en su arquitectura y urbanismo

*El mundo será cambiado,
si puede serlo, solo por
los que no se someten.*

ANDRÉ GIDE¹

Nicolás Quintana

INTRODUCCIÓN

Hace años que llevo dentro la necesidad de contar la historia de mi experiencia personal, como miembro de la llamada «Generación del 50», durante el proceso de búsqueda y desarrollo de la modernidad en la arquitectura cubana.

Transcurre dicha historia desde 1944, fecha en que comienzo mis estudios en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana, hasta 1960, cuando ocurre mi salida de Cuba. Narra las diferentes lecturas, encuentros con personalidades, investigaciones y estudios que influyeron notablemente en mí, ayudándome a estructurar una filosofía básica y un modo de interpretar la arquitectura.

La visita a Cuba del arquitecto Richard Neutra, en 1944, y su reunión con miembros de la generación inmediatamente anterior a la nuestra, así como el evento de la Quema de los Viñola por los estudiantes en la Escuela de Arquitectura, en 1947, y la visita de Walter Gropius, en 1949, fueron hitos en la definición del mejor camino a tomar en la arquitectura contemporánea nuestra.

Como movimiento arquitectónico en Cuba, culmina el proceso de desarrollo de la modernidad a fines de la década

¹ The Journals of André Gide, Vol. 2 - Vintage Books, N.Y., 1948.

de los 50, al lograrse una manera de hacer arquitectura, mostrada en una gran variedad de ejemplos. En mi opinión el movimiento concluye como tal, en 1965, con los proyectos de las Escuelas de Arte de Ricardo Porro, Vittorio Garatti y Roberto Gottardi, para dar paso a una etapa basada en el abandono de la conceptualización de la arquitectura como un evento constructivo socio-estético.

A la fecha de redacción de este documento la situación de la producción arquitectónica en Cuba es crítica, pues ha sido entregada a empresas inversionistas extranjeras las cuales, a su vez, han contratado arquitectos —también extranjeros— de hiriente mediocridad. Lo ocurrido en Varadero y otros sitios es el resultado lógico, destructivo del medio ambiente, de esa actitud de «dejar hacer», sin prever las irremediables consecuencias de esa entrega sin control contextual y estético, que ignora el talento nacional y pone en manos ajenas, evidentemente incapacitadas e irresponsables, lo que con el tiempo constituirá el patrimonio arquitectónico del futuro. Desde 1965 solo un número limitado de obras individuales, todas realizadas por arquitectos cubanos o residentes, alcanzan el nivel estético-utilitario propio de la arquitectura.

Estoy seguro de que en la mente de los arquitectos cubanos creativos, radicados en la Isla, coexisten tres pensamientos básicos: 1^{ro}. La certeza del error cometido; 2^{do}. El deseo y la capacidad de corregirlo; 3^{ro}. La ansiedad de tener la oportunidad de guiar, de nuevo, la arquitectura cubana en la dirección adecuada.

LA HISTORIA

«A los cubanos se nos reprocha la maldita manía de pensar», decía el sabio Fernando Ortiz². Con relación a esta cita de ese gran maestro y amigo que fue Don Fernando, recuerdo claramente cuando circuló por las aulas de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana, cursando la segunda mitad de los años 40, un libro del escritor Paul Valéry titulado: *Eupalinos o el Arquitecto*³. Dicho libro provocó una auténtica explosión cultural, en medio del descontento imperante entre los estudiantes y los arquitectos jóvenes, debido a la falta de orientación contemporánea de que adolecía, en general, la arquitectura cubana y su enseñanza.

Tres pensamientos del libro de Valéry nos impactaron especialmente, pues indicaban la manera de proceder para transitar de nuevo los caminos contemporáneos de la profesión. Valéry nos decía, por boca de Fedro: «... detenerse, partir de nuevo: eso es pensar». Luego, por boca de Sócrates, decía: «... la mayor libertad nace del mayor rigor». Finalmente, narraba cómo Eupalinos le dice a Fedro: «... dime, pues tan sensible eres a los efectos de la arquitectura, si

² Fernando Ortiz, «Urgencias Culturales de Cuba», *Revista Bimestre Cubana* - Vol. LXX, La Habana, 1955.

³ Paul Valéry, *Eupalinos o el Arquitecto*, Editorial Losada, S.A., Buenos Aires, 1944.

has observado en tus paseos por esta ciudad, que entre los edificios que la pueblan, unos mudos son, otros hablan y algunos, en fin, los más raros, cantan».

Nos dimos cuenta de que, antes de lanzarnos en una copia estéril del modernismo internacional, teníamos que detenernos y pensar sobre lo nuestro. Debíamos comenzar una investigación histórica de nuestra arquitectura y realizar una búsqueda rigurosa de lo esencial y perenne contenido en ella, que nos fuera útil contemporáneamente. Luego, basados en los resultados de dicha búsqueda, había que desarrollar una visión creativa que hiciera a nuestros espacios públicos y nuestros edificios «cantar». Esta actividad se realizó, con una máxima intensidad, desde la primera mitad de los años 40 y a todo lo largo de los 50.

Fue un momento histórico en la arquitectura cubana... una situación de cambio, la evolución de un eclecticismo de alta calidad, pero fuera de época, a un modernismo de avanzada, con un alto contenido creativo y un carácter regional, expresivo de una cubanía de profunda raíz.

Ejercieron también, por aquella época, una notable influencia en Cuba las visitas de los arquitectos de fama internacional: Richard Neutra, Walter Gropius, José Luis Sert y Franco Albini. En mi caso particular Gropius y, más tarde, José Luis Sert fueron mis guías seminales.

Conocí a Walter Gropius durante su visita a La Habana en 1949. Allí me reveló la importancia del balance ecológico como consideración esencial de la visión arquitectónica y urbanística. Además me inició en el recorrido de la más acuciosa exploración plástica. En ambas instancias el gran maestro del modernismo aseguró mi continuado interés al recomendarme, posteriormente, la lectura de tres libros: *Camino de la Supervivencia* de William Vogt⁴, *El Camino más allá del Arte* de Alexander Dorner⁵ y *Espacio, Tiempo y Arquitectura* de Sigfried Giedion⁶.

Mi íntima relación con José Luis Sert comienza en el Congreso CIAM de 1953, celebrado en Aix en Provence⁷. Desde entonces fue un gran amigo y consejero. Juntos visitamos Marsella, Barcelona, Palma de Mallorca, Roma, Venecia, Dubrovnik y Boston. Me llevó a conocer creadores de la talla de Le Corbusier, Picasso, Miró, Calder, Artigas y Leger. En Cuba, trabajamos juntos el Plan Piloto de Varadero. Su participación en el Plan de Trinidad fue limitada a consultas y revisiones al trabajo que realizábamos localmente. Sert estimaba

⁴ William Vogt, *Road to Survival*, William Sloane Assoc. Inc., N.Y., 1948.

⁵ Alexander Dorner, *The Way Beyond Art*, Wittenborn, Schultz, Inc., N. Y., 1949.

⁶ Sigfried Giedion, *Space, Time and Architecture*, Harvard University Press, Boston, 1949.

⁷ NOTA: CIAM son las siglas del Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, una organización integrada por grupos nacionales que se reunía cada tres años. En los Congresos se tenía la oportunidad de alternar con los mejores arquitectos del mundo. Su presidente, en los años 50, fue José Luis Sert. Cuba estaba representada por un grupo cuyas siglas eran ATEC (Agrupación Tectónica de Estudios Contemporáneos). Nicolás Quintana participó, representando a Cuba, en los Congresos CIAM de Aix en Provence (1953) y Dubrovnik (1956) y fue miembro del Team X (1956 a 1960).

WALTER GROPIUS
ARCHITECT A.I.A. A.S.P.A.
88 MOUNT AUBURN STREET
CAMBRIDGE 38, MASSACHUSETTS
TELEPHONE UNIVERSITY 4-3491

August 20, 1953

Mr. Nicolas Quintana
Moenck y Quintana
O'Reilly No 407
Havana, Cuba

Dear Quintana:

I returned yesterday from Europe and found your very nice letter of June sixteenth, which did not reach me before I left for abroad. I hope you have safely returned to Havana and told our mutual friends about the CIAM meeting. I was glad to see you again and to meet Mrs. Quintana.

I wish you good success with your activities on the new Civic Center in Havana. That is an important problem indeed and worth putting strength into.

With very best wishes,

Sincerely yours,

Walter Gropius

WG:sw

A handwritten signature in cursive script, reading "Gropius", with a horizontal line above the name and a large, sweeping flourish below it.

20 de Agosto, 1953

Sr. Nicolás Quintana
Moenck y Quintana
O'Reilly nº 407
La Habana, Cuba

Estimado Quintana:

Ayer regresé de Europa y encontré su amable carta de 16 de Junio, que no me llegó antes de salir yo de viaje. Espero que haya retornado sin problemas a La Habana y le haya contado a los amigos mutuos sobre la reunión del CIAM. Me alegró verle de nuevo y conocer a la Sra. Quintana.

Le deseo mucho éxito en sus actividades relacionadas con el nuevo Centro Cívico en La Habana. Sin dudas ese es de veras un problema importante que amerita ponerle el mayor esfuerzo.

Con mis mejores deseos,

Sinceramente,

Walter Gropius.

que, debido a las características tan especiales de Trinidad, el Plan debía surgir de nosotros mismos... así fue.

El arquitecto italiano Ernesto Rogers fue otra personalidad cuyo intelecto y capacidad de análisis dejaron una marca indeleble en mí. Nos conocimos en el Congreso CIAM de Aix (1953) y de ahí en adelante mantuvimos una cercana relación. Su libro *Esperienza dell'architettura*⁸ me ha acompañado, lectura tras lectura, durante más de 40 años. Juntos recorrimos Milán, Venecia, el Palacio Diocesiano en Spalato, y Dubrovnik. A través de Rogers conocí al arquitecto historiador Bruno Zevi, a Ignazio Gardella, y otros arquitectos italianos de gran fama.

Al igual que a Rogers conocí al historiador Sigfried Giedion en el Congreso de Aix y, posteriormente, tuve la oportunidad de visitar con él las Cuevas de Altamira, con el equipo de fotógrafos de la revista *Life*, pues estaba elaborando un artículo sobre ese extraordinario conjunto de pintura rupestre. Poder estar cerca de un intelectual del altísimo nivel de Giedion y verlo actuar, interpretando la imaginería raigal que nos rodeaba, explicándome —en un monólogo interminable— su caudal mágico, es algo que jamás podré olvidar.

En la etapa formativa inicial (1945 a 1953) tuvo una importante participación el arquitecto cubano Eugenio Batista, el cual nos ayudó —individual y colectivamente— a encontrar el camino más adecuado para nuestro trabajo futuro.

Dos excelentes arquitectos eclécticos, mi padre Nicolás Quintana y Miguel Angel Moenck, fundadores de la firma Moenck y Quintana, tuvieron una decisiva influencia en mi vida profesional, el primero durante mi etapa de estudiante y, el segundo, luego de la muerte de mi padre, durante los 10 años que trabajamos juntos en la firma, hasta mi salida al exilio en 1960.

Finalmente, tuve un gran maestro en la inolvidable persona de mi profesor, el arquitecto Pedro Martínez Inclán, el cual me impulsó a explorar apasionadamente el amplio horizonte del urbanismo.

Sobre esta sólida educación general y unas bases intelectuales firmes, se asentó mi búsqueda de la manera más creativa de hacer arquitectura moderna cubana. Comencé así un proceso serio y tenaz de análisis de nuestras tradiciones. No hay cultura sin herencia, pensaba. Era necesario encontrar los signos constantes, las bases desde las cuales producir una arquitectura moderna de cubanidad esencial. En todo momento estuvo presente en mi pensamiento la frase de Ernesto Rogers recordándome que «... la modernidad es la instancia más evolucionada de la Tradición.»

Una premisa básica de la cual partió la búsqueda fue la de actuar inductivamente, sin imponer soluciones preconcebidas, absorbiendo la información vital que habría de proveer la observación de nuestras ciudades, sus espacios públicos, sus edificios y su sociedad en funcionamiento. Consulté

⁸ Ernesto Rogers, *Esperienza dell'architettura*, Giulio Einaudi, Milano, 1958.

durante el proceso con otros arquitectos, ingenieros, geógrafos, antropólogos, historiadores, artistas, poetas, músicos, filósofos... en fin, gente interesada de todo tipo.

De esta actividad surgieron una serie de amistades íntimas que enriquecieron mi etapa de formación y me han acompañado, de diferentes formas y maneras, durante la aventura de mi vida. Fernando Ortiz fue mi mentor —el hombre que me enseñó a pensar y a organizar mis conocimientos, además de un gran amigo. Con los pintores Mario Carreño y Sandú Darié colaboré en la dirección de la revista *Noticias de Arte*. Los escultores Juan José Sicre y Alfredo Lozano me enseñaron cómo se trabajan los volúmenes en el espacio, controlando la luz y la sombra.

Admiré la visión humanista de la sociedad que me mostraban los geniales dibujantes y caricaturistas Conrado Massaguer, Juan David y José Luis Díaz de Villegas. Del pintor René Portocarrero aprendí a interpretar, a «leer» la envolvente cubanía en la cual yo estaba inmerso y a expresarla en términos plásticos. Del filósofo-pintor Raúl Milián aprendí cómo la angustia podía ser pintada. Mantuve una íntima relación y un continuo intercambio de información con los arquitectos: Ricardo Porro, Frank Martínez, Felipe Préstamo y Mario Romañach.

Deseo incluir en esta lista a dos grandes damas: Sara Hernández Catá y María Herrera de Ortiz, esposa de Don Fernando. Ambas poseían un gran poder de convocatoria y reunían en sus casas, semanalmente, a grupos de personajes heterogéneos, que aportaban a la conversación variados temas culturales y sociales, en los cuales creían firmemente, produciéndose así un intenso intercambio de ideas que ampliaba el conocimiento individual de cada uno de los participantes.

Habitábamos un mundo básicamente renacentista durante los años 50, un mundo integrador nada dogmático, debido a su liberalidad, a la amplitud de su horizonte, a su mutación continua, y a la profundidad de su discurso analítico —totalmente creativo y basado en un absoluto respeto a la opinión de los demás y a la libertad de expresarla.

Esta era «mi gente», mis más cercanos amigos... entre ellos me fui formando.

Mi relación con Wifredo Lam, aunque no de la misma intimidad, fue importante pues a través de su pintura penetré mundos plásticos raigales que Lam interpretaba genialmente. José Lezama Lima, el gran poeta y escritor, con quien realicé recorridos peripatéticos por La Habana Vieja y el Prado, me enseñó a sentir la ciudad como un ser viviente... me mostró el baile de la vida. Con el poeta Nicolás Guillén pude apreciar el poder descriptivo del lenguaje y su musicalidad.

Con los compositores Julián Orbón y Aurelio de la Vega, un viejo amigo, percibí la infinita capacidad expresiva de nuestra música culta. Con los músicos Julio Collazo, Tata Güines y Papito Cadavieco aprendí el valor polirítmico y la creatividad de la música ritual y la popular, e investigué cómo ellas forman parte integral del ser-cubano. Además, Papito me enseñó a interpretarla

en los tambores. Muchos otros personajes formaron parte de mi búsqueda apasionada de cubanía. Es imposible citarlos a todos en este ensayo. A todos les debo mucho.

Según avanzaba en la investigación me fui dando cuenta de que la ciudad no era un simple agregado de objetos arquitectónicos, de edificios más o menos bellos. La ciudad, visualizada inductivamente, se me mostraba como el producto de la integración vital entre las características ambientales del sitio, las formas construidas y la actividad humana que se desarrollaba en o entre ellas. Estos tres elementos estructuraban una síntesis que permitía a la ciudad adquirir carácter y personalidad colectiva propia, o sea, mostrar el genio del sitio y el espíritu de la época, el tan citado *Zeitgeist* del filósofo Martin Heidegger.

A medida que profundizaba con más y más pasión en la búsqueda, la ciudad y su arquitectura se me dibujaban cada vez más claras. Pude apreciar cómo ambas producen arte y civilización. Estudiando nuestros significados tradicionales encontré en ellos una gran sencillez. Me pasaba lo que a Albert Camus cuando decía: «Cada vez que me pareció encontrar el sentido profundo de la vida, fue su sencillez lo que me turbó».⁹

Así identifiqué una serie de signos constantes que son parte esencial de nuestra tradición.

Los más importantes, yendo del urbanismo a la arquitectura, son los siguientes:

1. *Las plazas, centrales o lineales*, focos tradicionales de donde origina el urbanismo.
2. *La retícula de calles*, que le da escala, orden y estructura a la ciudad.
3. *Los usos mixtos vitales*, comercios y otros usos semi-públicos, con oficinas y residencias encima, creando la cercanía que incentiva la actividad peatonal.
4. *Las densidades —variadas—*, predominando el uso intensivo del terreno urbano, creando ciudades compactas para disfrute del peatón.
5. *El sistema de transporte público*, la alternativa eficiente al uso inevitable del auto.
6. *Los paseos, alamedas, avenidas y calles*, que establecen una jerarquía de interconexión urbana entre las diferentes partes de la ciudad.
7. *Las fachadas continuas*, que definen el marco de los espacios urbanos.
8. *Los monumentos, fuentes, esculturas y murales*, las señales que embellecen la ciudad, incorporando las artes plásticas a la totalidad urbana.
9. *Los parques arbolados —la presencia verde—, con sus bancos y glorietas*, sitios de intercambio social en el barrio.
10. *Las arcadas, pórticos y columnatas públicas*, el ámbito peripatético del peatón.
11. *Las aceras y las esquinas de la ciudad*, planeadas como lugares habituales de reunión vecinal.

⁹ Albert Camus, *El Revés y el Derecho*, Editorial Losada, S.A., Buenos Aires, 1958.

12. *Los portales residenciales dando a la calle*, desde donde observar la actividad urbana.

13. *Las rejas metálicas y las celosías de madera*, ejecutadas como obras de arte, ofreciendo protección y belleza.

14. *El umbral —zaguán o vestíbulo—*, señalando la transición entre el espacio privado y el público.

15. *Los patios interiores y sus galerías*, centros de reunión familiar.

16. *La luz tamizada*, controladora del sol y ambientadora de los interiores.

17. *La persianería de madera fina con sus postigos*, control de aire y luz.

18. *Los vitrales de colores*, filtros embellecedores de la luz.

19. *Los grandes techos*, cubriendo espacios que alojan múltiples usos.

20. *La ventilación cruzada*, provista como una alternativa al aire acondicionado, en las áreas de reunión familiar de la vivienda.

21. *La articulación de los elementos del programa arquitectónico*, por medio de patios y galerías.

22. *La escala monumental*, tan propia de lo cubano, inspirada por los castillos coloniales.

Finalmente... la atmósfera alegre y creativa que permea toda la actividad urbana en Cuba.

Estos signos constantes comenzaron a ser utilizados dentro del contenido de mi arquitectura, como parte de su vocabulario; así, por ejemplo, los vitrales cubanos reaparecieron, no afrancesados, con una interpretación moderna que ya venía antecedida por la pintura de Amelia Peláez, René Portocarrero y Cundo Bermúdez. Los patios interiores recuperaron la categoría de antaño, actualizándose en la vida moderna como centros de reunión familiar. La luz tamizada a través de las persianas hizo acto de presencia. Las galerías conectaban de nuevo los diferentes espacios de la vivienda, permitiendo circular entre patios. Los grandes techos expresaban contemporáneamente esa monumentalidad tan nuestra.

Creamos una arquitectura propia, acogedora, de fuertes formas, llena de luz y color, que los clientes comprendían pues se identificaban con ella y sobre la cual Gropius nos dijo, contestando preguntas y aclarando dudas: «No puedo clasificarla, pero puedo calificarla... continúen haciéndola».

Más adelante, como producto de mis incesantes lecturas, me encontré con la obra escrita del humanista Erwin Panofsky¹⁰⁻¹¹, cuyo pensamiento se relacionaba directamente con los resultados de mi búsqueda. Panofsky se refiere a la iconología, o tratado de los íconos, como aquella rama de la historia del arte que se ocupa del ser humano y del significado que para él tienen las obras de arte, en contraposición a considerar los valores formales de dichas obras de arte exclusivamente como hechos abstractos puros, no relacionados con la actividad que se desarrolla en o alrededor de ellos.

¹⁰ Erwin Panofsky, *Estudios sobre Iconología*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1972.

¹¹ Erwin Panofsky, *El Significado en las Artes Visuales*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1979.

También me había identificado con la obra de Umberto Eco¹² y con Saussure, así como con Edward Sapir¹³, estudiosos de la lingüística, cuando definen la Semiología como la ciencia que estudia la vida y la importancia de los signos en el seno de la vida social.

En realidad lo que había hecho era una lectura culta de nuestra tradición, configurando una serie de vínculos reales entre arquitectura y sociedad; había identificado un metalenguaje profundamente imbricado en nuestras vidas. Este metalenguaje o universo sensorial, está compuesto por todo el conjunto de experiencias previas —las tradiciones acumuladas en el tiempo— que estructuran nuestro esquema histórico, actuando como un filtro perceptivo que nos guía el subconsciente en la selección de lo que verdaderamente nos representa. Es nuestro modo especial, como cubanos, de sentir y entender al mundo que nos rodea.

Sobre este tema nos dice Jorge Luis Borges en *El Aleph*: «Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten».¹⁴

Algunos arquitectos comenzamos a ejecutar, cada uno basado en su propia experiencia, obra a obra, una arquitectura moderna con un profundo contenido regionalista, pero de alcance internacional, fácilmente entendible y fundamentalmente expresiva de la manera de vivir cubana. Una obra individual, libre de caprichos intelectuales o simples modas, surgida de nuestro comportamiento e historia. Entre esta obra y lo mejor de la arquitectura anterior, sobre todo la de los siglos XVIII al XX, existía una relación en lo esencial: formaban un *continuum* cultural, tenían una misma visión raigal. Otros desarrollaron, también con éxito, una obra que celebraba los valores formales de la estructura, creando espacios arquitectónicos de gran interés y calidad plástica.

Un ejemplo excelente, esta vez representado en una obra de creación colectiva, producto de una interpretación apropiada de los signos tradicionales, fue el desarrollo incipiente de un nuevo espacio público urbano lineal localizado a lo largo de la calle 23, entre Infanta y la calle L. Sus raíces se nutrían de la pre-existencia de esa gran plaza lineal que es el Paseo del Prado. Se le nombró La Rampa, describiendo así su excelente adaptación a la topografía de su sitio de emplazamiento. Comenzó su desarrollo en 1948 y solo tuvo 10 a 12 años de evolución. Es un centro urbano joven, sobre todo si consideramos que lograr el total desarrollo del Paseo del Prado tomó 156 años (1774-1930).

LA RAMPA ES EL PASEO DEL PRADO DE LA MODERNIDAD

Funciona como un eje peatonal a lo largo de cuyo recorrido y desde sus áreas inmediatas se conectaba una variadisíma serie de generadores de actividad

¹² Umberto Eco, *La Estructura Ausente*, Editorial Lumen, Barcelona, 1975.

¹³ Edward Sapir, *Language*, London University Press, London, 1921.

¹⁴ Jorge Luis Borges, *El Aleph*, Emecé Editores S.A., Buenos Aires, 1957.

urbana: hoteles, viviendas, comercios, oficinas, galerías de arte, teatros, restaurantes, clubes nocturnos, etc. Los estacionamientos localizados en el área proveían los adecuados puntos de llegada, desde donde los usuarios iniciaban sus múltiples recorridos peatonales. Otros usuarios arribaban utilizando el sistema de transporte público. Algunos, que residían en la zona inmediata, accedían simplemente caminando.

Esta amplia variedad de usuarios, llegando de diferentes partes de la ciudad, al mezclarse en un intenso intercambio social, hacía este espacio urbano muy atractivo a la ciudadanía... de ahí su éxito. Se estaba poniendo a trabajar la capacidad de comunicación que tenían con el cubano sus signos tradicionales, utilizando su imagen esencial, sin copiar sus formas.

Creo oportuno señalar que desde mucho antes, en 1793, con la instauración de La Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, comenzó el advenimiento del sentido patrio y la emergencia de una sólida cultura nacional. De esa fuente sacamos los cubanos «la maldita manía de pensar» y la búsqueda incesante de cubanía de que nos hablaba Don Fernando. Por eso, venir a imponernos, en pleno siglo XX, los esteticismos internacionales de la ya decadente Ecole de Beaux Arts de París resultó imposible; sencillamente, no nos sometimos.

La Junta Nacional de Planificación de Cuba, fundada en 1955 por iniciativa del arquitecto Nicolás Arroyo, comenzó los estudios del Plan Nacional y los Planes Piloto de La Habana, Varadero, Trinidad e Isla de Pinos. Se abrió así una etapa muy promisoriosa de crecimiento ordenado para los centros urbanos del país, lo cual provocó mi aceptación para trabajar en la Junta, dirigiendo los planes de Varadero y Trinidad. Dicha etapa solo duró cuatro años.

No se tuvo la oportunidad de revisar en profundidad los planteamientos iniciales hechos a la Junta por sus consultores: Town Planning Associates, oficina que dirigía el urbanista José Luis Sert. Un breve recuento nos dice que el Plan Nacional estaba en proceso. Una revisión a fondo era imperativa en el Plan Piloto de La Habana, pues contenía errores fundamentales, tales como: crear una isla artificial frente a la Curva del Malecón, lo cual hubiera interrumpido el disfrute de la visión del extraordinario conjunto de fachadas continuas, que van desde el Paseo del Prado hasta la Calle Belascoaín y luego la silueta de La Habana moderna, que se aprecia desde Belascoaín hasta la calle L del Vedado, uno de los íconos urbanos de la ciudad; además de considerar un enfoque de La Habana Vieja que destruía totalmente su tejido urbano tradicional.

En el Plan de Varadero la revisión estaba en proceso y la construcción de varios elementos del Plan ya había comenzado. El Plan de Trinidad se encontraba terminado conceptualmente y estaba en vías de negociación su implementación económica, con fondos de donaciones privadas, para la construcción de un Centro de Festivales Culturales al fondo de la bahía de Casilda, la preservación de la Ciudad Colonial, así como muchos otros proyectos planeados para lograr el óptimo desarrollo orgánico de la región. El Plan de Isla de Pinos se encontraba en proceso.

Luego de más de cuatro siglos de continuo desarrollo, el país, venciendo escollos a todo lo largo del camino y con más aún por vencer, había logrado alcanzar muy altos niveles en la calidad de vida general de sus ciudadanos. Además, se había logrado un puesto distinguido a nivel internacional, en la música, la literatura, las artes plásticas, la medicina, en el campo de las leyes, etc. Todo esto debido a la excelencia establecida en múltiples ramas del saber y el sentir humano.

Para explicar mejor la dinámica urbana que predominó en Cuba hasta los años 50, imprimiéndole a las ciudades un asombroso ritmo de cambio, acompañado de una gran creatividad en su evolución, quiero citar de Guillermo Cabrera Infante en su libro *Tres Tristes Tigres*, el siguiente comentario: «Hace tiempo que éste era el centro de La Habana nocturna y diurna. El Anfiteatro, esta parte del Malecón, los parques de La Fuerza al Prado, la Avenida de las Misiones (...) después fue el Prado, como antes debió serlo la Plaza de la Catedral o la Plaza Vieja o el Ayuntamiento. Con los años subió hasta Galiano y San Rafael y Neptuno y ahora está ya en La Rampa. Me pregunto a dónde irá a parar este centro ambulante que, cosa curiosa, se desplaza como la ciudad y como el sol, de este a oeste.»¹⁵

Vivir aquella acción creativa continua que era Cuba y, muy especialmente, vivir en La Habana, motivó a José Lezama Lima a exclamar que Cuba era «una fiesta innombrable». Para apreciar lo mucho que la ciudad, en su arquitectura y urbanismo, había exaltado la sensibilidad del poeta, les ofrezco esta cita de su libro *Oppiano Licario* que dice: «...Licario llegó a la Plaza de la Catedral; se había pasado el día paseando por librerías y bibliotecas y, al llegar la noche, comenzó a dar volteretas sin finalidad, hasta llegar al cuadrado de la fundamentación (...) la casa mayor y enfrente tres casas cerrando el cuadrado, la esbeltez de las columnas, como la gloria en el mar, volvía a proclamar la gloria de su espacio primigenio.»¹⁶

Para respaldar mi absoluta convicción sobre la alta calidad de vida alcanzada en Cuba, para la fecha del 31 de Diciembre de 1958, voy a referirme a una cita de la gran investigadora y escritora nuestra Lydia Cabrera, que aparece en su libro *La Laguna Sagrada de San Joaquín*. Mi relación de trabajo con Lydia, cuando yo dirigía el Plan Regulador de Trinidad, fue una inolvidable experiencia formativa para el entonces joven arquitecto. Ella poseía un talento irradiante, que iluminaba todo la que la rodeaba.

A continuación, la cita de Lydia con motivo de su visita a la laguna de San Joaquín, en el invierno de 1956, que dice: «...nos acompañaban dos notables africanistas, Alfred Métraux y Pierre Verger, en aquella excursión que sería, sin sospecharlo, la última que realizaríamos en suelo matancero, a una de sus lagunas sagradas, en días que hoy parecen soñados. ¿Es que sabíamos entonces,

¹⁵ Guillermo Cabrera Infante, *Tres Tristes Tigres*, Editorial Seix Barral, S.A., Barcelona, 1965.

¹⁶ José Lezama Lima, *Oppiano Licario*, Ediciones Era, S.A., México, 1977.

nos dábamos cuenta los cubanos todos, pobres, ricos, blancos, negros, ateos, católicos, animistas, los buenos, los bribones, hasta qué punto éramos un pueblo feliz, el más feliz del mundo, dicho esto sin sensiblera patriotería?»¹⁷

CONCLUSIÓN / EL FUTURO DE LAS CIUDADES CUBANAS

El ingrediente básico que alimentó nuestro continuo crecimiento y desarrollo: la libertad garantizada del ciudadano para poder cuestionar, investigar y crear, en un proceso constante e interminable de enriquecimiento cultural, se ha perdido. Debido a esto un deterioro en todas las esferas muestra hoy su triste rostro. Frente a esta situación debemos estar conscientes de que nos queda por delante la urgente tarea de crear una visión nueva y trabajar diligentemente en nuestras ciudades, para lograr su preservación, evolución, e inserción en el mundo moderno.

Nuestras ciudades no deben interpretarse como copias nostálgicas de lo que fueron, pues esa expresión urbana, lógicamente, pertenece al pasado. La utilidad de su imagen es sólo como plataforma cultural, desde la cual partir a delinear el próximo presente y visualizar el futuro, utilizando los signos constantes esenciales que se apliquen en cada momento. Todo este proceso debe ser realizado en una forma creativa contemporánea.

Tampoco deben interpretarse como el producto de urbanismos dogmáticos importados, que utilizan e imponen conceptos vacíos de contemporaneidad y sistemas de estructuración urbana que no originan de la investigación de lo nuestro y cuyas decisiones preconcebidas se toman en reuniones cortas de ritmo acelerado.

La ciudad prototípica que debemos repensar los cubanos creará un *continuum* histórico con lo mejor de lo que existió y de lo que hoy existe, pues esas imágenes constituyen, precisamente, la plataforma cultural, desde la cual interpretar la ciudad futura que yace latente en la imaginación y en la inteligencia nacional. Será el producto creativo de la simbiosis de la experiencia interna —*del cubano en Cuba*, con la experiencia externa— *del cubano en la diáspora...* hermanos ambos.

Dicha simbiosis se puede expresar, metafóricamente, como la convergencia de dos afluentes que fluyen libremente, desembocando en lo que yo llamo: «El Río de la Cultura Cubana», enriqueciéndolo y transculturizándolo. La nueva ciudad será el resultado de un profundo trabajo investigativo de experiencias, necesidades, ideas y proyecciones. Nunca debe ser el producto de improvisaciones intelectuales, mucho menos si éstas son realizadas por elementos foráneos a nuestra cultura.

No se puede permitir que nos tomen como curieles de experimentos urbanísticos. Como ejemplo de esta peligrosa e irrespetuosa actitud, podemos citar gran parte del improvisado contenido del libro *The Havana Project*¹⁸, el

¹⁷ Lydia Cabrera, *La Laguna Sagrada de San Joaquín*, Editorial R, Madrid, 1973.

¹⁸ *The Havana Project*, Editor: Peter Noever, Prestel, Munich-New York, 1996.

cual recoge una serie de propuestas individuales —llenas de protagonismo, vacías de contenido y carentes de utilidad— emitidas por un grupo de conocidos arquitectos extranjeros, durante y después de una corta estadía en La Habana.

La respuesta a los problemas que habremos de enfrentar la encontraremos en nosotros mismos, en el cubano y su armazón intelectual: en su «maldita manía de pensar»; en su capacidad de trabajo una vez motivado; y en su espíritu creativo probado hasta la saciedad. Todo lo demás son cantos de sirenas oportunistas. No debemos prestarles atención. La respuesta, repito, vendrá dada luego de un proceso serio de análisis y toma de decisiones que contendrá los siguientes elementos, los cuales constituyen el lema que ha guiado mi vida a lo largo de cincuenta años de incesante labor profesional (ver Gráfica):

PASIÓN - BÚSQUEDA - VISIÓN - TRABAJO

Tenemos que volver a Valéry y su *Eupalinos*. Hay que realizar, otra vez, una búsqueda apasionada y rigurosa de los signos constantes que constituyen o habrán de constituir, contemporáneamente, lo esencial-cubano. Sobre esta base firme y propia se habrá de crear la nueva visión urbana que, al implementarse —garantizada y protegida inicialmente por unos Códigos Urbanos y Ordenanzas Arquitectónicas de Emergencia—, alojará de nuevo la alegría de vivir, tan propia del cubano en sus ciudades y pueblos, recuperando la tradicional alta calidad estética de sus espacios públicos y su arquitectura, haciéndola «cantar», luego de tan largo silencio.

Estoy seguro de que los nuevos núcleos urbanos así creados, albergarán con gran belleza y eficiencia la dinámica de una sociedad civil contemporánea. Los arquitectos cubanos debemos prepararnos, desde ahora, para realizar esta labor sabia y justa.

Hay que estar listos para —*tan pronto la patria sea libre*— poder trabajar juntos con aquéllos que hoy esperan dentro de Cuba, con las manos atadas pero sus mentes libres. Es precisamente ahí, en esa unión simbiótica, que radicará nuestra gran fuerza creadora.

No olvidemos el sabio consejo que dice: «En estas cosas que no son de apariencia sino de esencia, se juega precisamente el destino arquitectónico.»¹⁹

¹⁹ Le Corbusier, *Mensaje a los Estudiantes de Arquitectura*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1959.

Nicolás Quintana

ENTREVISTO

por Rafael Fornés

«El gran burgués»

NICOLÁS QUINTANA ES UNO DE ESOS PERSONAJES POR LOS QUE NOS SENTIMOS contentos de ser cubanos. Trataré de ser breve y conciso, aunque será muy difícil. Refinado y sencillo, culto y popular; es uno de los arquitectos más importantes de la generación de los cincuenta. Cuando le conocí junto a Frank Martínez y Manolo Gutiérrez —otros dos miembros de esa generación— tuvimos la idea de crear el Centro de Estudios Urbanos para Cuba. Discípulo de Don Fernando Ortiz, José Lezama Lima y Tata Güines. Por la escala de sus proyectos trabaja con el General Fulgencio Batista y Zaldívar, el Comandante Ernesto «Che» Guevara, el Presidente Rómulo Betancourt, la alcaldesa Doña Felisa Rincón de Gautier, y el Gobernador Luis Muñoz Marín. Fabula y toca tambores. Hoy dirige la Sección de Arquitectura y Urbanismo del Cuban National Heritage, es Profesor Asistente de la Facultad de Arquitectura en Florida International University y un conferencista incansable.

RAFAEL FORNÉS: *Algunas preguntas serán extensas porque sé que tus respuestas van a ser extensas, escúchalas detenidamente, quiero que sientas la atmósfera, el espacio al que te quiero llevar y una vez dentro desarrolles tu concepto, como cuando concibes un edificio; la entrevista será como el diálogo socrático de Valéry en «Eupalinos ou l'Architecte», o «Kinderganten Chats» de Louis Sullivan. Cuéntanos tus vivencias de La Habana, cómo la disfrutabas un día en la vida de Nicolás Quintana.*

NICOLÁS QUINTANA: De niño, para ir al Colegio La Salle, iba caminando recorriendo a mis amigos en el recorrido, por tanto la formación mía es peatonal. Recuerdo los portales del barrio de El Vedado, mirándonos pasar. En el 48 ya andaba yo trabajando en Moenck y Quintana en los planos del edificio de la Terminal de Ómnibus, en la Plaza de la República. Después cuando me asocié con Frank Martínez, trabajábamos en casa de Frank. Aquella fue una buena época inicial.

Papá muere el 22 de diciembre de 1950 y paso a dirigir, junto a Miguel Angel Moenck, la firma Moenck y Quintana. La oficina estaba en O'Reilly

407 entre Compostela y Aguacate, te puedo decir hasta el número del teléfono: M-3193. Entonces se produce otra ceremonia muy importante: yo salía de Miramar, pasaba por el Vedado, agarraba el Malecón, llegaba al Parque Central y allí *parqueaba*. Caminaba y mi primera parada era en la esquina del Centro Asturiano donde estaba Caribbean Photo de Walter Hutterly, un suizo-cubano muy amigo mío, que era el dueño del negocio. Yo vivía enamorado de las cámaras Leica.

Me tomaba más o menos tres cafés en lo que llegaba del Parque Central hasta la oficina. Era como una ceremonia que fue estructurando mi manera de ver el mundo, fíjate que yo salía de Miramar donde tenía otro tipo de actividad y entraba en este mundo colonial y ecléctico que me rodeaba, penetraba O'Reilly por el Parque de Albear y mirando su estatua pensaba: Este hombre en 1870 diseñó el Malecón hasta Belascoáin; hizo el primer plano topográfico de la Ciudad en 1871; y diseñó el Acueducto de La Habana... un genio.

En la calle O'Reilly había muchas librerías, la Librería Martí se encontraba en los bajos del edificio Moenck y Quintana, eran inquilinos nuestros. Antes de llegar allí estaba otra, La Casa Belga. Entraba y me iba a veces con tres libros bajo el brazo y la mayor parte de las veces los compraba.

Bajaba al café de Reboredo en la esquina, siempre a las diez de la mañana. Por allí pasaban José Lezama Lima, Víctor Manuel, Cintio Vitier y la gente relacionada con el Grupo Orígenes.

La última persona con quien hablé en «la pecera» fue con Fernando Ortiz. Él vino con una cajita con varios libros, entre ellos *Historia de una pelea cubana contra los demonios*. Me dio el libro, me abrazó y me dijo: Lo que yo pronostico para usted está firmado en este libro. La dedicatoria dice: «Al viejo amigo y arquitectísimo Nicolás Quintana con mis augurios de un feliz 1960 y fin de siglo.» Es increíble que es precisamente a fin de siglo, que me llaman a Los Angeles a dictar una conferencia sobre Fernando Ortiz, el 26 de Mayo de 1999... un augurio hecho realidad. Nos separaban 44 años de edad y nos unía un profundo amor a Cuba y su cultura.

Lo que yo dejaba atrás era la base de una pirámide donde tú pones un templo encima, el templo es tu propia vida, y la pirámide es todo el país y sus costumbres. Un país se compone del paisaje natural y de lo construido por el hombre; el otro componente importante es su gente.

Eso que tú notaste en tu último viaje, que en medio de una destrucción absoluta, en medio de la miseria, en un mundo kafkiano, la gente se está riendo, los niños están jugando, y la música está sonando. Esa es Cuba, y eso son los cubanos. A veces siento que los tristes somos nosotros porque no estamos en Cuba. No se puede ignorar la horrible situación política, pero ellos allá tienen un tesoro, o lo que queda de él, destrozado. Nosotros no lo tenemos aquí afuera y sabemos que la Patria es un tesoro que no es propiedad del que gobierna, sino que es de todos.

Yo me pregunto: ¿Dónde estaríamos hoy? ¿A qué ritmo creativo de actualización y nivel de calidad estaríamos hoy? Durante la colonia en

Cuba, los estilos arquitectónicos llegaban siempre con cincuenta o sesenta años de retraso con relación a Europa, pero en los cincuenta nos sentábamos con Le Corbusier, Sert, Rogers, Albini y Gropius. Lo mismo sucedía en todas las artes. ¡Estábamos al día!

R.F.: *Quisiera emplear un lenguaje coloquial, tratando de reconstruir el trazado armonioso de tu conversación, además de complementarlo con tu rico y simpático anecdotario. ¿Te parece bien? ¿Cuál era la realidad arquitectónica antes de salir de Cuba?*

N.Q.: Antes de la salida de Cuba, la generación anterior a la nuestra funda ATEC (Agrupación Tectónica de Estudios Contemporáneos), después de la visita de José Luis Sert a La Habana y la incorporan al CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna). A José Luis le tomaba cinco años hacerse ciudadano cubano y además tenía que revalidar el título, entonces es cuando Harvard lo contrata, y se va a Estados Unidos. Así perdimos su presencia, aunque la recuperamos más adelante.

Nicolás Arroyo, Eugenio Batista, Emilio del Junco y Rita Gutiérrez establecen la conexión europea. No ocurre a través de Columbia University con Leonardo Morales, que era puro Beaux Arts. Ellos y nosotros nos inclinamos en dirección a Le Corbusier y a los CIAM; ahora ha salido un libro estupendo sobre los CIAM donde se menciona mi participación en los Congresos.

Los CIAM me abren un mundo nuevo, pero es de Cuba y sus tradiciones de donde surgen las bases de trabajo de la generación nuestra, cuando empezamos a producir una arquitectura que nos preparó intelectualmente para laborar en cualquier contexto internacional, y nos capacitó para penetrar lo representativo de cada área y encontrar sus elementos esenciales. Creamos un sistema donde, en su proceso de desarrollo, no es la estética lo que predomina inicialmente sino la innovación, y dentro de ese quehacer creativo se logran edificios bellos. Hicimos una arquitectura con el oído pegado a la tierra... cubanísima.

R.F.: *¿Harías trabajos en Cuba? Ricardo Porro ha regresado y enseñado en la Universidad, ahora está envuelto en la reconstrucción de las Escuelas de Arte.*

N.Q.: Yo te garantizo que una vez que Cuba se libere y se abra al mundo voy a tener clientes y voy a trabajar en Cuba, no antes. ¿Qué se va a hacer en Cuba con esas dos vertientes: la de adentro y la de afuera? Voy a tener la libertad infinita de poder viajar constantemente entre La Habana y Miami, iré a Cuba y me asociaré con arquitectos cubanos de allá. Les aportaré mi experiencia y proyectos —lo que ellos no tienen— y nos vamos a sentar a hacer arquitectura.

Tenemos la obligación de abrirles el camino a los que no han podido hacer nada, con la capacidad de hacerlo. Participar juntos en las fases de diseño y decirles: yo no vengo a quitarles nada, vengo a darles trabajo... ambos nos necesitamos. Juntos vamos a dignificar de nuevo la arquitectura cubana.

R.F.: *Coincidimos en que hablar de Arquitectura sin mencionar la política es imposible. A través de las historias que nos cuentes decodificaremos varios mitos de la*

revolución cubana. Una de tus grandes invenciones es la del «Gran Burgués», me gusta tanto que la escogí para titular la entrevista, por favor cuenta la historia.

N.Q.: Cuando nombran al Che Guevara presidente del Banco Nacional lo fuimos a visitar. Nunca me ha gustado usar cuello y corbata y ese día lo hice. Fui con Miguel Angel Moenck. Recuerdo que el Che no tenía una bota puesta, la media tenía un hueco y se le salían los dedos del pie. ¡Estaba ante el Presidente del Banco Nacional de Cuba! Siempre imaginé en ese puesto a un gran personaje, un economista de gran saber, que manejaba la fortuna del país, que negociaba el futuro de Cuba económicamente. ¡No tenía una bota puesta y se le salían los dedos del pie! Esta fue mi primera recolección de a lo que me iba a enfrentar. Al Che Guevara, Presidente Folklórico del Banco Nacional de Cuba.

Me miró y me dijo: «¿Usted es burgués?» Yo, silencio. Con sus ojos achinados y penetrantes mirándome, me repite: «¿Usted es burgués, no?» «No, yo no soy burgués.» Entonces dijo: «Ah, ahora usted es revolucionario, ahora resulta que todo el mundo en Cuba es revolucionario.»

Sus guardaespaldas estaban allí, riéndose de mí. Entonces le contesté: «Mire comandante, burgués era mi bodeguero, yo soy «gran burgués»; yo nací con una cuchara de plata en la boca y siempre me preocupé por resolver los problemas de la gente que no tenían lo que yo tenía. Mire usted, yo trabajaba en la Junta de Planificación por un sueldo de burócrata para ayudar a crear una Cuba mejor.» Se me queda mirando y me dice: «Si todos fueran tan honestos como usted la revolución tendría un camino más sencillo.» Yo le contesté: «Francamente, no creo en lo que ustedes están haciendo.»

Y el Che me dice: «Usted sabe que las revoluciones cambian la sociedad, en virtud de conseguir la justicia final.» Yo le contesté: «Sí, pero el problema es que la justicia final no ha llegado nunca a ningún lado... solo los ajusticiamientos.» Se me quedó mirando y me dijo: «La conversación se acaba de terminar en este momento.» En adelante se estableció entre él y yo una relación muy extraña que la identifico, con la perspectiva que me ha dado el tiempo, como de secuestrador y secuestrado. A nosotros nos había llamado Felipe Pazos para que le hicéramos el proyecto del Banco Nacional. La obra más grande de la Revolución la estaba haciendo Moenck y Quintana. Nunca imaginé que heredaríamos al Che.

La próxima visita fue para tratar la compra avanzada de equipos de fabricación extranjera. Comenzamos por los ascensores: «¿Para qué necesitamos ascensores? ¿En qué piso está mi oficina?» «En el piso veintinueve.» Dice: «Si yo, que soy asmático subo hasta allí, que todo el mundo suba a pie. Punto final.»

Seguimos hablando, esta vez de las ventanas. Yo preveía instalar cristales especiales a prueba de huracanes. Se me queda mirando y con una sonrisa burlona en los labios me dice: «Óigame arquitecto, para la mierda, como dicen ustedes los cubanos, que vamos a guardar en ese edificio dentro de tres o cuatro años, que se la lleve el viento por las ventanas.»

No logramos conclusión alguna en esa reunión surrealista. Era como presenciar angustiosamente un *strip-tease* de la realidad cubana del momento. Yo estaba como enfermero con un termómetro midiéndole la temperatura al desastre.

De pronto me imaginé en Saint Germain des Prés, en París, donde conocí a Jean Paul Sartre y Albert Camus. Me vi de repente habitando el mundo del absurdo. En Cuba nosotros hemos vivido siempre en lo real-maravilloso pero en lo absurdo ¡no! Mi intelecto estaba en una franca rebeldía. Yo sé construir, no sé destruir, y todo se estaba destruyendo alrededor mío en ese momento. Me acordé de Camus cuando dijo: «La rebelión, cuando se desenfrena, oscila entre el aniquilamiento de los otros y la destrucción de uno mismo.»

Para mí el Banco Nacional era la representación de Cuba. Cuando Felipe Pazos me llevó a las bóvedas, en medio de lingotes de oro, me di cuenta de lo que Cuba había logrado durante la República tan vilipendiada de la burguesía —la creación de una Nación próspera, que ahora en manos de unos aventureros, nacionales y extranjeros, se estaba convirtiendo en un laboratorio macabro de estupideces.

Por aquel entonces habíamos formado un pequeño grupo y con la excusa de pintar el muro del Malecón ya estábamos en la misma matraca, conspirando. Un día el Che se me queda mirando y me dice: «Usted está conspirando.» Yo contesté: «No es cierto.» No te puedo explicar lo que se siente, el paredón estaba funcionando a todo tren. Me puso tres dedos casi tocando mis ojos y me dijo: «Usted tiene tres salidas: se me va de Cuba, treinta años, o el paredón de fusilamiento. Como usted es gran burgués tiendo al paredón.»

La decisión era inevitable y en el mes de enero de 1960, con toda mi familia, mi colección de arte, mis libros, e incluso hasta mis automóviles me fui de Cuba.

R.F.: *En las clases de estructuras el simpático ingeniero Manuel Babé nos aseguraba irónico que no había en el mundo otro hospital como el Hermanos Ameijeiras (1982) con las bóvedas del Banco Nacional construidas en los cimientos. La torre no es muy funcional para un hospital, imagínate un incendio y la evacuación de los pacientes, la cercanía del mar y los instrumentos quirúrgicos. Los habaneros presenciarnos por 20 años el esqueleto estructural de aquella mole gris en pleno Malecón, como una ofrenda a la ineficiencia constructiva de la Revolución. ¿Cómo explicarías un cambio de programa tan radical?*

N.Q.: Felipe Pazos era un profesional serio y patriota que había estado en la Sierra, amigo de Miguel Angel Moenck. Nos llamó, como ya te conté, y de acuerdo con la ética se consultó con el Colegio de Arquitectos si nosotros podíamos diseñar el Banco. El Colegio contestó que sí porque Pérez Benitoa se había ido del país. Pagamos nuestro por ciento de los honorarios al Colegio y procedimos.

Yo quería hacer un edificio con un cuerpo más alto en el centro que hubiera llegado a una altura de diez pisos y dos cuerpos más bajos a ambos

lados, abrazando una Plaza, relacionándola íntimamente con el edificio. Ese era mi esquema inicial, pero los ingenieros de Obras Públicas dijeron que lo económico y «lo revolucionario» era construirlo sobre las bóvedas existentes heredadas del gobierno de Batista. Hacer como los conquistadores españoles que construían sus edificios sobre las ruinas aztecas e incas, como demostración de su poder y dominación.

Si estos son los parámetros de trabajo, me dije, vamos a buscar dentro de ellos la mayor excelencia posible.

Para integrar el proyecto al contexto urbano yo contaba esencialmente con la construcción de una Plaza Monumental escalonada, alineado su eje con el monumento del General Antonio Maceo, el cual debía ser movido de sitio. Estos elementos hubieran balanceado la verticalidad de la torre, sintetizando la composición, y yo quedaba tranquilo conmigo mismo. Fue un momento difícil en mi vida profesional. Creo además que el proyecto, como está construido no es Nicolás Quintana, no me representa. Ortega y Gasset decía que el hombre es él y sus circunstancias, es muy cierto.

Hoy pienso que el edificio es hiriente, por los materiales que escogieron, por el piso que le agregaron a las plantas bajas, por la eliminación de la Plaza, por su desconexión con el monumento a Maceo y por la construcción de una horrible rampa de acceso. El concepto del absurdo tiene una fiel representación física en el burdo híbrido que es el «hospital» Hermanos Amejeiras.

R.F.: *Los arquitectos trabajamos con el poder, pienso en las ciudades del Nilo y el Mediterráneo, Sixto V y Roma, el París de Haussmann, Versailles o la fundación de cientos de ciudades en América. ¿Cuáles eran las diferencias esenciales entre tus dos últimos jefes: Batista cuando dirigías los planes maestros de Varadero y Trinidad en la Junta Nacional de Planificación (JNP), e inmediatamente después el «Che» Guevara con el Banco Nacional de Cuba. Explícanos además cómo se produjo la «transición».*

N.Q.: Vamos a empezar con mi padre. Según me contaban, el viejo y Miguel Ángel eran los arquitectos del Presidente Zayas y ellos iban a jugar dominó a su finca algunos fines de semana. A la entrada siempre estaba un cabo que abría el portón, muy diligente. Papá fumaba unos tabacos enormes y carísimos y le regalaba siempre algunos, porque simpatizaba con aquella persona. Era Fulgencio Batista.

Con el paso de los años Batista es Presidente y una noche estamos comiendo en el Club Kawama y Batista entró con un grupo. El viejo y Miguel Ángel se levantan en señal de respeto y más tarde los llaman a la mesa de Batista. Entonces papá me dice: «Ven para que aprendas cómo se manejan estas cosas.» Así fue como conocí a Fulgencio Batista y Zaldívar.

Años después empiezo a trabajar en la JNP, con el arquitecto José Luis Sert como consultor, en el Plan Piloto de Varadero. Una noche que habíamos bebido mucho vino, él empezó a cantar la Tercera Internacional caminando por la playa, acuérdate de que él era un republicano español. Lo paré a tiempo. José Luis era un tipo formidable y un buen amigo.

El Centro Turístico de Varadero era el sitio donde estábamos laborando. Se hicieron muchas obras: se dragó la Laguna de Paso Malo, se construyeron los muelles y un montón de obras más. Habíamos codificado la altura de los pinos existentes como la mayor altura a la que se podía construir y tomamos una serie de decisiones ambientales para proteger Varadero. Hoy día Varadero está totalmente «cancunizado», fuera de escala los edificios con el sitio natural. Han cometido una barbaridad imperdonable. Un crimen ambiental.

Recuerdo que una vez Batista me dijo: «Nicolás, yo he inaugurado varias obras en Varadero y siempre hay un asiento vacío en la tribuna que se supone es el asiento tuyo, de Nicolás Quintana y Gómez, Jefe del Plan. Nunca te veo en las inauguraciones ¿por qué?» Le respondí: «Es que yo no soy batistiano, Presidente.» ¿Cuál es la diferencia entre el Innombrable y Fulgencio Batista y Zaldívar? Que a mí no me pasó entonces absolutamente nada. Cuando se levantó me puso la mano en el hombro y me dijo: «Tengo entendido que eres un gran arquitecto».

Durante el verano yo siempre alquilaba en Varadero una casa cerca de la playa. Batista alquilaba la casa de Gómez Wallington frente a la playa. A veces él venía, y me preguntaba cómo iba el Plan. Así hubo varias reuniones ocasionales y Batista te daba el chance de medirlo.

Cuando el Innombrable se robó el país, engañando al pueblo de Cuba según confesión propia, todo eso se alteró, uno no podía comunicarse con el individuo. Esa relación humana no se perdía con Batista, a pesar de todos sus defectos evidentes de típico dictador latinoamericano. No te puedo decir que odiaba a Fulgencio Batista y Zaldívar. No me interesa odiar, no hay nada creativo en eso. En cuanto al Innombrable... Camus decía que: «No hay destino que no se venza con el desprecio».

Los ministros de Batista eran gente de primera categoría. Dos ejemplos: Juan J. Remos, Ministro de Educación, y el arquitecto Nicolás Arroyo, Ministro de Obras Públicas. Había gente criminal en los cuerpos represivos, en los militares, y en la policía. Batista fue cómplice al permitirlo, eso es obvio, y fue lo que lo hundió; aparte de la irracionalidad del golpe militar del 10 de Marzo de 1952, que hundió a Cuba.

Por cierto, Batista nunca fue mi jefe cuando yo dirigía los Planes en la JNP. Los jefes de Planes reportábamos a los Miembros de la Junta, que eran cinco. Su Presidente era el arquitecto Nicolás Arroyo. Batista no participaba ni influía en la toma de decisiones.

Creo que el Dr. Rivero Agüero tenía la condición intelectual y humana necesaria para salvar a Cuba y entregar el poder, luego de unas elecciones libres y honradas, al Dr. Roberto Agramonte, al Dr. Márquez Sterling, o al ingeniero Carlos Hevia. Los tres eran hombres de un probado espíritu martiano. Rivero Agüero hubiera sido un buen gobernante de transición, estoy absolutamente convencido. Creo que estábamos en la misma puerta de la solución política y no la cruzamos, nos caímos justo antes de entrar.

R.F.: *Ustedes en la Universidad quemaron los tratados de Viñola en protesta por la anticuada enseñanza académica de la Ecole de Beaux Arts. Con motivo de este hecho «violento» el Decano Weiss se reúne con los estudiantes y acepta invitar nada menos que a Walter Gropius. Cuéntanos.*

N.Q.: Uno que no se arrepiente de lo que hicimos soy yo. Nosotros íbamos a quemar unos pocos libros, tres solamente. Esa quema se hizo para buscar libertad de diseño, la libertad era el motivo, la clave, queríamos hacer una búsqueda que no incluía necesariamente los órdenes clásicos. Fue una quema simbólica que se fue de control y se convirtió en un toque de bembé arquitectónico, pero tenía un objetivo cultural, eran ansias de libertad: «Déjeme hacer lo que yo creo que puedo hacer.» Eramos rebeldes, no revoltosos.

R.F.: *¿Cuáles edificios de La Habana son mudos, cuáles hablan y cuáles cantan?*

N.Q.: En toda gran ciudad, la mayor parte de sus edificios son «mudos» o «murmuran», pero todos forman parte integral del conjunto urbano, creándose una continuidad... un desfile arquitectónico. En ese desfile los edificios que «hablan» tienen algo de calidad que los sacan de la mudez. Otros, los menos, «cantan» mostrando su excelencia arquitectónica. Es esa variedad dentro de la continuidad lo que hace a una ciudad grande.

La Habana tiene todos los tipos: «Mudos» —son el mayor volumen de lo construido. «Hablan» —el Centro Gallego y el Asturiano, el Capitolio, el Teatro Fausto, el edificio América, etc. «Cantan» —Capitanes Generales, el Segundo Cabo, las Quintas de Santovenia y del Marqués de Pinar del Río, el Palacio Pedroso, la Catedral, los edificios de la Colina Universitaria, el Hotel Plaza, Radiocentro-CMQ, el Focsa, el Cabaret Tropicana, y las obras de: Eugenio Batista, Mario Románach, Emilio del Junco, Miguel Gastón, Frank Martínez, Ricardo Porro, Manuel Gutiérrez, Arroyo y Menéndez, Moenck y Quintana, Eduardo Luis Rodríguez, Roberto Gottardi, José Antonio Choy, Julia León, Fernando Salinas, Daniel Taboada, Joaquín Galbán, etc., etc., etc. Toda una sinfonía.

R.F.: *¿Y los castillos Nicolás?*

N.Q.: Los castillos «cantan», pero lo hacen en bajo profundo. Ellos proveen los muros de encerramiento virtual dentro de los cuales nos movemos realizando las actividades urbanas rutinarias. Recuerdo cuando yo pasaba junto a esa maravilla de muros y sentía la misma escala monumental que veía por toda Latinoamérica, producida por los mismos nombres: Bautista Antonelli, Cristóbal de Roda, Silvestre Abarca.

R.F.: *¿Y los patios?*

N.Q.: El patio interior residencial, morisco, es el espacio de reunión familiar; a su vez, la plaza pública es el espacio de reunión de la comunidad. Entre ambos existe un elemento de transición que es el zaguán, el umbral de entrada. Esa secuencia en el recorrido que va del área pública de la plaza o de la calle, atraviesa la puerta de entrada llegando al zaguán, y de ahí pasa al patio interior familiar, es precisamente una de las varias secuencias que tratamos de reinterpretar de una manera contemporánea en nuestras obras.

R.F.: *«Arquitectura cubana... una búsqueda de la verdad». Esa bella muestra de tu pensamiento fue publicada en Arquitectura-Cuba en 1960 o sea después del 31 de diciembre de 1959, como tú mismo señalas. Le noto un amargo sabor entre profecía y despedida, ¿me equivoco?*

N.Q.: Fue un ensayo donde hay una gran amargura porque ya me iba de Cuba y no sabía cuándo, o si iba a regresar. En el escrito también hay un reflejo de las luchas intestinas entre artistas que eran luchas por el poder arquitectónico, para señalarse uno como el mejor. Una lucha creativa individual entre seres altamente competitivos que impulsaban la arquitectura cubana hacia adelante.

R.F.: *Hay afirmaciones que quisiera profundizar. «Nos llegó el turno... tal vez un poco tarde.» «En Cuba no existe un movimiento arquitectónico estructurado, solo ejemplos aislados de arquitectura». Defines también al «arquitecto-monumento» y hablas de «arquitectura plásticamente bella pero espiritualmente muerta» —HUMANISMO—, «volver a la naturaleza». Pones el dedo en la llaga con tus «comentarios sobre la formación del arquitecto».*

N.Q.: La cuestión de «Nos llegó el turno... tal vez un poco tarde» significaba que ya existía un volumen de obra suficiente que permitía hacer una evaluación seria, pero ya yo sabía que era tarde, pues las fuerzas políticas estaban orientadas a destruir la arquitectura como un hecho socio-estético.

«En Cuba no existía un movimiento arquitectónico estructurado...» En aquel momento no tenía yo la perspectiva para identificar la existencia de un movimiento, pues estaba metido dentro, en el fragor de la lucha por crearlo... pero ya existía. En ese momento era más importante el contacto del uno con el otro y durante el desarrollo de la obra ocurrían muchas cosas. Vivíamos un momento de continuo cambio y evolución... de gran excitación creativa.

La cuestión de los «arquitectos-monumento» y «arquitectura plásticamente bella... pero espiritualmente muerta»... Era una crítica directa a gente como Antonio Quintana que hacían una arquitectura que yo llamaba «ausente», carente de un contenido raigal y sin ninguna exploración de nuestros valores esenciales. Una expresión arquitectónica buena, pero vacía de contenido y de cubanía, «espiritualmente muerta».

Mi comentario sobre la formación del arquitecto está tomado de una de las conclusiones del Congreso CIAM de 1953, la cual decía: «El Arquitecto es un Humanista, que resuelve en Artista, con los recursos de la Técnica». En ese Congreso yo trabajé en el Comité de la Formación del Arquitecto junto a Gropius, Le Corbusier y Rogers.

Pensaba además que no estábamos contextualizando suficientemente. Siempre criticué el edificio Someillán y las torres que estaban levantándose en el Malecón, porque no se comunicaban con el peatón en la acera. Sentía que íbamos a perder la urbanidad de la ciudad, acuérdate que ella se estaba *americanizando* hacia el Biltmore y La Coronela, y era difícil evitar esas urbanizaciones. Sentía que había que comenzar a luchar de nuevo y yo me tenía que ir, por las razones que ya expliqué. Pero lo peor era que

sentía que había llegado el Apocalipsis a Cuba y a su Arquitectura... ¡y no me equivoqué!

R.F.: *Me llama mucho la atención tu paradigma urbano: Trinidad de Cuba. Parece una referencia de León Krier. Es muy significativo que en esa época un arquitecto modernista tuviera esas preocupaciones tan tradicionalistas. Te he comentado mi sorpresa por la sincronía entre tu generación y el Neoliberty italiano, la presencia de Franco Albini y su plan para la Habana del Este. La torre Velasca de BBPR, tu encuentro con Ernesto Rogers, Carlo Scarpa y los CIAM. ¿Coincidencia o Zeitgeist?*

N.Q.: Mis preocupaciones no eran «tradicionalistas», eran más bien «esencialistas». Yo buscaba lo esencial, lo que no tiene edad, no la tradición naftalinizada. Francamente no siento especial cercanía al pensamiento de León Krier, solo me interesa a nivel de cultura general, no hay referencia alguna.

En Trinidad nunca se había construido un edificio moderno, y ese era el problema más serio que yo tenía; por lo demás todo estaba resuelto. El problema estaba en cómo se iba a manejar la inserción de edificios modernos en aquel contexto. La ventana horizontal no existía, había una continuidad en los *bay-windows* coloniales trinitarios, tenían un ritmo que acentuaba la verticalidad que era un elemento urbano que íbamos a codificar.

La Habana —fuera de las murallas— se construyó bajo las Ordenanzas de 1861. Basado en esa experiencia yo creo en la codificación como control y protección del contexto urbano. Pero no creo en códigos universales. Creo que los códigos cambian de sitio a sitio y son posteriores al proceso creativo, pues su objetivo es protegerlo. Además, no creo en codificar estilos. En Trinidad estábamos trabajando en la creación de un código de proporciones, y estábamos identificando distintos sectores de la ciudad para, dependiendo de su valor histórico, imponerles diferentes «intensidades de control».

Aún tengo puesto el corazón en esa ciudad, ella se va a salvar, e incluso el Plan se va a realizar algún día. Trinidad es paradigma porque en el fondo lo que nosotros hacíamos era Trinidad, pues ella contiene muchos de los factores esenciales de la arquitectura cubana. Lo interesante es ese puente que se tendió entre ayer y hoy, para planear el mañana.

La sincronía con el *Neoliberty*, *Casabella*, Rogers, Albini, Scarpa, etc., desde luego que era muy fuerte..., todos venimos de los romanos. Era fácil entenderse.

Si el tiempo me da, el día más feliz de mi vida —y no hay nada que yo pueda comparar con eso, la sola idea me asusta y me alegra al mismo tiempo—, será el día que yo me pare en el Aula Magna de la Universidad de La Habana y pueda hablarle a los cubanos de allá de todos estos asuntos. Ese día habré llegado al cenit, al punto más alto de mi vida.

R.F.: *También recuerdo la «Evolución histórica de la arquitectura en Cuba... Sus factores esenciales» publicado en la Enciclopedia de Cuba... es un texto maravilloso, lo leí por primera vez en unas copias clandestinas que nos pasábamos en*



Hotel Club Kawama. Varadero, Matanzas. (1955)
(Maqueta general del proyecto)



Elemento estructural de entrada al Residencial Yacht Club. Varadero, Matanzas. (1955)



Residencia del Dr. Currán. Varadero, Matanzas. (1957)



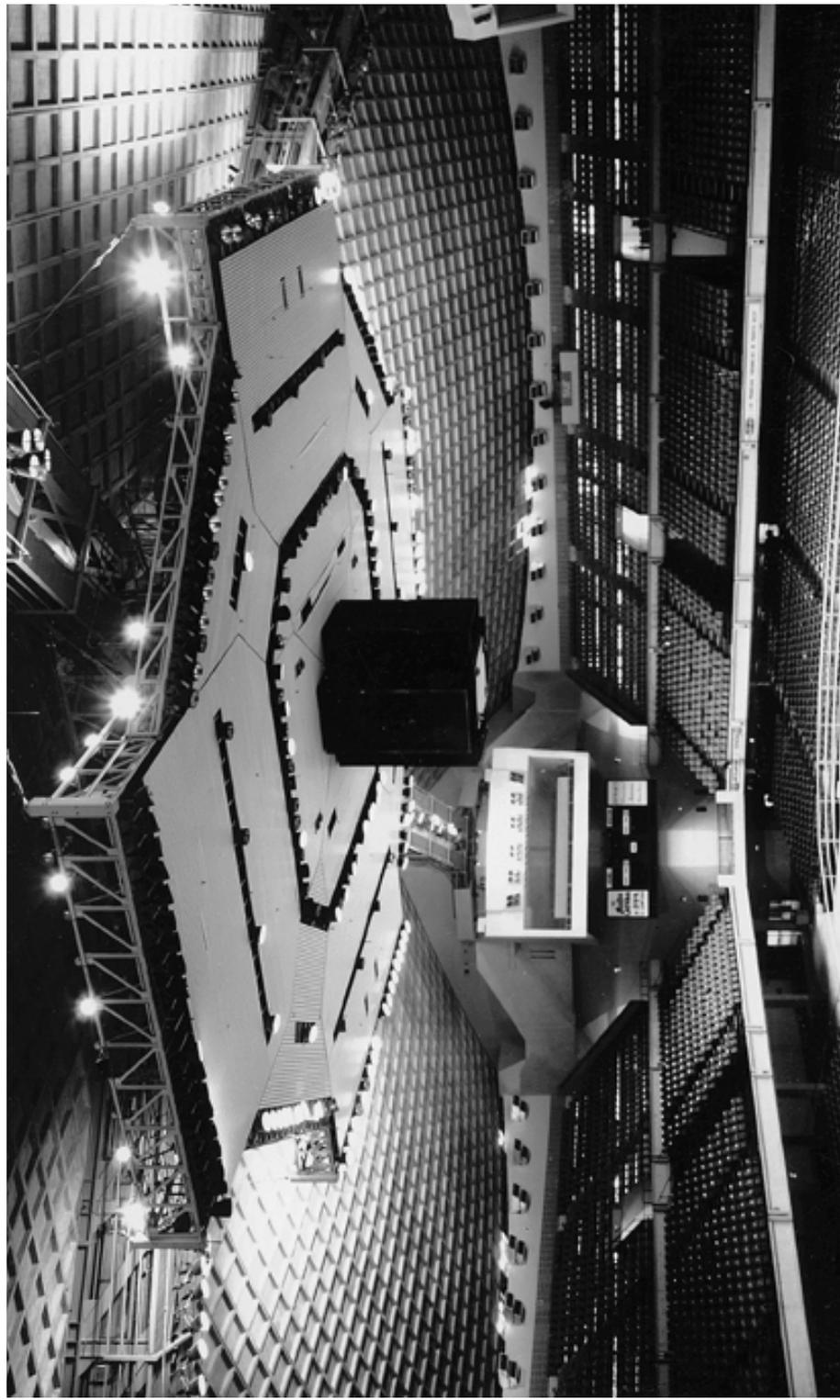
Camino peatonal, Residencial Yacht Club. Varadero, Matanzas. (1955)



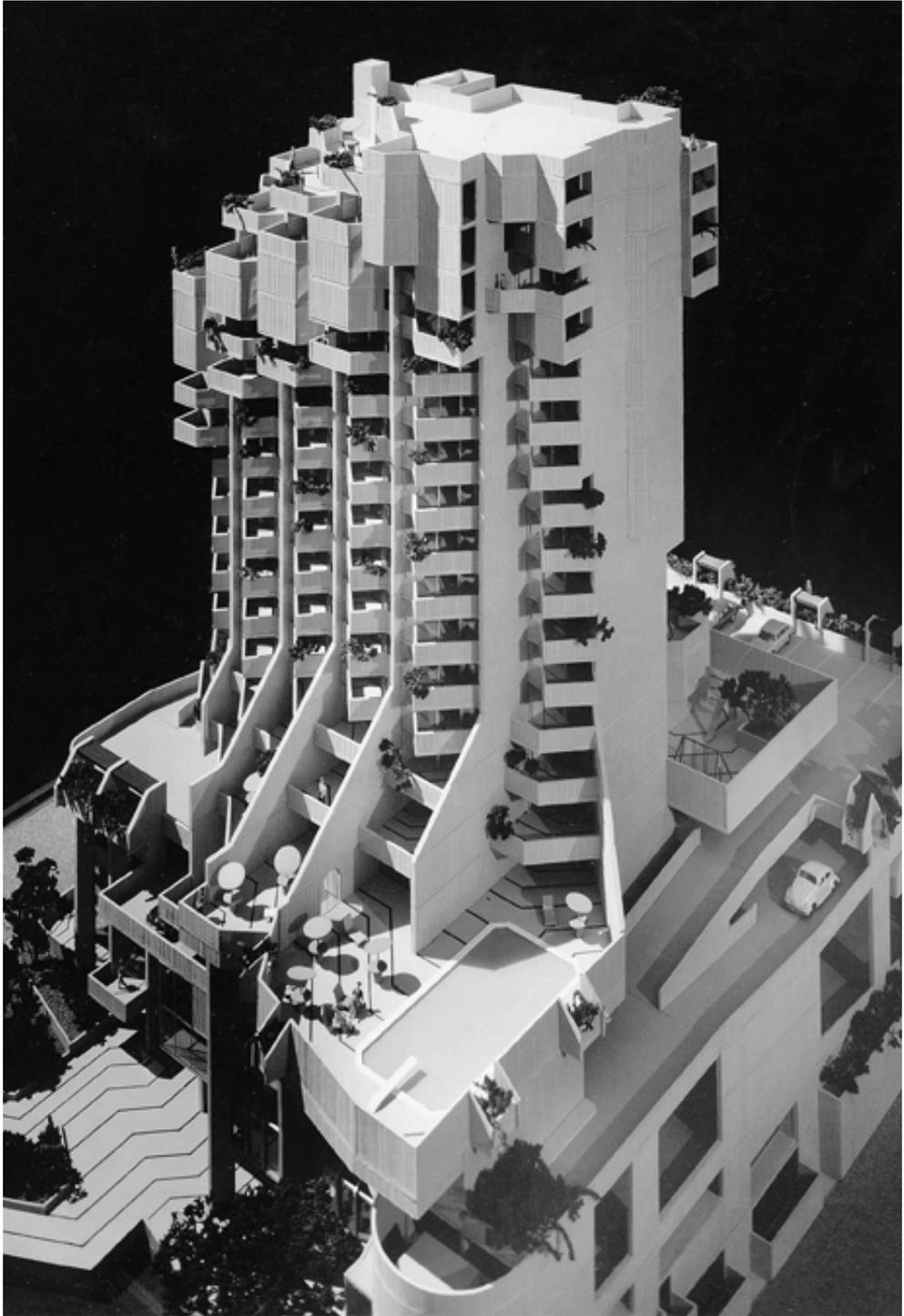
Vista lateral de la casa-club del Residencial Yacht Club. Varadero, Matanzas. (1957)



Vivienda para las Bahamas. Sistema de Paneles repetitivos prefabricados (1967)



Coliseo Roberto Clemente. San Juan, Puerto Rico (1963)



Condominio Ashford Terraces. San Juan, Puerto Rico (1974)

La Habana. Me llama la atención tu manera de evitar los comentarios sobre una de las obras más importantes de la arquitectura cubana: Las cinco Escuelas de Arte (1961), donde tu amigo y colega Ricardo Porro diseña Artes Plásticas y Danza Moderna; Vittorio Garatti, Ballet y Música y Roberto Gottardi, Artes Dramáticas. En 1979 la construcción del Palacio de las Convenciones genera una planta de tratamiento para las apestosas aguas del río Quibú. Esto aumenta la cota de inundación y las escuelas de Ballet y Artes Dramáticas son seriamente afectadas. Las últimas tres, inconclusas, aún se encuentran en ruinas. Ahora en medio de las penurias del «período especial en tiempos de paz», después de 40 años invitan a Porro y Garatti para participar en su terminación. ¿No crees que es un poco tarde?

N.Q.: Hay dos cosas que soslayo en el ensayo de la *Enciclopedia*. La primera es un error al no querer analizar la obra del eclecticismo en Cuba. Afortunadamente Eduardo Luis Rodríguez ha hecho sobre el tema una gran labor. La segunda es que yo podía hablar sobre obras de mi época, pero yo no había visitado las Escuelas de Arte, no las había recorrido, y sentí que no podía opinar justamente sobre ellas. Hoy creo que representan el «canto del cisne» de la arquitectura nuestra. Después, la Revolución le mete un puñal en el corazón a la arquitectura cubana como movimiento. Es cierto que se construyen posteriormente algunos proyectos de calidad, pero son hechos aislados y muy contados.

El movimiento muere con las Escuelas de Arte. Ellas son el gran símbolo y el punto final. Creo que se deben recuperar, son parte importante de nuestra Historia. Porro y Gottardi se están ocupando de eso, nunca es tarde.

Las memorias que te envió Hugo Consuegra describen muy bien ese primer período revolucionario, las he estudiado cuidadosamente. La destrucción física se recuperará cuando se proceda a una verdadera reconstrucción. No creo que haya habido reconstrucción y desarrollo urbano más exitoso que el que se realizó del 20 de Mayo de 1902 al 31 de Diciembre de 1958... el «milagro cubano», tan bien descrito por Leví Marrero. ¡Hay que hacerlo de nuevo!

R.F.: *La declaración de la Habana Vieja, la Urbanización de las Murallas y el Sistema de Fortificaciones junto a Trinidad de Cuba y el Valle de los Ingenios como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO constituyen un enorme reto para un país empobrecido. Eusebio Leal y el modelo chino de Shenzhen special economic zone en el casco histórico me evoca la imagen de «Schindler List» salvando judíos. Daniel Taboada hoy es la máxima autoridad de la restauración. Eduardo Luis Rodríguez le dedica el próximo número de Arquitectura-Cuba. ¿Qué opinas de estos trabajos? ¿No crees que todo es demasiado conservador, antieconómico y lento?*

N.Q.: Daniel es una persona capacitada, de una gran intensidad intelectual y seriedad ética. Estoy seguro de que sus decisiones siempre están basadas en un análisis exhaustivo. Se merece que le dediquen un número de la revista, y mucho más. Las ciudades tienen que vivir y Venecia es el mejor ejemplo... Venecia *vive*. Si conviertes las ciudades en museos y sacas a la

gente de su *habitat* estás cometiendo un grave error, pues dejan de ser un organismo vivo para convertirse en escenografía.

Eusebio Leal está tratando de hacer obras en la Habana Vieja, con fines turísticos, luego de haberse perdido una parte de la ciudad colonial. ¿Por qué no lo hizo antes, cuando la Unión Soviética les enviaba billones? ¿Por qué la dejó derrumbarse? Sin embargo, visto su trabajo desde el punto de vista de salvar algo del Patrimonio, siempre es bueno restaurar. Convertir la ciudad en *Havanaland*, eso es otra cosa. Hay un problema humano soslayado.

El reto del futuro va a ser resolver el gigantesco problema de una ciudad con un tamaño físico para un millón 400 mil, en la cual ahora «viven» apiñados dos millones 100 mil. ¿Esa explosión poblacional, donde tú la alojas mientras reconstruyes lo casi inhabitable y construyes lo nuevo? ¿Vas a poner a la gente a levitar, como en un cuadro de Chagall? ¿Dónde metes a la gente? Son seres humanos y tienen ya establecido un tejido de interrelaciones sociales que no se debe romper violentamente. Se van a necesitar estudios previos de sicólogos y sociólogos y pensar en las consecuencias antes de actuar, vamos a ver primero el problema humano, porque si no, estamos cometiendo el mismo error de cualquier país totalitario con un disfraz de democracia. No es solo un problema de construir, es un problema humano que hay que tratar con prudencia y justicia.

La Habana presenta el problema urbanístico más difícil y complejo imaginable, hasta ahí la ha llevado la irresponsabilidad. El crítico Paul Goldberger así lo identificó en su visita a La Habana. Su futuro desarrollo será una lección que podremos mostrar al mundo, si se actúa propiamente.

Hay que visitar Varsovia, Praga, y Budapest. Hay que investigar esas ciudades y trabajar con un elevado sentido patrio, ayudando a los ciudadanos a expresar lo que sienten y buscar caminos de comunicación. Si de pronto aquello cambia no estamos preparados para lo que viene. ¡De nuevo hay que ponerse al día!

R.F.: *Entonces esa es mi pregunta. ¿El modelo de restauración cubano, es aplicable para salvar toda la ciudad?*

N.Q.: No creo que exista un «modelo de restauración cubano» creado con el objetivo de salvar la ciudad. El objetivo actual de la restauración es económico: la creación de divisas con el turismo, para sostenerse en el poder. Por eso no ocurre antes el mantenimiento y la ciudad está destruida luego de 40 años de abandono. Es muy depravado todo el proceso, ignora a los seres humanos. Solo considera el *cash-the dollar*. El modelo actual es solo oportunista, inhumano y no es aplicable para abrir caminos de futuro.

R.F.: *De las nuevas urbanizaciones, el modelo es la inhóspita ciudad-dormitorio de Alamar. A la última extensión le llaman «La Siberia». ¿Qué opinas como urbanista?*

N.Q.: En Estados Unidos, durante los años 70, bajo el movimiento denominado Urban Renewal se construyeron miles de viviendas y se ha tenido que demoler casi el noventa por ciento de lo construido. Lo que ocurrió con estos planes comenzó con la deshumanización de su diseño, que al deshumanizarse convierte el proceso en solo números. ¿Cuántas viviendas hemos

construido? ¿Y la gente? —números también. ¡Así surgieron Alamar y su Siberia! La burocracia para justificarse todo lo convierte en estadísticas. Hay que construir tantas viviendas, las construyen y la gente vive peor de cómo vivían; los desconectan histórica y socialmente.

Con un sistema democrático que permita expresarse libremente, lo primero que hay que pensar es en la periferia de la ciudad y en los terrenos yermos no desarrollados en el interior de la ciudad, porque en algún lugar tú tienes que alojar a la gente para proceder con la reconstrucción. Ahí, en la periferia, es donde creo que el trabajo de los nuevo-urbanistas pudiera ser útil, pero aplicando densidades mucho mayores que las que ellos proponen. La ciudad no se puede expandir en una suburbia disfrazada de otra cosa. Nuestras ciudades no deben crecer horizontalmente, deben ser compactas, densas y muy urbanas, como siempre han sido.

Hay que pensar en la ciudad afuera y adentro, y desarrollar los pueblos colindantes, como satélites, e intercomunicar todo el conjunto con servicios de transporte público eficientes. Los estudios cubrirán dos áreas de diseño fundamentales: lo existente y lo nuevo.

R.F.: *África y Cuba. Ricardo Porro y tú creo que son los que más se involucran con el tema negro. ¿Existe una arquitectura negra en Cuba? Háblanos de tu íntima relación primero con Don Fernando Ortiz y más tarde con Lydia Cabrera. Cuéntanos.*

N.Q.: En términos arquitectónicos la presencia africana es indudable, se manifiesta a través del sentido del ritmo, es un algo visual-musical que no es tangible. En Cuba nunca hubo una aldea africana, lo que tenemos dentro del alma es el ritmo del tambor. Nosotros nos movemos de modo diferente a un argentino por la cantidad de negritud que llevamos dentro.

Las Escuelas de Arte y su alegada sexualidad son válidas para la siempre ágil especulación intelectual propia de un tipo del talento de Ricardo, pero yo las veo como una repetición rítmica: columnata tras columnata, patio tras patio, cúpula tras cúpula (no cúpula), resonando. Nuestra herencia es definitivamente romana en el urbanismo, pero la arquitectura cubana tiene mucho de negro en su ritmo, y de moro en su finura y su sibaritismo.

¿Quiénes penetran ese mundo fabuloso del negro? Ortiz y Lydia. Él fue mi mentor, el sabio que me enseñó a pensar. Lydia fue mi asesora en el Plan de Trinidad y una gran amiga. Tengo su libro *El Monte* dedicado, dice: «Al babalao de Boca, afectuosamente, Lydia». Boca está ubicada a la salida al mar del Río Guaurabo, en Trinidad. Dos personajes inolvidables en mi vida.

¿La nueva sociedad cubana cómo va a ser? ¿Va a haber una transición? ¿Un derrumbe con un montón de muertos? No sabemos como va a cambiar aquello y tenemos que leer la sociedad para hacer su arquitectura. ¿Acaso tú me podrías decir?

R.F.: *Sí, el problema es que ahora con la «globalización» ya nadie «lee la sociedad» para hacer la arquitectura. Ese es el gran problema. Por otro lado no estamos en los cincuenta, el país está empobrecido, el azúcar ya no nos sirve, tal vez nos ayudaría el turismo sexual como en la colonia.*

N.Q.: Contestaré primero la segunda parte de tu pregunta: El turismo sexual es degradante y debe ser erradicado. Hay que industrializar eficientemente el proceso azucarero y explotar sus derivados. Lo más avanzado en la industria azucarera de Norteamérica está en manos cubanas, con gran éxito económico. Su entrada en Cuba en el futuro podrá cambiar radicalmente la desastrosa situación actual.

Con relación al tema de una adecuada «lectura de la sociedad», el arquitecto holandés Aldo Van Eyck decía que el hombre a través del tiempo ha sido siempre esencialmente el mismo. Tenemos que retornar a esa búsqueda de lo esencial.

No hay ninguna razón para que una vivienda no se desarrolle alrededor de un patio; de ahí viene la idea de las tapias en las casas mías en Cuba. Estábamos construyendo en el Biltmore donde habíamos perdido la calle urbana peatonal y la idea era utilizar la tapia para que la casa se desarrollara alrededor del patio. El objetivo era encontrar un nuevo lenguaje para bregar con la nueva urbanización americanizante, además de pelear para erradicarla.

R.F.: *Tarde o temprano vamos a tener que bregar de verdad con la nueva «urbanización americanizante».*

N.Q.: Hay que enfrentar el problema radicalmente y evitar la suburbia extendida y sus imitaciones a todo trance. Es anti-cubana, contradice todo lo que hemos heredado. Es anti-histórica, anti-económica, anti-social, y absolutamente estúpida. Olvídate, la urbanización americanizante no va.

R.F.: *Sí, pero me estás hablando de otro momento histórico. En el mundo ya no se construyen más ciudades como Centro Habana, El Vedado o El Cerro. Lo que está sucediendo es que todo el mundo está copiando el modelo que tú llamas «americanizante». Estamos a noventa millas con cubanos rapidísimos y con billete. Es muy lindo y bueno lo que tu estás diciendo, pero eso es ideal, ¿cómo tú lo implementas? Downtown Miami estaba lleno de arcadas, ¿quién construye ahora una? ¿Cómo tú le dices a un cliente que tiene que construir una arcada, quién pagaría eso? Si no hay un Código que lo obligue a construir una arcada, no la van a construir.*

N.Q.: Yo no creo que se deben construir hoy ciudades con la estructura de Centro Habana, es demasiado densa y carente de áreas públicas de reunión. En cuanto al Cerro y el Vedado ya veremos, en su tejido esas áreas se acercan bastante a partes urbanas del futuro. Aquí radica la importancia de las ciudades cubanas, mayormente La Habana, pues existe en ella la oportunidad de una nueva creación urbana paradigmática. Pudiera ser un ejemplo para el resto del mundo.

Hoy existe mundialmente un despertar a la inaplazable necesidad de reacondicionar los centros urbanos y evitar la expansión horizontal de las ciudades. En Cuba hay que asumir inicialmente una estructura socio-política con su correspondiente imagen urbana, simularla en computación, y partir de esa imagen para comenzar los estudios. ¿Cuál es la imagen?

R.F.: *La imagen que yo veo es el zoning y la suburbia, el carro, los condominios en el Malecón. Los que decidan ir a Cuba no vivirán en la Habana Vieja en las condiciones que vive el pueblo que son inhumanas. Unos de los modelos que yo veo posibles es el Nuevo Urbanismo en la periferia, porque el modelo de Andrés Duany es muy superior a las condiciones urbanas con que tú construías en El Laguito o en el Biltmore mismo, pero no es Centro Habana, para decirte una zona pobre, no es ni siquiera Lawton, que tiene esa estructura urbana densa con la bodega en la esquina.*

N.Q.: Hay que pelear a brazo partido contra el zoning y la suburbia, serían el desastre final de la ciudad. Van a existir dos áreas de diseño fundamentales: un área es la de la rehabilitación de lo que existe con cambios para el reciclaje. A Centro Habana se le podrán insertar áreas verdes, y esa vieja imagen urbana volverá a existir, mejorada, con sus usos mixtos y todas esas esencias. La otra área en que hay que pensar es la de los desarrollos periféricos y terrenos yermos internos, y la vivienda temporal para la ciudadanía, durante la reconstrucción. También la vivienda para alojar a gente que vendrá de muchos lugares del mundo a vivir de un retiro, gente que no vive con lujos extraordinarios, cubanos en su mayoría.

Hay que sentarse a trabajar en todo esto y pensar que va a existir una democracia, luego de un período de transición hacia ella. Dentro de ese marco habrá que laborar. El Nuevo-Urbanismo, tal cual se nos muestra hoy en sus resultados yo no lo veo aplicable, solo lo sería si sus densidades se volvieran realmente urbanas. En cuanto a sus demás elementos, como son los usos mixtos, cercanía, peatonalidad, etc., son elementos con los cuales hemos vivido en Cuba por 400 años más o menos. No hay problema con ellos.

R.F.: *Durante el último éxodo masivo de Guantánamo la ciudad entera se convirtió en gigantesco Arsenal para la construcción de cientos de «Arte-factos» (balsas) armados con trozos de edificios. En medio de esto se produce «The Havana Project», organizado por el MAK con la élite deconstructivista internacional. ¿No te parece una burla el estadio de béisbol ocupando la Plaza Vieja de Eric Owen Moss? Me quedo atónito ante la ceguera de Lebbeus Woods con su extensa labor sobre temas como: Zonas Libres de Berlín y Zagreb (1991), Terra Nova (1991), el ciclo de Guerra y Arquitectura (1993), Anarquitectura: La Arquitectura es un Acto Político (1992), su preocupación por los refugiados, minorías y espacios de rebelión. ¿Qué le pasó en La Habana, estaba en el pueblo y no veía las balsas ni los palestinos?*

N.Q.: Cuando abres el libro: *The Havana Project*, de entrada en la primera página te topas con la foto del Innombrable y sus elogiosas declaraciones. Todo el libro es eso, una farsa. La propuesta de Thom Mayne es la única que a mí me interesó. Lo de la Plaza Vieja de Eric Owen Moss es una total falta de respeto a nuestra Historia, un proyecto propio de gente enferma de protagonismo. La propuesta de Carme Pinós es una resonancia de la isla de Sert en el Malecón, la cual era una barbaridad. Ella habla de «llevar el tiempo y el movimiento de Cuba al mar», sin darse cuenta de que hace

casi un siglo que La Habana llegó al mar con la visión memorable de su Malecón, su icono urbano, la base de su estructura.

El libro muestra, además, una evidente falta de respeto a nuestras tradiciones, a nuestra manera de ser, a la ciudad tal cual existe, y es de una ignorancia total de la tragedia cubana, porque eso de diseñar ruinas para gente que vive en ruinas es el colmo de la burla, es insultante. Están buscando trabajo en Cuba y no salieron de la guaguaita con aire acondicionado... con Mario Coyula de guía. Te repito, cuando vi el proyecto de Lebbeus Woods de crear ruinas para gente que vive en ruinas me indigné. Lo triste es que Coyula —cubano— se haya prestado a este burdo e irresponsable «chiste arquitectónico», sin tener siquiera la firmeza de escribir refutándolo. No puedo creer que esté de acuerdo.

Desgraciadamente la globalización está trayendo, a través de la figura del «arquitecto-viajero», mucho de esta especie de oportunismo e instantaneidad deshumanizante del problema urbano y arquitectónico. Existe una gran falta de profundidad en el análisis. ¿Por qué no estaba presente en esa reunión un grupo de arquitectos cubanos? Todo un grupo de arquitectos jóvenes, como cuando fue Forestier a La Habana en 1925. ¿Por qué no se les dio la oportunidad de expresarse?.

El libro refleja lo siguiente: El Innombrable se expresa, esta vez como «*el gran arquitecto*», elogiando los proyectos de un grupo de «nombres» que Peter Noever, director de una institución importante: el MAK de Viena, y Mario Coyula consiguen llevar a Cuba. En ese mismo momento la tragedia de los balseiros estaba a todo andar, y ellos hacen esta especie de juego utópico burlón, en medio de una sociedad que está experimentando una crisis fundamental. Uno esperaba que, por lo menos, trataran el patrimonio con un cierto respeto. Ni siquiera eso respetaron, y el problema humano lo ignoraron, mucho protagonismo y una evidente ausencia de la más elemental sensibilidad.

R.F.: *¿Cómo resolverías el déficit de más de un millón de unidades de viviendas en nuestro país?*

N.Q.: Creo que incluso el número va ser mayor, pues va a producirse, como ya te dije, una inmigración adicional —no inmediata— de personas retiradas, por el gran atractivo que tendrá para ellas La Habana y otras ciudades cubanas. Por la curiosidad del fenómeno cubano se incrementarán el turismo y las visitas familiares a largo plazo, lo que aumentaría el problema. El déficit hay que resolverlo con imaginación, talento y mucho, mucho trabajo. No creo oportuno adelantar soluciones sin tener, previamente, una base investigativa seria donde basarlas, sería muy especulativo en este momento.

Una cosa me preocupa seriamente. Hay que tener cuidado de no caer en la trampa de utilizar sistemas de prefabricación sin estudiar antes, a fondo, sus posibilidades y limitaciones, pues estas últimas son muchas. La prefabricación ha fracasado casi universalmente por la rigidez de su producto final y porque depende de grandes volúmenes sostenidos de

producción. Cuando funciona eficientemente reduce el volumen de empleo que genera tradicionalmente la construcción, lo cual es exactamente lo opuesto a las necesidades nuestras del futuro. El empleo masivo genera movimiento económico y riqueza en una economía de mercado y libre empresa.

R.F.: *Una de mis grandes preocupaciones es una cosa tan sencilla como la fenestración. Las proporciones y dimensiones de los huecos, el tipo de puertas y ventanas. Por otro lado ni en Cuba ni en Miami nadie está trabajando en un Código de protección. Para terminar háganos de tu último proyecto: La plaza José Martí en Los Ángeles y tu relación con Adolfo Nodal, Ry Cooder y Frank Gehry.*

N.Q.: Yo creo que antes de preocuparnos con puertas y ventanas debemos enfocar creativamente el problema grande... *la visión de la ciudad cubana del futuro.* Aristóteles nos dijo: «Cuando se enfoca un problema, siempre debemos ir de lo general a lo particular». En la Escuela de Arquitectura de FIU pronto vamos a comenzar estudios relacionados con la creación de Códigos de Emergencia para ayudar a la reconstrucción, protección y desarrollo de las ciudades cubanas en un período de transición.

El proyecto de la Plaza José Martí en Echo Park, Los Ángeles, es un sueño hecho realidad. A este nivel de mi carrera representa un hito, la culminación. Fui seleccionado por el Patronato José Martí y el Departamento de Asuntos Culturales de la Ciudad de Los Ángeles.

La Plaza crea un espacio íntimo, propio para recitales, conciertos, y otras actividades culturales de grupos pequeños. El proyecto tiene un «muro del pensamiento martiano» muy escultórico, cubierto de yedra, que lleva empotrados una serie de paneles de bronce de diferentes tamaños con los pensamientos del Apóstol. La Plaza va a quedar enmarcada por árboles frondosos que le servirán de «amortiguadores acústicos». Tanto el muro como los árboles rodearán un extraordinario busto de Martí realizado por el afamado escultor Sergio López Mesa. En general, una composición de gran belleza digna del Apóstol.

En mis viajes a Los Ángeles he entablado lazos de amistad y mutuo respeto con dos personajes de excepción: Adolfo Nodal, Director del Departamento de Asuntos Culturales de dicha ciudad, y Ry Cooder, un músico excepcional que le profesa gran cariño a Cuba y su música. He renovado mi antigua amistad con el genial compositor Aurelio de la Vega, mi compañero de estudios en el Colegio La Salle del Vedado. Hoy me honro con la amistad del escultor Sergio López Mesa. Mi relación con el Arquitecto Frank Gehry, la cual apenas comienza, promete ser intensa y profunda.

Para terminar, deseo expresar una gran pesadumbre. Desgraciadamente la mayor parte de mi obra —los grandes edificios públicos y privados, urbanizaciones de miles de viviendas, nuevas ciudades y extensiones de ciudades existentes, proyectos masivos de usos mixtos, sistemas de fabricación de viviendas de bajo costo, etc.— cerca de 200 proyectos que son el

producto de toda una vida profesional (50 años) dedicada a darle a los demás todo lo que yo soy capaz de crear, ese trabajo ha sido realizado, en su inmensa mayoría, fuera de Cuba.

En medio del triunfo y el reconocimiento general me acompaña una gran y profunda tristeza, que no se puede describir pues se lleva muy adentro, en el alma. Continuamente me pregunto:

—¿*Por qué no en Cuba, en mi Patria?*

Nicolás y la Trinidad

Ricardo Porro

¡Qué época aquella!

Tres,

Eramos tres,

tres grandes amigos jóvenes, muy jóvenes, en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana en la década de los 40.

Nicolás Quintana, Frank Martínez y yo.

Formábamos un bloque en todo y contra todo. Criticábamos a todo el que no nos gustaba, y lo hacíamos públicamente. Los pobres profesores de arquitectura: todos malos. Luchábamos a brazo partido contra ellos. Los considerábamos hombres del pasado, incapaces de entender su época.

Mirábamos a la mayor parte de nuestros condiscípulos desde arriba, despectivamente, convencidos de que no tenían nuestra calidad.

...Y no hablemos de los arquitectos que construían. Los aplastábamos como cucarachas. ¡Cómo nos detestaban!

Eramos tres quijotes dispuestos a organizar una cruzada contra los infieles. Queríamos lo más revolucionario, lo más sorprendente, lo de mayor calidad en la arquitectura. Estábamos decididos a ser los mejores arquitectos del mundo.

¡Éramos deliciosamente pedantes!

Pero, en realidad, ¿qué se proponía en aquel momento esa santa trinidad? Pues hacer una arquitectura como la que entonces hacían las vanguardias que publicaban las revistas. Tanteábamos a derecha y a izquierda para buscar el buen camino que distábamos mucho de haber encontrado.

Pero esa simpática y algo pretenciosa trinidad tuvo su momento explosivo. Uno de esos días en que llegó al paroxismo nuestro hastío, y en rebelión contra los profesores que durante dos años nos habían obligado a hacer proyectos con órdenes clásicos como se hacía en la antigua Escuela de Bellas Artes de París, salimos al patio de la Escuela con otros compañeros y quemamos los libros de Viñola y otros viejos libros de gran valor. Acto terrible.

¡Qué vergüenza, una quema de libros! Sé que hoy los tres quisiéramos borrar la memoria de ese acto de barbarie. Pero entonces estábamos satisfechos porque logramos la supresión de ese tipo de enseñanza.

Nos graduamos, pasaron pocos años y ya ejercíamos como arquitectos. Como todo el que empieza estábamos cargados de influencias. Es lo natural. Pudiéramos decir que si un creador es la suma de diez partes, nueve vienen de maestros anteriores y sólo una es de su cosecha.

Nicolás Quintana y Frank Martínez recibieron una fuerte influencia de Walter Gropius que estuvo en La Habana y estableció una buena amistad con los dos jóvenes arquitectos. Luego, con los años, su arquitectura evolucionó.

Yo por mi parte, recién graduado, hice una casa con una fuerte influencia de Mies van der Rohe de la que felizmente nadie se acuerda.

Pero la escuela del racionalismo que admirábamos no era la única en el mundo. Ya se venía gestando otro movimiento. Después de todos los internacionalismos, después de los constructivistas rusos, después del mundialismo de Le Corbusier y de la pobreza expresiva del Bauhaus, muchos creadores sienten la necesidad de explorar sus raíces. Este movimiento surgió con gran pujanza en la música. Basta pensar en Richard Strauss en Austria, Bartok en Hungría, Stravinsky en su período ruso y también americano (el Ebony Concerto), y en Gershwin en Estados Unidos.

Quieren encontrar el sabor de su tierra, sin folklorismos —que siempre resultan insoportables— y sin copiar el pasado. Quieren expresar lo que Goethe llamó el *erdgeist*. Frobenius parte de la palabra *cultura* en griego, *paideia*, para hablar del *paiedeuma* que él define como el «elemento de textura supraindividual que plasma el espíritu de un pueblo». Estos creadores quieren un arte medular que vaya al alma colectiva.

En América Latina este movimiento lo inició en arquitectura un cubano de mucho talento, Eugenio Batista. Con este espíritu construyó obras de calidad —la casa de Eutimio Falla, la de la familia Hernández Batista y la suya propia. Esta arquitectura está inspirada en las casas aristocráticas de la época colonial. Es además una arquitectura de gran pureza, como la que caracterizaba a Eugenio Batista, hombre de gran espiritualidad. Este movimiento tuvo su culminación en la obra de Barragán, uno de los arquitectos más exquisitos del siglo XX. ¡Cómo se siente en ella el espíritu de México!

Los miembros de la trinidad acogieron esta nueva visión con entusiasmo. Aceptamos como maestro a Eugenio Batista de quien nunca recibimos enseñanza directa pero al que le teníamos gran admiración.

Veamos qué camino tomaron entonces Frank Martínez y Nicolás Quintana.

Frank parte de la arquitectura racionalista utilizando siempre formas ortogonales. A menudo el volumen tiene un vacío central, también ortogonal, que puede verse como un patio, con techos planos voladizos alrededor. Se siente la influencia de las obras de Gropius en Boston y, más lejana, de Le Corbusier. Hay una gran claridad estructural y su espíritu cubano se manifiesta en el detalle. Hay persianas francesas como en las viejas casas cubanas, mosaicos geométricos y en ocasiones algún vitral, también geométrico.

Para mí esta concepción llega a su máxima expresión en la casa con patio central que construye para Eloísa Lezama Lima. En su etapa cubana se mantiene este espíritu, siempre con el buen gusto y el refinamiento que caracterizan a su arquitectura.

En las primeras obras de Nicolás Quintana se sienten las mismas influencias que en las de Frank Martínez, pero poco a poco va abandonándolas en busca de una mayor libertad. Traiciona el purismo de Gropius y de su escuela de Harvard para lograr una arquitectura mucho más orgánica, mucho más viva.

Para mí la obra más importante del período cubano de Quintana es la casa que le construyó a un médico cubano de gran prestigio, el Dr. Ramírez Corría. Ya en pleno período republicano en el que predomina la burguesía, Nicolás va a tomar la esencia de la arquitectura colonial: *la sensualidad de sus espacios*. Va a zambullirse en ese espíritu de la vieja Cuba y lo va a adaptar a la casa burguesa.

La casa se vierte hacia adentro como las de la colonia. Los espacios se componen alrededor de un sistema de patios que buscan la intimidad familiar. Los vidrios rojos, azules y blancos dan al interior una luz rosa. Las persianas finas filtran la luz. Consigue así una atmósfera sensual que contrasta con la violencia de la luz exterior.

No toma Nicolás Quintana del barroco colonial el *trompe l'oeil* que magnifica el espacio. Ahora bien, con los muros interiores más bajos que el techo logra darle fluidez al espacio. Sin jugar con grandes puntales, la inclinación de los techos producen una sensación de gran amplitud.

En la caja de vidrio racionalista se busca la ligereza del muro. Aquí, los grandes muros verticales exteriores entre ventanales de piso a techo, son elementos fuertes que también caracterizan el espacio de la sala. Dan a la casa burguesa una elegancia aristocrática.

Y todo esto lo logra con un lenguaje del siglo XX.

En sus cabañas en Varadero, Nicolás Quintana va a usar bóvedas. La entrada tiene especial interés. Dos elementos de hormigón parten de un pilar central. A cada lado hay un juego de bóvedas sinuosas simétricas. Las alas centrales son un elemento de tensión entre el interior y el exterior que rompen la noción clásica del espacio finito, limitado. Se produce un efecto de tensión, de movilidad que crea un espacio limitado. Pero se puede ir más lejos a buscar las raíces de esta entrada. Nicolás, profundamente cubano, parece que se comió la fachada lateral del Convento de San Francisco, en la vieja Habana. Y esto, seguramente de manera inconsciente, surgió en este proyecto. En el convento las bóvedas sinuosas se sitúan sobre un alto muro de piedra y parecen superponer a la dureza del muro un ritmo de caderas. *Nicolás sensualizó su entrada a lo cubano.*

Después de su salida de Cuba, Quintana construye en Puerto Rico torres de gran brutalismo. En Venezuela se dedicó al urbanismo. Hoy trabaja en los Estados Unidos.

Nicolás es joven de espíritu y espero que pronto podamos ver su proyecto para Los Ángeles.

Tuve la suerte de conocer su labor docente cuando en Puerto Rico me invitó a hacerle críticas a los alumnos de su taller. Así supe que estos jóvenes estaban en muy buenas manos.

Como epílogo a esta visita a la obra de Quintana, creo que es importante situar todo esto en su contexto. Algunos hoy pretenden ver en los años 50 una culminación de la mejor arquitectura de La Habana. No olvidemos que las obras de Quintana, de Martínez y de otros arquitectos de calidad casi siempre se construyeron en barrios periféricos. No fueron la tónica de la arquitectura de esa década.

Un espíritu de puro lucro llevó a la construcción en La Rampa y en toda la zona aledaña y hasta la calle Línea de una arquitectura de edificios altos que destruyeron la silueta, hasta ese momento tan armoniosa, de la ciudad. En Prado, casi frente al mar se levantó un altísimo y horrible edificio. Detrás del Ayuntamiento se construyó una demente terminal de helicópteros. En el Vedado, a veces en el Malecón, y en el centro de la ciudad, la arquitectura moderna fue de bajísima calidad. Y los grandes culpables no fueron sólo los inversionistas sino los arquitectos que se prestaban a hacer esperpentos.

Hay que tenerlo bien presente para luchar, como lo hacen Quintana y otros, dentro y fuera de Cuba, por mantener el ambiente que aún queda en La Habana. Nunca olvidemos la enseñanza de Ernesto Rogers, buen arquitecto, gran profesor milanés al que Quintana se refiere en su artículo. Hay que inculcarle a los jóvenes arquitectos que deben crear obras de calidad pero siempre respetando la *«preesistenza ambientale»*, respetando el legado que recibimos y que tenemos el deber de transmitir.

Nicolás Quintana y su Generación del 50

Carlos Alberto Montaner

DE TODAS LAS IDEAS QUE HOY REVOLOTEAN ENTRE LAS Ciencias Sociales ninguna me parece más prometedora que la de los *cluster*. Va a dar mucho de sí y consiste, en síntesis, en algo muy simple: el desarrollo económico, los avances tecnológicos y científicos, las vanguardias artísticas —plásticas, literarias, musicales—, el surgimiento de formas novedosas de examinar la realidad, las escuelas de pensamiento y, en fin, todo lo que le imprime a la civilización cambio, giro, perfeccionamiento, rigor, es el resultado del agrupamiento (*cluster*) de una masa crítica de personas que —usemos la espantosa palabra— *interactúan*. Para entender, pues, la dinámica de los cambios, o para predecirlos, hay que examinar la ausencia o la presencia de esos *clusters*, sus rasgos y consistencia, sin olvidar las coordenadas intelectuales en que se mueven.

Pero estos *clusters* no suelen aparecer como fenómenos aislados sino como parte de un panorama general. Las sociedades tienen casi siempre una coherencia interna que se manifiesta en diferentes campos. No existen bolsos aislados de excelencia. Donde hay una literatura apreciable generalmente comparecen ciencia, plástica, arquitectura o filosofía de equivalente rango y calidad. Incluso, el desempeño económico también guarda una debida correlación con el resto del entorno. No hay una vanguardia: hay un horizonte de vanguardias tras el que se mueven diferentes *clusters*. Cuando Labrador Ruiz y Mariano Brull quieren hacer una literatura diferente, Amelia Peláez o el muy joven Rolando López Dirube se proponen hacer una pintura distinta. Cuando Virgilio Piñera intenta renovar el teatro, su hermano Humberto repite la misma aventura en la filosofía.

Estas minimemorias del arquitecto Nicolás Quintana que ahora publica *Encuentro* demuestran fehacientemente lo anotado. Cuando Quintana habla con entusiasmo y admiración de Portocarrero y Lam, de Julián Orbón y

Aurelio de la Vega, de Guillén y de Lezama, de David y de Díaz de Villegas, está describiendo un mundo de excelencia creativa al que él mismo y Ricardo Porro pertenecen. Para él, dentro de la arquitectura, es la «generación del 50», pero se trata de un fenómeno mucho más amplio. Es esa Cuba de mediados de siglo, prometedora, abierta al mundo, intelectualmente tensa y alerta, en cuyos teatros se exhibía a Ionesco o a Miller, que escuchaba a los compositores europeos de vanguardia, o en la que algunos jóvenes cineastas —Almendros, Germán Puig, Titón, Orlando Jiménez Leal— ya soñaban con hacer un buen cine capaz de hombrearse con el que se producía en otras naciones más ricas.

Pero quizás era en el campo arquitectónico, tanto en el urbanismo como en el diseño de edificaciones, y especialmente en La Habana, donde resultaba más urgente el surgimiento de un vigoroso *cluster* capaz de ejecutar simultáneamente dos tareas que algo tenían de contradictorias: por una parte, defender el perfil urbano de una de las ciudades más bellas del mundo, pero, por la otra, llevar adelante esa labor de preservación sin renunciar a la modernidad que proponían gigantes de la talla de Gropius, Van Der Rohe, Le Corbusier o el americano Frank Lloyd Wright. El reto consistía en buscar un espacio original y propio dentro de una tendencia universal. «¿Cuál es la esencia de la arquitectura cubana?», le preguntaron a Gropius a su paso por Cuba. «No puedo clasificarla —contestó el alemán—, pero puedo calificarla... continúen haciéndola». Quintana, muy joven, sí sabía identificarla: son esos 22 rasgos arquitectónicos que anota como «lo cubano», lo que le da al paisaje urbano de la Isla un ademán diferente y lo que le crea su lugar en el mundo. Son los vitrales cubanos, los *mediopuntos*, las columnas y zaguanes, los umbríos patios interiores, el trazado de los pueblos, tan viejo como Roma, como Vitruvio. Es esa mezcla de estilos e influencias que se asoma en unos balcones o en unas rejas. Quintana ha sabido dibujar nuestro *identikit*: Cuba es así. Se ve así.

¿Qué hubiera pasado si...?

En la década de los cincuenta —en realidad desde los años treinta— la sociedad cubana vivía dos revoluciones simultáneas: una se desarrollaba a tiros en el ámbito político, y otra, mucho más prometedora y profunda, sucedía en la esfera de la cultura y la economía. Por aquellos años Walt Whitman Rostow había lanzado su teoría sobre los umbrales del desarrollo y Cuba encajaba perfectamente en su descripción: la Isla despegabá rumbo al primer mundo, y no sólo por los niveles de producción y consumo o por el per cápita alcanzado, sino porque en todos los órdenes de la convivencia existían esos *clusters* —entonces no se les llamaba así— capaces de sustentar el esfuerzo sostenido que requiere la prosperidad creciente. Cuba tenía las élites necesarias para dar el salto. Nicolás Quintana —hijo de otro gran arquitecto del mismo nombre, fundador del estudio Moenck & Quintana— pertenecía a ellas. En realidad fue una pérdida para todos los cubanos que Quintana sólo haya podido llevar a buen fin 36 proyectos arquitectónicos dentro de la Isla, y que sólo uno de ellos —el Banco Nacional, luego transformado en Hospital Ameijeiras— tuviera el tamaño y la ubicación adecuados para contribuir a moldear (positivamente) el perfil de La Habana.

¿Qué hubiera pasado en el campo del desarrollo urbano y arquitectónico si en lugar de una revolución comunista, tras la caída de Batista se hubiera implantado una democracia política que hubiese respetado la economía de mercado? Naturalmente, nunca podremos saberlo, pero es fácil predecir que La Habana y el resto de las ciudades grandes del país habrían estado sometidas a una intensa batalla entre diversas fuerzas económicas que hubieran intentado *maximizar sus beneficios*, como se dice en la jerga económica, aún a costa de causar un daño estético considerable. Ya había síntomas de que algo así podía suceder: desde el loco y felizmente descartado «Canal Vía-Cuba» que se proponía partir la isla en dos mitades, hasta el peligroso proyecto no aprobado, pero sí discutido, de convertir media Habana Vieja en un moderno centro bancario.

Lamentablemente, la revolución política que tuvo lugar a partir de 1959 aplastó a la otra revolución —un movimiento original, surgido espontáneamente— y la substituyó por las decisiones arbitrarias de un puñado de burócratas subordinados a los caprichos del Comandante en Jefe. Esto afectó sustancialmente el destino general del país, y, por supuesto, el de nuestras ciudades y construcciones. La Habana, pues, no tuvo que enfrentarse a los riesgos y a las oportunidades de una gran batalla estética y económica, como les sucedió a todas las grandes ciudades del mundo en la segunda mitad del siglo XX —batalla que ya tenía en primera fila a Nicolás Quintana—, sino se vio sometida a la decadencia creciente del socialismo, a la vulgaridad sin límites de los planificadores estatales, y a la crónica falta de mantenimiento y renovación que se deriva de un modelo de sociedad en el que no existen la propiedad privada ni la responsabilidad individual. Resultado: ese patético desastre de una ciudad en ruinas, despintada, en la que al menos la mitad de la población vive miserablemente y sin esperanzas de mejorar, dado que la única señal de sensatez y alivio es la que emite Eusebio Leal con su tenaz reconstrucción de La Habana Vieja, pero a un ritmo desesperantemente lento, mucho más despacio que la piqueta demoledora del clima tropical.

De ahí la curiosa paradoja del castrismo: la indolencia urbanicida del Máximo Líder, hombre siempre entregado a delirantes fantasías agropecuarias —vacas enanas empedernidamente dedicadas a abastecer de leche a los cubanos, indestructibles semillas de café capaces de germinar en los adoquines, árboles que detienen los ciclones— ha servido, a un tiempo, para preservar y para destruir La Habana. Por una parte, impidió que la especulación excesiva derribara construcciones estéticamente armoniosas. Por otra, permitió irresponsablemente que la falta de cuidado y la insuficiente construcción de viviendas convirtiera los centros urbanos en verdaderos desastres. Gracias a la revolución sabemos cómo fue La Habana en tiempos más dichosos y prometedores. Por culpa de ella nunca supimos cómo pudo llegar a ser. ¿Será posible algún día sanar y recuperar esa ciudad maravillosa? No lo sé: pero ojalá que sea pronto para contar con el consejo de Nicolás Quintana. Hace falta.

Nicolás Quintana, Arquitecto

Impresiones personales sobre su ejecutoria profesional:

Las siguientes notas presentan una recolección de tres experiencias con la trayectoria profesional de Nicolás Quintana. La primera fue cuando terminaba mis estudios en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana, entre 1952 y 1954. Quintana era uno de los socios principales de la firma Moenck y Quintana, una de las más prestigiosas en Cuba, en aquella época.

Trabajé como dibujante en Moenck y Quintana en ese período, y considero que lo más importante de esa experiencia fue la forma en que Quintana conducía el taller de diseño. Todos los que trabajábamos en el taller, desde dibujantes como yo hasta los profesionales y consultores, participábamos en discusiones muy animadas sobre cada proyecto, las cuales a menudo se extendían al campo de la Arquitectura y el Urbanismo.

Algunas de las sesiones más interesantes eran las que Nicolás organizaba, al final de la tarde, cuando regresaba de sus frecuentes viajes al exterior. Nicolás nos mostraba innumerable cantidad de transparencias sobre ciudades y edificios notables, lo que generaba acaloradas discusiones sobre la actualidad arquitectónica. A los estudiantes nos pagaban por el tiempo de esas sesiones, y cuando los administradores de la firma protestaban sobre el costo de esa actividad, la respuesta de Nicolás era que la calidad de trabajo de la firma dependía directamente del nivel de conocimientos de arquitectura de los que trabajábamos en la empresa.

Esa preocupación por la excelencia de la obra arquitectónica se proyectaba más allá del taller de diseño, extendiéndose a la ejecución de la obra y a su contexto. La preocupación de Quintana con la calidad profesional ha sido, y es, la característica principal de su obra.

Mi segunda experiencia con Quintana fue varios años después, cuando coincidimos en la Junta Nacional de Pla-

Felipe J. Préstamo y Hernández

nificación, donde yo era Sub-director de la oficina a cargo del Plan Regulador Nacional, y Nicolás era el Director de la oficina responsable de los Planes Reguladores de Trinidad y Varadero. Nuestras responsabilidades nos permitían una relación muy estrecha, discutiendo aspectos nacionales y regionales que podrían influenciar el desarrollo urbano de ambas ciudades.

Quintana se enfrentó a una situación conflictiva: Trinidad, una ciudad fundada en 1514, requería un plan dominado por la continuidad histórica y la preservación de su patrimonio arquitectónico y urbanístico, mientras que Varadero surgía como un centro turístico internacional. El conflicto entre continuidad y cambio fue claramente identificado por Quintana y se reflejó en sus propuestas sobre ambas ciudades.

Mientras se desarrollaba esa labor, Nicolás trabajó incansablemente por el desarrollo de una conciencia urbanística en el país, destacando la continuidad edificio-ciudad. Esta actitud se ha reflejado claramente en su ejecutoria profesional.

La tercera experiencia se refiere al presente, cuando hemos coincidido en el mundo académico. En los últimos años de mi labor docente en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Miami, invité a Quintana frecuentemente a mis cursos, como conferencista y como crítico en diversos talleres de diseño. Sus intervenciones fueron bien evaluadas por colegas y estudiantes.

Después de mi reciente retiro, en 1997, nos hemos mantenido en contacto. Ahora Nicolás es Profesor en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Internacional de la Florida, donde está realizando una labor extraordinaria, apoyándose en su experiencia profesional y en su sólida formación cultural, que va mucho más allá de los confines de la profesión.

Considero que la ejecutoria del Arquitecto Nicolás Quintana debe ser divulgada, no solo por su indiscutible calidad profesional sino también por la dimensión humanista de su vida, en la que ha mantenido una inquebrantable dedicación a la obtención de la excelencia en la Arquitectura y sus entornos.



Los sonidos del Spanglish

Entre dialecto y lengua

I l á n S t a v a n s

LA OFICINA DEL CENSO DE ESTADOS UNIDOS INFORMÓ que para el año 2020 los latinos conformarán el mayor grupo minoritario de ese país, superando a los negros y a los asiáticos y totalizando una población superior a los 70 millones de habitantes. Uno de cada cuatro estadounidenses será de ascendencia hispana. Esta explosión demográfica probablemente transformará todos y cada uno de los aspectos de la cultura y sociedad estadounidense, entre ellos el idioma. De hecho, esta metamorfosis verbal ya se está produciendo en la actualidad de una forma acelerada: el español —hablado en este continente desde que los exploradores ibéricos colonizaran los territorios que ocupan en la actualidad los estados de Florida, Nuevo México, Texas y California— se ha convertido en un idioma ubicuo en las últimas décadas. El español es el segundo idioma no oficial de la nación como lo demuestra el hecho de que en Estados Unidos haya dos canales de televisión y más de 275 estaciones de radio que transmitan en nuestro idioma las 24 horas del día. La educación bilingüe ha ampliado el conocimiento del español en las escuelas de todo el país. El idioma es utilizado en el 70 por ciento de los hogares latinos, y en las universidades estadounidenses es el idioma más estudiado y más buscado como «lengua extranjera». Según *The Miami Herald*, «en todos los ámbitos, los jóvenes profesionales estadounidenses parecen ansiosos en aprender el idioma lo más rápido posible para no sentirse rezagados con respecto a los demás».

Sin embargo, el español no se está propagando de una forma pura al norte del Río Grande. Una muestra de la «fiebre latina» que se ha apoderado de Estados Unidos desde mediados de los años 80 es la amalgama asombrosamente creativa hablada por los pueblos de ascendencia hispana no sólo en las grandes ciudades sino en las áreas

rurales: no es español ni inglés sino un híbrido conocido como spanglish. El término y el impacto que ha generado han despertado numerosas polémicas. ¿Habrá perdido el español su pureza de una forma irremediable como resultado de este proceso? ¿Acaso el inglés se hará menos inglés en la lengua de los latinos? ¿El spanglish es un idioma legítimo? ¿Debería contar con el respaldo del sistema establecido, es decir de su clase intelectual y política? ¿Quién lo utiliza y por qué? ¿Cuáles son sus perspectivas? El término spanglish se ha tornado candente a medida que el debate en torno al uso del «ebonics» (inglés hablado por los negros) se ha extendido en todas las escuelas de Estados Unidos y el movimiento que favorece el uso exclusivo del inglés ha retomado fuerza.

Como pudiera esperarse, estas preguntas han contribuido a crear una atmósfera de angustia y temor en los enclaves no hispanos. ¿Acaso estamos presenciando una latinización de Estados Unidos? ¿La nación estadounidense corre el riesgo de adoptar una nueva lengua? ¿Está perdiendo su identidad colectiva? Por otra parte, los puristas que forman parte de la «intelligentsia» hispana se niegan a apoyar al spanglish como vehículo de comunicación. Los intelectuales alegan que carece de dignidad y que no tiene una esencia propia. Sin embargo, se trata de una posición equivocada. Para los 28 millones de hispanos que viven al norte del Río Grande, el español es la conexión con un pasado colectivo mientras que el inglés es su boleto al éxito. Sin embargo, el spanglish es la fuerza del destino, una señal de originalidad. Aunque no se enseña en las escuelas, los niños y adolescentes de costa a costa lo aprenden diariamente en la mejor universidad disponible: la vida misma.

Para tener una idea del potencial del spanglish, sólo basta pensar en el yiddish, utilizado por los judíos de Europa Oriental desde el siglo XIII. El yiddish nació como resultado de las divergencias entre los segmentos cultos e iletrados de la sociedad judía, tanto dentro como fuera del ghetto. Esta lengua se originó como un intento de separar lo sagrado de lo secular, lo intelectual de lo mundano. Sus fuentes lingüísticas eran abundantes: hebreo, alemán, ruso, polaco, y otras lenguas eslavas y la combinación se vio revigorizada por otros agregados lingüísticos, incluyendo el español de Buenos Aires, La Habana y Ciudad de México, y el portugués de Sao Paulo. En una primera instancia, los rabinos y los estudiosos rechazaron el yiddish tildándolo de ilegítimo. Pasaron muchos siglos antes de que esa lengua fuera defendida por maestros como Sholem Aleichem, Isaac Leth Peretz, S. Ansky e incluso Marc Chagall, cuyas imágenes pictóricas no son más que versiones de su origen en una aldea judía rusa.

Es obvio que las diferencias entre el yiddish y el spanglish son muchas. De hecho, no estamos sugiriendo que ambas lenguas tengan el mismo metabolismo. Sin embargo, sus semejanzas son asombrosas. Los latinos ya forman una parte fundamental del tejido social estadounidense. Me parece absurdo que intelectuales recluidos en una torre de marfil condenen su lengua como algo ilegítimo. Esto sólo refleja la torpeza de estudiosos y académicos. ¿Quiénes somos nosotros, que vivimos en la comodidad de una ciudad universitaria, para exigir a millones de personas que viven en la zona este de Los Ángeles y en el área de habla hispana de Harlem para estudiar la supuesta forma

correcta del español? ¿quiénes somos nosotros para dictar lo que es aceptable y lo que no lo es? Como bien lo señalara Maimónides hace muchos siglos, uno puede expresar ideas trascendentes en cualquier idioma. Sin embargo, se necesita un nuevo idioma para expresar las cosas deleznable.

No tiene sentido proteger el castellano de la acción de los «bárbaros» que viven en los ghettos situados al este de Los Ángeles y en el área de habla hispana de Harlem ya que el spanglish se ha establecido plenamente y es hora de que los intelectuales así lo reconozcan. Después de todo, los idiomas cambian constantemente. Borges escribió en un español anglicanizado y Julio Cortázar hizo que su ficción cobrara vida al utilizar un español con giros franceses. Ambos fueron condenados en varios momentos de sus carreras por «contaminar» el idioma. Ahora bien, ¿quién se atrevería a invocar la tradición de Cervantes sin mencionarlos a ellos? Los escritores son, entre muchas otras cosas, precursores del cambio y se convierten en un testimonio vivo de su era.

En la actualidad, se está registrando en Estados Unidos un cambio acelerado en el ámbito social, político, religioso pero fundamentalmente un cambio verbal.

Las vidas de los inmigrantes se están fraguando en nuevos crisoles gramáticos y sintácticos, mezclas increíbles de inventiva y de amor a la vida. En ellas, el binacionalismo, el biculturalismo, y el bilingüismo van tomados de la mano. Un gran número de artistas y escritores de extraordinaria calidad han traducido este cambio en obras creadas con palabras que no son las de Cervantes ni las de Shakespeare pero son igualmente legítimas.

Lo que está en juego no es el futuro del spanglish, que ya es sólido y prominente, sino su amplia aceptación. El inglés es, y no hay dudas de que debería ser, el único idioma oficial de Estados Unidos. Sin embargo, esto no significa que al lado del inglés no deberían convivir otras lenguas, tal y como ha ocurrido desde la llegada del Mayflower a costas americanas. En esta tierra, nunca ha habido nada puro, especialmente la idea de hogar. A diferencia de otros grupos inmigrantes, los latinos han descubierto que su idioma étnico se mantiene con vida y vigor en esta tierra, 150 años después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que puso fin a la guerra comúnmente conocida como «el trauma del encuentro». Otras lenguas de inmigrantes, como el alemán, el italiano e incluso el yiddish, se han desvanecido como canales populares de comunicación, lo que no ha ocurrido con el español. De hecho, su resistencia en este fin de siglo es más evidente que nunca: tanto en la radio como en la televisión, en la música, en la palabra impresa, y especialmente en la calle. Sin embargo, no es el mismo español ni el inglés utilizados en los países de origen. ¿Los políticos y las instituciones académicas comenzarán a reconocer este enorme poder? ¿O seguirán siendo, como lo han sido durante décadas, una sociedad rezagada? Los latinos dejarán una huella en Estados Unidos con su propia lengua. Al hacer esto, no sólo invitarán al resto de la sociedad a unirse a su celebración verbal sino que tendrán un efecto mucho más atractivo, como lo es cambiar la forma en que utilizan su propio lenguaje.

En definitiva, el surgimiento del spanglish no es ni repentino ni nuevo. De una forma u otra, ha estado presente durante varias décadas e incluso siglos,

aunque desde mediados de los años 80 ha captado no solamente la atención nacional sino que ha ganado un sentido de urgencia al hacer que su presencia se sienta en el rap y en el rock, así como en el arte y la literatura. Sin embargo, a pesar de que poetas y cantantes están comenzando a utilizarlo en sus obras, y de que algunas secciones periodísticas, como los avisos clasificados en los periódicos y las revistas de deportes y de música no puedan evitar su uso, continúa siendo, para la mayoría, un código de comunicación oral, de espíritu libre y que desafía toda normalización. A continuación les presentaremos un breve léxico, seleccionado entre un grupo de más de 10.000 palabras que Hopscotch comenzó a recopilar debido a su representatividad. En el léxico aparecen las palabras en orden alfabético y se especifica en donde son utilizadas. Sin embargo, no se ofrece ni el contexto en el que se utiliza ni una breve historia de algunos términos fundamentales como *pocho*, *nuyorrican* y *YUCA*. Se trata de un trabajo que aún se encuentra en una etapa de desarrollo, y que pretende finalizar con la publicación de un diccionario integral del *spanglish*.

Todo léxico serio de esta forma híbrida de comunicación debería, a nuestro juicio, moverse en varias direcciones a la vez: establecer una distinción entre cambio de código y palabras establecidas; reflejar las variedades de *spanglish* activas en Estados Unidos mediante un inventario de las diversas pronunciaciones y de sus orígenes; tener una lista de las expresiones comunes que recalquen la naturaleza gramatical híbrida del *spanglish* (llamar *pa'tras*, ¡Qué tenga un buen día!); presentar una lista de los anglicismos y los términos de la cultura popular estadounidense que han ingresado recientemente al español (*antibaby*, *kleenex*) y de los hispanismos que han penetrado en el inglés (*piñata*, *burrito*); y finalmente, incorporar al ubicuo *ciber-spanglish*, que es la lengua de la computación utilizada en Internet.

Está de más decir que los especialistas de Hopscotch no son los primeros en intentar esa clasificación. Roberto A. Galván y Richard V. Tescher compilaron su *Diccionario del español chicano* en 1989; José Sánchez-Boudy publicó su *Diccionario de cubanismos más usuales desde 1982*; y Rubén Cobos, profesor de la Universidad de Nuevo México, editó *A Dictionary of New Mexico and Southern Colorado Spanish* en 1983. Estos son algunos de los valiosos esfuerzos, aunque de carácter parcial, que se han emprendido hasta ahora. El objetivo principal de estas obras ha sido evaluar el impacto del inglés en el español en regiones geográficas particulares y entre grupos nacionales individualizados. El único que le ha concedido autonomía al *spanglish* como código verbal es Bill Cruz, un colaborador de la revista *Generación ñ*, con sede en Miami, quien publicara una guía de bolsillo llamada *Cubano Americanismos* en 1996. Cruz tiene prevista una nueva edición en una versión ampliada que será publicada por Fireside bajo el nombre *The Official Spanglish Dictionary*. Lamentablemente, el diccionario de Cruz, aunque presenta un gran número de apéndices, está fundamentalmente limitado al dialecto de Miami. En realidad no se puede catalogar como una obra oficial ni como un diccionario, en el verdadero sentido de la palabra, ya que presenta menos palabras que las que un hablante de *spanglish* utiliza en una hora.

Muestras del Léxico spanglish-español

A

- Águate**, interj., ¡Cuidado! [SO]
Airobús, n. m., aerobús. También conocido en Puerto Rico como guagua aérea [NR, PR]
Amigoization, n. f. mexicanización del suroeste [Ch, SO]
Atejanar, v., actuar como los tejanos [SO]
Auditear, v. Auditar [C, M, SO]

B

- Babay**, exp., Adiós (bye-bye) [G]
Bacup, n.,m., (back up) información de respaldo en la computadora [CS]
Bastardiar, v., 1. Tener relaciones extraconyugales. 2. Engendrar bastardos [G].
Biciclo, n.f., bicicleta [G].
Bife, n.,m. Bisté o bistec
Bipiar, v. Enviar un mensaje por un buscaperonas, utilizar un buscaperonas. [G]
Bluyin, n., m. Blue jeans (Pantalón vaquero) [G]
Borderígena, n., m. y f., ciudadano que habita en la frontera [SO]
Borderlain, n.,m. y f., (borderline) persona a punto de sufrir un colapso nervioso. [G]
Borinquén, n.m. puertorriqueño [G]

C

- Cachar**, n.m atrapar. [G]
Cachup, n.,m. (Ketchup), salsa de tomate. Se escribe de forma diferente en varios países americanos [G]
Califa, califeño, californio. n.m y f. Residente de California [G]
Chicano, n.m. y f. Estadounidense de origen mexicano que no se ve a sí mismo como un anglosajón [G]
Choqueado, adj. Sorprendido, anonadado [G]
Cibernauta, n. m. y f. Navegador en la red [CS]

D

- Dauntan**, n.m., (downtown) centro de la ciudad [G]

- Dedlain**, n. m. y m. (deadline) plazo [G]
Dona, n.f., (doughnut) rosquilla [G]
Driblar, v. (dribble) driblar [G]

E

- Ese**, n., m. y f. Amigo, compañero
Estore, n., f. (store) tienda [G]

F

- Fletear**, v. Caminar por las calles [G]
Flipar, v. Estar sorprendido, conmocionado [NR, PR, SO]
Floshear, (flush) halar la cadena en el baño [G]

G

- Ganga**, n., f. (gang) banda [C, SO]
Gringo, n., m y f. 1. Extranjero, 2. Galimatías [G]
Grocerías, n. f. (groceries) comestibles [C, NR.]
Guachá, interj. (watch out) ¡Cuidado! [SO]
Guachear, v. (watch) observar [SO]

H

- Hood**, n. n., (neighborhood) barrio [Ch., SO]
Hooda, n.f. policía. Del español judicial [Ch]

I

- Inglesado**, adj., m. y f. Anglicanizado [G]
Inspectar, v. Inspeccionar [G]
Imailiar, v. (e-mail) Enviar correos electrónicos [CS]
Istlos, exp., (East Los Angeles) Este de Los Ángeles [SO]

J

- Janguiar**, v. (hang out) Pasar el rato 2. Mero-dear [C]
Jazzear, v. Improvisar [C]
Jersisiti, ref. a Jersey City [C, NE]

K

- Kanseco**, adj. m. y f., nativo de Kansas [SO]

L

- Liftear**, v. (lift) levantar [NR, PR]
Liquear, v. morderse la lengua 2. (leak) Filtrar [Ch, NR]
Lonche, n., m. (lunch) almuerzo [G]

M

- Maicrogüey**, n. m. (microwave oven) microondas [C, NE]
Manflor, n. f. Lesbiana [Ch]
Marqueta, n. f. Supermercado [NE, NR, PR]
Mikimau, n.m. 1. Mickey Mouse [C] 2. Un ratón de computadora [CS]

N

- Naco** (NA co) n. m. y f. Plebe [Ch, M]
Nerdear, v. 1. (nerd) Actuar como un sabihondo 2. Estudiar mucho [NE]
Nuyorriqueño, n. m. puertorriqueño de Nueva York [NE, PR]

Ñ

- Ñero**, n. m. Estadounidense de origen mexicano [SO]

P

- Parisero**, n. m. y f. Fiestero [NE, NR]
Parqueo, El acto de estacionar un automóvil [M, NE, SO]
Perfomear, (perform) v. actuar [NE]
Printear, (print) v. imprimir [CS]

R

- Rentero**, n.m. y f. Arrendador [Ch]
Ringuear, v. llamar por teléfono [G]
Rocka, n., f., crack, droga [Ch, SO]
Roliar, v. enrollar [SO]

S

- Singlista**, n. m. jugador de tenis en sencillos [G]

T

- Tachar**, v. tocar [Ch]
Teipear, v. grabar con un videograbador o un grabador de cinta [CS, G]

U

- Ufo**, n.m. objeto volador no identificado [G]

W

- Wachale**, exp. ¡cuidado! (watch out) [Ch, SO]
Webazo, un mensaje doloroso recibido por la web
Webá, sensación de aletargamiento o flojera que le quita a uno las ganas de navegar por la web.
Winshiwaipers, n.m. limpiaparabrisas [C]

Y

- Yarda**, n. patio (backyard) [NR]
Yoguear, v. trotar (jog) [C, M]
YUCA, n. joven cubano-estadounidense de origen urbano (Young urban Cuban American) [C]

Siglas utilizadas

C: Cubanismo

Ch: Chicanismo

CS: Ciber-spanglish

G: General

M: Mexicanismo

NE: Noreste

NR: usado por los neoyorquinos de origen puertorriqueño

PR: puertorriqueñismo

SO: Suroeste

Las amistades peligrosas

Velia Cecilia Bobes

SI ALGÚN PROCESO DE CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA NECESITA de la existencia del otro, ese es la identidad. La otredad y la diferencia son esenciales para definir un sí mismo que sólo en estos términos —en tanto diferente del otro— puede percibir su mismidad. La nación, como comunidad imaginada¹, se figura siempre soberana (por lo tanto «sueña» con un Estado que garantice esa soberanía) y limitada por fronteras finitas (aunque flexibles) más allá de las cuales existen otras naciones. Juntas, identidad colectiva y nación, forman un dispositivo simbólico de gran valor emocional, en las cuales las fronteras se subjetivizan y se tornan encuentro con el otro.

*On Becoming Cuban*², es un libro que trata precisamente de esto: de la importancia del otro en la definición y construcción de la identidad, la nacionalidad y la cultura cubanas; y lo hace bien; exhaustivo hasta el detalle delicioso, se adentra por un camino poco transitado, el de la cultura en su sentido (geertziano) de sistema de significados compartidos y transmitidos a través de símbolos que orientan e informan las prácticas y los sentidos asociados a ellas, a la vez que define los límites y contextos en los cuales se actúa (especialmente en la vida cotidiana).

Quizás éste sea su principal atractivo, ya que se trata de una historia cultural que retorna a las complejas y tensas relaciones de Cuba con EEUU; más que eso, es un libro sobre cómo este vínculo llega a penetrar hasta los intersticios y las periferias de la vida cubana, labor detectivesca que busca (y encuentra) la huella del gringo en las más disímiles locaciones; desde la tecnología y la economía hasta los nombres de los bares, el boxeo y la pelota.

¹ Anderson, B. *Imagined Communities*, Verso, Londres, 1990.

² Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban. Identity, nationality & Culture*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999.

Para completar el cuadro, recorre el camino en sentido inverso y nos acerca al modo en que Cuba entra al imaginario norteamericano, en el cual se construye (metafórica pero también literalmente) como lugar de placer, romance, sensualidad y exotismo³, sentido que reingresará (a la postre de manera incómoda) a la narración de la cubanidad.

En una historiografía donde abundan las investigaciones sobre las relaciones económicas, políticas y diplomáticas Cuba-EEUU, es raro (y agradable) ver a un historiador incursionar en lo (aparentemente) trivial y abandonar las «grandes estructuras y los procesos enormes», los tratados comerciales, la hegemonía política y las rutas de la injerencia y el conflicto, para intentar explorar aquellos ámbitos donde se ha producido la aquiescencia, el acomodo y la familiaridad.

A lo largo de 500 páginas, Pérez se dedica a desentrañar cómo es en esta familiaridad (construida, reconstruida y deconstruida a través de poco más de un siglo) más que en el conflicto, donde se traman algunos de los componentes de la definición de la identidad y, en este sentido, interviene como medio de integración de los sistemas normativos. La hipótesis central del texto, que le sirve como hilo argumental a la extensa narración a de los diversos eventos, nos invita a pensar que la hegemonía norteamericana no podría haber tenido lugar sin la participación de los cubanos (ordinarios) y que ello se explica porque la influencia norteamericana se convirtió en un factor de la identidad nacional desde el mismo momento de la formación de la nacionalidad. Tal hipótesis y su despliegue analítico fundamentado en una enorme evidencia empírica (casi toda desconocida u olvidada) contribuyen a subvertir la idea del rechazo y el enfrentamiento permanentes —punto nodal de nuestros discursos identitarios (tanto culturales como políticos) que ha dado vida y legitimación al nacionalismo beligerante que ha caracterizado la política cubana, al menos en los últimos 40 años. A la vez, ayuda a comprender —desde un argumento cultural— la rápida adaptación y el desempeño de la comunidad cubana en su última diáspora hacia Miami.

La otra idea fuerte que atraviesa el texto refiere al contenido mismo de la narración de la identidad: Cuba como nación se auto imaginó básicamente en un sueño que prefiguraba a la futura comunidad política íntimamente ligada a la modernidad, la civilización y el progreso (cuyo modelo, vale repetirlo, lo proporcionaban precisamente los Estados Unidos). En este punto, otro de los aciertos de la propuesta de Pérez reside en la forma en que amplía la comprensión de las nociones de modernidad, civilización y progreso al extenderlas desde lo económico-estructural y tecnológico (ámbitos favoritos de los historiadores cubanos para estudiar los procesos de modernización) hacia zonas más «triviales» de la vida social como es el caso del consumo material, la publicidad, la recreación, el deporte, la vida nocturna, la moda, la música y el cine. Esto, le permite desplazarse de la historia de las instituciones

³ Cualquier semejanza con la realidad actual es pura coincidencia.

hacia la historia de la sociedad y darle voz y visibilidad a los portadores (siempre anónimos y silenciados) y actores de la cubanidad.

Así, logra demostrar cómo los contactos sostenidos y permanentes entre los dos pueblos han dejado marcas en todas las esferas de la vida cubana (visibles aún hoy y, en este sentido, razones para un reencuentro). Su indagación exhaustiva en torno a la creciente presencia norteamericana en la economía cubana, el aumento de los flujos migratorios, la creciente importancia del bilingüismo, el diseño de la educación, la asunción de costumbres y modas en —prácticamente— todas las clases sociales, su influencia en las relaciones raciales y de géneros, así como en los medios de comunicación y las celebraciones y festividades; las transformaciones urbanísticas y los estilos arquitectónicos, las misiones protestantes, (y un larguísimo etcétera); muestran cómo, en la narrativa de la cubanidad, ser moderno, civilizado y progresista fue siendo cada vez más *becoming american*.

Esta pasión por el detalle, el uso de numerosas y variadas fuentes cubanas —archivos, revistas y periódicos, literatura, entrevistas— y el uso creativo que el autor hace de ellas, le permiten realizar, más que una historia cultural de las relaciones Cuba-USA, un viaje (inédito para el caso de la sociedad cubana) por los ámbitos cotidianos en los que se traman y dan forma las mentalidades y las autopercepciones de los sujetos en sus vidas diarias, el substrato, casi siempre ignorado, de eso que llamamos identidad.

Sorprende, sin embargo, en un esfuerzo tan minucioso, percibir algunas ausencias que no pueden dejarse de notar. Me refiero a una reflexión sobre la dimensión política y la constitución y funcionamiento del espacio público.

Si hablamos de identidad nacional, de cubanidad o de lo cubano, estamos obligados a discutir una dimensión política ya que si bien las identidades colectivas nos permiten quedarnos en el ámbito de la cultura en general, al agregarle el referente de pertenencia «nacional» nos enfrentamos a algo que implica fronteras, las cuales, al menos en el mundo moderno, siempre refieren a una definición política y, en la mayoría de los casos a un Estado nación (ya existente o construible). Por otra parte, la referencia nacional ha sido uno de los más importantes factores legitimantes de tal forma de organización política, ya que es el mecanismo principal para fundar —al interior del territorio políticamente delimitado— un campo homogéneo dentro del cual las prácticas de los individuos y los sentidos subjetivos asociados a ellas garanticen la identificación de los mismos con las instituciones. En este sentido, la nación no sólo cumple la función psicosocial de otorgar a los individuos un principio clasificatorio que los iguala al conjunto de los hombres que comparten su espacio social y los identifica con una tradición cultural, un pasado común y un proyecto de futuro también común, sino que cumple además la función claramente política de dar integración y cohesión a la sociedad y legitimación a un cierto orden. En el caso cubano no ocurre de otra manera; y esta dimensión política se hace evidente, por ejemplo, cuando el autor discute el modo en que los afrocubanos fueron incluidos en la narración de la nación (en las últimas décadas del siglo XIX), ya que esta inclusión se realizó en

términos políticos y no culturales, esto es, fueron aceptados en tanto ciudadanos con derechos pero sólo en la medida en que se asimilaban a una nación definida como comunidad política de iguales y con la condición de que no reivindicaran su diferencia (étnica y cultural).

Es precisamente por eso que la identidad nacional siempre está asociada a un tipo de solidaridad que se logra a través de un discurso (ideológico) que justifica la existencia del grupo, las más de las veces en una relación de conflictividad con enemigos definidos («nosotros» y «ellos»).

La identidad colectiva siempre se presenta como un horizonte de significación que refiere al sí mismo y que versa sobre sí mismo, por lo tanto precisa apelar a la volición⁴, es decir a la definición, por parte del interesado, de un campo de valores que represente lo común; por eso, precisa un discurso (al cual hay que hacer referencia en cuanto forma parte constitutiva de la propia identidad). Tal discurso estará conformado por un ámbito de valoración del criterio mismo de identificación y pertenencia (en este caso la nación); y por una narrativa que relate una historia compartida; lo cual constituye siempre un ejercicio de legitimación.

En Cuba tal ejercicio ha sido elaborado principalmente en la sociedad política y por los participantes en un espacio público de discusión, que si bien es cierto que en diversas épocas ha existido fuera de las fronteras del territorio —particularmente en los EEUU—, siempre ha establecido un diálogo con la constitución política, más que cultural, de la nación cubana. La imagen más poderosa de la nación cubana (desde el siglo XIX y hasta 1959 por lo menos) ha sido la República y en todas sus formulaciones se siente (con mayor o menor énfasis) la convicción de que la modernidad, la civilización y el progreso necesitaban de un Estado (más o menos fuerte) para dirigir su realización.

Como ha demostrado Castoriadis⁵ los símbolos son efectivos porque son imprecisos, por tanto contribuyen a dar realidad a las fronteras de la comunidad con la suficiente fluidez como para que los mismos significantes sean dotados de diversos significados y viceversa. La nación como comunidad imaginada se construye en un largo proceso cuyos avatares deciden en cierto sentido las formas que asumirá. Por ende, dice bien el autor cuando afirma que la identidad nacional no es un substrato ontológico fijo en el tiempo sino un constructo flexible y cambiante, pero —yo agregaría— siempre es también un terreno de competencia, y es en el espacio público y en sus discursos político-intelectuales donde los diversos grupos ponen a disputar diferentes concepciones de nación.

Desde esta perspectiva, para aprehender cabalmente la conformación de lo cubano (incluso dentro del campo específico de sus relaciones con los EEUU),

⁴ Belanger, A.J.: «La lucha de las solidaridades so capa de la identidad», en Prud'homme, J.F. *Demócratas, liberales y republicanos (ciudadanía, identidad y comunidad política)*, El Colegio de México, en prensa.

⁵ Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquest, Barcelona, 1989.

se hace necesaria una referencia a los movimientos políticos (re)fundadores de la nación y a los discursos de invención del pasado que han competido en su(s) espacio(s) público(s). Una reflexión sobre la posibilidad de «modernidad sin independencia» o de «soberanía delegada con civilidad y progreso» que los sectores liberales, autonomistas y reformistas llevaron a cabo con la mirada puesta hacia España, complementaría el excelente análisis de Pérez sobre cómo los EEUU fueron el modelo y el escenario sustituto para difundir en (el espacio público de) la emigración la narrativa de la nación como el proyecto de «Cuba Libre» (y cómo sus valores entraron en él). Los cubanos imaginaron, mucho antes de que tuvieran existencia real, no sólo a su nación y a su estado, sino también a su adversario. Pero este sueño profético se soñó en muchas camas diferentes y con enemigos, también distintos.

Es por eso que en los albores de la república son diversos los modos de acomodarse a la presencia norteamericana y de percibir la relación con la historia. Si bien es cierto que —como dice el autor— la nueva cultura republicana en su empeño por distanciarse del pasado buscaba las nuevas bases morales y materiales para la vida cotidiana en los modos norteamericanos, también es cierto que desde muy temprano en el siglo XX comienza a gestarse un discurso intelectual directamente enfrascado en la definición de la identidad y comprometido con la narrativa de la cubanidad. Este «discurso de la decadencia» o de la «frustración republicana» expresa todas las ambivalencias y las tensiones de la relación de Cuba, no sólo con la política injerencista y la presencia norteamericana, sino con las nociones de soberanía, democracia y civilidad. Producido en el marco de un espacio público que empezaba a dar muestras de pluralismo y gran actividad, cumplió la tarea de producir una narrativa de lo nacional y la (re)invención de la tradición⁶ y, en su desarrollo posterior, se encontraría con un movimiento social de gran envergadura que desde las esferas de lo cultural, lo social y lo político conduciría a la reconstitución de la nación, tanto en su sentido simbólico, como en su aspecto procedimental (Constitución del 40).

Por sólo citar los más conocidos, los grupos intelectuales que se nuclearon alrededor de revistas tan importantes como *Cuba Contemporánea* y *Revista de Avance*, o de asociaciones culturales y civiles como El grupo Minorista y el Movimiento de Veteranos y Patriotas, no sólo produjeron discursos sobre la cubanidad, sino que hicieron grandes contribuciones a la cultura cubana. Una mirada a estos movimientos y a otros posteriores (como los grupos de Orígenes y Ciclón) permitiría comprender la conexión entre la narración de la identidad nacional y sus dimensiones políticas y discursivas.

La ausencia de estos elementos en *On Becoming Cuban* hace que el lector sienta una cierta discontinuidad en el último capítulo, momento en el que

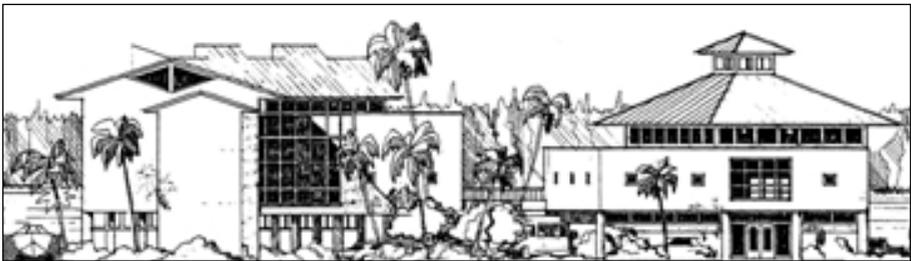
⁶ Rafael Rojas ha hecho un excelente análisis sobre estos movimientos y sus conexiones con el nacionalismo en los ensayos que conforman la primera parte de su *Isla sin fin*, Ed. Universal, Miami, 1998.

ingresan al análisis factores explicativos de naturaleza política para fundamentar la ruptura de los lazos de familiaridad, el fin de la aquiescencia y la reformulación de la identidad nacional a partir de 1959 (como es el caso de la represión del gobierno de Batista, la frustración de las esperanzas puestas por los cubanos en la Constitución del 40 y el disgusto por la no correspondencia entre sus ideales —de consumo, democracia y seguridad— y sus condiciones reales de vida).

Si podemos concordar con el autor en que en los años 50 la cultura se convirtió en un terreno de competencia, cada vez más convergente con la política (la afirmación de la una no podía alcanzarse sin la negación de la otra) y que la creciente crisis política dio nueva urgencia a la reconfiguración de las formas culturales⁷ (especialmente la identidad nacional); lo cierto es que esto ocurría desde mucho antes.

Los procesos sociales son complejos en sí mismos y por tanto requieren siempre de la atención a una gran cantidad de factores, dimensiones y planos analíticos, labor tanto más difícil cuando —como es el caso— el estudio abarca un siglo y medio de historia no narrada. A pesar de estas omisiones (o tal vez gracias a ellas), Louis A. Pérez logra un texto fresco, original y lleno de vigor, que capta el vínculo en toda su extensión (americanos en Cuba, cubanos en el exilio, el destierro o la emigración) sin demonizarlo ni santificarlo, simplemente dando cuenta de los múltiples detalles en que se ha hecho (y se hace) presente); por eso, nos invita a pensar las relaciones con los Estados Unidos y los cubanoamericanos desde una óptica más natural y a imaginar una convivencia posible. Esta es, pues, una obra necesaria, sea bienvenida y ojalá que nos sirva como un antídoto para la amnesia.

⁷ Pérez, L. *On Becoming Cuban...*, ed. cit., p. 473.



La Cuba de enfrente

Luis Goytisolo

LAS IMÁGENES MÁS TÓPICAS DE MIAMI, Y POR EXTENSIÓN de Florida entera —Disney World, la coherería de Cabo Kennedy, la atmósfera urbana del gran mundo y del submundo que nos brindan tanto el cine como los seriales televisivos— condicionan sin duda la idea previa del lugar que el visitante trae consigo. Y, no obstante, como en una novela, su base última responde a una realidad. En ningún lugar del mundo como en Florida la espectacularidad paisajística se convierte tan fácilmente en espectáculo y en atracciones los atractivos más dispares que la caracterizan. Si de noche, en pleno Miami, te puedes encontrar con una especie de rata bastante mayor cruzando la calle a la luz de los faros (al parecer, se trata de mapaches que viven en las copas de los árboles), en la autopista que enlaza el centro de la ciudad con los Cayos no tarda uno en toparse con carteles que advierten al conductor la posible presencia de cocodrilos en la carretera, un tipo de atropello severamente penalizado. Y es que las cosas, no menos que los acontecimientos, se suceden en Florida con la misma ausencia de solución de continuidad de esa calle que se convierte en la carretera que une los Cayos entre sí, ese rosario de islas que empieza en la práctica en Miami Beach y Cayo Vizcaíno para adentrarse luego 170 millas en el golfo de México, a sólo 90 millas de la costa cubana en su punto extremo, Key West o Cayo Hueso.

Hasta hará unos veinticinco años, hablar de Miami era, en realidad, hablar de Miami Beach, una estación turística de invierno frecuentada preferentemente por jubilados, el fruto de un negocio inmobiliario que la mafia de las ciudades del norte había empezado a promocionar en los felices veinte. Hoy, del mismo modo que la mafia italiana tradicional se ha visto arrinconada por la colombiana, Miami Beach es sólo un pequeño apéndice de Miami, una macrociudad cuyo nombre se suele hacer extensivo a los

restantes 26 distritos que forman el Condado de Dade. Veinte años atrás, los rascacielos del Downtown no existían, ni la extensión de la ciudad hacía precisa la red de autopistas urbanas que hoy posee, ni la industria textil local era la tercera en importancia de Estados Unidos, ni el puerto canalizaba el 30 por ciento del comercio con Hispanoamérica, ni cabía imaginar la actual concentración de bancos, hoteles, grandes almacenes y boutiques, ni las villas de lujo de Coconut Grove o Cayo Vizcaíno, con su estilizada atmósfera en azul, rosa y lila, habían convertido a Miami en el segundo escaparate atlántico del país, sólo rebasado por Nueva York.

EMIGRACIÓN POLÍTICA

El fenómeno, el milagro de Miami, como algunos lo denominan, tiene una estrecha relación con el exilio cubano, con ese aluvión de gente que ha ido abandonando Cuba por razones políticas y que hoy constituye casi el 40 por ciento de la población total del condado¹. Un tipo de emigración muy distinto al que es habitual en Estados Unidos —la económica— y que se distingue también de la otra importante emigración política que se produjo en fechas relativamente recientes —los judíos huidos del nazismo durante la Segunda Guerra Mundial—, porque, como si la proximidad de la isla hubiera ejercido un efecto magnético, el flujo se ha concentrado mayoritariamente en un solo punto —Miami— en lugar de dispersarse, sin dejarse encerrar por ello en una especie de gueto. Little Havana es sólo una de las primeras estaciones que acogen al emigrado, una especie de refugio provisional. Y es que, llevado de su conducta agresiva en el sentido anglosajón, altanera, como a ellos les gusta decir, el cubano con ganas puede alcanzar en Miami las posiciones más relevantes.

Los cubanos marginados, es decir, los cubanos que se encuentran en situación equiparable a la de los emigrantes de otros países hispanoamericanos que entraron ilegalmente en Estados Unidos o la de los haitianos de habla francesa, son muy pocos y, en gran parte, su número corresponde al cupo de delincuentes comunes de los que las autoridades cubanas de desembarazaron por el procedimiento de embarcarlos en el Mariel. ¿Es casual, por ejemplo, que los haitianos mejor situados con los que me tropecé fueran porteros de hotel o taxistas? En Estados Unidos, la profesión de taxista tiene cierto carácter eventual y, por paradójico que parezca —ya que no conocen bien la ciudad—, suele estar en manos de emigrantes. El único taxista anglo que me encontré —también resulta paradójico que en una ciudad norteamericana se utilice esa expresión para designar a los angloparlantes—, al advertir por mi acento que yo no era estadounidense, me preguntó de qué país provenía. Y, al conocer la respuesta, me miró inquisitivamente por el retrovisor. ¿Es usted vasco?, preguntó. Me dejó de piedra.

¹ Doce años después, esa cifra se ha incrementado considerablemente. Según el último censo, la población hispana del Condado Miami-Dade es de 2 millones 43 mil personas, que equivalen al 60% de sus residentes. De esa cifra, la mayoría son cubanos (más de 600 mil). (N. del E.)

BILINGÜISMO

¿Lleva Estados Unidos camino de convertirse en un país bilingüe? Teóricamente no, aunque en la práctica eso parezca, y no sólo en Florida, Texas o California, sino también en el norte, en ciudades como Nueva York y Chicago, donde, empezando por sus respectivos aeropuertos, gran número de rótulos están en español a la vez que en inglés. Pero es en Miami donde el movimiento de promoción de todo lo español se diría que tiene su epicentro. Desde aquí, propiciado en gran parte por cubanos que toman la cuestión como propia, se ha iniciado un proceso de revisión histórica que ya empieza a reflejarse en los libros de texto. El objetivo es, obviamente, prestigiar la presencia española en Norteamérica, haciendo hincapié, por ejemplo, en el origen hispánico de un buen número de Estados que durante siglos fueron gobernados bien desde México, bien desde La Habana, y que en la actualidad suponen bastante más de la mitad del territorio. O en la fundación de San Agustín, Florida, la ciudad más antigua del país. O en el papel que jugaron las tropas españolas de Gálvez en la independencia de Estados Unidos. También es aquí donde se conceden anualmente sendos premios literarios para obras de teatro, ensayo, poesía y novela, escritas en español. El primero se llama Letras de Oro y está patrocinado conjuntamente por la Universidad de Miami y por American Express². ¿Una operación de imagen, de publicidad indirecta en el caso de American Express, en definitiva, una agencia de servicios? Está claro que sí, ya que ahora mismo la estamos mencionando. Pero, al mismo tiempo, es una apuesta de futuro, un futuro del que, de desarrollarse todo conforme a los pronósticos, se habrá convertido en pionera (...)

DESARROLLO ECONÓMICO

La fuerte implantación del idioma español en Miami, propiciado por la emigración cubana, es sólo un aspecto del fenómeno, un fenómeno que, por otra parte, carece de equivalente en el país. Como me decía un relevante financiero nacido en Cuba, los cubanos se han integrado en todos los niveles de la sociedad norteamericana, mientras que el colectivo chicano, por ejemplo, que suele partir de cero debido a su extracción social, a la segunda generación puede considerarse asimilado. Y es evidente que la causa de tal diferencia no puede atribuirse sólo a una cuestión de carácter —la famosa altanería cubana—, sino también a un mayor empuje, basado a su vez en una mayor preparación profesional, que no tardó en plasmarse en una, asimismo, mayor capacidad económica. Que la emigración cubana ha sido el motor del desarrollo

² La última convocatoria del Premio Letras de Oro fue la correspondiente a 1994-1995. Asimismo, American Express patrocinó el certamen entre 1986 y 1990. Las ediciones de 1991 y 1992 contaron con el patrocinio de la fundación Spain '92, integrada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana, la Sociedad Estatal y la Comisión Nacional del Quinto Centenario. De 1993 a 1995, el premio fue patrocinado por la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España y la Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica de ese país.

económico de Florida es algo que nadie discute; un desarrollo, además, que se ha producido con un mínimo de roces con los anglos que pueden sentirse desplazados, en su mayor parte descendientes de los llamados crackers, gentes llegadas principalmente desde Georgia, en carretas —cracker, en este caso, hace referencia al chasquido de los látigos que usaban—, en el curso del siglo XIX. Yo diría que los propios cubanos se sorprenderían a veces de los logros alcanzados en los terrenos más diversos, financiero, turístico, industrial y agrícola; si cuando llegaron, por ejemplo, la producción azucarera de Florida era de 100.000 toneladas, en la actualidad es de 1 millón 100.000 mil toneladas³.

Nada tiene de extraño, en consecuencia, que varios cubanos sin relación entre sí coincidieran en afirmar que su exilio fue, en realidad, y sin que entonces se dieran cuenta, una bendición. De no ser por el exilio, si todo hubiera seguido como antes en Cuba, ahora seguirían viviendo también como antes, aplanados, adormecidos por el ritmo de vida al que estaban habituados, sin el dinamismo y el sentido del tiempo que se vieron forzados a adquirir. Según las encuestas, si ahora cambiase la situación política de Cuba y les fuera posible volver para quedarse, lo haría apenas un 5 por ciento de la población, personas de avanzada edad en la mayor parte de los casos. El resto volvería, pero en visita turística. Especialmente, los ya nacidos en Estados Unidos, que son mayoría... Su visión del mundo, en consecuencia, no puede ser más que muy distinta, asimismo, que la de sus padres, miembros de un exilio que abarca las posturas y actitudes políticas más contrapuestas, desde expartidarios de Batista hasta extrotskistas, pasando por los que se consideran sencillamente demócratas, sin duda la mayoría. Entre los exiliados de los primeros años, los rencores mutuos son los mismos que entre los republicanos españoles emigrados, otro exilio de élite, tal vez el más similar al cubano junto al de los judíos huidos de la Alemania nazi. Se me ocurrió preguntar por Gutiérrez Menoyo. A ése no lo tengo yo muy en vereda, me dijo un exiliado de primera hora, cargando la expresividad de su mirada con un acentuado fruncimiento de entrecejo.

Prescindiendo de tales actitudes, con el pensamiento puesto más bien en los jóvenes, resulta inevitable pensar en los jóvenes de la isla. ¿Diferirán tanto en su modo de pensar y en sus gustos unos de otros? Y —no menos inevitable— pensar también en el futuro de unos y otros, en los cambios que más tarde o más temprano se han de producir en Cuba. Pues la reforma ha comenzado en China y la perestroika soviética se ha extendido incluso a Vietnam, ¿quedará Cuba al margen de ese impulso que se diría imparable? Todo parece indicar que, mientras los norteamericanos esperan, los soviéticos presionan a favor de la reforma; la actual situación les resulta excesivamente costosa en más de un aspecto. La mayoría del pueblo cubano —y los soviéticos lo saben— acogería la perestroika con alborozo.

³ Recuérdese que son cifras que corresponden a 1988, año en que se publicó originalmente este artículo.

PERESTROIKA CUBANA

La izquierda hispanoamericana, al igual que la extrema derecha, no; para ellos sería una mala noticia: por mucho que los países guía hayan tomado esa senda única viable, para la izquierda guerrillera la revolución se vería despojada del ritual —asalto al Palacio de Invierno, Larga Marcha, Sierra Maestra—, esto es, privada de lo que la revolución tiene de espectáculo. También eso lo saben los soviéticos y, no obstante, algo se masca en el ambiente. Claro que lo decisivo no es lo que piensen unos o lo que piensen otros; lo decisivo es lo que piensa Castro. Según sea lo que piense, Castro elegirá entre dos opciones: o quedarse al margen de toda reforma, como están haciendo Corea del Norte y Rumanía, o ponerse al frente de ella, encabezarla como producto de una decisión propia largamente madurada. ¿Es imaginable un Fidel Castro Segunda Parte? ¿Un Castro que, siguiendo el ejemplo de China o Vietnam, abriese las puertas a experiencias industriales o agrícolas desarrolladas con ayuda del capital extranjero? Le bastaría demostrar que ahora sí, que ahora esas experiencias son posibles, y el indudable éxito económico y la modernización del país le permitirían proclamar que los acontecimientos le han dado la razón, ya que la prosperidad de Cuba ha sido siempre, realmente, una de sus principales obsesiones. En ese proceso de desarrollo mixto de Cuba sería clave, ni que decir tiene, el papel de los cubanos de Florida, muchos de los cuales han ido regresando a la isla en visita turística durante los últimos años, a fin de reunirse con parientes y amigos o, simplemente, a fin de reavivar recuerdos de infancia. Sus experiencias son coincidentes: aunque deteriorado, todo sigue igual que cuando salieron (...)

Dentro de determinadas constantes, los hombres cambian, y Castro no es ninguna excepción, como ha puesto de manifiesto en diversas ocasiones. Actualmente, lo previsible en él es un nuevo cambio de actitud, por más que las características de ese cambio sean imprevisibles. Un cambio que ha de afectar a Cuba, a su contexto geográfico y político y, muy en especial, a esa Cuba de enfrente que es la colonia de ascendencia cubana de Florida.

Publicado en *Culturas*, suplemento cultural de *Diario 16*, nº 190, diciembre 31 de 1988.

El rostro oculto de Miami

EL AÑO PASADO LA ORQUESTA CUBANA DE SALSA LOS Van Van dio un concierto en Miami y se armó la de San Quintín, o, en expresión más criolla, terminó como la fiesta del Guatao. Luego vino el tristemente célebre caso de Elián González. Los cintillos de los periódicos en muchas ciudades del mundo dieron cuenta de las protestas de los anticastristas, los incidentes de violencia, el despliegue policial. La imagen de intolerancia del exilio cubano de Miami se vio reforzada.

Como exiliada cubana residente en esta ciudad de la Florida, siento vergüenza ajena. O, debería decir propia, porque esa gente iracunda e irrazonable que desean hacer de la intransigencia una virtud, es mi gente.

Es la misma vergüenza que siento cada vez que un cubano en la isla se presta para participar en un acto de repudio o represión contra sus propios compatriotas.

Bien sé que ni de un lado ni del otro estas personas representan a la mayoría de mi pueblo. Desde tiempos inmemoriales, los viajeros a la Perla de las Antillas han exaltado las virtudes de los habitantes de esa isla larga y estrecha. Son hospitalarios, amables, querendones, sufridos, simpáticos. Incluso hoy en día no han perdido su sentido del humor, ni sus valores de familia, ni su dignidad, pese a un cúmulo de penurias que no parece tener fin. Son características que adornan por igual a muchos que salieron de Cuba en busca de libertad, o de hamburguesas de McDonald, da lo mismo, porque también el derecho a comer mejor es parte de la libertad.

Sin embargo, basta pronunciar la frase «cubanos de Miami» para conjurar la imagen de una tribu de trogloditas vociferantes. En realidad, tenemos mala prensa. Pero hay un rostro oculto de Miami, mucho más humano, y fácilmente visible a quien nos mire con ojos libres de prejuicios.

Los éxitos de los cubanos al sur de la Florida son muchos. Imposible enumerar las personalidades que se

han distinguido en las distintas ramas del quehacer humano. Resalta un común denominador. Todos ostentan la marca de una cubanía irrenunciable. Ahí yace quizás parte del problema. Para los norteamericanos, al menos, causa asombro y rabia que un grupo de inmigrantes se niegue a diluirse en el «*melting pot*». Hasta fecha reciente, los que llegaban a tierras de George Washington en busca del sueño americano se afanaban por aprender inglés, jurar la bandera de las estrellas y las barras, mejorar su condición socioeconómica y lograr que sus hijos fueran aceptados como norteamericanos. Los cubanos, por el contrario, nunca nos hemos considerado inmigrantes. Como exiliados, en vez de soñar, hemos querido recordar. En vez de aspirar a integrarnos a la cultura de la patria de adopción, hablamos constantemente del regreso a la propia. Somos monotemáticos. Cuba es el nombre de nuestra locura colectiva. Para los anfitriones yanquis, que no entienden eso de que se prefiera el vino propio aunque sea agrio, la actitud es ofensiva.

A partir del triunfo de la revolución de enero, los cubanos —algunos batistianos, algunos ricos, la mayoría clase media, muchos apolíticos— se trasladaron a esta ciudad a menos de una hora de vuelo de La Habana con dos propósitos principales: esperar que las cosas cambiaran en Cuba o, con la ayuda de los norteamericanos, participar activamente en el derrocamiento del régimen. El destierro se veía como transitorio y la alianza con los vecinos del norte se consideraba natural, parte de una tradición de hondas raíces históricas que se remontaban al siglo XIX y con manifestaciones tan recientes como el propio exilio de los miembros del 26 de julio durante el batistato. No eran falsas las expectativas. Los Estados Unidos no podía sentirse cómodo con un régimen que expropiaba sus propiedades y retaba su influencia en el hemisferio. Comenzó a reclutar los cubanos para la fallida invasión de Bahía de Cochinos. A pesar de la ineficiencia y falta de decisión de sus aliados, los exiliados no se desviaron de su mentalidad *plattista* que les hacía creer sin la menor duda que los destinos de Cuba pasaban por Washington. El gobierno de La Habana —no viene al caso analizar las causas— buscaba exactamente lo opuesto: distanciar al país de la esfera de influencia norteamericana. Aliarse a Moscú era una vía propicia. En medio de las tensiones de la Guerra Fría, el caso de Cuba se convirtió en una banderilla clavada en el orgullo nacional yanqui. La política exterior norteamericana optó por utilizar a los cubanos como voceros que recorrían los cuatro puntos cardinales del mundo dando fe de los horrores y errores del comunismo y como vallas de anuncios propagandísticos sobre los éxitos que pueden alcanzarse en el sistema de libre empresa. Basta desempolvar revistas y diarios, y hasta algún discurso presidencial de épocas no tan remotas, para que surja la imagen de los exiliados como víctimas de la tiranía y modelo de triunfadores, y de Miami como fruto de sus esfuerzos, epítome del sueño americano hecho realidad.

Mucha agua ha corrido bajo los puentes desde entonces, mucha estatua de Lenin ha rodado por los pisos, mucho golpe de martillo derrumbó el muro de Berlín, mucha tecnología ha transformado un mundo cada vez menos ancho y ajeno, mucha globalización ha alterado los intereses de los norteamer-

ricanos. Los exiliados, pues, no son ya los aliados ideales contra «el imperio del mal» cuya cabeza radicaba en Moscú y cuyos muchos tentáculos ponían en peligro la seguridad de Estados Unidos, sino unos incómodos inquilinos que gesticulan con las manos y repiten como *ritornello* el mismo discurso de hace cuatro décadas. En los tiempos de *dot.com*, el anticomunismo de los cubanos es para la generación digital tan remoto y anacrónico como la era del macartismo. Muchos exiliados denuncian este cambio de actitud de sus anfitriones yanquis como una traición de sus gobernantes y aún colocan sus esperanzas para una Cuba democrática en las campañas presidenciales americanas, sin aprovechar la lección en *realpolitik*. Cuba, sencillamente, no es, y no tiene por qué ser, una prioridad para Estados Unidos, ni son eternas ni sagradas las alianzas que se forjan cuando coinciden los intereses políticos, como sucedió en un momento entre los norteamericanos y los refugiados, como en esas fechas nos llamaban.

Los exiliados, que tienen a su haber tantos éxitos, están marcados por la frustración de su gran fracaso: no haber podido incidir en la realidad de la isla. Más claramente y en buen romance: no haber tumbado a Fidel.

De esta frustración nace mucha de esa intolerancia que ha provocado un raro fenómeno: los exiliados llegan en ocasiones a comportarse igual que aquellos a quienes dicen combatir. Otro punto a meditar: algunas de las manifestaciones recientes de conducta antidemocrática en las calles de Miami no provienen principalmente de exiliados «históricos», sino de las últimas oleadas. Se trata, pues, en muchos casos, de personas que crecieron en una país donde no existe el respeto a la pluralidad de opiniones. Responden quizás también a un raro mecanismo que los lleva a actuar en concordancia con lo que distinguen como el discurso oficial. En el caso del exilio, al igual que en Cuba, ese discurso, represente o no a la mayoría, sigue controlado por quienes, ciegos ante la multitud de matices grises que conforman la realidad, conciben el drama patrio en un simplista esquema en blanco y negro que separa a los buenos de los malos según su lugar de residencia.

Pero ni la frustración ni la intransigencia ni los altos decibeles de las voces de algunos pseudo líderes del exilio han borrado una de las características sobresalientes de los cubanos: su inmensa generosidad, su capacidad, a nivel personal, de hacer lo que no logran colectivamente: superar las diferencias ideológicas para abrirle los brazos, los bolsillos y las puertas de sus hogares a los cubanos en la isla.

Hay más. A través de los años Miami ha sufrido la llegada de muchas balsas vacías, de muchos cadáveres de compatriotas que la marea de pobreza y falta de libertades arroja a estas playas. Y este pueblo de exiliados intransigentes y vociferantes los vela, los llora, los entierra.

No es todo. Muchos en este exilio con fama de troglodita están dispuestos en todo momento a dar una mano a sus compatriotas donde quiera que residan. Igual se movilizan para recaudar artículos de primera necesidad para las víctimas de un ciclón que azote a Cuba, que responden generosamente a un radio maratón para financiar el viaje de un niño que requiera tratamiento

médico en Estados Unidos donde a menudo es atendido gratis por galenos de origen cubano.

Las pruebas de solidaridad del exilio con los de la isla son infinitas. En 1980 cuando surgió la crisis del Mariel un grupo de líderes del exilio fue convocado por el gobierno americano a Washington. Les pidieron que exhortaran a sus compatriotas a que no fueran a la isla a recoger a sus familiares. Los cubanos salieron de la reunión indignados. Su respuesta fue: «No somos guardafronteras del departamento de inmigración. Nosotros, que estamos aquí, no podemos pedirle al que quiera irse de Cuba que se quede, aunque la solución no es que unos pocos cubanos vengan a tierras de libertad, sino que la libertad llegue a todos los cubanos.» Hubo dificultades, pero a la larga la gran mayoría de aquellos 125,000 nuevos refugiados se incorporaron al exilio y a la vida en Estados Unidos.

La empatía no se limita a los que se van de la isla, con los que los exiliados pueden asumir que comparten una visión negativa del régimen castrista. Narro una anécdota que me contó hace unos meses un colega, profesor de la Universidad de la Habana. Diecisiete profesores de ese centro docente habían sido invitados a un congreso en una universidad en la zona de Chicago. Al regreso, harían escala en Miami por tres días. Muchos se sentían indecisos de visitar «la capital del exilio». Además, no tenían dónde hospedarse ni ningún viático que cubriera sus gastos. Les tentaba adelantar el viaje de regreso a Cuba, aunque les picaba la curiosidad por conocer el mítico paradero de tantos que habían visto marcharse. Se acercaban a mi amigo a consultarle, puesto que él había estado en esta ciudad varias veces. Comprobó que todos tenían parientes en Miami y los instó a comunicarse con ellos. Algunos titubearon, puesto que en muchos casos se trataba de algún familiar lejano con quien no habían tenido contacto en largo tiempo. Al final, mi amigo vio cómo en el aeropuerto de Miami, uno por uno, sin excepción, los diecisiete fueron recogidos por sus tíos, madrinas o primos exiliados, quienes los hospedaron en sus casas. Algunos reencuentros fueron conmovedores. Lo mismo sucede a diario en el Aeropuerto José Martí en La Habana.

Miami está compuesto, en su gran mayoría, de cubanos anónimos, con su dosis de sufrimientos, nostalgias y muchas horas de trabajo sobre las espaldas. Para ellos, para nosotros, Cuba es siempre una herida abierta. Se impone, sin embargo, una verdad de Pero Grullo. El tiempo es el mejor bálsamo para aliviar las penas. En la última década, Cuba —y no me refiero al régimen sino a la nación, aunque parezca innecesario aclararlo— ha cambiado mucho. También Miami. Cada día son más los viejos exiliados que regresan de visita a la isla después de largas ausencias. Con creciente frecuencia se observa la reconciliación entre familiares que llevaban años distanciados más por diferencias ideológicas que por las 90 millas que separan a Cuba de la Florida. A menudo se responsabiliza a los cubanos en Estados Unidos del embargo que mantiene Washington contra Cuba, pero se pasa por alto que esos mismos exiliados siempre que se ha podido han mandado espejuelos, medicinas y ropas a los suyos, y que ahora envían miles y miles de dólares a sus familias en la isla. En

el verano de 1999, un número récord de 25,000 personas viajó a su país de origen desde Miami durante los meses de julio y agosto. Con seguridad esas cifras deben haberse superado en el 2000. Aún en los momentos más álgidos de la crisis de Elián, a diario los exiliados llenaban los vuelos hacia La Habana y otras ciudades de Cuba, con sus «gusanos» —maletas de lona de poco peso— repletos de regalos para familiares y amigos.

Los intercambios académicos y culturales han aumentado y en la mayoría de las ocasiones se llevan a cabo con la mayor cordialidad. Tanto en Cuba como en Miami ha comenzado hace ya tiempo una transición, quizás de la mejor manera posible para el futuro de Cuba, de abajo hacia arriba. A pesar de que de ambas orillas, predomine un discurso oficial intransigente, violento, de línea dura, existe asimismo un gran número de cubanos que aspiramos a un proyecto nacional capaz de incluir a todos y que tenga como premisa básica la falta de violencia. Cuba tiene otra cara que no es sólo la de la represión. También el exilio cubano de Miami ofrece mucho más que rencor.

Al igual que los desterrados, las organizaciones políticas de Miami suelen ser mal vistas, y no sólo por extranjeros, sino incluso por cubanos que residen fuera de la Florida. Dos puntos solamente deseo hacer al respecto. El primero es con relación a la Fundación Nacional Cubano Americana (CANF) y a su líder, tempranamente desaparecido, Jorge Mas Canosa, quien, como todo hombre público, sumó seguidores y detractores. No estuve entre los primeros y rechazo la veracidad histórica de las visiones hagiográficas que de él se han dado después de su muerte, aunque comprenda desde un punto de vista humano que sean producto del cariño de sus más íntimos. Sin embargo, no pocos de sus logros merecen reconocimiento. Desde el pasado siglo los cubanos han tenido plena conciencia de la influencia —sin duda excesiva— de los vecinos del norte en los destinos patrios. Por casi dos centurias los cubanos viajaron a Washington con ruegos y peticiones. Rara vez se les escuchó. Los norteamericanos, sin embargo, con frecuencia escogieron a algunos cubanos para adelantar su agenda política con respecto a Cuba. Mas Canosa y sus colaboradores aprendieron cómo se compran legítimamente las influencias en Washington. Por primera vez, la FNCA logró invertir la ecuación de poder. Los cubanos dejaron de ir a la capital norteamericana a recibir órdenes; fueron a darlas.

La causa de este importante cambio se debe a otro de los aciertos claves de Mas Canosa: su habilidad de persuadir a los ricos cubanos a involucrarse en la causa de Cuba. Si en el pasado siglo la guerra del 68 fue financiada con los capitales de las acaudaladas familias criollas, en este exilio, con honrosas excepciones, los ricos no habían mostrado la misma generosidad. Mas Canosa aglutinó a un grupo de hombres (y a unas pocas mujeres) con fortuna y los inspiró para que contribuyeran a la Fundación Nacional Cubano Americana. No fue un logro menor.

Aunque difiera de muchas de las políticas que la Fundación impuso en la ciudad junto al Potomac, reconozco que Mas Canosa, pese a su verbo exaltado, era un hombre realista, y, si era preciso, sabía negociar. Vale recordar el debate televisado con Ricardo Alarcón durante el cual el líder de la FNCA

respondió, que si electo libremente por el pueblo cubano, él aceptaría a Alarcón como Presidente de Cuba, mientras que el funcionario cubano apeló a descalificar al exiliado como «no cubano» para dar la respuesta contraria. Pienso, pues, que Mas Canosa hubiera manejado mejor el caso del balserito náufrago. El liderazgo, sin embargo, difícilmente se hereda. A pesar de las buenas intenciones de Jorge Mas Santos, la Fundación no logró controlar la situación, muestra de la mengua de su influencia política. Ojalá, sin embargo, los cubanos sepan recoger la herencia que dejó el Señor Mas Canosa al desenrañar los complejos hilos de la madeja política estadounidense y colocar a un grupo de cubanos exiliados en una posición de influencia en los centros de poder de Washington. El valor de esta lección para los futuros gobernantes cubanos no debería caer en el vacío.

Otro aspecto sobre las organizaciones del exilio merece destacarse. No todas han predicado la guerra en el plano militar o el de las sanciones económicas. Especialmente a partir de la caída del bloque soviético, surgieron agrupaciones políticas como la Plataforma Democrática Cubana y el Comité para la Democracia en Cuba (CCD) cuyo objetivo ha sido facilitar una transición pacífica en la isla. Los «dialogueros», como sus adversarios los llaman despectivamente, han alcanzado un cauteloso pero considerable apoyo en Miami en la década de los noventa. Según una encuesta conducida por la Universidad Internacional de la Florida en junio de 1997, un 48 % apoya la idea de un diálogo nacional.

Lamentablemente, la historia, si no se repite, tartamudea, y estos sectores moderados del exilio, al igual que en el siglo pasado los autonomistas con respecto a la corona española, han perdido fuerza porque se han topado con la tozudez del gobierno de La Habana. A pesar de ello, algunas de estas organizaciones, como el Partido Demócrata Cristiano, cuyas modestas oficinas están en la Calle Ocho, arteria principal del Miami cubano, insisten en un discurso de la reconciliación y trabajan calladamente para hacer llegar medicinas y otros artículos de primera necesidad a sus compatriotas en la isla.

Hay un proverbio chino que advierte, con milenaria sabiduría, el peligro de hacer predicciones, especialmente sobre el futuro. Imposible, pues, aventurarme a conjeturar sobre el porvenir inmediato de los cubanos en Miami y su papel en la Cuba del mañana. Se me ocurre, sin embargo, que cuando las aguas vuelvan a su nivel y los hijos de nuestros nietos, residan en los Estados Unidos o en la isla, se detengan a estudiar con la perspectiva que ofrece el paso de los años, al exilio cubano en Miami, no escucharán las voces de la ira —afortunadamente suele llevarselas el viento— sino que encontrarán las huellas de más de medio millón de desterrados, adoloridos y buenos, que quisieron inútilmente reproducir en tierra extranjera la Patria que tanto amaban, y que, rodeados de libertades y bienes de consumo, vivieron y murieron sin renunciar jamás al sueño del regreso a esa isla larga y estrecha, fuente perpetua de heridas e ilusiones.

Una incolora respuesta

La juzgo tan eterna como el agua y el aire.

JORGE LUIS BORGES

¿Se puede ser cubano fuera de Cuba?

Hace algún tiempo, en una carta, un amigo poeta que nació en La Habana y reside en Nueva York me comentó que en Cuba, adonde había ido de visita, le habían hecho esa pregunta. En la carta, las peripecias del viaje por México a la Isla, narradas con aventurero esmero y calculada voluntad alusiva, tramaban un curioso relato alegórico que culminaba líricamente con la descripción de las espléndidas galas que Cuba (especie de madre-esposa) había vestido para la fiesta del reencuentro con el que regresaba a ella, luego de veinte años de separación. Era evidente que mi amigo me había escrito con plena conciencia de su condición de esteta, y que aspiraba a entretenerme e impresionarme con su odiseica parábola del Hijo Pródigo de la Patria y su destellante Cinturón de Azules: el populoso, ardiente, indómito, abrumador, único Mar Cubano, y el Cielo, más diáfano y sereno —¿decía su carta?—, más azul, más celestial, en fin, que el mezuino saldo de cielo que sobró para el universo, después de que Dios dijera: «Háganse Cuba y la luz». Era asimismo evidente que a mi cuentista no le interesaba reflexionar; le bastaba el esplendor verbal que concluye donde mismo empieza, que se difuma sin legar simiente, una vez que los ojos abandonan la página. Por eso nunca supe si, a más de la respuesta azul, ese esteta tenía alguna otra incolora para la pregunta que había escuchado durante su estancia en Cuba.

Los argumentos narrativos, como el fútbol y el béisbol, se proponen entretener. Cuando sólo aciertan en ese objetivo, su mérito es el de un deporte más o menos estético. Cuando, en cambio, sirven además como pretexto para que el lector emprenda o retome el viaje interior, el

L o u r d e s T o m á s

deporte se hace arte, y el argumento, literatura. Si ha de ser, como debe, verbo capaz de crear más allá de sí mismo, y no verbo evasivo que perezca en sí, lo poético, lejos de ser ajeno a lo ideológico, tiene que resultar de ello.

Aquella prolija narración epistolar con pretensiones o logros preciosistas me legó sólo lo que era seguramente su único desacierto estético: el fortuito detalle germinal, estridente en un texto, por lo demás, estéril: la pregunta que aguardaba una incolora respuesta. No necesitaba más. Para argumento del cuento, bastaba mi vida. También yo había nacido en medio del Cinturón de Azules, y había pasado siete décimos de mi edad fuera de mi tierra genesiaca, y hacía más de cinco lustros que no ponía pies en ella. La diferencia sustancial estribaba en que a él, no a mí, le habían hecho la pregunta, y que era yo, y no él, quien debía escucharla.

¿Se puede ser cubano fuera de Cuba?

Hace más de una década, en un libro de cuentos que publiqué, escribí lo que ahora, al estímulo de esa pregunta, mi memoria pugna por dictar:

Yo también, una vez, quise abrazar el horizonte, ver llover astros y escalar el arco iris. Ya sin patria, atravesé aires y mares en pos de antiguos sueños e insólitas aventuras. Acaso sólo buscaba la patria perdida. Pero no me la entregaron ni las calles ni las plazas ni los ocasos que atesoré. La encontré un día, inexplicablemente, en las historias que escuché cuando niña, o que leí entonces, ávidamente, en enciclopedias y libros de cuentos. Moraba en mi infancia. Mi patria, supe, era el mito, porque el mito era el hombre, y el hombre, yo.

Antes dije que para darle color narrativo al tema en cuestión, bastaba mi vida. El texto que cité es la definición de mi vida en mi diccionario personal. Por eso debí de evocarlo, y porque sospecho que ahora corresponde que en ese mismo diccionario defina a qué aludía, hace más de una década, con el adverbio «inexplicablemente».

En enero de 1978, luego de casi ocho años de residencia en los Estados Unidos, me fui a estudiar a Madrid. Allí, a más de asistir a clases, me dedicaba a deambular por las calles y a visitar museos. Nada, excepto la ciudad en que ahora vivía y los clásicos de la literatura española, me sucedió durante los dos primeros meses que pasé en Europa.

En marzo de aquel año me embarqué en una excursión a Grecia. Una larga escala en el Leonardo da Vinci prolongó impacientemente el viaje de la capital española a la griega. Era de noche, cuando finalmente aterricé en Atenas. En el aeropuerto, por más que me repitiese que me hallaba en la Cuna de Occidente, o que me sostenía la misma tierra que habían pisado Platón, Sófocles, Homero, no conseguía reaccionar anímicamente. El cansancio y el aturdimiento de las horas de vuelo y espera podían más que las glorias que yo invocaba. Al salir del edificio, una ráfaga que olía a yodo y sal, a puerto cerca, me golpeó. Súbitamente reaccioné, pero no a los nombres que recitaba como una letanía (Platón, Sófocles, Homero, Cuna de Occidente), sino a la imprevista evocación de un sitio más allá de la literatura, la historia, las glorias, el tiempo. Pese a mi voluntad de ver Atenas en Atenas, perseveró a lo largo del viaje del aeropuerto al hotel: por el rancio olor a mar y la penumbra urbana

de una noche como las más, sin particular esplendor, por los callejones y las casas bajas de aquella ciudad desconocida, se filtraba, envolvente e inasible, como un aura, La Habana. Yo sabía dónde estaba, lo supe en todo punto del aeropuerto al hotel; pero yo no estaba donde sabía.

Hasta entonces, desde aquel mediodía de julio en que las costas de Cuba, borrándose, me lanzaron a las ignotas del mundo, ningún espacio había sido suplantado por el fantasma de ese otro espacio, el único que nunca me fue desconocido. A partir de entonces, la patria, su aura huidiza, se empeñó en perseguirme. Me encaraba, repentina, en los lugares que ella escogía: una calle insignificante, un parque modesto, una plaza cualquiera que se oscurecía bajo el cielo de cualquier humilde atardecer. Nunca, debo aclarar, eligió la patria enfrentarme con el asombro. No me salió al paso el Egeo y su ocaso de bien ganada fama en Cabo Sounion. No irrumpió entre los iris que velaban la Garganta del Diablo en Iguazú. No me asaltó atravesando los campos de Baviera, ni volando sobre el Vesuvio, sobre Manhattan atardecida o los Andes. Ni su aura se interpuso en el abismo de Machu Picchu al cañón del Urubamba. Agazapada, latente siempre, la patria me sorprendía en lo que no sorprende. Por eso no me identifiqué con el Heredia asaltado ante el Niágara por el recuerdo de Cuba. Más bien acerté a entender que la inútil búsqueda de las palmas en el célebre pasaje de su *Oda* comportaba el deliberado lamento de un desterrado, y no, como pretende el poeta, una involuntaria evocación del paisaje patrio. El alma rendida ante una visión imponente obedece sólo a esa visión. La patria, por su parte, rehuye lo que deslumbra, porque ella reina precisamente en lo contrario: la patria es la costumbre más antigua y el cimiento de todas las demás. El esplendor inusitado le es ajeno.

En los casi ocho años que mediaron entre mi salida de Cuba un mediodía de julio y mi llegada a Atenas una noche de marzo, yo me había propuesto adoptar otro país, otro idioma. Adoptar es adaptarse, asimilarse siquiera en parte, y el esfuerzo, que no significa poca cosa ni fácil, no me había permitido más que concentrarme en el esfuerzo. Todavía me pregunto cuánto de lo que me proponía había logrado en el año en que me marché a Europa, o si logré algo alguna vez. Lo cierto es que en aquel marzo de mi historia, yo no ostentaba ya la ciudadanía cubana, y hacía poco que había otra en su lugar. ¿Y era precisamente ahora, cuando ya la creía relegada a un pasado sin proyección, que la patria comenzaba a perseguirme, a enfrentarme inesperadamente en los sitios de su elección, para abandonarme luego a la ausencia, para advertirme, quizá, que había trocado lo real por lo aparente, el ser por el ser sólo a fuerza de símbolos vacíos: un cartón azul y el águila grabada en él? ¿Tanto esfuerzo (un esfuerzo que usurpó los años de mi adolescencia, que los convirtió en el borrón agónico que son aún y serán siempre en mi memoria) y al cabo tal ironía?

De mi adolescencia en Estados Unidos no cabría siquiera decir que fue penosa. Simplemente no fue. Pagar por una ironía el precio de la primera juventud no es hecho ni error con los cuales se pueda vivir sin resentimiento. Y como yo no planeaba morirme ni de rencor ni de veras, me dediqué a reflexionar sobre el asunto del ser real como fantasma y el ser presente como disfraz.

La dedicación rindió el fruto inmediato de mitigar el rencor, y los frutos más tardíos de algunas conclusiones. Del fruto final, la reconciliación, habría que decir que aguarda. Pero nadie se reconcilia con su vida, a menos que no sea, si le da tiempo y lo asiste la suerte de resignarse, en el trance de morir. Así que ese fruto no importa. No puedo decir lo mismo de los tardíos, pues son el objeto de este escrito.

De mi dedicada reflexión de entonces vine a concluir que las furtivas apariciones del aura patria respondían a tres causas: culpa, nostalgia y miedo. La primera, la culpa, remitía a la renuncia al origen. La nostalgia, por su parte, procedía de la pérdida de un espacio excepcional, no por sus bellezas naturales, ni por haber sido marco de heroicas gestas, ni numen de poetas y artistas, ni escenario de míticos carnavales, sensuales dioses de la rumba y legendarios tambores. Ni Varadero ni Tropicana ni sucedáneos, ni aun las glorias incuestionablemente sustanciosas de Cuba tenían que ver con mi peculiar nostalgia. La patria era el espacio excepcional, porque era el único que yo definitivamente no había elegido, si es que cabe elegir en realidad; el único de todos capaz de sobreponerse a mi renuncia, a cualquier indefinida ausencia, a su pérdida sin esperanza, al tiempo, que es indiferencia y olvido.

El miedo, por último, era, de las tres causas, la más próxima al rencor, por cuanto procedía del presentimiento de haber sacrificado mi primera juventud en aras de símbolos insustanciales; un presentimiento que se corroboraba en la nostalgia (que Cuba se sobrepusiese a mi renuncia apuntaba al fracaso medular del proceso de adopción); una nostalgia de la cual se nutría la culpa, la siempre culpa que centra la moral de Occidente, esta vez algo contradictoria: yo no había adoptado la ciudadanía americana por conveniencia, sino por un sentido del deber y porque había llegado a querer a Estados Unidos; pero el *yo debo* y el *yo quiero*, moralmente más loables que el simple me conviene, apuntaban a un oscuro *yo reniego*. O, al menos, así lo sentía entonces.

Pero lo peor de mi miedo o mi presentimiento no era su relación con el rencor por lo pasado. Después de todo, el esfuerzo que suplantó mi adolescencia sí me había premiado con algo que nunca acabaré de agradecer: la lengua inglesa. El miedo era más oneroso que la culpa, la nostalgia y el rencor mismo, porque el presentido fracaso respecto de mi asimilación al nuevo país no remitía sólo al pasado; se cernía también sobre el futuro. Para mi histórico año de 1978, yo ya había decidido que no sería ni médico ni abogado ni negociante ni nada que tuviese que ver con *the self-made man* o *the American Dream*. Por absurdo, inútil, humillante que resultara (y resulte, me temo, cada vez más), había optado por mi destino: la literatura. Esa opción quiere decir lo que dice, *literatura*, y no simplemente que a mí me interesara ser escritora. Para ser escritor basta esgrimir el sentimentalismo, la violencia, la grosería, las mil y una posiciones del sexo, los más de mil y un nombres de las partes pudendas, el súbito y oportuno disidentismo, el digno que la inercia volvió falso, la juerga fatal de una princesa y su querido, o la reliquia del semen de un presidente conservada en el abrigo de una aspirante más al escándalo publicitario. A diferencia del periodista, del narrador aliterario, del negociante, del

abogado, del médico, el escritor literario precisa de una tradición que abarque una literatura, un arte, una historia escrita, una no escrita y la continuidad de todo eso en el dinamismo de la presencia. Precisa, en suma, de una *patria literaria*. ¿Cuál era la mía, si Cuba estaba ausente?

Cualquiera que me haya seguido hasta aquí pensará que Norteamérica, en mi histórico año, ya estaba casi descalificada, por razones a las que, en definitiva, no me he referido. Pensará bien. Mi presentimiento de que el proceso de adopción del nuevo país hubiese fracasado equivalía entonces a la intuición de que los Estados Unidos no podría nunca llegar a ser mi patria literaria. Pero la intuición no son razones, sino penumbra que la razón ilumina y cabos sueltos que la lógica ata. Por suerte, mi tenacidad no me abandonó en la tarea de arrojar luz. La penumbra cedió finalmente, y mi lógica trabó su argumento: Norteamérica quedaba excluida por dos razones concomitantes: el idioma y la nación.

¿Por qué el idioma, si ya yo poseía un dominio aceptable del inglés, y la posibilidad de mejorar era incuestionable? Ni redactar bien equivale a escribir, ni es lo mismo el estilismo que el estilo. El escritor literario lo intuye a veces, lo sabe otras. Pero la comprensión de esas desigualdades básicas alcanza su cabal magnitud cuando un escritor prueba suerte con otro idioma. Mi aventura con el inglés me reveló que escribir no se limita al idioma gramatical de una lengua; que no se limita siquiera al más inaccesible dominio instintivo que exige el estilismo: el del matiz, que atañe a las variantes semánticas y al carácter de las construcciones lingüísticas. Más allá de la corrección gramatical del buen redactor; más allá de las audacias verbales, los hallazgos metafóricos, la precisión léxica, la efectiva puntuación, los aciertos temperamentales y rítmicos de los giros, la eufonía, o cualquier otra de esos arduos melindres del obsesivo estilista, escribir implica, indefectiblemente, sondear, razón alerta, los oscuros pozos del ánimo y la memoria; descubrir en su fondo (no inventar) una manera, la propia, de experimentar la alteridad y de reaccionar frente a ella; e ir cifrando el lento y laborioso descubrimiento a través de las páginas y los años. El resultado, la expresión de una humanidad singular o de límites precisos (una verdad), es el estilo.

Una lengua, un sistema abstracto que abarca un número finito de signos y un número indefinido de opciones para combinarlos, equivale a todas las lenguas: lo que se dice en una puede esencialmente decirse en las demás. Sin embargo, una lengua es también el medio en que se define la tradición literaria de un pueblo. En calidad de tal, la lengua, el mero sistema de signos, se convierte en idioma, es decir, se caracteriza o se particulariza como expresión de una nación: de su manera de reaccionar, y de las costumbres, los valores, los mitos y los prejuicios que integran una mentalidad plural y explican las reacciones que identifican a un individuo como miembro de la colectividad dada. Independientemente de lo que debería ser o de lo que cualquiera pretenda que sea, la tradición literaria fundamental y canónica de Norteamérica es cifra expresiva de la nación angloamericana. Estados Unidos me había dado su lengua, su ciudadanía y su espacio. Mas, para ser patria y patria literaria, habría

tenido que darme lo que no habían podido ni podría darme: su nación representativa. En este caso, sólo la suma de dos factores habría rendido ese tercero indispensable, la nación, que convierte una lengua en idioma, y un país, un espacio, en patria: que la mayoría angloamericana dejara de verme como miembro de una nación marginal en Estados Unidos (la hispana), y que, a fuerza de imitar conscientemente lo angloamericano, yo llegara a inventarme a mí misma como no era ni podría ser. Los dos factores eran igualmente imposibles. De otra suerte, yo me hubiera sobrepuesto a cualquier melindre estilístico, para expresarme en el idioma de Norteamérica.

¿Cuáles eran mis alternativas dentro de mi destino, «el bronce de Francisco de Quevedo»? Si, como los escritores marielitos, por ejemplo, yo hubiese alcanzado alguna madurez en mi país natal, habría tenido la opción de convertir mi memoria de Cuba en patria literaria. Porque ése no era mi caso, me quedaban sólo dos posibilidades: aferrarme al gueto hispano de Miami, la primera y más factible; la otra, arraigar en el desarraigo. Esto último, en mi noción, implicaba abrirme a una hispanidad esencial¹, echar raíces en esa tierra, y desde ella y por vía de ella, alcanzar esa otra bajo la cual ya no subyace ninguna: la más honda tierra, la humana sin más. Opté por las raíces del desarraigo.

¿Se puede ser cubano literario fuera de Cuba? Lo más probable es que yo no escriba igual que un cubano de dentro de Cuba. Lo más probable es que nadie escriba igual que nadie.

En cuanto a lo otro: simplemente cubano, cubano y ya... Busque a Cuba en el no origen un cubano de dentro: convenga conmigo en que hay, en efecto, un lugar que, como su propio rostro en el espejo, él nunca vio por primera vez, porque siempre lo ha conocido (un lugar que está en Cuba); escrute palmo a palmo su memoria, hasta comprobar que no recuerda cuándo aprendió lo que se celebra el 10 de octubre, el 28 de enero; percátese, no sin cierta perplejidad, de que los nombres de los pequeños pueblos cubanos que ignora la gente de otros países, a él le resultan tan comunes como los nombres comunes de su inmemorial español; advierta que no puede concebirse a sí mismo sin haber escuchado *La rosa blanca*, sin haber sabido quién era Martí. Si después de encontrar a Cuba más allá del tiempo, si después de sentirla en su humilde eternidad, la misma del agua y el aire, ese cubano de dentro puede decir que eso basta, que eso bastaría para que Cuba fuera su patria, entonces, desde el desarraigo, la respuesta es *sí*.

¹ Una hispanidad, aclaro al margen, que se dejara ser simplemente, que se permitiera a sí misma brotar desnuda y espontánea, eludiendo ser a fuerza de definirse contra lo angloamericano, a la manera de un desafío, o desde lo angloamericano, a la manera folclórico-carnavalesca, a la emotivo-costumbrista o a la lastimero-denunciante.

Liberado de miedos y odios

Querido Víctor¹:

No sé cómo decirte el cambio profundo que se produjo en mí en este viaje a La Habana, es como si me hubieran quitado una montaña de piedras de encima. Quizá la práctica cotidiana que continué imperturbable todas las mañanas, hora y media o dos horas, tuvo que ver con esto, pero al salir de rezar sobre la tumba de mi madre, mis abuelos maternos y mi tío pintor, mi verdadera familia por el lado del corazón, me sentí tan ligero que después no he vuelto a sentir resentimiento ni odio por nada ni nadie en el universo. Todo está en su sitio, triste y decaído, sí, pero ahí, dignamente perseverando en su espacio y como fuera del tiempo. Monumental y grandiosa ciudad de estirpe mediterránea pero como nunca vio el Mediterráneo, única en su manera propia de continuar la cultura milenaria, bella en su desaliento y abandono. Con su gente vestida con esfuerzo y guardando la gracia en su dificultad de sobrevivir. Me encontré medio llena la botella que todos me decían medio vacía. Comprendí una madrugada de fecundo insomnio que Cuba es más importante para mí que yo para Cuba así como que el Mundo es más importante para Cuba que lo que los cubanos creemos. La relación entre el Todo y la Parte se me reveló de manera profunda. Y nuestro egocentrismo y correspondiente etnocentrismo me pareció la raíz de todas nuestras desgracias. ¿Qué más? Ya no entiendo por qué seguimos enemistados unos con otros y he perdido total interés en la discordia que tanto daño mutuo nos ha hecho y que nos hace quedar en ridículo ante el mundo que nos observa autodestruirnos con indiferencia. No quiero oír hablar más de política. Quisiera llevar a mis niños.

Fui con Ponte a Matanzas a ver a Carilda y llevarle encargos de González Esteva, es mucho más inteligente que lo

R a m ó n A l e j a n d r o

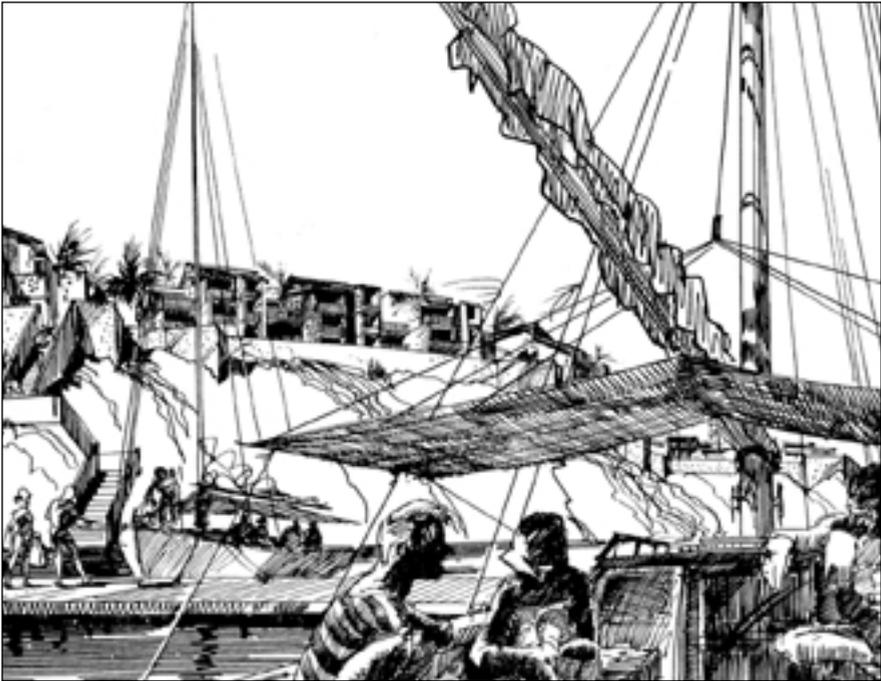
¹ Carta a Victor Batista.

que su lírica permitiría imaginar. Conocí a Abilio que me gustó mucho, también por su serenidad reflexiva. Arrufat me decepcionó un poco por desconfiado y engurruñado en sí mismo. Descubrí en su terreno, asistiendo a una de las famosas lecturas de la Azotea, a una Reina que no había podido comprender en Miami. Fui a la UNEAC a la presentación de un libro de Ambrosio Fernet, sobre escritores de la diáspora y conocí a Carlos Martí quien resultó conocer a Daisaku Ikeda el presidente de la Soka Gakkai y que fue becado de la universidad Soka en el Japón y asistió al encuentro de este con Castro y quien lo puso en contacto con Cintio Vitier para llevar a cabo un diálogo que será publicado próximamente sobre José Martí. Prats Sariol me llevó a casa de Lezama, Carlos Enríquez y Amelia donde una sobrina loca de la pintora no nos dejó entrar. Pero fui el primero de mi familia en penetrar en la casa donde vivíamos en la calle Carmen en la que fui muy bien recibido por una familia de morenos que siguen viviendo en donde vivieron como cuatro familias más, en mi cuarto se crían pollitos y gallinas y el de mis padres es un basurero pues toda la mitad posterior de la casa amenaza ruina, y fue sobre tablonnes apoyados en tabiques de los locales de abajo (por el fondo, por efecto del declive de la loma del Mazo, había habitaciones) que llegué a la cocina donde me pasaba oyendo los cuentos de Panchita la criada. Hay barbacoas y las baldosas que ya bailaban cuando yo era niño están totalmente dislocadas frente al baño. Los canteros en vez de la profusión de matas diversas que tenía plantadas mi madre sólo ostentan una pobre mata de naranja agria.

Encontré muchos amigos de infancia y adolescencia. Y hubo mucho hablar de gente conocida en común y mucho cariño y simpatía. Vi casos tristes y casos de éxito, pero la sensación de que esa ciudad puede resistir cuatro revoluciones más sin dejar de ser La Habana me hizo sentir en mi interior una fuerza que guardo. La gente y el sitio, las mismas edificaciones sólo necesitan cuidado y felicidad, supe de matas de mamey voladas con dinamita por una amiga de Alquízar, pero otras hay para plantar como hemos plantado en la Florida. Todos los ingredientes de lo que teníamos sin saber lo que valía hasta que lo perdimos están ahí esperándonos a que volvamos sin ira. Reconociendo que somos parte de ese Todo. El que tenga la humildad de hacerlo sentirá abrirse un mundo nuevo en su pecho. Del folclore ni te cuento, ya si se tercia nos hablaremos con más tiempo. Recibe un fuerte abrazo, quisiera volver con los niños pronto, no sé si pueda, me gustaría sacar la visa por dos años e ir a menudo. ¡Qué trabajo volver a ponerme a trabajar! Noto que cuando no respondo a sus preguntas con el consabido: ¡La Habana está destruida! me empiezan a mirar con desconfianza y sospechar de no sé qué inconfesable traición. A los 40 años de exilio y 57 de vida y 35 de pintura temen que me haya vuelto castrista. Como si temieran reconocer que la propia Habana es majestuosamente monumental y perenne en su grandeza, fuera de quien la gobierne, tanto la práctica del resentimiento ha calado en los huesos. Yo no puedo mentir ni temo a los insultos. No puedo negar la emoción de encontrar todo lo esencial como lo dejé tras 40 años de ausencia. Cuba es muy fuerte y ha sido dura con los débiles, pero los fuertes se encuentran fortalecidos;

en casa de Ponte pude ver el ejemplo de que quien vive según la ley de su fuero interno puede ser feliz bajo cualquier circunstancia. Eso mismo es lo que yo he estado intentando hacer con el budismo. Yo vi a Severo vivir sumiso y temeroso en París, y sé que las circunstancias desfavorables o favorables no determinan nuestra felicidad ni infelicidad. Bueno Víctor, recibe un abrazo de mi parte y llámame si quieres más detalles, pero la almendra de mi viaje está aquí resumida tan mal que bien.

RAMÓN DE JESÚS DEL MONTE



El acento chino

Fernando Villaverde

EL BARRIO SE ESTÁ LLENANDO DE CHINOS. ES COMO SI VINIESEN ATRAÍDOS por la bodega. La compró hace meses un matrimonio chino con varios hijos y desde entonces aparecen por aquí y por allá. Casi siempre los veo por primera vez en la bodega. Pienso que son viejos amigos de los dueños, puede que almacenistas que los surten por confraternidad de raza. Luego resulta que no, los veo entrar a un edificio de la cuadra y al verlos repetirse día tras día descubro que son nuevos vecinos.

Los chinos cambiaron el establecimiento apenas sin tocarlo, cuestión de unos pocos detalles. En general, todo quedó como antes, los mismos Corn Flakes y Coca-Colas, Nestlés y Nabiscos. Pero en algunos rincones aparecieron novedades que lo hacen especial, le dan al lugar su toque chino. Una esquina con ginseng y té verde. En otra, pomitos de salsa de soya y aceite de sésamo. Aunque lo más espectacular, su sello, es el colorido anaquel colocado frente a la entrada, un muestrario que recibe al cliente con objetos más de quincalla que de bodega, baratijas tan distintivas como un ideograma: tacitas de té, almanaques, relojes de cocina, zapatillas de andar por casa. Objetos de plástico hechos en serie que, pudiendo ser de cualquier parte, en el caso de los chinos nunca lo son; siempre aparece por alguna parte el fleco, el rojo escarlata, el junco, el gatito de ojos rasgados que los vuelven inconfundibles. Con ellos, aunque sean pocos y aunque la bodega esté en este barrio repleto de latinoamericanos de toda especie, es como si se hubiera metido en la cuadra una cuña traída de un barrio chino.

La mayor sorpresa que me llevé con los nuevos comerciantes, después de ver y oír de lejos a padres y a hijos, ajetreándose un par de semanas para reabrir pronto el comercio recién comprado, fue cuando, después de haberlos escuchado en esos primeros días de labor, conversando entre sí con la musical cantinela del habla china, y de pensar que ése y el inglés serían sus únicos idiomas, los bodegueros me recibieron, como a todos sus demás marchantes, hablándome en español. Un español con acento, pero hablado de corrido, cosa suya.

Nunca me pregunté al oírlos, a ella en la caja contadora y a él despachando carne, de qué país vendrían. Pensé, sin dudarlo, que del mío. No percibí la menor diferencia entre su habla y la que me había acostumbrado a escuchar año tras año en las abundantes calles del amplio barrio chino habanero. La

misma ausencia de erres y de jotas, la más notable imposibilidad de marcar las bes grandes o chiquitas, siempre transformadas en esforzadas emes: Meinte centavos, masura, dicen. Sin darle más vueltas a la cosa, los hice cubanos, emigrados como yo.

No era así. Una tarde, al cabo de algún tiempo de sentirme conforme con mi conclusión, veo a la china hablando con una compradora de aspecto indio y acento para mí no muy preciso. De pronto, la escucho rememorando con emoción las fiestas de la Virgen de la Altagracia. Estamos cerca de Nochebuena y jamás oí hablar de esa virgen en Cuba, menos de una fiesta por estos tiempos que no tuviese que ver con la Navidad. Caigo: esa fiesta es de los nicaragüenses. Sigo, atento, la charla. La china le recuerda a su clienta, con tono nostálgico, los buenos tiempos en que disfrutaban de esas celebraciones, con suspiros que amplían esa nostalgia y la hacen abarcar a toda Nicaragua, la vida que vivió allí.

Me entero así de algo que debí haber sabido siempre. El acento español de los chinos no cambia, por lo menos en Latinoamérica. Da lo mismo que vengan de Perú o Colombia, de Nicaragua como de Puerto Rico o Cuba, el canto que domina en su habla es el de su acento chino, impermeable a las inflexiones que puedan dar al español las mezclas nacionales. Nada lo vence.

Es una fuerza indudable y, no sé por qué, la relaciono con una convicción que muchas veces oí repetir en Cuba respecto de los chinos. Entre ellos, por pobres que fueran y no digo yo si muchos lo eran, a veces casi en taparrabos en sus lavanderías, no se veía a un indigente, no había limosneros en sus calles ni desamparados en sus zaguanes. Cuando en La Habana aparecía un chino vagabundo era siempre por otros barrios. Por eso la gente decía que los chinos se unían entre sí para ayudarse y no permitir que uno de ellos cayera en la miseria, y que cuando se veía a un chino pordiosero era porque los suyos mismos lo habían marginado; por vago, por bandido. Algo lo había vuelto indeseable a su comunidad. Puede que hasta ser mal chino.

Esa era la primera característica. La otra tenía, como para compensar, algo de burla. Todos los chinos son iguales, se decía en tono de broma, hasta a los chinos, en su propia cara. Todos se parecen, se confunden unos con otros. La deducción, no tan escondida, dejaba asomar un temor: todos los chinos se pueden hacer pasar unos por otros, no es posible reconocerlos si no se es también chino. A partir de esta idea, la primera virtud adquiría un tinte algo tenebroso: con su facilidad para el disfraz, esa trenzada cuerda comunitaria de los chinos les atribuía una apariencia de círculo secreto, una capacidad de confabulación que los volvía formidables. Eso hacía que, por mucho que se les quisiera, la actitud general hacia los chinos siempre albergase una capa final de recelo y a la vez, así fuera a regañadientes, cierto matiz de admiración.

A pesar de sus cambios, algo no ha variado en la nueva bodega. Es, como cuando su anterior dueño era un puertorriqueño, lugar de tertulia favorito del barrio. Cierto que los propietarios hablan chino entre ellos, o con sus hijos, que siempre me resultan distintos, o más altos o más jóvenes o más delgados que la vez anterior, o con visitantes chinos que parecieran nunca repetirse y que pasan allí largos ratos, acomodados en conversaciones que toleran

largas pausas, como si estuvieran en visita de cortesía. El resto del tiempo se habla siempre español y hasta esos nuevos vecinos chinos que, hasta donde he podido ver, vienen sin excepción de Latinoamérica, como los comerciantes, no hablan más que español, incluso con sus compatriotas bodegueros. Supongo que desean ser parte del barrio, hacer amistades y no dar la impresión de que quieren hacer casa aparte. Es la mejor manera de dejar saber al vecindario, sin necesidad de presentaciones, de dónde vienen, mostrarles que son congéneres.

Con esta cita vecinal perpetuamente en marcha en la bodega, unos segundos en cola esperando para pagar mis compras me bastan, cuantas veces la visito, para enterarme de bastantes novedades locales, por muy a retazos que sea. Incidentes que no saldrán en ningún periódico; lo mismo de que la noche anterior trataron de robar en el edificio a medianía de cuadra como de a quién vino a buscar ayer tarde la ambulancia después que sintió un amago de infarto. Las cosas menudas por las que respira nuestra colmena. Entronizada en el taburete que coloca frente a su caja contadora, la china preside, en su sonoro español de cantarinas vocales, las conversaciones con que clientes u otros pasan el rato; lo mismo hay desocupados que jubilados, aunque viejos sobre todo, que con su charla a voces dan a la bodega un ambiente de puesto de mercado bajo techo. La china se las arregla para hablar con todos y hasta buscar conversación sin descuidar su tarea; aunque, cuando le conviene, deja a quien sea con la palabra en la boca para atender un pedido especial o seguir atenta con la vista, a veces hasta increpándolo con un qué quiere, los sospechosos andares entre los anaqueles de un comprador nunca antes visto cuya facha le inquieta. En ocasiones, realmente contadas, suspende con un gesto de alacridad su habitual actitud amable, cuando alguna marchanta que ya se considera íntima amiga le sigue hablando sin parar, así la vea atareada, distrayéndola sin consideración de alguna cuenta más trabajosa que otras. Pero esta aspereza es rara en ella. Por lo general se la ve lista, ágil; sabe dividir su atención y atiende a sus distintas tareas sin perder el hilo de la charla, así varíe a cada momento, conversaciones entrelazadas que se ve son tan parte de su vida, o casi tanto, como el negocio.

El chino, siempre al fondo, dando hachazos a los cortes de carne o a las aves, es otra cosa. Se entrega con intensidad y pocas palabras a su labor y a los compradores y cuando por alguna ausencia de su mujer le toca atender la caja, a la primera oportunidad asoma, por debajo de su exterior cortés y afable, un malhumor fácil. Se le ve hombre de mecha corta, dado a disgustarse pronto cuando se le lleva la contraria en una suma un par de veces. En cuanto al parloteo del barrio, puede reír un chiste o una anécdota pero se nota que poco tienen que ver con él; si acaso escucha, pero no pone de lo suyo. No sé si será bruto; incapaz, a diferencia de su mujer, de seguir dos o tres cosas a la vez. En todo caso, no soporta que lo distraigan a la hora de cobrar y dar el cambio. No manda a callar pero tampoco atiende y no sabe disimular, en esas ocasiones, su talante exasperado.

A quien más veo en las reuniones de la bodega, reposado como quien estuviese tranquilamente dispuesto a echar allí el día, es a uno de esos nuevos

chinos llegados al barrio tras la apertura de la bodega, como si fuesen parte de un séquito de los comerciantes. Se le ve desde lejos por la calle, siempre con un enorme paraguas negro abierto, lo mismo para protegerse de la lluvia que del sol. De todos esos recién llegados ha resultado el más gregario. Pasa horas en la bodega, echando parrafadas nada apuradas o escuchando con la misma calma, paraguas al brazo, las de otros; con una leve sonrisa inmóvil de las comisuras que aproxima su cara al estereotipo teatral del chino zorro, ése que sabe mucho más de lo que dice o le dicen. Sin embargo, a veces me parece sorprenderlo ido, como entregado a otras cosas, sencillamente matando el tiempo en un sitio que jamás lo cansa, mientras se apoya en el mango de su paraguas. Me imagino que, aparte de viejo, solo, como da la apariencia de estar, prefiere la bodega al encierro entre las cuatro paredes de su casa. Tan es así que, pronto, ni siquiera esta animación le basta y organiza por su cuenta una tertulia paralela de otro género.

Las tardes de buen tiempo, a la hora en que el sol afloja, sale al tramo de acera frente a su edificio, cargado con una mesa de metal plegable y una caja de fichas de dominó. Luego, con ayuda de quienes compartirán su juego, baja de su casa o trae de apartamentos más próximos a la calle cuatro sillas de tijera y, armado este escenario casi enfrente de la bodega, comienza el juego de dominó.

Noto, nada más pasar unas pocas veces junto a estas partidas crepusculares, que todos los jugadores, menos él, son intercambiables. Es el único que nunca falla, el más apasionado. Ha previsto solución hasta para los días de lluvia, cuando muda el juego (de él es la decisión, no me cabe duda) a la sala de uno de los jugadores, o, en último extremo, al pasillo de entrada del edificio, al pie de las escaleras y bajo la débil luz de un bombillo barato; con lo que, supongo, irritará no poco a los otros residentes, lo que parece no tener en cuenta. Estoy en la bodega cuando la china, para todo lo demás su amiga, rechaza terminante, a la primera insinuación, la idea de que su marido se sume a estas mesas. El chino escucha a su mujer y asiente, divertido y a su manera, descartando el dominó con una risa y un gesto de la mano, como si no supiera de qué se le está hablando.

Como le veo hacer con todos, el chino del paraguas me da conversación a la segunda o tercera vez que coincidimos en la bodega, con familiaridad de viejos conocidos y movido, él mismo me lo dice, por mi acento cubano. Aprendida la lección con los chinos nicaragüenses no me he atrevido a adivinar de dónde es, aunque su acento me haya sonado, desde el primer momento, al de un chino cubano indiscutible. Resulta que eso es. De Cantón, fue a Cuba de niño, vivió en La Habana, en sus afueras, más de treinta años, y con una cubana se casó y tuvo hijos, hasta venir a Estados Unidos, a esta zona de Miami vuelta refugio, primero de cubanos y ahora de centroamericanos y otra gente de más al sur, cuyo abandono la vuelve accesible a la precaria economía de muchos emigrantes como nosotros. Vino acá después de enviudar, siguiendo a su hijo, llegado mucho antes con su propia familia. De no ser por él, dice al contarlo, se habría quedado en Cuba, sin importarle los inconvenientes.

Era hombre sencillo, de campo, relata sin que le pregunten, con detalles que va soltando cuando me ve y me imagino repetirá a otros mil veces al día, hasta armarme con pormenores su vida cubana. Tenía una casucha con un terrenito fuera de La Habana y todos los días se metía en la ciudad, con un carretón donde llevaba a vender los vegetales y, sobre todo, las hierbas que cosechaba en su mínimo huerto. Se me hace difícil pensarlo pero de eso vivían, asegura, él y su familia. Nunca le hizo falta más; a juzgar por la reducida existencia que lleva, puede aceptarse que sea cierto lo que dice.

Por lo visto, quiere que yo corresponda a su franqueza y no para de preguntarme, cada vez que me ve, cuanto detalle de mi vida se le antoja, sin el menor recato. Que qué hago, en qué trabajo, que si estoy casado o tengo hijos, que cuándo vine. Esquivo como puedo sus preguntas; no tengo nada que ocultar pero me desagrada sacar a relucir en público mi vida personal y le respondo con evasivas. Le importa poco; insiste y hasta me echa en cara mi reserva, comentando con los demás, un día que respondo con un bastante a su pregunta de si mi apartamento cuesta mucho, que no me gusta hablar, soy muy callado. Viniendo de él, me resulta risible ese juicio, que hace sin ánimo de riña. Como si los chinos no fueran reservados, como si no fuese ése uno de sus rasgos sobresalientes, dondequiera, o por lo menos cuando están fuera de sus fronteras. El chino me critica con tono amable, como si en vez de un reproche su observación fuese un diagnóstico. Una vecina que parece entender mis evasivas le llama la atención, diciéndole delante de todos que es un metido. Pero al fin y al cabo, su persistencia me fastidia sin llegar a disgustarme. Presencio cómo hace con todos lo mismo que conmigo, con insistencia terca.

Cuando, por las tardes, paso junto a su mesa de dominó, me dedica siempre un sonoro saludo: «¡Adiós, cubano!», me dice. Y aunque más de uno de los que anden por allí e incluso alguno de los jugadores sea cubano, todos sabemos que a mí dirige su ritual saludo diario. Hace como nosotros con los chinos, eso de llamarlos por su nacionalidad y no por el nombre. Para que el nombre entre en la conversación tiene que haber ya cierta relación personal. Si no, para nosotros son sólo eso, chinos, indistintos. El chino del puesto, el chino de la bodega, el chino de la esquina, el chino del paraguas. A la china de la bodega le dicen así todos, china, aunque sepan que se llama Zoila. El chino hace lo mismo conmigo; para él soy el cubano de al doblar.

A quienes sí veo molestarse con su lata de preguntar es a los hijos de los chinos, que aparecen de cuando en cuando a atender la caja en momentos complicados del negocio, o a pedirle dinero a los padres, a veces simplemente a darse una vuelta por el lugar. Aprovechan su juventud para volver la espalda al chino o mandarlo a callar cuando él les machaca sus preguntas. Casi nunca los reconozco. De una visita a otra, el que creí el menor me parece haber crecido una enormidad en apenas semanas; la que consideré una niña ahora aparece con novio y figura algo más que adolescente. Otros clientes dicen a los chinos lo que yo pienso, con comentarios como «pero yo creí que tu hijo era otro», «ésta no es la que tú me presentaste» o «pero si el del otro día era un niño y éste ya es un muchachón». El chino del paraguas escucha los debates con su

cara discretamente jocosa. Cuando se entromete, lo hace poniéndose del lado de sus coterráneos y se anticipa a la observación que sabe está al hacerse, volviéndola broma: «Es que todos los chinos somos iguales», dice a quienes no lo son y no aciertan con los hijos de los chinos, confundiendo a veces a uno de ellos con otro joven que, aclara la china, es simplemente un sobrino de visita.

Una tarde, volviendo a casa del trabajo, descubro desde lejos gran revuelo frente a la bodega. Más que revuelo; allí está la policía. Alrededor, el barrio entero; no podría ser menos a esta hora, con la gente ya de vuelta a casa. Veo a los policías entrar y salir de la bodega y presiento que ha habido un asalto. Pronto desmienten mis ideas los comentarios que escucho en torno mío y, como para corroborarlos, veo con asombro cómo dos agentes sacan al chino de su bodega, y no por las buenas; lleva las manos esposadas a la espalda. Para colmo, detrás traen a la mujer, de la misma mala manera, y a los dos los meten en el mismo carro celular. Con la aprendida cautela de sujetarles la cabeza para que no se den un golpe al entrar, pero empujados, sin miramientos.

En el ruedo que formamos los vecinos descubro al chino del paraguas. Me llama la atención verlo conversando con uno de los policías. Más que uno cualquiera; es, de todos, el que más aspecto de oficial tiene; el que, en todo sentido, parece el jefe. Es gringo, rubio hasta el bigote. Dedicado a estos barrios, algo de español tendrá que saber, estoy seguro; de ninguna manera se me ocurre que el chino del paraguas sepa de inglés más que unas pocas palabras para resolver lo mínimo, andar de acá para allá por sus cuatro esquinas.

Estoy cerca de ellos cuando sacan a la china y noto que también ella ha descubierto esa conversación. Imposible no ver hasta qué punto se le encandila el rostro, la furia que le causa. Para mi sorpresa y la de todos, antes de que los policías logren meterla en el auto patrullero le lanza al chino del paraguas un grito en chino que, por el tono y la ira que refleja, no puede ser más que un insulto, y de los buenos. Como para que a nadie le quede duda, termina su iracunda frase con el peor gesto posible: lanza, más simbólico que real pero contundente, un escupitajo en dirección al chino.

Pronto termina el espectáculo. Los patrulleros se van y la bodega queda cerrada, sellada. Por ahora y sabe dios por cuánto tiempo, habrá que buscar otro lugar donde conseguir las provisiones. Quedamos, en las aceras y el medio de la calle, puede decirse que el vecindario entero, y no hay duda de cuál es la pregunta que más se escucha, que repetimos todos, hasta yo, vuelto curioso: ¿Qué le dijo la china bodeguera al chino del paraguas?, es lo que queremos saber todos. Hay más de un chino entre nosotros y a ellos nos volvemos con la pregunta, una y otra vez. La respuesta que nos dan, con la misma terquedad, no varía: en medio de los gritos, o por la distancia, no pudieron escuchar a la china. Ninguno se enteró de lo que dijo. Ni el chino del paraguas, que sigue tan imperturbable como si con él no hubiera sido y da así la impresión de ser el más sincero: tampoco él la oyó, pero sabe que con él no fue y nos reprocha el suponerlo.

Estamos todos confundidos, la china insultaba al policía, asegura con remoto aire ofendido. Su grito y su salivazo fueron dirigidos al agente que él

tenía a su lado; el teniente, dice, asignándole un grado, presiento que a su antojo. Al final nos dispersamos y también él se va. Pero alguna duda nos queda dentro, por lo menos a quienes no somos chinos y no entendimos ese grito. Si la cólera de la china iba dirigida contra el policía, ¿por qué entonces le habló en chino? No tiene sentido; la explicación no nos convence.

En vez de complicarme la vida preguntando a cuanto vecino veo qué pasó con los chinos, prefiero dedicarme a buscar la explicación en periodiquitos locales; serán ellos si acaso los que se ocupen de asunto tan de barrio. Así es; al cabo de pocos días, descubro en uno de ellos una versión de los hechos, que imagino conocerá a estas alturas el vecindario entero. Tan sorprendente es, tan enredada, que prefiero evitar comentarla en la barriada, aunque sea al precio de quedarme sin saber jugosos detalles del caso que, estoy seguro, debe tener a mis vecinos conversando boquiabiertos de la mañana a la noche.

Los chinos han sido acusados de contrabando de inmigrantes; de chinos, justamente. Esa prole nunca igual a sí misma que tanto me aturdí en la bodega, algunos de esos nuevos vecinos chinos aparecidos inesperadamente por el barrio desde llegar los bodegueros, eran traídos por éstos de contrabando desde China, aprovechando muchas veces el agujero de Hong Kong, y otras, el inmenso caudal de negocios en que andan ahora metidos los chinos de Pekín. Los colaban usando una técnica muy suya, como una célula que se multiplicase para crear un desconcertante tejido. Cada célula generaba otras y al final, todas eran iguales a la primera, o, por lo menos, tan parecidas como para ser confundidas entre sí. Empezaron con unos falsos hijos ya traídos clandestinamente antes de mudarse a nuestras cuadras y que para entonces habían dejado de serlo, a su vez adultos con familia, mujer e hijos y padres; muchos de ellos, esos visitantes que pasaban por la bodega a darles conversación. Cada chino llegaba siendo una cosa y luego se volvía otra. Chinos vivos sustituían a chinos muertos y reclamaban a familiares que no lo eran y que ni siquiera tenían a veces que cambiar la foto de un falso pasaporte, tan incapaces resultaban los funcionarios consulares occidentales de distinguir a un chino de otro, llegando a haber hombres que viajaron con pasaporte de mujer sin necesidad de travestirse. No hacían falta parecidos familiares ni correspondencia justa en las edades; chinas de 25 años tenían pronto 40 o viceversa y hombres de 45 viajaban con el pasaporte de uno de 70, asombrando a las autoridades migratorias con su aspecto joven, que en vez de despertar sospechas dejaba a los inspectores comentando esa distinta dieta de los chinos que tan recia salud les da. Nombres, rostros, edades, todo pasaba ante los agentes y las aduanas en confusión indescriptible, en que una misma familia crecía y se ampliaba y proliferaba, hasta hacer posible, con esos multiplicados subterfugios de parentescos, identidades y pasaportes trocados, la llegada a tierras americanas de poblaciones chinas enteras.

Como contagiadas por la tristeza del cierre de la bodega, cesan desde el mismo día las partidas vespertinas de dominó. Veo al chino del paraguas dando vueltas, de pie por las esquinas y ahora taciturno, como desprovisto de algo, desamparado, como si se sintiera sobre terreno poco firme. Es uno de

los pocos chinos que quedan. Aunque no todos habían sido parte del descubierto tráfico, los que no lo fueron prefieren mudarse; puede que, siendo chinos, se vean señalados por el escándalo y se sientan incómodos entre nosotros que, como bien son ellos los primeros en saber, no distinguimos entre ellos quién es quién. El chino del paraguas pasea, saluda, pero le queda poca alegría y parece remoto, merodea como un abandonado.

Cerrada la bodega sin trazas de reabrir, no anticipo más incidentes en el barrio; mucho menos policiales; la redada no parece traer secuela. Me equivoco. Una mañana, camino del trabajo, descubro una turba aglomerada frente al edificio del chino, en el mismo sitio donde él disfrutaba hasta hace semanas sus diarias partidas de dominó. Pienso lo de siempre: un asalto, consumado o fallido; un infarto. Pero es más gente de la cuenta para hechos tan rutinarios y, sospechando algo peor, me acerco a ver qué pasa.

Se trata del chino del paraguas. No tengo ni que preguntar. El alboroto es tanto, tantas cosas se dicen, que me entero en unos momentos de cuantos pormenores puedan importarme de la tragedia sucedida. Parece que, muy al amanecer, aburrido del silencio de su casa, al chino se le ocurrió salir a entretenerse dando una vuelta por el barrio. No era, se asegura, la primera vez que lo hacía, sino al contrario, una costumbre bien frecuente; más de un vecino dice haberlo visto muy de mañana, caminando por la cuadra de una esquina a otra, solo en la calle todavía desierta a esa hora. Pero esta vez, algo terrible vino a sorprenderlo. O le falló el corazón, o resbaló, u ocurrió algún otro accidente; lo cierto es que se fue de cabeza por esas antiguas y algo torcidas escaleras y se descalabró al llegar abajo, todo indica que sin remedio. Cuando lo descubrieron era más que tarde; ni se movía ni respiraba, fulminado por un desastroso golpe en la sien.

Me voy, sin ganas de escuchar más. No me hace falta cavilar para sacar conclusiones que me resultan bien transparentes. Pasado el susto, ni los más ingenuos creerán ese cuento del resbalón y el fatal cabezazo. Se sabrá sin falta a qué atribuir esa singular caída escaleras abajo y, como en este barrio de emigrantes donde vivo no hay quien desconozca el valor de un secreto, por parlanchines que seamos de raza, estoy seguro de que se le echará tierra a la muerte del chino del paraguas; no habrá incauto a quien le interese discutir, ni eso, ni el trasiego de la bodega, ni nada.

Así pasa. Por los periodiquitos sé que ni siquiera causa se abre para investigar la muerte del chino. Si crimen hubo, queda en pura conjetura. Las visitas al lugar de escasos detectives no hallan ni pistas ni respuestas. De todos modos, la simple nube de sospecha provoca un cambio generalizado y es así como, de la noche a la mañana, mi barrio enmudece; a partir de entonces, siempre la misma cara de no saber, el mismo murmullo hueco y sin sentido, si la torpeza de un descuidado saca a relucir en un corrillo cualquiera de esos trajines policiales. Como si todos, de la noche a la mañana, nos hubiésemos vuelto chinos.

La mudanza

Carlos Victoria

AYER NOS MUDAMOS A ESTA CASA GIGANTE, MI FAMILIA Y YO. NO ME HA quedado tiempo de ver cómo se llama este sitio apartado, que no es campo propiamente dicho pero ni por asomo parece una ciudad, ni siquiera un pueblo. Viviendas solitarias se esparcen como piedras en un césped ralo. En el mapa no resulta claro si hemos ido a parar al sur o al norte. Lo único evidente es que mis familiares y yo estamos juntos, repartidos en las habitaciones como huéspedes en un hotel venido a menos.

Mi padre comunista no ha encontrado acomodo sino en la planta baja, en un cuarto con puerta independiente que da al mismo jardín, lo que tal vez le recuerda la casa de sus tiempos de gloria en La Habana, cuando lo ascendieron a teniente coronel y vivía en una quinta en el barrio de Kohly, con canteiros de cilantro y albahaca y filas de árboles frutales. Luego cayó en desgracia (por lo que dice aún que fue un malentendido) y lo metieron preso en una celda exactamente igual a la que me tocó diez años antes, cuando ni en sueños pensábamos que alguna vez íbamos a encontrarnos. Así la vida imita a la literatura, como ya se ha dicho hasta la saciedad.

Mi madre, como le corresponde a una enferma mental, ha escogido una especie de desván justo encima del segundo piso, que compartimos sin mucho aspaviento mis media hermanas y yo. ¿Se dirá en este caso media o medias? He vivido tanto tiempo en Estados Unidos que a veces tropiezo en español. Aquí en este lugar no sé qué idioma se habla; con el apuro de mudarnos olvidé averiguarlo. Sin embargo, con el otro habitante de la casa no tengo esta súbita duda del lenguaje: mi medio hermano es solo, singular. Me resulta curioso que nunca he podido llamarlos hermanastro, hermanastras, sino que casi siempre prefiero los términos más sólidos de hermano, hermanas, olvidando con obstinación que nacimos de distintas mujeres, de las que por cierto sólo mi madre vino. Explicar por qué las otras no se hallan con nosotros me tomaría meses, o quién sabe si años, y el tiempo apremia para todos aquí.

He venido a esta casa para escribir. Hace exactamente tres años que no escribo; un buen día me di cuenta de que no me gustaba lo que podía contar. Pero con la mudanza me ha vuelto el impulso.

Por supuesto, no puedo confesarle a mi familia que ésa ha sido la causa de mi decisión, cuando acepté, como aceptaron ellos, dejarlo todo atrás y correr este riesgo. Estoy seguro de que cada uno tiene a su vez un motivo secreto

para este cambio drástico de domicilio, pero no sé si podré descubrirlo, ni si me importa hurgar en sus razones.

El caso más sencillo es el de mi madre. A ella le da lo mismo cualquier lugar. Dondequiera que va la sigue su universo, en el que nadie jamás tendrá cabida, y que la atrapa como un calabozo pero a la vez la eleva como un viaje espacial. Ahora mismo, con el cuerpo y la cara vueltos a la pared, en ese cuarto que parece un desván, se adentra en un paisaje de arroyos y montañas, donde la gente se inclina a venerarla como sólo se merece una reina. Esto no es, por favor, realismo mágico, una moda que a estas alturas me inspira desprecio. La esquizofrenia tiene poco que ver con esas imaginaciones coloridas, plagadas de superficialidad y folklore. Ese mismo paisaje que ella ve puede cambiar de pronto y convertirse en un campo de sangre, poblado de enemigos que la vigilan y que exigen su muerte. Pero mi madre, como otras tantas veces, sobrevivirá.

En el otro extremo se encuentra mi padre. Se me vuelve difícil descifrar por qué está aquí. Esta mañana cuando me desperté y me asomé a la ventana lo vi deambular por el jardín, como buscando dónde sembrar o podar o trasplantar arbustos, con ese afán que se le ha despertado en la vejez de manipular plantas, luego de fracasar en su enconado intento de manipular ideas y seres humanos, entre ellos mis hermanos y yo. Me pareció que se agachaba para recoger un papel en la hierba, un papel que seguramente estaba en blanco.

Recuerdo que a mediados de los años noventa, cuando viajé de Miami a Cuba para enfrentarme cara a cara con él, después de treinta años sin el menor contacto, lo vi agacharse en el pasillo de un hospital y taparse la cara con las manos. Era de madrugada y en esa zona se había ido la luz; el apagón no respetaba ni a médicos ni a enfermos. Él estaba ingresado por una neumonía, y yo me aparecí de repente en su cuarto, acompañado por mis dos hermanas. Salimos al pasillo para conversar y no perturbar a los otros pacientes, y entonces se inclinó, se encorvó por completo, y a la luz de una vela se cubrió todo el rostro. Luego dijo que él nunca había querido hacerle daño a nadie, refiriéndose a mi madre y a mí, y cuando entramos en el inevitable tema político me aseguró que a pesar de todo lo que había sufrido sus ideales se mantenían intactos. Yo me había prometido no refutarle nada y concentré mi mirada en la llama que se agrandaba y se empequeñecía, y en la cera derretida que formaba en el plato unos brotes de carne blanquecina.

He olvidado decir que en esta casa no existe luz eléctrica, pese a que estamos en todo el esplendor del siglo veintiuno. Por la noche la negrura es completa. Cada uno de nosotros abre la ventana para que al menos se filtre un poco de la luz de afuera, con la excepción de mi hermano, que ha ocupado el sótano. Nadie lo obligó a hacerlo. El lo quiso desde el primer momento; es más, lo impuso como condición para vivir aquí.

Mi hermano es, de acuerdo con las reglas de este mundo, el único de nosotros seis al que puede llamarse un triunfador. Quiero decir, es el único que ha logrado acumular dinero. En Miami su foto salía a veces en las páginas sociales de la prensa local, rodeado de personas como él en cuya piel brillaba la riqueza.

Hace unos años, cuando supimos por primera vez uno del otro, él se negó rotundamente a encontrarse conmigo. Se lo dijo en inglés a una prima nuestra, sobrina de mi padre, que hizo de mensajera entre los dos. «I'm not ready», le dijo. Y con un giro afectado agregó: «Maybe I will never be». Creo que comían en un restaurante francés en Coral Gables. Mi prima me contó que él apenas probó los asados y el vino. «No estoy preparado», repitió en español. «A lo mejor nunca lo voy a estar». Como respuesta, yo escribí durante todo un año una novela que titulé *Puente en la oscuridad*, sobre un hermano que se comporta como un fantasma esquivo. Pero uno no puede pasarse todo el tiempo escribiendo novelas, o al menos yo no puedo. Ni quiero.

Y ahora mi hermano está allá abajo, encerrado en el sótano. Si pegara mi oído al piso de la sala podría sentir tal vez su respiración. Pero me engañaría, porque en esta casa no se escuchan sonidos; es como si viviéramos en un planeta en calma. Desde lejos uno siente a veces los acordes de un canto, o el aire entre unas ramas, o el crepitar de un fuego forestal. Pero aquí adentro no puede percibirse ni el eco de unos pasos. Y donde no hay sonidos no hay perdón.

Hace un rato subí al desván a llevarle a mi madre una fuente de sopa, que mi hermana más pequeña cocinó al mediodía. ¡Cuánto he llegado a querer a mis hermanas, a pesar de que las conocí cuando ya eran mujeres! Pero por eso mismo, por quererlas, no puedo describirlas ni decir quiénes son. Las dos comparten una misma madre, pero nada más. Ambas pasaron toda su vida en Cuba, a diferencia de mi hermano y yo, y les tocó vivir el ascenso y también el descenso de mi progenitor. Ninguna de las dos se habla entre sí desde que dejaron de ser adolescentes. ¿Se odiarán de verdad, o es el amor que se disfraza de vestidos perversos? Sé que las dividieron los celos, la política, la sensación de fraude, la sospecha de que una había traicionado a la otra, de que se habían dado mutuamente, por así decirlo, una puñalada traperera. Y allí se acabó todo entre las dos. Sin embargo, ambas quisieron compartir conmigo este segundo piso, que no me canso de recorrer. Hay salones vacíos en los que la humedad ha deslustrado desde las losas hasta el cielo raso. No hay cuadros ni cortinas, ni adornos que indiquen un gusto, o una historia.

Tal vez en esta casa haga falta un gato. Pero no seré yo quien lo busque. Me acuerdo del que tuve por un montón de años, y cómo sufrí cuando me vi obligado, según la generosa expresión en inglés, a ponerlo a dormir. Me acuerdo cómo en las semanas siguientes, al despertarme por la madrugada, me acosaba la angustia de lo que nunca volverá a ser, porque él acostumbraba a dormir a los pies de mi cama. Incluso pregunté en alta voz en un par de ocasiones: «¿Dónde estás?», como si yo fuera un puñetero niño, y no un adulto que sabe perfectamente bien lo que es la muerte. Eso ocurre cuando uno se aferra al afecto, aunque ese afecto sea el de un animal. Con los seres humanos existe la esperanza de que uno un día se vuelva creyente, y se fabrique una de esas teorías sobre la vida eterna o la reencarnación, y se ponga a pensar que de una manera inexplicable uno se encontrará otra vez con la persona amada, aunque sea en otra dimensión o en otra forma. Pero esas ilusiones no

sirven para los animales. Así que no soy yo el que buscará el gato. Y dudo mucho que los otros lo hagan. Porque nosotros seis...

Es la segunda vez que lo escribo, y de repente me ha entrado temor. Nosotros seis. Siempre le hui a ese número. Siento desdén por las supersticiones, pero mi obsesión con el seis es la excepción. Debe ser un residuo de mi crianza entre los protestantes, con su énfasis en el apocalipsis y la cifra maligna. Lo cierto es que jamás, desde muy joven, dejé de escribir por más de una semana, a no ser los meses cuando estuve preso, y eso por fuerza mayor. Sin embargo, tan pronto publiqué mi quinto libro algo en mí se detuvo. Me obligué a comenzar el que iba a ser el sexto y no pude avanzar. Y pasaron tres años. Ya dije que me había dado cuenta de que no me gustaba lo que podía contar, y esa al menos ha sido la razón aparente de esta larga parálisis creativa, pero a veces he sospechado que por tratarse del número seis no he podido escribir. Hasta la inesperada mudanza a esta casa. La mudanza de nosotros seis.

Los miedos nos alcanzan por mucho que corramos; ellos acechan y esperan su momento.

Mientras tanto yo escribo.

Una frase muy en boga en inglés dice: «Hay que enfrentar los miedos.»

De modo que aquí estamos, en silencio, esperando un milagro, o a lo mejor la próxima mudanza, como si la vida fuera mucho más larga y nos diera la oportunidad de encontrar otro sitio donde los seis podamos ser y estar.

Estirpe maldita

Dáina Chaviano

YA ES CERCA DE LA MEDIANOCHE Y PRONTO COMENZARÁN LOS RUIDOS. Desde aquí podré observarlo todo: cada movimiento en el interior de la casa, cada susurro, cada visitante clandestino. Como siempre, estaré en mi puesto hasta la salida del sol. Y mientras el vecindario duerme, sólo dos viviendas permanecerán en la vigilia: la mía y *ésa*.

Nos alumbramos poco, al igual que ellos, para no llamar la atención. Mis padres y mis hermanos se mueven con sigilo, sin que ningún ajetreo llegue afuera. A cada rato, mamá o papá dejan un instante sus ocupaciones para curiosar un poco. También mis hermanos abandonan sus juegos y tratan de percibir alguna cosa tras los cristales. Sólo yo permanezco firme, sin desviarme un ápice de lo que considero mi mayor deber: descubrir qué sucede en esa casa...

No sé por qué lo hago. No sé de dónde sale esta obsesión de espionaje perpetuo. Es un reflejo, casi una enfermedad; algo que he aprendido de los mayores. Papá y mamá dan el ejemplo, aunque sin mucho convencimiento. Dicen que es su obligación. No obstante, cuando mis hermanos preguntan acerca del origen de esta vigilia, ninguno sabe dar una respuesta coherente. Pero yo no me caliento la cabeza con estas cosas. Me limito a cumplir con mi deber.

Acaban de dar las doce, y yo me empino sobre el borde del techo para ver mejor. Ahora empezará el trájín. En efecto. Ya encendieron una luz en el piso alto. Es la vieja. Puedo verla a través de una ventana rota. Se mueve por su habitación llena de trastos, mientras se alumbra con un cabo de vela. Se agacha junto a lo que parece un baúl. Intenta separarlo de la pared, pero no logra moverlo. Entonces deja la palmatoria en el suelo y empuja con todas sus fuerzas hasta que el mueble se despega del rincón. La vieja se inclina sobre él, como si fuera a sacar algo... En ese instante, alguien tropieza conmigo y casi pierdo el equilibrio. Es mi hermano menor.

—¿Qué haces aquí, idiota? —le recrimino en voz baja—. Por poco me matas del susto.

—Vine a jugar —responde sin notar mi furia, y esparce una porción de huesecillos por el alero.

—¿Y desde cuándo juegas en la azotea?

—Hace calor allá adentro.

Coge dos falanges y comienza a golpearlas entre sí, como si fuesen espadas diminutas.

Contemplo de reojo la casa, pero ya la vieja ha desaparecido con vela y todo. Me he quedado sin saber qué pretendía sacar de aquel rincón.

—¿Y ésas? —le pregunto sin mucho interés, porque ahora descubro a dos figuras que atraviesan rápidamente la entrada de autos y son conducidas de inmediato al interior por alguien que les abre la puerta—. ¿Son nuevas?

Mi hermano me mira un momento, sin comprender.

—¡Ah! ¿Éstas?... Eran del bebé de los Rizo.

—¿El que enterraron la semana pasada?

—No. Aquel era nieto de la señora Cándida. Este es un bebé mucho más antiguo.

Una música perezosa sube y baja de tono hasta perderse en un murmullo: alguien manipula una radio en la casa vecina. Por alguna razón, está prohibido escuchar las voces que provienen de la lejanía. Adivino el afán del oyente por eludir la señal de interferencia.

—Vete de aquí —lo empujo un poco para recobrar mi lugar—. Si no bajas enseguida, le diré a papá que no vuelva a llevarte.

Se encoge de hombros.

—Ya no tengo que ir al osario para conseguir juguetes. Mami siempre...

—Si no te vas ahora mismo, te tiro de cabeza. ¿No ves que estoy ocupado?

La puerta principal de la casa se abre con lentitud. Un hombre asoma la cabeza para inspeccionar los alrededores. Después vuelve a entrar. Enseguida vuelve a salir. Lleva un cuchillo en la mano. Se acerca sigiloso hasta un rincón del jardín y empieza a abrir un hoyo, ayudándose de ese instrumento. Rápidamente entierra en él un paquete de mediano tamaño que ha sacado del garaje. En medio del silencio de la madrugada, lo oigo murmurar:

—No podré usarlo yo, pero ellos tampoco lo tendrán.

Finaliza su tarea y regresa al interior.

Mi hermano me empuja para tener más espacio.

—¡Pedazo de estúpido! —me vuelvo hacia él, dispuesto a cualquier cosa.

Lo sacudo por el cuello hasta que se desmadeja por la falta de aire. Entonces mis ojos tropiezan con un espectáculo insólito: una luz difusa cae sobre la cama donde se desnuda una pareja. Me quedo atónito. Suelto a mi hermano y, tres segundos después, escucho el ruido sordo de un cuerpo que cae sobre el pavimento, muchos metros más abajo. No le presto atención, porque ahora distingo otra sombra que atraviesa el portal. En ese instante un nubarrón inmenso cubre el disco de la luna, y yo me quedo sin saber si era hombre o mujer aquello que se aleja con un bulto entre los brazos.

Un gong lejanísimo me devuelve a la realidad. Es mi madre que nos llama a cenar. Observo por un segundo la casona envuelta en tinieblas y me separo del alero con reticencia.

Cuando entro al comedor, ya están todos sentados a la mesa. Mamá sirve una sopa roja y espesa como jugo de remolacha. Pruebo la primera cucharada y casi me quemo los labios.

—¡Está hirviendo! —protesto.

—Ten cuidado con el mantel —me advierte ella—. Ya sabes cómo mancha eso.

—¡A mí no me gusta la sangre vieja! —se queja uno de mis hermanos.

—Pues tendrás que conformarte. La cosa se está poniendo cada día más difícil, y ya no puedo conseguirla fresca como antes.

—¿De dónde la sacaste? —pregunta mi padre, atracándose con un trozo de oreja.

—Me la vendió Gertrudis a sobreprecio. La tenía en el congelador desde hace seis meses, porque Luisito... —mira en torno—. ¿Dónde está Junior?

Todos dejamos de comer para fijarnos en el puesto vacío de mi hermano. Entonces recuerdo.

—Creo que... —se me hace un nudo en la garganta.

Le tengo horror a los castigos.

Muchos ojos me miran en silencio, esperando una explicación. Decido contarle todo: mi tenaz vigilia sobre la mansión, el sospechoso comportamiento de la vieja y del enterrador de tesoros, la brusca interrupción de mi hermano y nuestro forcejeo al borde del alero, el enigmático personaje que abandona la casa y el ruido de algo que cae sobre el cemento... Me preparo para lo peor.

—¿Y no pudiste ver lo que llevaba aquel hombre? —pregunta mi madre.

—Ni siquiera sé si era un hombre: había mucha oscuridad.

—¡Qué mala suerte!

Comen en silencio.

—Entonces, ¿qué hacemos con Junior? —dice mi padre, dejando unas manchas sanguinolentas en su servilleta.

—Lo mejor será aprovecharlo —decide mamá—. ¿Qué les parece un aporreado de sesos para mañana?

Todos gritamos con entusiasmo.

Mamá se pone de pie y va en busca del postre, pero yo no puedo esperar. Me acerco al balcón y trepo hasta la azotea. El viento hace rechinar los tablones desprendidos del desván. Desde allí percibo el escándalo de mis hermanos que, haciendo caso omiso a la consabida prohibición, inundan de chillidos la madrugada.

Frente a mí, unas persianas se abren. Observo atentamente los rostros que se asoman: la vieja del baúl y una mujer joven. Miran con temor e interés hacia nuestra vivienda.

—¡Solavaya! —oigo decir a la vieja, que se persigna tres veces seguida—. Ahistán otra vez los espíritus alborotaos.

—Voy a avisarle a la policía.

—¿Sí? ¿Y qué vas a decir? —finge la voz de la joven—: Oigan, en la casa dial lado hubo una matazón de gente hace una pila de años y ahora los muertos andan chillando a toda hora... ¿Eso es lo que vas a decir? Mira, mejor déjalos con su alharaca que'n definitiva eso es lo único que pueden hacer los muertos cuando ya están despachaos.

Ambas mujeres vuelven a persignarse. Las persianas se entornan tras ellas, y yo me quedo de una pieza, completamente confundido por lo que acabo de oír. Ninguno de nosotros ha muerto... excepto Junior, a quien dejé caer por

accidente. Y si nosotros podemos morir, es que no estamos muertos. ¿O pueden los muertos volver a morir?

Intento ver qué ocurre tras las cortinas oscuras, pero la luz del sol comienza a anunciarse como una claridad vaga sobre los tejados de la ciudad. Debo regresar a mi cuarto. Dormiré todo el día hasta que llegue la noche y, cuando empiecen a salir las estrellas, desplegaré mis alas membranosas y vendré volando hasta mi lugar de siempre.



El hombre de lejos

Luis de la Paz

SEGURAMENTE AQUEL DÍA TAMBIÉN LLEVABA EL PANTALÓN DE CAQUI color crema, gastado, medio desteñido, roto a la altura de las rodillas, más del lado derecho que del izquierdo, quizás por aquello de apoyarme más con esa pierna al intentar treparme, una y otra vez, a la mata de álamo, frondoso árbol intensamente verde que hay al doblar la esquina de mi casa. Una línea horizontal era la rajadura que mi madre zurcía con el mejor hilo que encontraba, sin importar el color, pero que yo volvía a romper, cuando de nuevo apoyaba la rodilla con fuerza, casi raspando el tronco, para alcanzar la rama con la que me impulsaba al interior del árbol donde permanecía largas horas, la mayor parte de las veces en solitario, silencioso hasta el mismo atardecer, esperando la llegada de los pájaros, que viniendo de nunca se sabe dónde, batallaban entre sí para encontrar un sitio y acomodarse para dormir.

Pero aquella tarde soleadísima y calurosa yo no andaba por Santos Suárez, mi vecindario, sino por La Habana, cerca del Capitolio, a unas escasas cuadras del solar de Zalaya donde nació y vivió mi madre. Un sitio tenebroso, sórdido, construido en 1902, donde el chisme, el chancleteo, las broncas y el chanchullo nunca han cesado. Lugar donde murieron los padres de mi madre, también su hermana Concha, de tuberculosis en los años 40 y donde aún, con toda seguridad por nostalgia, por querer también morir allí, mi octogenario tío, flaco, pellejudo, fumando perennemente un largo tabaco permanece en el lugar, esperando, afrontando, su destino final. Subiendo a diario las escaleras sin pasamanos, sorteando los huecos, brincando peldaños que han desaparecido, esquivando los cables eléctricos sueltos, que ya han electrocutado a varios inquilinos.

Yo caminaba por La Habana cerca del Parque de la Fraternidad. Caminaba rápido, desordenado, medio a lo loco, es decir niño, sin ataduras, sin compromiso mayor que el de la propia infancia, con el pelo revuelto, y una camisa de guinga de cuadritos negros y blancos. Siempre me ha gustado hacer las cosas con prisa, aunque no la tenga. De repente siento unos deseos tremendos de acabar, de llegar, de virar, de hacer otra cosa nueva con la misma inútil e innecesaria prontitud. No recuerdo adónde me dirigía en la abigarrada tarde habanera, pero sí sé que para esa época tendría que tener unos 11 o 12 años, pues ya me permitían alejarme bastante de mi casa y hasta tomar la guagua. Tal vez era sábado o domingo porque era por la tarde y generalmente por las tardes yo estaba en la escuela.

Caminaba distraído, muy cerca de la ceiba y me aproximaba a la Fuente de la India con alguna piedra en la mano, un pedazo de palo, una vaina de flamboyán que encontré tirada, una almendra que recogí del suelo... (porque ésa es otra cosa, siempre he necesitado tener algo en las manos, estar tocando algo), cuando escucho una voz extraña llamándome. Yo no miro, yo sigo. No intento buscar la voz femenina que decía con un tono extraño:

«Niño.»

Si hubiera sido un poco mayor, mínimamente culto, un poquito imaginativo, hubiera pensado que la voz con acento extranjero bien podría provenir de la propia ceiba que fue plantada con tierra traída de todos los países del continente. Pero como era un cretino incapaz de inventar nada, porque ya a esa edad había aprendido o me habían metido en la cabeza sin que me diera cuenta, que no se piensa, sino sólo se hace lo que los otros mandan sin cuestionarse nada, seguí caminando:

«Niño», volvieron a decir.

La voz se me antojó dulce, suplicante, tierna. Aunque en aquella época estaba acondicionado a no pensar, había algo que no me habían podido erradicar, y era el sentir. Sí sentía. Sí me emocionaba. Sí vibraba, me exaltaba, y el cuerpo se agitaba gozoso cuando caminaba por el borde del muro del Malecón, cuando iba a Casablanca con mi madrina Zoila, cruzando la bahía desde el Muelle de Luz, en la lancha atestada, lenta, sucia, y subía la larga escalinata hasta el Cristo de La Habana, y desde la base lo veía elevarse hacia lo alto con un brazo extendido, marcando un punto infinito, tal vez señalando al culpable de algo, aunque muy probablemente lo que hacía era esparcir bendiciones sobre la ciudad como le corresponde a un Cristo. Pero me hubiera gustado verlo abarcando La Habana, echándole el brazo sobre el hombro a las gentes, abrazando a los habaneros, tal vez diciendo: *Yo te amo ciudad*.

Desde el límite final de la loma, justo en el borde que se proyecta hacia el abismo, sentía de golpe la brisa rica, abundante, con olor a mar, batir contra mi rostro, alborotándome el pelo, abombando mi camisa con su aire que se filtraba como un raudal incesante por las mangas, por entre los botones, hasta hacerla un globo que se inflaba en la espalda. Desde allí, desde lo alto contemplaba la capital, de la misma manera que me la imaginaba que debía verla si algún día llegaba a ella en un avión. Tan elevado, como desde el mismo cielo, admiraba el mar, el litoral infinito, el Castillo de la Cabaña, donde tampoco sabía que diariamente fusilaban, sin entender el alcance y lo que era realmente fusilar, hasta que un domingo, otro domingo de paseo con Zoila por Casablanca intenté subir una vez más al Cristo de La Habana y de repente encontré una alambrada, con un soldado armado del otro lado y un cartel que decía: PROHIBIDO EL PASO. ZONA MILITAR:

«Niño», volvió a decir la voz.

Ya no pude evitar girar, examinar el rostro blanco de la señora, a la que debía llamar compañera, pero me salió señora. Me sentí terriblemente extraño al decirle señora, creo que hice un gesto asustado por llamarle señora. Cuando estuve cerca de su blusa azul, como de seda, que sin tocarla pude percibir

suave, delicada, completamente distinta a mi pantalón de caqui zurcido que más bien parecía un guayo, y ver a su esposo, también con una tez increíblemente blanca, tal vez más que la de la compañera-señora, con un pelo canoso, brillante, impecablemente peinado, fumando un cigarro largo, con filtro amarillento, cuyo olor alborotaba la ciudad, incensaba la ciudad, de pronto me sentí turbado, poseído por aquellos seres jamás imaginados que me llamaban, que se habían percatado de que yo existía, en medio de una multitud que frenética se desplazaba de un lado a otro como hormigas ocupando todo su tiempo en buscar algo que comer para ese día, para saciar el hambre de ese día, y de ser posible para encontrar algo para el día siguiente. La mujer-señora-compañera, con rostro angelical, es decir, con semblante de otro país, y sin duda alguna sin necesidad de hacer largas colas en su vida, me contempló esbozando una sonrisa no tan blanquísima como debía ser, como yo presumía que debía ser el color de los dientes de aquellos que vienen de tierras distantes, donde llueve a veces un polvo ligero como briznas, otras más grueso e intenso, que llaman nieve, pues sus dientes estaban algo amarillentos, y con voz reposada me preguntó el nombre de la fuente que tenía delante de ella.

La Fuente de la India o como también se le conoce, de La noble Habana, esculpida en 1837 por el artista italiano Giuseppe Gaggini a pedido del Conde de Villanueva se levantaba a unos metros de mí, su último sitio, pues fue trasladada en tres ocasiones de lugar. Por primera vez la contemplé en sus detalles. Ella, una mujer hermosa con unos senos jóvenes, perfectamente redondos, de pezones cargados, sentada como una reina sobre un trono, protegida de un lado con un escudo, y del otro con una extraña cosa con cabeza de serpiente, rodeada de cuatro monstruos raros que supuestamente debían echar agua por sus bocas, pero que nunca he visto bañándola. *No lloréis más, delfines de la fuente, sobre la taza gris de piedra vieja*, había escrito Emilio Ballagas, pero yo no sabía quién era Emilio Ballagas, no tenía idea de que esas cosas abultadas y rechonchas eran delfines, no me pasaba por la mente que esa mujer era una india, y mucho menos que la fuente se llamara la Fuente de la India. Creo que sonreí estúpidamente, y lo único que atiné a decirle fue que era una fuente de La Habana, pero ¿qué otra cosa iba a ser si estábamos en La Habana?, claro que era una fuerte de La Habana.

Yo necesitaba encontrarle un nombre a la fuente, la miraba, intentaba ubicar el nombre cincelado en algún sitio, pero todo resultaba inútil. Mientras procuraba recuperarme de mi vergüenza, tal vez mi verdadera primer vergüenza, la recuerdo como ninguna otra en mi vida, aún resuena en mí una y otra vez cada vez que recuerdo el hecho, y una y otra vez me abochorno, los turistas comenzaron a tirarme fotos. Nunca había sentido pena por mi pantalón zurcido hasta ese preciso instante en que escuché el rápido sonido del disparador, cuando vi al hombre que sin quitarse de la boca el cigarro que adormecía la ciudad hacía girar una rueda en el extremo de su cámara para preparar otra foto que volvía a lanzar sobre mí.

La Fuente de la India no me ayudaba a encontrar su nombre, y yo pensaba que debía darle una respuesta precisa a la señora-compañera-visitante y a su

marido sobre lo que querían saber. Tras ellos, un hombre me hacía extraños gestos, me extendía el brazo, abría la palma de la mano y la sacudía como diciéndome aguántate. Luego la cerraba, me apuntaba con el dedo índice, de la misma manera que el Cristo de La Habana apuntaba la ciudad, pero con diferentes intenciones. A veces sacudía la mano abierta, como si tuviera algo que le quemara, pero en realidad era enviándome el mensaje de prepárate. En ocasiones abría los brazos diciéndome qué esperas, pero yo no sabía de qué tenía que aguantarme, a qué debía prepararme, qué cosa había que esperar. El hombre seguía algo distante con su mímica, el turista tirando fotos, la mujer observándome, consultando mapas, tomando notas en una libreta, pero cada vez que se cruzaban la mirada el hombre de lejos con la mujer, el hombre de lejos con el hombre del cigarro, o el hombre de lejos con la mujer y el hombre a mi lado, el hombre de lejos cesaba en su pantomima, se volteaba en dirección opuesta y hacía como que se iba, pero luego regresaba y se ponía a gesticular de nuevo cuando era yo sólo su espectador, tonto, ensimismado, perturbado con aquella maraña de señales confusas.

La Fuente del Parque de la Fraternidad, solté de pronto como un último recurso, ése es el nombre, La Fuente del Parque de la Fraternidad. Ellos sonrieron satisfechos, el hombre que acababa de escuchar en su idioma lo que yo le había dicho en el mío a su esposa, lanzó varias nuevas fotos sobre la fuente. La señora-compañera, a la que en apenas unos minutos ya me había acostumbrado a decirle sólo señora, sin que causara un sobresalto, marcó algo en uno de los mapas e hizo anotaciones largo rato en su libreta.

Liberado de aquel momento intenté irme:

«Niño», dijo otra vez.

La señora quería tomarse una foto conmigo. Pegó su cara suave de la que emanaba un perfume con un olor sólo comparable al de la hierba húmeda, al olor del amanecer en el patio de mi casa. Juntó su cara a la mía y los dos rostros quedaron apretados. Ella sonreía, yo tenso, nervioso, extrañado por aquel olor. Su esposo preparó con lentitud la cámara para tomar la foto, y la mujer estuvo todo el tiempo abrazada a mí. En ese momento sentí la rica textura de la blusa azul, de la que también brotaba a borbotones un aroma que no tenía nada que ver con perfumes o cigarros, simplemente todo en ellos olía distinto. Y eso era justamente el punto. Ellos eran distintos, todo eso lo comprendí de golpe años después, y por esa razón el hombre de lejos como un payaso intentaba impedir que yo estuviera próximo a lo distinto, y procuraba evitar a toda costa que yo descifrara eso.

La india de la fuente, que por hermosa tal vez ya tuviera algo de mulata, me miraba encolerizada por cambiarle el nombre, pero también había un poco de pose en esa actitud, pues a veces me sonreía satisfecha, me movía sus hombros y me hinchaba sus pechos.

Finalmente los turistas se despidieron y comenzaron a alejarse después de darme un peso de regalo. Quedé detenido, viéndolos caminar despacio, mirando con curiosidad, cierta sorpresa y azoramiento lo que iban encontrando en su camino. El hombre con otro cigarro dejando una nueva estela de

olor, llevaba en la mano la cámara con mi rostro grabado dentro. La mujer bamboleando su cuerpo algo pasado de peso, en una saya ancha, larga, que casi le llegaba a los tobillos. Se alejaban y yo los miraba a ellos y a la india, que también me acompañaba dentro del rollo de fotografía.

Una mano poderosa, sólida, descomunalmente furiosa me agarró del brazo, tiró de mí y con un tono que sólo invitaba a llorar de miedo me dijo:

«¡Estás preso maricón!» Tú no sabes que en este país no se puede hablar con extranjeros?.

Sentí mucho miedo y comencé a temblar. La mano no me soltaba, sólo me zarandeaba y me repetía una y otra vez que estaba preso. El rostro de la india estaba más serio que nunca, agazapada en su trono, tímida, impotente, y Ballagas no estaba cerca para agregar nuevas estrofas a su poema. Los turistas andaban lejos, no habían vuelto a mirar atrás y yo necesitaba que lo hicieran, tal vez eso ayudaría a que me soltaran.

«Estás preso maricón de mierda, vas a pasar mucho tiempo en la cárcel», me decía el policía que finalmente pude identificar con el hombre de lejos.

La multitud seguía caminando de un lado a otro, y al ver al hombre de lejos, ahora a mi lado, maltratándome, tal vez pensaba que era mi padre regañándome por andar por la calle con un pantalón roto.

A pesar de tener el solar a unas pocas cuadras tampoco mi tío acudía, ni siquiera mis abuelos muertos y ni mi tía Concha que nunca conocí. Desde la bahía llegaba el mar, pero como un vaho repugnante. La lancha zarpando lentamente desde el Muelle de Luz lanzaba chorros de agua grasienta que batía y salpicaba el embarcadero. El Cristo de La Habana dejó de señalar la ciudad, pero no extendió los brazos como el del Corcovado, sino más bien los cerró y bajó la cabeza. Desde La Cabaña escuché un fognazo seco, estremecedor, certero, perforando el blanco. Todo se desplomaba a mi alrededor, la tarde perdió súbitamente su brillo, su aire tropical y caribeño, y ahí comprendí por primera vez, sentí por primera vez, algo que tampoco había leído ni escuchado antes jamás, pero que comenzó a posesionarse de mí, a aprisionarme hasta la desesperación y el ahogo: *la maldita circunstancia del agua por todas partes.*

El prepucio de la Gioconda

Roberto Uría

*«El amor es una sombra. Cómo mientes y lloras buscándolo.
Escucha: estos son sus cascos, partió, como un caballo.»*

SYLVIA PLATH

Sábado, 8 de agosto

¿Sería hoy un día más como otro cualquiera? Como siempre, muy a su pesar, se ha levantado y he salido con una jaba a comprar algo. Necesitaba, entre otras cosas, unas botellas de agua mineral para «sangrías», y poder festejar el cumpleaños de un amigo. Después de haber estado en varios mercados, y ya sudoroso, decidí regresar a su casa. Pero, en el último instante, tuve la corazonada de que habría agua mineral en el supermercado de Egido y Corrales. Y se dejó llevar por esta esperanza. Echó abajo todos los estantes sin dar con la bendita agua. Por comprar, rabiosamente compré una lata de harina lacteada. Luego de hacer la cola para pagar, y cuando ya estaba a punto de irme, él se me acercó: pidió de favor que le diera la cesta metálica porque, en ese momento, no había más disponibles. Lo miró y me estremecí. Le dije que sí, que como no, que esperara un minuto y me dio las gracias sonriendo, Aire, lo que él necesitaba era aire fresco y no andar masticando aquella burbuja de acero. Salí. Afuera vendían melones. Vaciló ante la cola. Pero finalmente marqué y comenzó a rezar para que su espera no resultara inútil. Más tarde, él ha pasado mirando, mirándolo con insistencia y, turbado, opté por volver a casa: demasiado sol, demasiado silencio. Caminaba con desgano, ensimismado y, de pronto, que dónde había una farmacia cerca, me preguntó. ¿Una farmacia? Sí. Bueno, en Monserrate y Teniente Rey, pero creo que está cerrada por reparaciones. La otra es Sarrá... ¿Tú vives por aquí? Sí, ¿y tú? Sí, con una tía que estoy cuidando porque vive sola y está enferma. ¡Ah!... ¿Y tú estudias? No, trabajo. ¿Y tú? Acabo de terminar el Servicio Militar. Pasé un curso y en septiembre empiezo la carrera, una ingeniería. ¡Qué bien! ¿Y te gusta lo que vas a estudiar? Más o menos... Yo vivo por aquí, ¿vas a la farmacia por fin? No; voy

otro día. Y se dijeron los nombres y me pidió el número del teléfono, y no había ni papel ni pluma y él se empeñó en memorizarlo y me dijo que llamaría pronto y se dieron la mano y, por un instante, el día pareció ser distinto a los otros, casi limpio. Botellas de agua mineral que no existen. La cesta metálica. Calor. Melones. Colas. La farmacia. Sol. La llamada que haría. Subió a la casa y, ya a la sombra, me pregunté si lo volvería a ver, si otra vez sería mirado por esos ojos verdes «serenos como un lago.» Era lo típico: sólo había sido un juego, una escaramuza más de los suicidios cotidianos. No llamaría. Demasiado sol, demasiado silencio.

Domingo, 9 de agosto

¿Sería hoy un día más como otro cualquiera? Eran como las once de la mañana y todavía estabas durmiendo. La fiestecita había terminado tarde. Sonó el teléfono y te despertaron: era él, que quería verte y conversar un rato. Te arreglaste rápido. No lo podías creer aún. Te dijo de encontrarse en los portales de «El Gran Hotel» y dar una vuelta por La Habana Vieja. Estabas muy nervioso, pero querías aparentar seguridad, madurez: ser el que, amablemente, llevara las riendas y trotar con tu propio ritmo. Te dio la mano y sonrió. No supieron qué decirse durante un tiempo. Propusiste caminar por Obispo. ¿Tomas té?, le preguntaste. Sí, me gusta mucho. Aprendí a tomarlo en Ucrania, donde estuve estudiando cuatro años. Ahora no debe haber casi nadie en la casa de infusiones de Mercaderes, ¿vamos?, le dijiste. El té está bueno y los pastelitos de queso, mejores. Te animas y le pides que hable sobre sus estudios o el invierno ucraniano (¿te bañabas todos los días?) o las comidas (¿había chocolate?) o los paseos (¿y las galerías de arte?) o la lengua rusa (¿te confundieron, al principio, con uno de ellos?) o cualquier aventura. Y te cuenta más: que una vez, para hacer un dinerito, trabajó en una fábrica de computas y se tomó dieciocho en sólo un día; que plantó viñedos; que vivió con una muchacha sentimental y despótica que recitaba de memoria a Pushkin. Luego, sentados en la Plaza de Armas, bajo la sombra de los laureles, te confiesa que le gusta Julio Iglesias. Tú te horrorizas. Pero también me gustan Silvio Rodríguez y Celia Cruz, pregunta, ¿a ti no? ¿Sabes?, ¿has oído la canción «Nathalie»? Si tengo una hija, le pondré ese nombre... Es que yo no vivo con ninguna tía, sino con una muchacha, que está embarazada. En octubre seré papá. Ya sé que es una locura tener hijos ahora. Pero ella no podía tenerlos, y de pronto... No puedo dejarla así. Tal vez, más adelante, ¿qué tú crees? Te deja sin habla. ¿Qué puedes decir? No sé. ¿Qué otra mentira me has dicho?, preguntas. Más ninguna, discúlpame. Yo no soy hábil para establecer relaciones. Espero que no te falten experiencias, le dices. Bueno, en el Servicio Militar tuve algunas, pero nada serio, sólo jugar a las escondidas, coger y soltar, como hace todo el mundo. Y te pide que le hables de tu vida. Tú lo haces con cautela, entretejiendo verdades con mentiras, mientras vas tocándole, con el dedo de tu aliento, el borde de su boca. Te mira, te bojea despaciosamente y el día habrá sido distinto aunque tú no quieras, a pesar del lastre de las palabras. Caminaste en silencio al regreso. Prometió hacerte la visita en

tu casa, temprano en la mañana, cuando podrían estar solos y tranquilos sin la familia. A no ser que surgiera, a última hora, una complicación: él era un tipo complicado. ¿Vendría por fin? ¿Habría demasiado silencio para tanto sol? ¿Qué sombra te esperaría?

Lunes, 10 de agosto

¿Sería hoy un día más como otro cualquiera? Dormí mal. De vuelta en vuelta la madrugada se arrastró hasta el amanecer. Me levanté temprano. ¿Vendría? Me preparé un té fuerte para espantar el cansancio. ¿Cómo sería un «encuentro cercano» con él? No siempre se cumplen las promesas que vociferan un rostro y un cuerpo agradables, ¿Y si no viene? No tenía forma de salir a buscarlo porque no dejé, ni le pedí, sus señas. ¿Por qué tenía miedo de perder lo que nunca había tenido? Con poca fortuna, me enclaustré en una revista *Bohemia* buscando algo de paz. ¿Cuántas veces ya había pasado por la misma espera, por la servidumbre de la rutina? Encendí el radio: «en el tronco de un árbol una niña / grabó su nombre henchida de placer / y el árbol...» Me corté las uñas: ¿vendrá? ¿No vendrá? ¿Qué diferencia habría entre una vida larga y otra corta? Tocaron a la puerta. Morí. Pero tuve que resucitar porque el vecino, con cara de sueño, me pedía un poco de azúcar en préstamo. Otra vez, a solas, me puse a barajar mentiras —máscaras van, máscaras vienen para justificar el juego de este día: una historia para el trabajo; otra, para mi familia, y otra, la mejor, para el amante «estable», desgastado ya por su grisura y por algunos meses de inmediatez. ¿Habría otro desierto más grande que el de la soledad en la multitud? Tocaron a la puerta otra vez y era él, que sonriente dijo: «¿Ves como vine?» Tomamos té y balbuceamos algunas naderías. Después, un largo silencio me obligó a decirle: «¿y ahora qué hago contigo?» Me sostuvo la mirada y declaró: «Lo que tú quieras.» Empecé por acariciarle el antebrazo, fuerte y velludo. Luego, el pelo, la espalda, el cuello... Fuimos para el cuarto. Nos besamos. Sentí de golpe todo el sabor de su saliva y su aliento limpio. En silencio nos fuimos desvistiendo: los pechos agitándose, las nalgas firmes, las piernas... Sudábamos. La cama era un mar infinito tan blanco y salobre como su piel, que mi lengua iba despertando cada vez más. Su cuerpo se abría, de par en par, al conjuro de mis manos. Me dijo: «¡si hubiera un espejo!» Y yo le contesté no sé ni cómo: «Cierra los ojos y mira.» Pero me hubiera gustado decirle: «Di que me quieres, di que me quieres...» Continuamos en silencio. Acabamos el encuentro más callados aún. Después, incorporándose sobre los escombros de las sábanas, afirmó: «¿Sabes?, tienes la pinga linda y cómoda.» Nos bañamos en la ducha. La espuma imperecedera del jabón nos lamió, del todo, la mezcla de olores a saliva, sudor y semen. Nos vestimos. Me pidió un vaso de agua, y me dijo que se tenía que ir rápido porque su mujer lo estaba esperando para ir a la consulta del médico. «Otro día nos vemos», sentenció. Y se fue. ¿Había sido un día distinto? ¿Qué sombra podía conjurar tanto sol de agosto? ¿Volvería a llamar? ¿Vendría otra vez? ¿O se perdería como un caballo en el mar, como una lágrima en la lluvia? Él partió...

Lección magistral

Antonio Orlando

Apreciados alumnos:

Se me ha invitado a dictar una conferencia en este recinto y a pesar de que, como seguramente todos ustedes conocen, hace más de veinte años decidí cortar la mayor parte de mis vínculos con la sociedad para dedicarme en cuerpo y alma al estudio y la investigación, no pude menos que acceder a la solicitud que me formuló el claustro de este alto centro docente. La razón es muy simple: sólidos y profundos lazos me unen, indisolublemente, a esta institución. Aquí comencé mis estudios cuando era, al igual que ustedes, un adolescente; aquí por vez primera impartí una clase; los laboratorios de la Facultad fueron testigos de mis primeros hallazgos científicos; muchos de los educadores que hoy se encargan de conducirlos a través de los a veces pedregosos senderos del conocimiento, fueron mis condiscípulos en los inolvidables años de la mocedad. ¿Cómo negarme, entonces, a la petición, suscrita por tantos amigos queridos y valiosos, de que acudiera esta tarde a conversar con el alumnado acerca de cualquier materia, la que estimase más oportuna para la ocasión? Imposible no escuchar semejante reclamo, máxime cuando se trata de los festejos por un aniversario más de la fundación de este amado colegio.

(El público aplaude calurosamente.)

Así pues, estoy ante ustedes, en el estrado de nuestro antiguo paraninfo. Miro en torno mío y decenas de recuerdos se agolpan en mi mente. Sentado en esas butacas, como uno más de los estudiantes que hoy me escuchan, tuve la suerte de asistir a no pocas conferencias de renombradas autoridades de las ciencias y las letras. ¡Es enorme, como podrán suponer, el compromiso en que me encuentro! Pidióseme que escogiera con entera libertad el tema de mi disertación y eso, lejos de constituir un alivio, despertó en mí la mayor dubitación. Decenas de posibles asuntos fueron valorados y, por una u otra razón, desechados de inmediato. Hasta que por fin hallé uno que, atendiendo a la mayoritaria juventud de la concurrencia que me honra con su atención, me pareció especialmente plausible. Se trata de la masturbación.

(Murmullos de extrañeza del auditorio.)

O, para ser más precisos, de las virtudes de la masturbación.

(A los comentarios se suman ahora risitas nerviosas y algunas toses de inquietud.)

Lo primero, lo que ustedes deben hacer antes de cualquier otra cosa, si es que desean que las palabras que voy a pronunciar ejerzan alguna influencia benéfica sobre sus personas, es liberarse ahora mismo, en este preciso momento, del absurdo criterio de que el sexo es sólo cosa de dos. No, amigos míos; ciertamente es cosa de dos, pero también de uno o de cuantos se pongan de acuerdo para practicarlo. Prescindan para siempre de los preceptos retrógrados, entiérrenlos a siete metros de profundidad si es posible, y sólo entonces estarán preparados para adentrarse en el conocimiento y la práctica de lo que, en un ensayo aún inédito, pero de inminente publicación, se me ocurrió denominar, a mi juicio muy acertadamente, «el sexo de la independencia».

(El silencio es total.)

Borren de sus mentes juveniles, ahora que todavía pueden hacerlo sin dificultades, todo lo leído en infinidad de libelos, toda esa pseudoliteratura donde se califica a la masturbación de «vicio estéril» o de «abominable placer furtivo». Ríanse, además, del montón de historias fantasmagóricas que les contaron al traspasar el umbral de la pubertad: que si es un pecado, que si es una aberración, que si ocasiona ojeras delatoras, que si es la causa de que aparezcan granitos en la cara... ¡No! ¡No, y mil veces no! La masturbación no es un sucedáneo ni un compás de espera hasta tanto se descubren las bondades de la cópula. Hablamos esta tarde, muchachos queridos, de una manifestación de la sexualidad tan plena, gratificante y lícita como cualquier otra. A propósito me parece conveniente citar un fragmento extraído del ensayo «Naturaleza de la soledad», escrito por el gran Rainer María Rilke, e incluido póstumamente en el volumen *Papeles de un poeta*, publicado en Viena, en 1936. Expresó el autor de las *Elegías de Duino*: «Ningún placer comparable al que nos procuramos por nosotros mismos, sin la necesidad de recurrir a otras personas, con la única y legítima complicitad de la envoltura de nuestra alma y de los ardores de la imaginación».

(Aquí y allá se escuchan rumores y siseos.)

Pero el «sexo autónomo» —como también lo designo en el estudio al que aludía antes— es, además, un importante índice de confianza en sí mismo; un notorio signo de independencia, de emancipación, de autoestima mayúscula. Es, en síntesis, la concreción de una verdadera autonomía sexual. Los psicólogos reconocen de manera unánime como un rasgo de madurez la capacidad de introspección, de bucear dentro de uno mismo, de profundizar en nuestras reservas intelectuales y afectivas. ¿Por qué aguardar pasivamente, entonces, por la presencia de un elemento externo, ajeno —*extraño*, gústenos el término o no—, encargado de descubrir, de revelarnos, la singularidad de nuestro eros? A cada uno de ustedes, mis jóvenes amigos, los conmino a bastarse a sí mismo también en esta esfera de la vida.

(Los estudiantes tragan en seco.)

No comparen la masturbación con ninguna otra cosa. Las comparaciones resultan casi siempre odiosas y poco efectivas. Cada fenómeno es único, incontrastable en su esencia, un universo en sí. La práctica sistemática del «sexo de la plena individualidad» —otra denominación acuñada por mí en el ensayo de marras— contribuye no sólo a una apreciable afinación de los sentidos y al desarrollo de la capacidad de fantasear del ser humano, sino que puede, y debe, conducir a una necesaria reivindicación de la propia naturaleza, incluso de aquellos segmentos o porciones de la anatomía que durante largo tiempo ustedes desdeñaron o ni tan siquiera tomaron en consideración como fuentes erógenas latentes. Muy revelador es, al respecto, el siguiente pasaje de la autobiografía de Arthur Schopenhauer (Edición príncipe, 1863. Casa impresora Von Sobotker e hijos, Hanover, página 205). Su lectura, lo confieso, me impulsó a profundizar en estas reflexiones que hoy comparto con ustedes, y quizás despliegue sobre el auditorio que ahora lo escuchará un similar efecto benéfico. ¡Ese es mi mayor deseo!

Harto me encontraba ya de los salones mundanos, de las damas empeñadas en conseguir que todos los especímenes del sexo masculino cayésemos rendidos, sin remedio, ante el inconjurable atractivo de sus encantos. Una vez que estuve a solas en mi habitación, me desnudé frente al enorme espejo y, cruzando los brazos sobre mi pecho, acaricé la piel aún firme y lozana de mis hombros. Un calor gratificante recorrió mi cuerpo entumecido; de algún sitio ignoto llegaron hasta mí los acordes melancólicos de un piano que alguien tocaba lejos, muy lejos, y con la melodía llegaban cientos de saetillas que se clavaban en mi carne y, lejos de lacerarme, me incitaban a la búsqueda del placer por caminos que creía olvidados. Aquella noche no precisé de esquelas galantes ni de los favores de las féminas para brindar a mis sentidos el goce que reclamaban sin postergación.

(El auditorio abejea un instante.)

Digámoslo claramente, sin subterfugios: de grandes masturbadores está plagado lo más selecto de la literatura del planeta. Piensen, por apenas mencionar algunos ejemplos, en Penélope y en Edmundo Dantés, en Segismundo y en Hamlet... Pero, ¿por qué circunscribimos, timoratamente, a entes de ficción? Puesto que no se habla de un delito, proclamemos que masturbadores impenitentes fueron Sófocles y Lovecraft, Emily Dickinson y Garcilaso, e incluso uno de los hermanos Grimm, ahora no recuerdo bien si Guillermo o Jacobo. Una pléyade de cultores del «sexo autónomo» se halla estrechamente asociada a los grandes momentos de la historia de la humanidad. Según fuentes dignas de la mayor credibilidad, Denis Papin, el inventor de la olla de presión y de la máquina de vapor, y Torricelli, el grandioso creador del barómetro, se masturbaban de lo lindo. Y otro tanto hacían Giovanni de Piano Carpini, el celeberrimo embajador que viajó a mediados del

siglo XIII por Mongolia, Asia Central, Rusia y Polonia, enviado por el Papa Inocencio IV; el navegante portugués Bartolomeu Dias, quien descubrió en 1487 el Cabo Tormentoso, denominado con posterioridad Cabo de Buena Esperanza; Praxíteles, el autor de las esculturas que adornaban el templo de Diana en Efeso; Gengis Kan y la divina Pávlova; Richard Wagner y Ricardo Corazón de León; el filósofo chino Lao-Tsé y buena parte de los epicúreos post-aristotélicos, como Apolodoro el Kepoturannos, Filodemo de Gadara y Plinio el Joven; la reina Cristina de Suecia y Salvador Dalí; Pierre de Coubertin y Tales de Mileto; Nostradamus y Vaslav Nijinski. La lista resultaría interminable... y nótese que he obviado, por elemental tacto, los nombres de mis coetáneos.

(Algunos profesores del claustro se ponen colorados.)

Entonces, muchachos míos, los exhorto de todo corazón a autodescubrirse como objetos eróticos. Llévense la punta de los dedos a la nuca y acaríenla con suavidad; deslícenlos después por su cuello, permitan que recorran sin apuro la mandíbula, el mentón, que se detengan en los labios. Unan las palmas de las manos y percátense de que no únicamente el contacto con otra piel es electrizante. Hagan pedazos los estereotipos, pulvericen los tabúes. Piropéense cuando estén desnudos ante el espejo: «Qué ancho es mi pecho», «Qué fuertes mis muslos», «Qué sensible la piel que me recubre las rótulas». Mordisqueen sin pena alguna sus nudillos, y las muñecas y los antebrazos nervudos. Rocen con suavidad sus tetillas, frótenlas hasta que adquieran la tersura de dos puntas de venablos; humedezcan con saliva el sexo pulimentado y ardiente; y echen a volar luego la imaginación.

(Los alumnos sienten como si un abismo se abriera bajo sus pies.)

Hundan el rostro en la almohada, muérdanla, desgárrenla; déjense abrazar por la penumbra y entonces díganse: «Mis miembros se mueven sin control, soy una marioneta de feria que danza al compás de un extraño organillo, de una cadencia absurda que impone a su capricho la pura sensualidad. En el techo de la habitación hay dos ojos observándome: son mis propios ojos que me contemplan con delectación, que se entrecierran para incitarme a la búsqueda del goce más elemental. La racionalidad importa un comino en este instante: el *homo sapiens* sucumbe ante el *homo eroticus*. Soy agua al fuego, a punto de ebullición. Un volcán en erupción —ah qué ardiente lava brota, con espasmos deliciosos, por su minúsculo cráter».

(Vértigo generalizado.)

Pero, por favor, cuídense de malinterpretar los conceptos que he expuesto ante ustedes en el día de hoy. En ningún momento he sugerido que den la espalda a otros medios de exacerbación de la libido. ¡Libreme Dios de seme-

jante locura! Simplemente se trata de que enaltezcan el humilde microcosmos de donde parte toda esa red tan compleja y abarcadora. ¿Qué sentido tendría dialogar con uno, dos, tres, cuatro o más interlocutores, si no se es capaz de sostener un profundo e indagador soliloquio, un monólogo que permita racionalizar nuestros cómo y los porqués? ¡Queridos alumnos, gozad de vuestra propia sensualidad! Tened presente que cada uno de nosotros es un bocado de ambrosía susceptible de ser degustado por sí mismo.

(El conferencista ordena sus papeles, pero los aplausos de rigor no se dejan oír. Levanta la mirada, perplejo, y contempla a su auditorio. Un grito de pavor pugna por brotar de su garganta; anfiteatro abajo, se le viene encima un alud de esperma incontenible.)



Warning. Avis. Aviso.

Luis Marcerlino Gómez

*You must remember this,
a kiss is still a kiss,...*

SORRY BOGART!

mire. Disfrute. ¿Se le hace muy difícil? Palpe. Pero cuando quiera nadar en aguas más profundas, recorrer otras distancias, encontrar un puerto donde anclar su rosado esqueleto de tierno dinosaurio, deberá cumplir los siguientes requisitos:

1. Conozca a la persona por más de un año. Repito: conózcala. Y bien. Averigüe hábitos, —diurnos y nocturnos— Vigile, espíe, aceche. Persiga, sin acoso. Pague, si le es posible, un investigador privado.

2. Exíjale un simple análisis de laboratorio. Espere, no haga nada. Bueno, si quiere, algún abrazo. Besos secos.

3. Si todo es negativo después de un año de vigilancia, sigilo, miedo, deseo, vacilación, sufrimiento y cavilaciones, empiece usando condones. Hay quienes creen que condón, aclaro, la palabra condón, es vulgar, que debería decirse preservativo. Es condón. Simplemente condón. Llanamente condón. Sencillamente condón. Utilice condón. Emplee condón. Diga condón. Condón, sin miedo. Sí, condón. No lo olvide.

4. Si le es posible aguante un año más. Sí, dije aguante. Parecerá poco literario, pero es la palabra precisa.

5. Si el resultado de la prueba no fuera el deseado; si esa persona que ya está queriendo fuese deletéreo cupido; si advierte que por primera vez encontró la ternura; si ve el amor como un ave en vías de extinguirse; si no quiere morir sin degustar la más exquisita conjugación de verbo alguno, entonces: es usted quien debe decidir

Atenas Holguín Milano México Toronto Madrid París Maracay London
Miami Suez Luanda Melbourne Río Moscú Japón

Visitación IX¹

Carlos A. Díaz Barrios

Fulgor de plata... Fulgor de plata... Fulgor de plata... Trebejos de oro... Trebejos de oro... Trebejos de oro...

Antonio Barajas avanza por los luminosos salones de la Torre del Oro de Sevilla. Salones y salones desbordados en luminosos arroyos de metales. Cofres temblorosos llenos de salitre, donde la luz se derrama espesa contra las sombras.

Llegan desde el puerto las inmensas riquezas de las Indias. Llegan los jardines trémulos del espeso oro del Potosí... Las planicies de platería del legendario México...

Fulgor de plata, fulgor de plata, fulgor de plata... Trebejos de oro...

El seco contador de la Torre del Oro de Sevilla va repitiendo su vaporoso sonsonete, va sopesando y sopesando aquellas visitaciones exóticas...

Quetzales en el *rigoris mortis* del taxidermista, colibríes de felpa cortante, tucanes con anchos picos de un amarillo pegajoso, cacaúas blancas nevadas sobre nevada...

Fulgor de plata... Trebejos de oro...

Ni las aguas sedientas de los ignotos mares, ni el abismo siempre acechante en las puntas de las olas, ni los piratas árabes con sus túnicas de espumas, han podido frenar el delirio de esos esplendores.

Cada amanecer, Antonio Barajas se adentra en aquella vieja y silenciosa torre, cada amanecer cruza los charcos de las platerías, las lagunas de los petos, los lagos de los huapangos, las húmedas islas de las verdes esmeraldas de Colombia, los carbunclos cautivos de los desolados templos.

¹ Fragmento de la novela *Las costumbres de Dios*, de próxima publicación.

Fulgor de plata... Fulgor de plata...

La letanía es como un rezo descubierto, como una decisiva y alta plegaria, para luego detenerse ante las sacas de especies, ante los secos y picantes ajíes, ante las hojas anchas de un oscuro tabaco, ante los fulgurantes cetros de maíz que tiemblan como un templo, ante las tremolantes pomos del inundado fulgor del cacao... ante las flores como engarzadas chispas de una guirnalda oliente de insobornable vainilla, de las tenebrosas patatas con su dulce rostro de monstruos.

Fulgor de plata... Trebejos de oro... Fulgores de oro...

¡Qué suntuosidad despertada, qué enajenación del hallazgo! Para Antonio Barajas éste es el mundo.

Un mundo carcelario. Un mundo custodiado por una soldadesca que en el sopor del calor de una tarde de Sevilla, sueñan con robarse lo que custodian.

Fulgor de plata... Trebejos de oro...

Antonio Barajas vive como un nuevo rey Midas en el fondo de sus oros, con su sucia barba llena de ese polvillo que tienen las grandes joyas.

Antonio Barajas suda en las hermosas y estrelladas noches un sudor sublime de quitasoles morados... Nunca pensó volverse loco. La locura le llegó en sueños. Soñó que si salía a la calle, que si se iba a su casa, todas las riquezas se convertirían en moscas. Al despertar miró con odio las aparatosas moscas que junto a las aves embalsamadas tintineaban en oscuras manchas. Pensó en cazarlas, en quebrarles su vuelo con una liga. Luego se dio cuenta de que todo el secreto de su triunfo estaba en no salir nunca más. Mandó a que le trajeran una humilde mesa, un jergón con olor a henares, una barrica de buen tasajo y una fiambarrera llena de panes de bonete. Nada de lujos, se decía Antonio Barajas, nada de lujos, porque el lujo no es mío, aunque yo soy su ángel custodio. Un ángel desarbolado y viejo, un ángel sufriendo el más impertinente insomnio, el terrible vicio de no cerrar los ojos. Pero tuvo que soñar para tener un segundo sueño. Entonces soñó que él era un noble indio. Un indio traído a la fuerza para ser exhibido como un vibrante y lúcido trofeo. ¡El sueño fue tan real!

Se veía en la sentina de una nao. Se veía sintiendo el olor del tasajo descompuesto, con las barricas de vino llenas de ratas ahogadas. Se veía entre oscuras pajareras llenas de exóticos pájaros: Era una sentina llena de pajareras, llena de pájaros que se iban muriendo como lentas llamaradas, unos tras otros. Contempló la muerte suntuosa de los tucanes, la muerte de llorada tristeza de los quetzales enfermos de piojillo, que se mutilaban las polícromas e increíbles alas contra los húmedos barrotes. Luego contempló la silenciosa muerte de las vicuñas, y el escupitajo vengativo de las lóbregas llamas incaicas, que iban pereciendo de rodillas como si estuvieran rezando a las puertas de un templo.

Todo se iba muriendo... Colibríes que de noche eran fuegos y de día aguas, se iban muriendo como hojas secas de un árbol. Ocelotes con esas coronas de rojas espumas perecían en aquellas tinajas. Y entretanto, él encadenado, él olvidado y olvidando, sintiendo que la náusea y los vómitos no eran el fin pensado, sino uno de los tantos comienzos, de los tantos llantos...

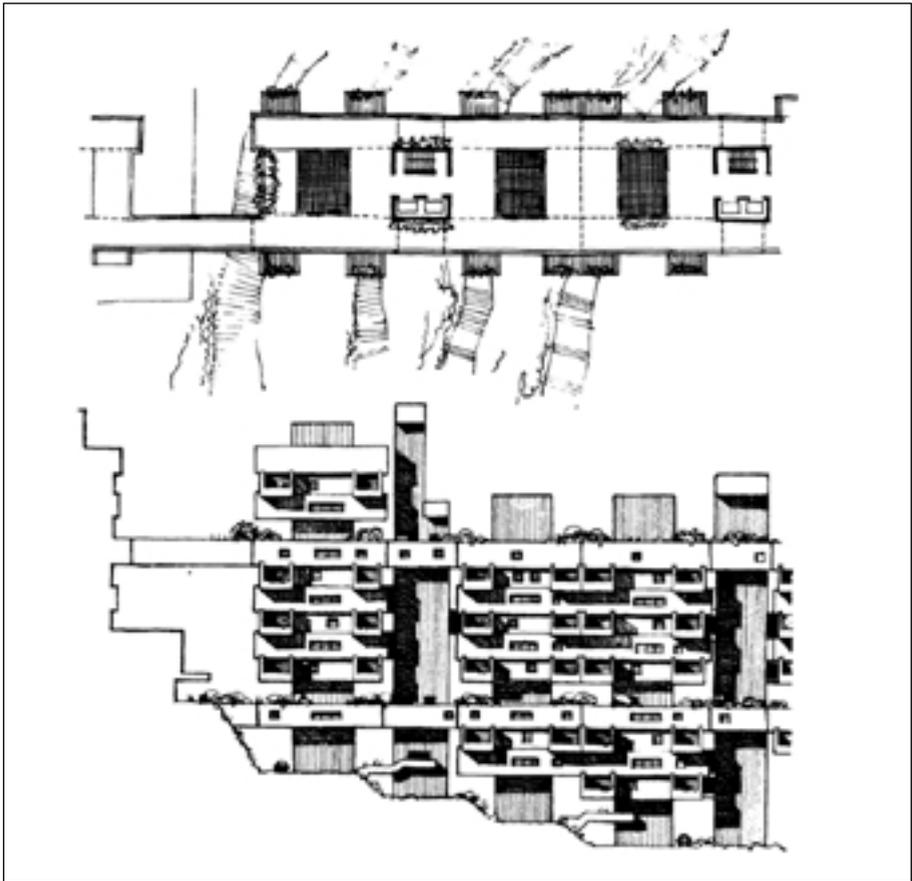
¿Por qué yo no me muero? El indio Antonio Barajas se hacía esa pregunta, mientras miraba cómo aquella nueva barca de Noé era desertada, como si el Dios de los nuevos dioses fuera un animal solemne que devorara con dulzura. No sabía cuándo iba a llegar. Todas las mañanas veía bajar a cuatro marineros con cuatro fanales de una luz grasienta que recordaba a los visitantes del infierno. Cargaban las bestias malolientes y muertas, los pájaros que desbordaban en una carne que ya no vuela, y tiraban al mar todo aquello, para que los tiburones devoraran aquellos robados portentos, animales del cielo, animales del nuevo paraíso, para luego despertar Antonio Barajas y sentir que de una manera u otra había quedado hechizado, de una manera u otra había sido alcanzado por la maldición de los cholos. Una maldición entre los tapices de hermosas alpacas, entre las sandalias forradas en un suave algodón de reinos...

No luchó contra el hechizo ni contra la luna. No quiso defender lo que nunca iba a ser defendido. Sintió la lóbrega tristeza, la visión sin límite de los vencidos. Sintió en carne propia el asco y el espanto de las doncellas violadas en una noche de juerga. Sintió el miedo animal que florece cuando no volvemos a despertar. Todos aquellos fabulosos tesoros tenían una historia de sangre, una historia de una mutilación, de una desesperanza, que ahora Antonio Barajas había hecho suya.

Había sido tocado. Había sido herido por todo el nuevo sufrimiento del Nuevo Mundo, por toda la nueva locura de la usura. Antonio no gemía. Sediento y casi sonámbulo buscó una sogá para ahorcarse, pero a mitad de su búsqueda eligió otra muerte.

Una tarde se puso el imponente traje de los emperadores mexicanos, huachas de oro con borlas de plata, manto de fino algodón cocido con laminas insignias de oro rojo, corona de galopantes plumas que caían sobre su espalda como una cascada de flores, cetro de mando con un jaguar de cabeza tan fina que recordaba a un perro, borde de cuellería con perlas y pepitas silvestres... Antonio Barajas se había vestido y se contemplaba delante de los grandes espejos. Se había tiznado el cuerpo con el gran y rojo tanino de los americanos mangles...

Una semana después, el olor a muerte hizo a la soldadesca derribar las recias puertas de la Torre de Oro de la Real Sevilla. Avanzaron por los silenciosos corredores donde enjambres de moscas habían sido atraídas por la descomposición. Una luz mortecina y fosforescente los llevó ante la pequeña capilla, y delante de ellos yacía un angustiado Cristo desprendido de la cruz con los brazos rotos. Y como un macabro milagro, como si el demonio pudiera ser —y de seguro que tuvo que ser él—, clavado y tremolante, callado como todo indio, Antonio Barajas pendía de la Cruz con su solemne traje de emperador mexicano.



Dos variaciones

Eugenio Florit

1

*Por el campo de luz de las estrellas,
poco a poquito
van corriendo las aguas misteriosas
del infinito.
Y como sueño de gaviotas
sobre los mares,
así la luz se muere
en los pálidos brazos
de la tarde.*

1996

2

*Cuando te meces, frágil rama,
es como si el aliento de Dios te amaneciera.
Ágil te meces sin ardor,
sin fuerza de huracán violento,
y pareces tranquila en tu ilusión
de ser no más que un signo bajo el cielo.
Así te alzas
con un temblor de carne viva,
entre el cielo y la tierra
que en un minuto besarás en tu silencio
para volver al aire que te mece
y, libre, te atardeces
con el pensar tan triste
que mece a las gaviotas en el aire.*

1997

Estudio frente al mar¹

Orlando González Esteva

La adquisición de un pequeño estudio frente al mar, sueño de muchas noches de verano, y el esfuerzo económico que esto supuso, me pusieron —hace ya algunos años— en el gratísimo aprieto de tener que desempeñar en él labores simultáneas de limpiapisos, albañil, plomero, electricista, pintor de brocha y, finalmente, decorador.

El pintor escogió un blanco riguroso: las reducidas dimensiones del estudio, ubicado en un octavo piso, exigían un color capaz de proporcionar cierta sensación de amplitud. Un par de enormes ventanas que daban al mar ocupaban casi toda una pared. De esa sección del inmueble no habría que ocuparse: allí todo era luz, movimiento, espectáculo. Bandadas de gaviotas y bañistas se disputaban la arena; el cielo, de un azul purísimo o tormentoso, parecía al alcance de la mano. No era extraño que un trasatlántico rompiera la línea del horizonte y pareciera, —al que visitara el estudio y guardara la debida distancia— uno minúsculo, de papel, anclado al borde de la ventana; ni que un letrero de tela amarrado a la cola de un dirigible ocupara una franja del cielo, anunciando, ondulante, una bebida alcohólica o un centro nocturno de moda, donde la diversión desafiaba el amanecer. Las noches de luna llena ofrecían la oportunidad de evocar, al día siguiente, la exactitud de unos versos de Octavio Paz: *Anoche, en tu cama,/ éramos tres:/ tú y la luna.*

En la pared opuesta, un espejo de grandes proporciones colgado por los antiguos propietarios se aliaba al blanco para acentuar la falsa impresión de holgura y reflejar, espléndido, la imagen del océano que se asomaba a las ventanas. Recordé la parábola sufi donde dos grupos de artistas se disputaban los favores de un sultán pintando al fresco —con una cortina de por medio para impedir el acceso de un grupo a la obra del otro— las paredes opuestas de una sala, y resulta vencedor aquel que lejos de llenar de imágenes propias su pared, la pule hasta convertirla en un espejo que refleja, con luminosidad misteriosa, la obra rival.

Situarse al mismo centro del estudio era verse flanqueado por dos monumentales brazos de agua verdiazules: el real y el que recogía, devolviéndolo, el espejo. La ola que no entraba por las ventanas amenazaba con entrar por éste y volcar, eufórica, la pequeña mesa y las sillas colocadas frente a él. Pero quedaban dos enormes paredes por animar, y ante ellas, el decorador improvisado acabó por desconcertarse: la calidad de esa animación no debía ser inferior a la que ya ofrecían las ventanas y el espejo.

¹ Palabras leídas para presentar una lectura de versos ofrecida en el Centro Cultural Español de Miami.

Se sabe que quien cuelga un cuadro abre una ventana, de ahí la delicadeza de la gestión. ¿A dónde quería asomarme yo cuando en vez de encarar el mar —o su doble acantonado en el espejo— fijara la vista en el resto del estudio? Durante varias semanas, encerrado en él, entre el espacio marino y la desolada blancura de las paredes vacías, entre el rumor de la tinta y la página en blanco (que no otras cosas se me antojaban el sonido del agua, a veces ceñuda, y aquellas superficies por ocupar), me repetí esa pregunta. El encuentro fortuito con una copia fotostática, a colores, de una litografía cubana del siglo XIX vino a darme la respuesta: querría asomarme a Cuba. Varios catálogos de pintura cubana extraídos de una biblioteca pública y una poderosa máquina fotocopidora, capaz de reducir o ampliar a mi antojo las imágenes recogidas en esos catálogos, me facilitaron, en cuestión de minutos, una preciosa colección de obras maestras listas para ser enmarcadas. Días después, una amiga amante de la exactitud y de las combinaciones inesperadas, me ayudó a colgarlas.

Solo, de vuelta al centro del estudio, con las ventanas abiertas, el viento entrando por ellas, el mar rezongando en la playa y rodeado por aquel despliegue de imágenes concebidas por algunos de los pintores cubanos más importantes del siglo XX, sentí, como Dios el sexto día de la Creación, que todo lo que había hecho era bueno. Y pensé, reparando en los espacios en blanco que ahora jugaban con las pinturas, que así, precisamente, debería sentirse el lector de un poema: en medio de una realidad aparentemente cerrada pero minada de tragaluces, de hendiduras por donde asomarse a otras realidades. Descubrí, en la forma en que ahora se me presentaba el estudio, una suerte de poética que no me era extraña, sólo que nunca se me había insinuado con tal precisión: escribir como quien llena de cuadros una habitación vacía, para abrir balcones, para asomarse a otros espacios, para ver más allá. Entre las acepciones de la voz italiana *stanza* están las de *estrofa* y *habitación*: en el caso de aquel estudio, ambas identificaban lo mismo.

De ahí en adelante toda vacación se me fue en lecturas y paseos por la orilla del mar. A veces, tendido en el sofá, escuchando música o disfrutando de una especie de duermevela, las figuras que habitaban los cuadros se me presentaban tan reales como las que allá afuera, en la playa, tomaban el sol, chapoteaban en la espuma, compartían besos, pescaban o daban de comer a las aves marinas. Llegué a preguntarme si las sirenas de Carlos Enríquez no habrían entrado por las ventanas; qué buscaba en Miami Beach la gitana de Víctor Manuel; quién le habría dado la llave del estudio a Amelia Peláez para que colocara encima de la mesa un puñado de marañones; por qué no cantaba aquel gallo de plumas azules de Mariano Rodríguez cuando el sol, al amanecer, inundaba la estancia; quién sería aquella joven semidesnuda, envuelta en una sábana y con un frutero por cabeza, que me esperaba tendida en un paisaje nocturno de Mario Carreño.

No recuerdo exactamente cuándo llegaron los versos. Sí sé que me encontré escribiéndolos allí, de regreso de mis paseos por la playa, y que esos versos reflejaban la confluencia de ambos mundos, el de la realidad pública, exterior, que acababa de desertar, y el de una realidad íntima, privada, accesible

sólo dentro del estudio y a través de aquel puñado de copias fotostáticas: la realidad del arte.

Tampoco sabría decir con justicia quiénes inspiraron algunos de esos versos: si los cuerpos que admiré en la arena o los que se asomaban a los cuadros; el mar que tronaba a la intemperie o el que contenía, a duras penas, el espejo; esta playa del sur de La Florida o una playa insular. Como yo, a imagen y semejanza mías, el estudio parecía hallarse en tierra estadounidense, pero sólo en un sentido. Dentro, también como yo, se abría a otros paisajes, reconocía otras patrias, mis únicas patrias verdaderas: Cuba y la imaginación.



Carta a Germán Guerra

José Kozer

Germán: tú que entiendes de travesaños, dime, ¿dónde está Cuba?

Todo el papel se quema, orden del fuego.

*El espesor del fuego y no su ligereza (entiéndelo) se llama la
[candela en nuestro país.*

*O como si en circunstancias extremas no hubiera podido
[cruzar (acabar una
composición) (¿de lugar?) nos quedaríamos
farfullando (en efecto, incoherentes) eso no
tiene nombre (caballeros) no tienen perdón
de Dios.*

*¿Y da el fuego? Los travesaños de la cima están renegridos,
[calvos los montes: y como
se sabe que el que sabe sabe, bien sabemos,
Germán, que las dos ancianas que cargan
sendas cubas de ceniza (apenas ya pueden
con sus almas) en palo de jagüey (los llaman
pingas) (ah país de palos país de pingas, a la
merced del fuego) son nuestras madres:
irrespectivas.*

*Idénticas. De un mismo (somero) sobrenombre. Demos a
[cualquiera de las dos por
inverso bautismo, un apodo: atina tú. Una es
otra, jimaguas, no desmerecen del espejismo
llamado Cuba.*

*Candela la de la izquierda, majá: dale candela al macao
[a la derecha.*

*Germán: escoge madre: da y olvida (da; yo no daba)
[(da; yo nada di) vírate ya que se
juntan, a resultas no da ni dice donde hay (Esa)
que siempre tuvo la forma (fénix) incombustible
de la escolopendra.*

Enterrados no conducen

Mauricio Fernández

*¿Tiene sentido buscar la Rosa Náutica en el Paso de los Vientos?
¿Tiene alguna razón simbólica sobre nuestra incomunicación?
¿O será ese Haití negro liberado de la colonia quien impide,
quien posterga, quien divide y disuelve las buenas nuevas y
las malas noticias? / Las blancas y las negras, el rojo: fichas
de la ruleta, el número de la lotería: todo en nombre
de la buena o la mala suerte.*

*Lo negro corresponde a la ignorancia, la oscuridad, o es el vestir
del dogma, el luto funerario, la noche sin estrellas, ese nunca
amanecer rojo-amarillo. ¿Qué vuelta? ¿Qué respuesta?
¿Kafka tropical o la monotonía de todo aquello que nos hace
retroceder un día tras otro?
Responder toca / aun sin saber lo que se responde.
(Es la más mínima gestión civilizada en lugar privilegiado).*

*Sucede que del pueblo de donde vengo no hay tiempo para muertos.
No hay suficientes muertos grandes como para conducir entierros.
¿Qué buscar entonces en la pólvora de los condenados, en la miel
de las abejas / en el eterno desamparo de aquellos que permanecen
en el mar de los vientos?
Y es queja permanente en esos mismos que se alejan sin tocar
tierra firme. Repitiéndose: que vivir
es un no vivir, o un por vivir / sin la menor importancia.
Y es la queja ante la puñetera suerte (blanca o negra)
por no negarse, por no anunciar la muerte en ellos,
cuando otros se van ni se despiden.*

A quien pueda interesar

Teresa María Rojas

*Soy una luz molesta
que se calma en los brazos
de un espejo,
monte que sólo la luna trepa,
mañanita vestida de negro,
hilo
donde el amor
une y corta.
Todo lo mido con la tira de Dios.*

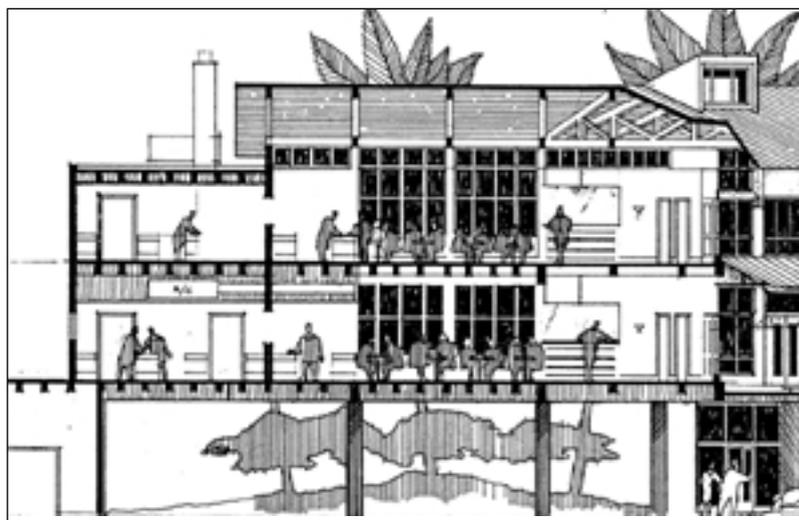
*Soy el especial del día:
Entraña a la brasa,
noche de leche,
nube desmenuzada
en el salero,
dulce de lluvia.*

*Una vez, asomada al balcón
de un aguacero,
me volví lágrima
e inundé la casa.
Enamorada del hijo del libanés,
lamí huesos de sol,
paraísos de sed,
y provoqué un alud de seda
ante mi ventana.*

*¿Ve ese cuadro que pende
a sus espaldas?
Allí, en ese rojo, viví yo,
luna de vampiro,
ola horneada a fuego lento,
trueno en el cristal,
hoja sin árbol
que la brisa ahoga.*

*Sobre la mesa pongo lo de ayer:
un delicado caldo de ninfas,
sin tocar.*

*Aún invoco mi nombre.
El, igual,
se lava las manos
de silencio.*



La conversación con mis hijos

Félix Cruz-Álvarez

*Ya están demás las hojas del otoño,
el viento y sus metáforas,
la alquimia del reloj que nos sorprende,
los símbolos perdidos entre las sombras necesarias,
y las imágenes que han hecho del amor una tristeza.
Vamos a conversar de muchas cosas
vencido el mito de la calma por la premura de la vida,
y así, lentas, regresen las palabras que acaso hicieron mucho daño,
y las que fueron buenas para cerrar un llanto y abrir una sonrisa,
y las dichas al fuego y a la furia
y a la ternura singular que pudo abrir el surco de los besos.
Dejemos estos tiempos y otros tiempos,
y que sea una voz, la sola voz,
quien llene los momentos sin querer ser oráculo,
ni promesa, ni duda ni esperanza,
sólo una voz fluyendo lenta al ritmo de la sangre que, despacio,
pone al desnudo el verbo seminal que acaso es esta vida.
No tengo que decirles cómo es de dura la tristeza,
estar entre los nombres de tantos que yo amo
con las palabras simples del silencio,
porque no tienen puerto mis férvidas palomas.
Que no lo entienden yo lo sé: que sólo el tiempo
y esto de no ser ya como la luz
son los que llevan, sin saberlo, culpa.
Pero casi quisiera hacerles ver la hondura de mis aguas
—las marejadas, tristes algunas, alegres otras—
y así pasar aunque sea por miedo a tanta sombra,
ocupar un espacio entre la gente
que yo engendré, que yo puse a vivir
sin reclamar el precio de mi sangre,
sin alargar las manos, ya cansadas,
que abrieron una vez tantos caminos.
Es extraño este sitio, este escuchar distante
al que quisiera dar sustancia y fuego,
pero me queda en ciernes la intención, ya hecha cenizas,
y al brillo de la lámpara
sólo soy quien pronuncia los nombres de los muertos.*

Los bárbaros

Benigno Dou

*Cierra bien las persianas.
Corre las cortinas.
Un viento helado —por alguna
crueldad de la nostalgia—
trae hasta tu sala los olores de Manhattan
y la turba se apresta ya a doblar la esquina.*

*De momento, prepárate otro trago.
Nada más indicado para aplacar las punzadas
del asco y la memoria.*

*María se arrodilla junto a la cama
para limpiar tu vómito de anoche
mientras tu vida toda
rueda sobre un tapete verde
y cae por la tronera
con la ocho.*

*Afuera, la gente grita insultos
y consignas de odio.
El anunciador del hipódromo del Paraíso
da los dividendos a ganador y place
de Dammed Lady y Zalamera
y en una esquina arrecian
los pregones del chichero.*

*Hoy no vienen por ti, bien que lo sabes.
No es tu nombre el que gritan, sino el del vecino.
Pero no necesitas mirar por la ventana
para saber que entre ellos están
tus mejores amigos y enemigos.*

*Luis, el bolitero, agita una pancarta
mientras le toca el culo a una mulata
y Justo, el médico, le tira piedras a su miedo.
¿Y esa que grita «Apátrida» desde la cerca,
como desde el patio de un teatro,
no es tu amiga Miriam, la gusana?*

*La niebla desciende ya
sobre los techos rojos de Caracas
y suena una sirena en el Muelle de Luz.
Un cabo de la policía abre la reja.
La soledad te espera.*

*Ahora, apura el trago.
Trata de emborracharte
lo más pronto que puedas.
Ya no hay escapatoria.
Ni persianas ni rejas
ni cerraduras ni puentes levadizos
ni fosos ni cercas detienen a los bárbaros,
tus recuerdos.*

Ahora los fantasmas

Gladys Zaldívar

*Ahora los fantasmas se desperezan entre las fotografías
y asoman la maleza de sus barbas por los ventanales;
el bordado de sus vestiduras aloja tanto sueño desmantelado
y tanta noche de sedientos abanicos
apoyados al busto del balcón en arabesco.
Se canta aquí al olvido que es una mariposa crucificada
con su discurso multicolor y su bandera de ceniza.
Los fantasmas deambulan por el jardín
con flores de ajeno apretujadas sobre el pecho.
Penetran por el mármol de las galerías
y acarician la caoba enferma de ausencias en las butacas,
en el sofá, polvo del beso en el cofre de la noche.
Todos sonríen en la sala porque desconocen el tiempo,
su desgarrante augurio sobre las alfombras
y creen en la inocencia de los colmillos de la pólvora
comiéndose a bocados la yerba de Santa María
y dibujando en el aire, con sangre, ramas de orégano y de grito.
Los fantasmas están vivos porque ellos no conocen la muerte.
salen de la página de un libro y pueblan la estancia
con sus pies ulcerados en busca de la república escondida,
que anida en el mar con sus greñas dementes
y los ojos de lunas desorientadas.*

23-VII-00

La noche de los cuervos ciegos

(Fragmento)

Andrés Reynaldo

III

América,

*en las noches sin neblina buscábamos tu antorcha como una
[joven estrella entre las barcas.*

Tú nos dabas las canciones.

Leche y miel.

La velocidad, los bonos municipales con garantía federal,

[el rey que murió en Memphis,

el solitario esfuerzo, la insaciable pradera donde irlandeses

[y noruegos, (gente de

mar como nosotros) levantaron el granero y la cruz;

podía oírse a cien leguas el trote de un jinete.

Sólo de ti esperábamos un hogar.

El aullido de las sirenas nos arrancaba de la cama

(al otro día nadie preguntó por el vecino)

y el polvo de la aniquilación nos mordía los ojos,

pero tú sostenías la ilusión del mantel limpio

y el derecho a guardar una escopeta en el desván.

Éramos tu secreta tribu.

«Cuéntanos de América»,

pedíamos al forastero

y servíamos el vino en lentos vasos

y las mujeres corrían las cortinas.

Había disputas por la vacía caja de cigarrillos.

MADE IN USA

Nueve letras luminosas en el fondo de una gaveta.

Norte siempre la brújula.

Redimidos en ti,

cuando caía en nuestras manos una ajada revista con la

[saga de tus debates constitucionales,

o escuchábamos, a través del océano de estática, la rasgada voz

[de Ulises: «Apolo a Houston, vamos de regreso a casa».

Inmediato,

El estribillo de Pepsi.

¿Por qué nos dieron otra patria?

El niño que dormía con la insignia de sheriff bajo la almohada

habló a sus hijos de los trenes de quinientos vagones que horadan

[los picachos,

los almacenes con precios para todos,

*Demoran en apagarse bajo los párpados el díscolo arcoiris
[de las patrullas, un pequeño
cuerpo, obscenos juguetes. Desgajados de su trascendencia,
[el hombre ordinario se
hace extraordinario por omisión.*

*Dostoievski revisado:
se trata, esta vez, de sacar a Dios de sus casillas,
¿Han llegado ya los reporteros?
Un empleado de correos carga con el revólver a la fiesta de
[su jubilación.*

*Cuarenta años de ejemplar servicio
y la masacre ocupa un horario estelar.
Yo sé por qué no respondió la operadora automática.
911*

*Aterrado en mi nulidad,
vago entre depósitos de basura y rascacielos posmodernistas
con la furiosa certidumbre de que debo huir, discretamente,
[sin conocimiento de las autoridades.*

*Nueve:
Infierno y muerte.
Once:
Desmesura.
Arena soy otra vez.
Echo doble cerrojo
y leo en penumbra viejas fotos.
Tocan a la puerta los vendedores de alfombra, damas de
[una asociación vecinal, extraviados fumigadores.
¿Está usted haciendo las maletas?
Ah del soñador que recibe su cetro a la intemperie.
Para él cuatro veces cuatro no significa plenitud
y elevan su letanía los pescadores bretones:
«Bendito Dios,
sé bueno conmigo,
el mar es tan grande
y tan pequeña mi barca».
Somos libres porque nadie nos reconoce.
En una tienda de segunda mano dejamos nuestra piel.*

Autoanálisis

Ángel Cuadra

*Al final va llegándome el sosiego
de resignarme a lo que sólo he sido:
aceptar que morí en lo no vivido
y perdí lo dejado para luego.*

*A la premura de vivir me entrego
y, a veces, por vivir, de mí me olvido;
que a otro doble de mí, que a mí va uncido,
siento que le robé su tiempo, y brego*

*por no volver el rostro al repetido
llamado de su voz, pues que le niego
su espacio en el espacio en que he existido.*

*Y así, al final, a definir no llego
si es relegando al otro que he vivido
o es a mí al que he dejado para luego.*

Corazón

Germán Guerra

En el principio soñó Dios los cielos y la tierra.

Y dijo Dios en medio de su sueño: Sea la luz y el corazón del hombre. Soñó Dios un corazón que latía... caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado... en la penumbra de un cuerpo humano aún sin cara ni sexo. Y fue la luz y el corazón del hombre, y fue la tarde y la mañana el día primero. En la alta mañana de un olvidado caserío de provincias, en el día primero de un mes y un tiempo demasiado largos, cansado de andar plazas y desesperanzas, sudoroso y flácido, buscando en los abiertos muros que ya no tienen cal ni tienen canto, parado ante la puerta y las columnas de silencio que suelta la campana del templo, morada —según ellos, los que esperan— de un encallecido Dios de compasión y sueño, el corazón decidió crecer. Y creció, creció y colmó el parque con sus ceibas de siglos y no se vieron más los bancos de concreto ni la iglesia, y ellos dejaron de esperar ante el milagro que tocaban. El corazón cubrió los barrios del centro, los límites del pueblo y toda la extensión de la provincia, que para entonces ya había salido del olvido; alcanzar las fronteras del país le tomó el tiempo que demoran los discursos en ser polvo sobre la frente de los hombres. El corazón fue criticado por los viejos partidos y alabado en el corazón de los humildes. Una sombra inmensa proyectaba el enorme corazón con vida propia, una sombra de carne para el hambre de todos los espíritus. Una sombra hermosa y esperada por las razas vecinas ya adentraba sus pasos en el continente y en los marinos de ambas mares era el regocijo y los deseos que se cumplen y una estrella fugaz cruzando el cielo y el vasto corazón que se inflamaba... Aurículas y ríos, ventrículos y montes, viñedos y árboles de pan brotaron en las planicies del músculo. Gaviotas y topógrafos, fundidores de acero y fundadores de ciudades fueron los primeros habitantes del lugar donde latía la esperanza. Y la Tierra quedó deshabitada, tierra en la memoria de la Tierra, hermana de la Luna en su redondo viaje; y fue la Luna lo que siempre ha sido, roca de la desolación y añosa luz para el ladrado de los perros.

En el principio soñó Dios con los planetas, y fueron los planetas, y fue la tarde y la mañana el día segundo.

Autorretrato en el fondo de un cáliz

Néstor Díaz de Villegas

*Un artista entre artistas, yo me mido
en sus sombras; no hay nada más sensato
que encontrarle la cuarta pata al gato
ni es menos lo que tengo o lo que pido.*

*Todo está dicho ya; ni me debato
en las grandes cuestiones ni he vivido
y en saber lo que ignoro se me ha ido
la vida: soy un clásico barato.*

*Ser o no ser, quizás soñar a veces
el eterno retorno de lo mismo.
Podré multiplicar panes y peces*

*o, en un acto supremo de heroísmo,
apurar la cicuta hasta las heces
pero todo en el fondo es espejismo.*

Otra puta ante un pensador incómodo

Esteban Luis Cárdenas

*Era el crepúsculo.
No la conocía —a aquella mujer diversa—,
ni llegaría a hacerlo,
pues escuchaba un vals,
similar al Diluvio.*

*Una experiencia nocturna,
acabada por el cierzo
de la propicia noche de Abril.*

*Sólo la música podía interrumpir
las visiones, el dolor
y las pasiones encontradas
por aquellas máscaras
de los gemidos.*

Misivo amor

Juana Rosa Pita

I

*Yo llegué a la poesía pitagórica.
Música y matemáticas
se me daban silvestres.
Tiempo les tomaría revelar
su esplendor en mi vida.*

*Ahora la lucidez no me da tregua:
por más que eche a correr hacia otro siglo
sé que iré a dar al punto pleno.
Infinito mediante,
confluyen las ternuras paralelas.*

II

*Según algunos críticos
un alto contenido de emoción
no favorece la poesía:
se abruma el intelecto de presagios
(dicen), se vuelve subjetivo.
Nunca esos disparates te arredraron.
Sus teorías en cuanto al ser humano
no tienen aire ni para un abanico:
desconocen el sustrato común que nos alumbra.
Su endémica invidencia les impide
saber que hay que escuchar las dos campanas.*

III

*Son tiempos muy confusos: la alegría
se toma por ingenuidad.
Y se hace religión del no creer
en el misterio clave.*

*Se precisan relaciones nuevas:
hijos padres de sus padres
y de sus hijos hijos. Sea tierno
y sabio como hermano el amante.*

*Tiempos son de abrazar al ser humano,
solo entre los escombros de su hechura.*

De «Seis cantos de amor fiero»

Orlando Rossardi

I

*Si me saltas encima,
palpable, como agua,
deja que me empape
de tus húmedas encías,
de tus ojos lagrimeando
y del mar de tu saliva.
Si te encimas, arriba,
sentidora como viento,
deja que me llene
de tu aliento sordo,
del aire de tu sonrisa
y de tus manos
baténdole a la vida.
Si me miras de lo alto,
—como un retrato—,
no tiembles en el ver,
no digas en la palabra,
déjate ser, déjate echar,
paciente como lo eterno,
gota a gota por los labios.*

Los panes y los peces

Félix Lizárraga

I

*Yo, que vendo los peces para ganarme el pan,
Descubro la imprecisa urdimbre de las cosas.
(The customer is asking: How much will be the pound?
How many Angels fit in the cup of a kiss?)*

*Con la carne noble que en Cuaresma no es carne,
La peso en la balanza, la pongo en su envoltorio.
Las langostas del Maine al fondo de su tanque
Parecen indefensos gladiadores romanos,
Héroes de Homero ahogados en el sitio de Troya.
El comprador pregunta cuánto vale la libra.*

*Algún rostro me trae ecos de la belleza
Mientras mi mano cuenta los ávidos mariscos,
Pétalos de una rosa deshecha, innumerable.*

*Me pregunto si el alto mostrador de los peces
No es el puente que fluye sobre un río detenido,
Si el rostro que el metal del mostrador refleja
Será el rostro que tuve antes de haber nacido,
Cuántos ángeles caben en el cuenco de un beso.*

II

*Yo, que hoy corto los peces, escribí en otra vida
Cuyo recuerdo guardo: He de nacer de nuevo.
El Azar, o el Destino, o la Misericordia
Que llamamos María o Avalokiteshvara,
Obraron el incierto milagro. El palimpsesto
De rostros que ahora soy (Tiresias simultáneo
O Jano transparente o indeciso centauro)
Se sujeta del pez y del cuchillo como
De los barrotes que arman la cárcel de una cuna.*

*Barrotes, balaustradas, certidumbres, atisbos,
Franjas de un vasto tigre de oro y sombra áspera.*

III

*(Aporías, paradojas medievales, absortas
Ecuaciones del Zen, sensaciones, memorias,*

*El amor no encontrado, la agonía, la esperanza,
Cosas sin ningún nombre: todo es echado al fuego
Del crisol o el caldero donde se hace el poema.)*

*Buscando signos, vuelvo la hoja del cuchillo.
El hígado del pez es otro espejo humeante.
¿Cuántos ángeles caben en el cuenco de un beso?
El comprador pregunta cuánto vale la libra.*

Muerte y resurrección

Emilio de Armas

¿Y si acaso esta tarde

—Mientras la melodía secreta del invierno

Transcurre como el río de los siglos,

Y el crujir de tus pasos en la hierba

Se ahonda en soledad—

Dejara de latir tu corazón?

Tan sólo eso, que dejara

De contraerse y dilatarse en armonía

Con las sístoles y diástoles del universo,

Y un oscuro silencio sobreviniera entonces,

Y te quedaras ciego, sordo y mudo

—Las manos sobre el pecho, como fronteras ávidas

De retener el aire que se escapa:

Ya sólo cuerpo:

un cuerpo solo

Entre la interrumpida música,

Entre la interrumpida luz,

Entre el interrumpido roce de tu ser

con las cosas

Que sería —¿cómo decirlo de otro modo?—

Tu caída en la muerte

y no escucharas nada,

Y no se dilataran tus pupilas

Al golpe de otra luz,

Ni tus manos asieran otra forma,

Y pasaran —eternos y fugaces—

Los siglos y crepúsculos y pájaros,

Y la música toda que ya no aprenderás,

Y las formas que ya nunca aprehenderás,

Y los nombres que no te servirán

para llamar a nadie,

Y el fulgurante río de universos

Como barcas que mira alejarse un niño absorto,

Y entonces —¿cómo decirlo de otro modo?—

Tu detenido corazón se contrajera

Al desbordarlo la sangre de Dios,

Y latiera,

latiera en otro golpe

De música, de luz, de tacto ávido y total

Como late y se dilata un universo,

Una feria sin vanidades

DURANTE LA PRESENTACIÓN SIMULTÁNEA DE *INFORME contra mí mismo*, de Eliseo Alberto Diego, y *Las comidas profundas*, de Antonio José Ponte, en la Feria Internacional del Libro de Miami una joven asistente, en vez de pedir la palabra, comentar o simplemente preguntar, como dicta la circunstancia, le dedicó una canción a Diego en espontáneo homenaje de memoria y nostalgia por su vida pasada en Cuba.

Fue en esa misma sesión donde Ponte, el primer autor invitado a la Feria con residencia en la isla, respondió que él escribía para los cubanos, donde quiera que estuvieran.

A todas luces, la Feria Internacional del Libro de Miami es un cóncave sui géneris, «rompe lanzas» en más de un sentido, que se realiza en territorio de los Estados Unidos de América, desde hace dieciocho años y tiene la virtud de ser la más grande e importante en un país obsesionado por las estadísticas y otras formas de la contabilidad. Es la feria con impresionante calendario en inglés que incluye un programa paralelo en español de similar entereza, por donde ha desfilado casi todo lo que vale y brilla en el ámbito de la literatura hispanoamericana.

Ha habido ausentes, ciertamente. Unos por defunción, siendo Borges y Bioy Casares los cadáveres más exquisitos; otros por la senectud que les impide el viaje y otros trasiegos, argumentos esgrimidos por Sábato, por ejemplo, al declinar la invitación para luego aparecer en una universidad española donde fue a recibir pleitesía; y están los que, al parecer, no se sienten cómodos bajo el fulgor de otra suerte de sol cubano como son Mario Benedetti y Augusto Monterroso, por sólo mencionar a dos luminarias que siempre encuentran una excusa para no concurrir.

Miami es una ciudad imberbe que se reinventa cuando las crisis amenazan con devastarla. Las revueltas raciales y el éxodo del Mariel en los ochenta y la estancia eventual

del niño Elián González al terminar el milenio, la colocaron en el mapa internacional de noticias con minuciosidad perturbadora.

Concuerdan los analistas en considerarla laboratorio de ensayo social sobre lo que será el futuro de la nación en términos de convivencia babilónica. Paisaje para la farándula y refugio de quienes escapan de la indolencia e inestabilidad en regiones vecinas. Es la antesala de las Américas en términos empresariales y la puerta por donde se deslizan los estupefacientes que llegan del sur y se consumen en el norte.

Miami es vilipendiada, investigada y estudiada hasta el delirio. Numerosa es la bibliografía que genera cada año entre libros de fotografías, resúmenes antropológicos, ensayos, informes, curiosidades, trivialidades, novelas y poesía entre otros géneros que la diseccionan para el disfrute de los demás.

Separada de Cuba por un trozo de agua tibia y turbulenta de noventa millas, es la ciudad donde los exiliados se obstinan en recobrar el paraíso de donde huyeron o fueron expulsados desde 1959. Miami es el sitio eventual donde tan bien se está para casi un millón de cubanos.

Fue un cubano, el Dr. Eduardo J. Padrón, actual presidente del Miami-Dade Community College (sistema de enseñanza donde se imparten los dos primeros años del nivel universitario), quien en 1984 se unió a otros soñadores locales para crear la Feria del Libro. Aquella idea germinó discretamente a unos pasos de la bahía de Vizcaya, en uno de los hechos culturales que hoy prestigia a la comunidad. Es una cubana, Alina Interián, quien hoy la conduce como directora ejecutiva.

Intrépidos, sin duda, resultaron ser estos fundadores, entre los que figura también Mitchell Kaplan, dueño de las prestigiosas e íntimas librerías Books and Books, porque Miami no es una ciudad peatonal o de numeroso transporte público y resulta muy difícil, a simple vista, constatar la existencia de lectores como en otras capitales del mundo donde se atisban personas leyendo en los parques o en los metros.

Tampoco son los libros objeto de culto en muchos de sus hogares. Otros apremios más mundanos y pragmáticos ocupan el lugar que deberían tener. Sin embargo, las siempre concurridas bibliotecas públicas así como las gigantes cadenas nacionales de librerías, Borders y Barnes & Noble, junto a la noble labor de otras más diminutas y a escala humana como Editorial Universal y La Moderna Poesía, indica que la Feria del Libro era un riesgo que valía la pena correr.

Ocurre que Miami tiene el hábito de los desafíos y a pesar de su poca experiencia urbana, apenas una centuria, con ingente perseverancia, se colocan las piezas de una voluntad cultural que se teje no obstante la liviandad, el hedonismo y los desafueros que provocan las altas temperaturas y la pasión política.

La Feria Internacional del Libro de Miami, que se extiende de domingo a domingo, se inserta en esa voluntad. El primero para inaugurarla en una suerte de fiesta comunitaria donde se premian alumnos de la enseñanza elemental y secundaria en un concurso literario convocado al efecto, el segundo para

terminar sus tres últimos días cuando se vuelca a la calle en un verdadero fervor de quioscos con libros a la venta, espectáculos artísticos de toda índole, comidas para satisfacer los más alucinados paladares y las presentaciones formales de autores invitados en maratónicas sesiones que comienzan temprano en la mañana y se adentran en las primeras horas de la noche.

Entre el lunes siguiente al domingo inaugural y el viernes que anticipa la feria al aire libre, cada noche de entre semana hay una actividad que COMPLACE los estrictos horarios laborales de la localidad, más afines a la cultura protestante que desembarcó en el Mayflower que a la que fundó San Agustín, la ciudad más antigua de los Estados Unidos.

Como tantas cosas que acontecen en el sur de la Florida, el programa en español de la Feria cubre, en buena medida, la producción literaria cubana que sucede extramuros. Cuando Zoé Valdés reunió a más de un millar de personas, en la más concurrida de las presentaciones de autores en español, igualada quizás en inglés por Anne Rice, quien especula con vampiros y otros hechos de sangre, se sintió complacida y emocionada de poder departir, por primera vez en su exitosa carrera literaria, con un público cuantioso y eminentemente cubano.

En las sesiones de la Feria de Miami aparecen, como por arte de magia, autores invisibles por decreto en programas académicos, diccionarios, libros de texto y medios de prensa en Cuba. Se dilucidan para la posteridad inexactitudes históricas echadas a correr por la propaganda oficial que acuñan la inexistencia de la labor editorial antes de 1959 en Cuba y después de ese año en Miami.

Se revela, por ejemplo, que Leví Marrero siguió siendo un sabio humilde y sin pretensiones al servicio de los demás; que Lydia Cabrera todavía no había ido al refugio eterno de sus venerados dioses africanos cuando fue borrada temprano del panteón cultural de la isla donde nació; que Eugenio Florit y Pura del Prado sobrevivieron el desarraigo del destierro con envidiable dignidad hasta el último suspiro; y que Enrique Labrador Ruiz continuó siendo un hombre gentil y condescendiente no obstante haber cometido un pecado de lesa revolución: «abandono» del proceso revolucionario.

En la Feria del Libro de Miami, Octavio Paz bailó al son de un grupo de mariachis miamenses luego de compartir el escenario con vates cubanos que leyeron sus poemas en honor al intelectual, quien de modo extemporáneo afrontó la desidia de otros intelectuales al llamar las dictaduras por su nombre.

La Feria celebró el treinta aniversario de la publicación de un libro maldito, *Fuera del juego*, y su autor, Heberto Padilla, recibió públicamente el homenaje que aún está pendiente en La Habana.

A la Feria de Miami se han asomado con curiosidad intelectuales de la talla de Alfredo Bryce Echenique, Jorge Edwards, Carlos Monsiváis y Gonzalo Rojas, entre otros, para testimoniar sobre sus libros y sobre la desilusión de un proyecto social como el cubano donde se quebraron muchos anhelos de juventud.

Fue en la Feria donde un locuaz Camilo José Cela, entre bromas y desplantes, se pasó de revisionista y confesó, sin pudor, que Cuba se hubiera ahorrado muchos pesares de permanecer bajo el vasallaje de la corona española.

El evento se autofinancia en una ingente labor de discretas operaciones comerciales, búsqueda de fondos, patrocinios, donativos, contribuciones y desvelos voluntarios, entre otras disposiciones e iniciativas del altruismo local y nacional, que abogan por su desarrollo y supervivencia. Viene signado por un ambiente desenfadado, sin los rigores de otras ferias donde se firman acuerdos internacionales y se decide el destino de la próxima temporada literaria y editorial. Es una feria del lector, para ver a escritores «divinos» como Stephen King unirse a otros de igual fortuna comercial en un grupo de música rock que espanta y atrae por su desatino.

Como promedio, durante los últimos años a sus sesiones concurren cerca de 250 autores invitados nacionales y de otros destinos geográficos, quienes son atendidos y «malcriados» por cerca de medio de millón de asistentes. Durante la feria al aire libre, las editoriales y librerías sobrepasan la cifra de 300 y circundan los predios del Recinto Wolfson (Miami-Dade Community College), en un aquelarre de idiomas, gustos, sabores, ritmos, premura y curiosidad, algunos signos distintivos de la dinámica Miami, en una plaza de particular universalidad por donde han desfilado, entre otros: Isabel Allende, Mario Vargas Llosa, Maya Angelou, Fernando Arrabal, Ray Bradbury, Sandra Cisneros, José Donoso, Nicanor Parra, Pablo Antonio Cuadra, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Fuentes, Oscar Hijuelos, Norman Mailer, Ángeles Mastretta, Czeslaw Milosz, Abel Posse, Alice Walker y Yevgeny Yevtushenko.

Revistas literarias: desafiando los rigores del páramo

Ivette Leyva Martínez

POCOS HAN REPARADO EN LA VARIEDAD DE REVISTAS cubanas y cubanoamericanas que han existido en Miami a los largo de más treinta años, a pesar del silencio, la incomprensión y la desidia. Publicaciones literarias y de pensamiento de tendencias social-cristiana e incluso anarquista proporcionan un prisma multicolor para mirar hacia el pasado y reconstruir el paisaje de lo que Lydia Cabrera llamara en su momento «este desierto que es Miami para el espíritu».¹ El empeño y la tenacidad de varias generaciones de cubanos, escritores o gente sencilla con inclinaciones intelectuales, muchos perdidos hoy en los laberintos de la memoria colectiva, transformaron el panorama editorial al tiempo que contribuyeron a mostrar los matices de una comunidad tradicionalmente percibida de forma monocromática. Sin embargo, el terreno no ha cambiado demasiado en cuarenta años: todas las publicaciones periódicas han sido financiadas por sus editores y colaboradores; no han contado con el respaldo de ninguna institución o mecenas del entorno y en general han sido ignoradas por la sociedad miamense.

Los pioneros de las publicaciones periódicas cubanas en Estados Unidos debieron enfrentar no sólo las dificultades que implica difundir la expresión escrita en un idioma distinto al de la mayoría, sino también la incomprensión de los demás exiliados, que les exigían un rol político inmediato de cara al regreso a Cuba, que en la época parecía inminente. Desde Cuba fueron considerados traidores y luego ninguneados, no solo por la nomenclatura, cuyas posiciones con respecto a este tema permanecen

¹ Cabrera, Lydia: «Armando Córdova». *El Alacrán Azul*: año 1, nº 1, 1979, p. 10.

inamovibles hasta hoy; sino también por la gran mayoría de los intelectuales y artistas que permanecieron en la isla. Las revistas que ellos produjeron han sido acusadas de ser instrumentos del Enemigo Específico de turno: la CIA, en tiempos de la Guerra Fría; la Fundación Nacional Cubano Americana, hoy.

Es en medio de este fuego cruzado que se fraguaron las publicaciones periódicas en castellano² Miami.

LOS 60: DESTIERRO, NUEVAS GENERACIONES

Cuadernos Desterrados, fundada por Mauricio Fernández en septiembre de 1964, fue la primera revista cubana creada en Miami por los exiliados, y una de las primeras de esa generación en Estados Unidos. Se publicaron once números, con frecuencia mensual, que recogían un amplio espectro de temas políticos y culturales así como diversos géneros literarios. *Cuadernos Desterrados* reflejaba los debates de la época sobre las relaciones entre el intelectual y la sociedad, entre arte y libertad, así como sobre el papel del intelectual en el exilio. Entre los trabajos más interesantes se encuentra una selección de versos de José Martí hecha por Eugenio Florit. Ana Rosa Núñez, Rita Geda, el chileno-cubano Alberto Baeza Flores, Orlando Rossardi y Pablo Le Riverand entre otros, dieron a conocer sus poemas en esas páginas. No faltaron los editoriales sobre la situación cubana, así como algunos ataques personales contra artistas y escritores que estaban en Cuba. Pero a diferencia de publicaciones posteriores, no se caracterizó por excluir autores sobre la base de creencias políticas, práctica que alcanzaría feroz efectividad poco después, a ambos lados del estrecho de la Florida.

Despuntando 1966, *Cuadernos Desterrados* pasó a llamarse *Cuadernos 66*, por la vinculación con miembros del grupo Teatro 66. Meses después, en julio de ese año, volvió a cambiar de formato y de nombre, esta vez por *Cuadernos del Hombre Libre*, creado en la búsqueda de «una expresión independiente que esté de acuerdo con los nuevos tiempos»³. El énfasis respondía a los primeros encontronazos generacionales entre los exiliados. Poco después otro editorial daba cuenta de que «Sólo la indiferencia, la incomprensión y la orfandad económica nos rodean en esta hora, ante la necesidad de un nuevo acento»⁴. La revista dejó de publicarse en 1967.

Los *Cuadernos* sirvieron para poner en contacto a personas con inclinaciones intelectuales, llegadas en las primeras oleadas migratorias y dispersas por todo Miami. Cuenta Mauricio Fernández, su director, que los colaboradores habituales nunca rebasaron una docena y que la revista llegó a ser más conocida en algunos círculos de América Latina y España que en la propia ciudad

² Por su importancia decidí incluir también en esta caracterización general dos publicaciones bilingües: *Mariel* (segunda época) y *Apuntes Posmodernos*. Esta relación no incluye a *Areito* (segunda época, editada en Miami entre 1987 y 1992 aproximadamente) por no considerarla una revista cultural ni de pensamiento, como sí lo fue la *Areito* editada en Nueva York (1974-1985).

³ Editorial. *Cuadernos del Hombre Libre*: n° 1, julio-sept 1966, p. 2.

⁴ Editorial. *Cuadernos del Hombre Libre*: n° 3, enero-feb 1967, p. 1.

de Miami, donde se distribuía en las pocas librerías que existían entonces. Sus editores también organizaron exposiciones de pintura en las que una concurrencia de apenas 50 personas era todo un éxito.

Las exhibiciones de artes plásticas, entonces como ahora, estaban entre las actividades culturales más extendidas en Miami dentro de la clase media y alta y de los círculos intelectuales, artísticos. En junio de 1966 comenzó a publicarse, bajo la dirección de Wilfredo Alcover, el boletín *Resumen Bimestral de Arte y Cultura*, que divulgaba las exposiciones de artes plásticas del momento. Diseñado de forma rudimentaria e impreso en algún mimeógrafo, incluía además una Sección Poética, reseñas de libros, semblanzas de grandes pintores universales, noticias esporádicas sobre exposiciones de artes plásticas en Europa y varias viñetas nostálgicas sobre la Cuba anterior a 1959. *Resumen* fue la publicación más sistemática de la época (salió durante once años, hasta junio-julio de 1977, aproximadamente)⁵, y posiblemente la única que entre sus misceláneas incluyó artículos sobre ornitología. Junto a la firma del propio Alcover figuró la de José Sánchez Boudy y en una ocasión la de Eugenio Florit.

A mediados de la década del 60 todavía era popular entre los exiliados la tesis de la «revolución traicionada» y aún no había comenzado a entronizarse en la incipiente comunidad cubana la edulcoración de la realidad republicana previa a la revolución de Fidel Castro. En ese contexto, emerge *Nueva Generación*, dirigida por José S. Prince, una publicación de tendencia socialcristiana que existió entre 1965 y 1969, aproximadamente: «Creemos en la necesaria e inexorable Revolución Latinoamericana. De la que tiene que ser partícipe la auténtica Revolución cubana. La que manos traidoras han entregado al imperialismo soviético y por eso se encuentra inconclusa»⁶. En este espíritu el consejo editorial de la revista —integrado por jóvenes estudiantes y sindicalistas— defendió el movimiento por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos y al sindicalismo en América Latina. También se incluyeron artículos sobre las doctrinas de la Iglesia Católica, al tiempo que acogieron con entusiasmo los albores de la Teología de la Liberación, a través de trabajos y documentos del sacerdote brasileño Helder Cámara. Algunas de las pocas firmas que aparecen en las páginas de *Nueva Generación* también van acompañadas de cuentos y poemas.

La revista insistía en la necesidad de analizar la solución del «problema cubano» dentro del contexto de «las luchas en pro de la justicia social e independencia política y económica de América Latina».⁷ Esa solución, de acuerdo con *Nueva Generación*, podría buscarse tanto por la vía violenta como por medio de la negociación.

⁵ De acuerdo con los archivos de la Cuban Heritage Collection de la Universidad de Miami. El resto de las fechas aproximadas que aparecen a lo largo del artículo han sido confirmadas por sus propios realizadores.

⁶ Editorial. *Nueva Generación*: n° 9, julio de 1966, p. 1.

⁷ Editorial. *Nueva Generación*: n° 13, mayo-junio de 1967, p. 1.

Nueva Generación proyectó una visión crítica del exilio miamense⁸, del cual recibió a su vez duras críticas. Según cuenta uno de los miembros del consejo editorial, Jorge Ulla (quien entonces firmaba como Jorge Luis Gutiérrez), en una ocasión un grupo de personas, algunas de ellas armadas, irrumpió en el local donde se reunían, pero el incidente no pasó de un acaloramiento cubano. Como casi todas las publicaciones periódicas que hasta hoy han existido en Miami, el deceso de *Nueva Generación* estuvo relacionado con la falta de recursos financieros.

En abril de 1967 Mauricio Fernández comenzó a editar una nueva publicación: *Punto Cardinal*, que se definía como «de acción poética». Fue la primera revista exclusivamente literaria de un Miami que ya comenzaba a ser cubano; pero también fue la primera en otorgarle mayor espacio a los colaboradores del resto del mundo hispanohablante. Generalmente en gran formato y con menos de 20 páginas, publicó poemas de escritores cubanos, colombianos, argentinos y españoles. Entre los primeros estaban José Kozler, Ana Rosa Núñez y Rita Geada y entre sus ilustradores, Baruj Salinas. La revista osó publicar, en pleno año 1968, el poema de un español, conmovido con la muerte de Ernesto Che Guevara. *Punto Cardinal* dejó de publicarse en diciembre de 1969.

Los primeros títulos mencionados tuvieron una trayectoria irregular, signada por constantes cambios en la frecuencia de salida, el diseño y el formato, que dependían del costo de la publicación. Eran leídos por un manojito de personas, que pocas veces rebasaba el número de sus editores y colaboradores.

AÑOS 70: ALACRÁN AZUL Y ENLACE

A pesar de su efímera existencia, todavía muchos recuerdan hoy *El Alacrán Azul*, una revista literaria dirigida por José A. Arcocha y Fernando Palenzuela, la cual llegó a publicar dos números, en 1970 y 1971. Ambos constituyen verdaderas joyas: el primero fue ilustrado por José M. Miyares, e incluyó una entrevista a Guillermo Cabrera Infante, acompañada de una foto de Néstor Almendros y un relato del escritor, un cuento de Lydia Cabrera y un homenaje a Calvert Casey; mientras que el segundo contó con un artículo de la propia Lydia, poemas de Eugenio Florit y un cuento de Lourdes Casal, además de un dossier dedicado al poeta José Baragaño. La lista de los artículos anunciados para el tercer número debió dejar a sus lectores con la boca hecha agua.

Tenaz, Mauricio Fernández, junto a Orlando Rossardi, emprendió en 1975 la publicación de otra revista literaria, *Enlace*, que salió de forma intermitente en dos etapas: la primera hasta 1976 y la segunda entre 1984 y 1985. En los años 80, la mala fama de Miami como bastión de extremistas de derecha influyó para que Fernández realizara una pequeña triquiñuela: publicar como dirección postal la del otro director de *Enlace* en esa etapa, José Kozler, quien residía en Nueva York, a pesar de que la revista se seguía realizando en Miami.

⁸ Xiques, J.M: «Exilandia y la Nueva Generación». *Nueva Generación*: n° 12, marzo-abril de 1967, p. 4.

Enlace se definía como «hispanoamericana» y bajo ese propósito plural tenía en su «Consejo de Colaboración» a Juan Goytisolo, Alvaro Mutis y Severo Sarduy, Alfredo Bryce Echenique y Ernesto Sábato, entre otros. Publicó a Pablo Neruda, Carlos Fuentes y Mutis, así como entrevistas a Goytisolo, Sarduy y José Donoso. Los cubanos Humberto Piñera, Carlos M. Luis, José Kozler, Eugenio Florit y Rogelio Llopis también colaboraron con ella. *Enlace* le dedicó un excelente número de homenaje a José Lezama Lima, en diciembre de 1984. Más allá de las fluctuaciones en su calidad y frecuencia de salida, una ojeada a *Enlace* la confirma como una de publicaciones literarias más interesantes surgidas en Miami.

LOS 80: ANARQUISTAS, MARIELITOS

En la primavera de 1980 salió a la luz el primer número de *Guáguara Libertaria*, una publicación anarquista, órgano del Movimiento Libertario Cubano en el Exilio, que se mantuvo a lo largo de doce años, hasta el invierno de 1992. Aunque *Guáguara*⁹, dirigida por Frank Fernández, otorgaba mayor peso a los artículos sobre sindicalismo, el movimiento anarquista y a trabajos de perfil histórico, también aparecieron en ella poemas de José Baragaño y relatos de ficción de Enrique Labrador Ruiz y Celedonio González. De manos del propio González, así como de Carlos M. Luis, salieron algunos de los artículos más interesantes de la revista. Algunos escritores llegados con el éxodo del Mariel, como Roberto Valero y Miguel Correa, figuraron entre sus colaboradores. *Guáguara* puede ser de gran interés para los aficionados a la historia, pues reprodujo varios documentos de las organizaciones anarquistas que existieron en Cuba hasta 1960, lo que sin dudas atrajo el interés del historiador Leví Marrero, quien también colaboró allí.

La revista más conocida de los exiliados cubanos, *Mariel*, se publicó trimestralmente entre el verano de 1983 y el invierno de 1985. Integraban el consejo de redacción Reinaldo Arenas, Reinaldo García Ramos y Juan Abreu. Aunque se editaba en Nueva York, donde residía Arenas, casi todos los colaboradores vivían en Miami. La revista iba a servir de vehículo de expresión a los escritores y artistas de la generación del Mariel: «hemos venido a realizar nuestra obra»¹⁰, declararon en el primer editorial. Los ocho números iniciales de *Mariel* develan la vocación autoreflexiva de quienes se agruparon en torno a la revista. Ellos se referían a sí mismos como «generación del Mariel», provistos de una misión «nuestro deber es escribir y denunciar, a los cuatro vientos, a un régimen ilegal y represivo (...) no se puede negociar nada con quien nos ha robado no sólo la patria, sino [también] la mejor parte de nuestra vida y nuestros sueños».¹¹ Esos ímpetus se reflejaron pronto en las numerosas polémicas

⁹ La palabra guáguara es un cubanismo, que quiere decir bulla, gritería.

¹⁰ *Mariel*, n.º 1 verano de 1983, p.1.

¹¹ Correa, Miguel: «Generación del Mariel» (dossier dedicado al Festival de las Artes). *Mariel*: sept. 1983, pp. 30-31.

encendidas por *Mariel*, como la que sostuvo en 1984 con *The New York Native*, sobre la situación de los homosexuales en la isla. No es difícil advertir los excesos de *Mariel*, la paranoia en los artículos de denuncia contra otros escritores del exilio por sus presuntas simpatías castristas, comprensible si se tiene en cuenta la represión que sufrieron en Cuba muchos de esos autores. Sólo por ese espíritu agresivo *Mariel* no podía pasar inadvertida. Pero la revista también constituyó un auténtico suceso literario por la calidad de sus trabajos, a pesar de que justamente algunos de los autores publicaban por primera vez en sus páginas. Además de los editores, todos hoy reconocidos, colaboraron el novelista Carlos Victoria, el poeta Roberto Valero y los narradores René Cifuentes, Marcia Morgado y Luis de la Paz entre otros. Una de las secciones más interesantes de la revista fue Confluencias, que acogió ensayos sobre personalidades marginadas entonces por la cultura oficial de la isla como José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Enrique Labrador Ruiz y Carlos Montenegro. Reinaldo García Ramos escribió para *Mariel* uno de los mejores ensayos que se han hecho sobre José Manuel Poveda. La revista también divulgó profusamente el trabajo de los artistas plásticos exiliados; no sólo de los marielitos sino también de otras generaciones; varios de ellos ilustraron la revista, como Carlos Alfonzo, Gilberto Ruiz, Luis Cruz-Azaceta y Emilio Sánchez.

La desaparición de *Mariel*, agotada como otras por rencillas internas y falta de recursos, dejó un vacío en el ámbito de las publicaciones periódicas de Miami, que aún hoy parece irreparable.

Poco después un equipo editorial encabezado por Marcia Morgado y Juan Abreu quiso avivar el hálito de *Mariel*, que seguramente respiraba todavía en Miami. El resultado fue una revista diferente a la dirigida por Reinaldo Arenas —a quien tuvo en su consejo asesor—, que ha sido opacada sin dudas por el esplendor de la primera *Mariel*. Esta nueva revista, que merece mayor atención por parte de la crítica, fue una de las primeras publicaciones bilingües —en inglés y castellano— dentro de la comunidad cubana. En el primer idioma aparecieron fragmentos de libros de Reinaldo Arenas, y testimonios sobre las prisiones de la isla. La revista también le concedió mayor peso a las traducciones, entre las que resaltan las de Eugenio Florit a los poemas de T.S. Elliot y las de Lydia Cabrera a los de Aimé Césaire. También esta *Mariel* estuvo muy cercana a los artistas plásticos, quienes ilustraron los números y fueron entrevistados en sus páginas. En contraste con la primera revista del mismo nombre, no estaba tan centrada en el mundo cubano y llegó a publicar a varios autores de otras nacionalidades, como brasileños y colombianos. Se publicaron un total de 5 números entre 1986 y 1987.

LOS 90: POSMODERNIDAD, DESPLAZAMIENTOS, Y LA ERA DE LA INTERNET

Apuntes Posmodernos, creada a inicios de la década por un grupo de académicos encabezados por José A. Solís, es una revista de reflexión teórica, que se define como posmoderna porque quiere «establecer un diálogo acerca de las transformaciones sufridas en las últimas décadas por ese multiforme complejo de

discursos que apodamos ‘Cultura Occidental’ (..)»¹² y cubanoamericana «a modo de declaración de raíces»¹³.

Desde el otoño de 1990 han aparecido unos 12 números, la mayoría de ellos —fieles a su filiación cultural bilingüe— con artículos en inglés y castellano, a excepción de tres que se publicaron íntegramente en el segundo idioma. Los artículos versan sobre las problemáticas de la postmodernidad, asuntos de la política y la sociedad contemporánea, y temas lingüísticos y de teoría literaria. *Apuntes* también ha publicado narrativa y poesía, además de algunas entrevistas. Entre sus números más notables figura el dedicado a Reinaldo Arenas, con un valioso dossier sobre los problemas que implica la traducción de este autor. Para *Apuntes* han escrito, entre otros, los ensayistas Rafael Rojas e Iván de la Nuez, los profesores y escritores Antonio Vera León, Román de la Campa y Marifeli Pérez-Stable y los narradores Manuel Cachán y Carlos Victoria.

A pesar del calibre de sus temas y la profundidad de sus análisis *Apuntes Posmodernos* es casi desconocida en Miami, incluso dentro de los círculos intelectuales cubanos. De hecho, no se encuentra en las librerías y sólo es posible conseguirla mediante suscripción; sin embargo se distribuye en los medios académicos estadounidenses. Su director insiste en que no es una revista de ni sobre Miami, porque muchos de sus colaboradores no residen en esta ciudad y no se tratan asuntos locales. Solís prefiere decir que la revista «fluye desde Miami», y afirma que es ajena a las obsesiones sobre el regreso a Cuba. El último número de *Apuntes* hasta la fecha es el correspondiente al otoño de 1999 /primavera del 2000.

En la primavera de 1994 nació *Újule*, una revista de arte y literatura dirigida por Lorenzo García Vega, Carlos A. Díaz, Octavio Armand y Manuel Díaz Martínez. Detrás del tono irreverente de su texto de presentación parece aflorar el espíritu burlón de García Vega: «(*Újule*) no quiere vincularse ni con la madre de los tomates (...) Fuera pues los bilingüismos de atrasados mentales, o la soporífera historia de las minorías étnicas. Pretendemos hacer literatura».¹⁴ Y así fue en los tres números que vieron la luz, hasta la primavera de 1995. En ella publicaron García Vega, Díaz Martínez Carlos Victoria, Carlos M. Luis, y José Triana, entre otros. El segundo número, dedicado al cincuentenario de *Orígenes*, es uno de los homenajes más completos hechos al grupo, e incluyó parte del epistolario de sus miembros, testimonios y artículos sobre la significación de los origenistas para otras generaciones de escritores. El último número de *Újule* estuvo dedicado a la literatura venezolana.

Los 17 números de *Catálogo de Letras*, una publicación dirigida por Soren Triff, ilustran los cambios de los 90 en el ambiente intelectual cubano de Miami: es la primera que incluye una sección de colaboradores dentro de la isla, Desde Cuba, con lo cual el puente cultural entre las dos comunidades de

¹² Presentación. *Apuntes Posmodernos*: Vol.I, n° 1, Fall 1990, p. 3.

¹³ Idem, p. 3.

¹⁴ *Újule*. *Ujule*. n° 0, primavera de 1994, p.p. 5-6.

cubanos, que atisbaba en otras publicaciones, define aquí sus contornos. La revista, surgida en septiembre de 1994, recoge artículos de fondo y ensayos sobre la situación cubana, así como reportajes y entrevistas a escritores como José Antonio Ponte y Daína Chaviano. También ha reproducido numerosos artículos de la publicación *Index on Censorship*. Además de las consabidas secciones dedicadas arte, cine literatura y hasta teatro, entre otras, *Catálogo* ha mantenido con regularidad una muy inusual, con interesantes artículos sobre arquitectura, a cargo de Rafael Fornés.

Sin dudas, uno de los desarrollos más interesantes de las publicaciones periódicas en Miami se produce en esta década con la aparición en la internet de *Nexos* y *Revista Cultural Baquiana*. *Nexos*, (www.member.tripod.com/~Nexos2) ha publicado unos nueve números desde que comenzó a salir hace tres años. Su «Consejo de la red» está integrado por Carlos Sotuyo, Luis de la Paz, Iván González y Rafael Almanza. Es una revista literaria, donde han publicado, entre otros, la ensayista Madeline Cámara, los escritores Rolando Morelli, Uva de Aragón y Jorge Luis Llópiz. *Nexos* se propone homenajear en cada número a escritores relevantes de la cultura cubana y así lo ha hecho con Lino Novás, Gastón Baquero, Virgilio Piñera y Ana Rosa Núñez.

En agosto de 1999 Maricel Mayor Marsán comenzó la publicación de la *Revista Cultural Baquiana* (www.poemas.net), de la cual han salido tres números confeccionados con colaboraciones de varios escritores latinoamericanos.

Ambas revistas electrónicas deberán buscar una forma de acceso electrónico más apropiada con vistas a ampliar su número de lectores.

Más sobre LASA

En el número anterior publicamos todas las ponencias presentadas en el panel que *Encuentro* organizó en la reunión de LASA celebrada en Miami, así como la «Réplica» de Aurelio Alonso, la «Dúplica» de Jesús Díaz, fragmentos del artículo aparecido en *Granma*, de La Habana, y la respuesta a éste que Carlos Monsiváis publicó en *Milenio*, de Ciudad México.

Reproducimos ahora fragmentos de la entrevista que sobre el tema dio Aurelio Alonso a la revista *Revolución y Cultura*, número 4 de 2000, de La Habana, y la «Carta abierta a Aurelio Alonso», de Jesús Díaz. Como siempre en *Encuentro*, las conclusiones quedan a cargo de nuestros lectores.

Entrevista con Aurelio Alonso

José León Díaz

Revolución y Cultura n° 4, 2000.

(Fragmento)

[HUBO UN PANEL] «(...) Cuba, los intelectuales y la transición hacia la democracia», dirigido por Marifeli Pérez-Stable, e inscrito desde la revista *Encuentro*. Como ponentes estaban Rafael Rojas, Carlos Monsiváis, Ignacio Sotelo y Jesús Díaz. Fue un panel concebido desde posiciones muy sesgadas para emitir un pronóstico sobre la intelectualidad cubana reprimida. Había más de trescientas personas. Posiblemente fue el más agresivo de todos, aunque lo más interesante fue la reacción del público, que no quedó convencido de la visión que desde el panel quiso darse a Cuba.

La dinámica de un panel en estos congresos es que cada expositor lee su ponencia, y luego un comentarista designado por el panel le hace la contrapartida. En este caso, dicho comentarista era la propia organizadora, Marifeli Pérez-Stable; por lo tanto, nada de crítica: era un panel sesgado. Entonces yo intervine desde el público, como también lo hicieron otros. La prensa en Miami refirió, al menos en su argumento central, parte de mis palabras (...).

—Que ese panel lo patrocinara *Encuentro*, me hace pensar que la intelectualidad opuesta a la Revolución está creando desde nuevos centros un pensamiento más orgánico, ¿cómo lo aprecia usted?

—Sí, hay una nueva ola de pensamiento contrarrevolucionario, no sé si más orgánico o menos orgánico ... aunque el término contrarrevolucionario es un término que nos entrapa un poco, porque si hablamos de la contraposición contrarrevolución-revolución, ésta surgió con la radicalización del proceso revolucionario cubano en los sesenta, y muchos de los «ideólogos» actuales son personas, como se dice, nacidas y criadas dentro de la Revolución, es decir, formados aquí. Cómo englobarlos: pudiéramos llamarlos *ex, a, post, o claudicantes*, porque no nacieron de una confrontación directa con la Revolución. O sea, la contrarrevolución va cambiando de cara como va variando el origen de su membresía. Pienso que esto merece estudio y análisis, hoy vemos cómo todo ese grupo de cubanólogos, el que mencioné más arriba, los más veteranos, en los que vi posiciones desde el punto de vista académico más moderadas —no digo que desde el punto de vista político, pues Jorge Domínguez, por citar uno, sigue siendo un hombre muy vinculado a las posiciones del gobierno norteamericano—, o sea, el grupo que gira alrededor de la revista *Cuban Studies*, empieza a ser desplazado desde Madrid por *Encuentro*. Esta

última empieza a nuclear a una nueva generación de contrarrevolucionarios formados después de la Revolución (Rafael Rojas, Iván de la Nuez, Zoe Valdés, ahora [Emilio] Ichikawa), es una nueva amalgama, que hace que dicha revista sea algo distinto de lo que supuestamente se propuso en un principio, porque de encuentro no tiene nada. Su posición es completamente sesgada. Es así que se desplaza *Cuban Studies*, y es muy interesante, porque también se desplaza y diversifica el núcleo de la intelectualidad contrarrevolucionaria.

—Volviendo al panel de marras, ¿Jesús va a continuar la polémica con usted?

—Sí, le envié una versión de mis palabras a *Encuentro*, le decía que como seguramente él iba a publicar su ponencia allí, pues podía añadir mi réplica. Le pedí, además, que me dejara leer completa su ponencia, ya que por razones de tiempo él no pudo hacerlo en LASA. Se demoró en responder, pero me la envió junto con una contraréplica suya y aseguraba que todo sería publicado en *Encuentro*.¹

—Ahora que la conoce completa ¿cambia algo su opinión sobre la ponencia de Jesús Díaz?

—Después que la he leído, comprendo que no es más que un libelo contrarrevolucionario, es tan vulnerable... Justifica algunas cosas, entrecomilla otras, dice que probablemente las cosas no fueron así, que así las recuerda. En fin, no es más que un texto para tratar de ganar posiciones dentro de aquellos núcleos contrarios a la Revolución.

¹ *El fin de otra ilusión*, ponencia presentada por Jesús Díaz en LASA, la «Réplica» de Aurelio Alonso y la «Dúplica» de Díaz fueron efectivamente publicadas en *Encuentro* 16/17, pp 106-123.

Carta abierta a Aurelio Alonso

Madrid, septiembre 24 de 2000

Aurelio:

Nuestro encuentro en LASA fue para mí extraordinariamente conmovedor; supuse que también lo había sido para ti. Allí debatimos en público de manera dura, pero civilizada y respetuosa, almorzamos con afecto, y por último subimos a mi habitación donde hablamos entrañablemente, emocionados. No en balde nos conocemos desde 1956, hace casi medio siglo, y desde entonces habíamos sido amigos.

En mi ensayo *El fin de otra ilusión*, cuyo resumen leí en LASA, en tu «Réplica» y en mi «Dúplica», aparecidos todos en *Encuentro* 16/17, ambos salvamos esa amistad por sobre los radicales desacuerdos que nos separan. Aquel encuentro personal, aquel debate abierto, y la publicación de criterios contrapuestos y respetuosos en una misma revista, me parecían antecedentes importantes de cara a la inevitable reconciliación de los cubanos en un futuro democrático. En LASA nos tratamos como adversarios públicos y amigos privados, no como enemigos en ninguno de los dos terrenos.

Sin embargo, en la entrevista que concediste a *Revolución y cultura* número 4 de 2000 violas groseramente todas las normas de cualquier debate intelectual civilizado, y en consecuencia, duro es decirlo, violas también las reglas de la amistad. En efecto, llegas al extremo de reproducir tu «Réplica» sin citar siquiera mi «Dúplica», sabiendo perfectamente que yo había publicado tu texto en *Encuentro* y que la censura existente en Cuba me impedirá defenderme en la revista que te dio cobijo. Como si semejante deslealtad intelectual y personal no fuera suficiente, haces una burda caricatura de mis actitudes y mis palabras y no das la más mínima muestra de respeto hacia mis ideas y mi persona. La amistad, ese sustantivo sagrado, presente en todos los textos donde me refiero a ti, y que tantas veces me dirigiste en Miami, no aparece en tu entrevista por parte alguna.

¿Cómo es posible que hayas compartido horas y horas conmigo en LASA y que ahora me caracterices, justamente por lo que allí dije, no como alguien con quien estás en desacuerdo, sino como autor de un «libelo» escrito «para escalar posiciones»? ¿No te das cuenta acaso de la inaceptable doblez moral implícita en sostener ambas actitudes simultáneamente? ¿De la deshonestidad atroz que supone atacar a quien no puede responderte debido a la censura? Subrayo que no te estoy hablando de política, terreno en el que doy por des-

contadas nuestras radicales discrepancias y en el que no podrás escudarte para justificar tu actitud, ya que esas discrepancias existían también en Miami. Te estoy hablando de la falta de probidad intelectual y de la doblez moral de que has hecho gala; te estoy hablando, también, de la amistad, algo tan transparente e imprescindible como el aire, que con tu actitud has roto para siempre entre nosotros.

Créeme que lo siento de veras

JESÚS DÍAZ



José M. Hernández
Política y militarismo
en la independencia de Cuba
1868-1933



“... un trabajo histórico bien escrito, basado en una buena investigación. Cubre un período de la historia cubana ignorado por la mayoría de los historiadores. El autor usa fuentes originales y entrega interpretaciones innovadoras de un período importante en la historia de la isla”.

Jaime Suchlicki, director
Instituto de Estudios Interamericanos,
Universidad de Miami

Haga su pedido a

Editorial Colibrí
Apartado Postal 50897 • Madrid, España
Telf. / fax: 91 560 49 11
e-mail: info@editorialcolibri.com

Títulos publicados

Rafael Rojas
El arte de la espera

Rafael Fermoselle
Política y color en Cuba
La guerrita de 1912

Marifeli Pérez-Stable
La revolución cubana

Roberto González Echevarría
La prole de Celestina

Julián Orbón
En la esencia de los estilos

José M. Hernández
Política y militarismo en la
independencia de Cuba
(1868-1933)

Gustavo Pérez-Firmat
Vidas en vilo

Rafael Rojas
José Martí: la invención de Cuba

De próxima aparición

Marta Bizcarrondo
Antonio Elorza
España / Cuba: el dilema
autonomista (1878-1898)

Alejandro de la Fuente
Raza, desigualdad y política
(1900-2000)

La revista «Encuentro», otra hazaña cubana

Ignacio Sotelo

UN BUEN INDICADOR DE LA SITUACIÓN EN QUE SE HALLA LA CULTURA DE UN PAÍS ES el número y, sobre todo, la calidad de las revistas culturales. A excepción de algunos países culturalmente muy consolidados como Francia, que mantienen alguna revista casi centenaria, lo normal es una gran fluctuación. Cada generación, o cada escuela literaria, irrumpe en el medio cultural creando su propio medio de expresión. Al menos esto es lo que venía ocurriendo hasta finales del siglo XX, pero las cosas están cambiando muy rápidamente. Fundar no ya un periódico, sino incluso una revista cultural, resulta demasiado costoso para que lo pueda emprender un grupo de amigos. Los medios de comunicación, desde las cadenas de televisión a la revistas culturales más minoritarias, cada vez se concentran en menos manos con una pretensión clara de durar.

Así las cosas, no es noticia baladí que en el verano de 1996 saliera en Madrid el primer número de una revista, *Encuentro de la cultura cubana*, y que en el verano de 2000, con una periodicidad trimestral, haya aparecido el número 16/17. Superados los primeros años, siempre los más difíciles, cabe comentar no ya un proyecto, sino una realización que no deja de sorprender, tanto por su calidad como por las condiciones especiales en las que ha surgido y tiene que desarrollarse: el exilio cubano.

¿Qué tiene *Encuentro* para que, al cuarto año de publicarse, más allá del ámbito cultural cubano del que ha surgido y al que se dirige, haya que tomar nota de su existencia? El carácter más definitorio al que, justamente, hace mención el nombre de la revista es que trata de superar la línea divisoria entre la cultura del interior y la del exterior, como tienden a marcar tanto el mundo castrista como el del exilio. Desde el supuesto de que tan cubana es la cultura que se hace dentro como la que se hace fuera, el objetivo principal es crear un medio de comunicación que los relacione. Los de dentro se amarran a la idea de que la cultura cubana se hace allí donde vive la mayoría de la población en su propio medio; los de fuera, que allí donde haya libertad para que cuaje. Toda dictadura —y sólo las dictaduras producen un exilio político, y cuanto más férreas, más numeroso— pretende aislar del exterior a la población sometida, sin permitir otras fuentes de información o de expresión cultural que las que controla. El régimen de Castro se ha distinguido de manera muy particular por el aislamiento informativo y cultural que ha impuesto sobre la isla. El embargo norteamericano es una broma en relación con el establecido en el interior frente a las ideas e informaciones que provengan de fuera. En el llamado «periodo especial» no sólo las publicaciones siguen padeciendo la misma censura estricta de etapas anteriores, sino que la falta de papel las ha hecho casi desaparecer. Cuba se enorgullece de haber acabado con el analfabetismo

—el 19% de la población en 1959—, pero no ha conseguido sino universalizar uno funcional: escasea el material escrito de tal forma que leer se ha convertido en un privilegio de muy pocos. A su vez, el exilio desconfía de todo aquel que escribe en Cuba, al tener que amoldarse a las condiciones que impone la censura. En determinados círculos, cualquier intelectual o escritor que haya permanecido en la isla es sospechoso de castrismo, por lo menos uno pasivo, imprescindible para poder sobrevivir. Los exilados españoles que conocí en los años sesenta en México y Francia también miraban con recelo a los que veníamos del interior, y sobre todo a los exilados que mantuvieran el menor contacto con la España de Franco.

Pues bien, *Encuentro* intenta romper con el principio de exclusión de unos y otros y publica lo escrito en la isla o en el exilio sin atender más que a la calidad. En la presentación que encabeza el primer número se dice que «una de las circunstancias más lamentables de la actualidad nacional es el recurso de dividir a la población cubana en dos bandos que suelen ser presentados como irreconciliables: el de los que viven en la isla y el de los que lo hacen en el exilio. No obstante, resulta evidente que la cultura cubana es una, y que aun en las circunstancias más difíciles ha manifestado su vitalidad». En mostrar que existe una sola cultura cubana consiste la misión más importante de una revista cultural que nace con la voluntad de mantener a todo trance esta unidad.

Propiciar el encuentro entre los de dentro y los de fuera como única forma de reforzar la unidad de la cultura nacional, creando así las condiciones para una futura convivencia en paz y democracia, exige romper con la politización extrema de los unos y de los otros. Tal vez el mayor acierto haya consistido en emplazar la política en la dimensión que le corresponde en una revista cultural. Ni una despolitización absurda, como si los intelectuales y artistas sólo debieran ocuparse de los valores eternos, como predicaba Julien Benda, cuando reflexionar sobre la realidad política y social es una obligación inexcusable de una revista cultural, ni tampoco una politización de partido o de bandería a favor o en contra del régimen establecido, filtrando con criterios sectarios cualquier manifestación artística o intelectual.

Encuentro asume una posición claramente democrática, incompatible con cualquier forma de dictadura, pero concibe su función no en apoyar una corriente determinada en política o literatura, sino en acoger en su seno la controversia y el debate, sin que le sea ajeno campo alguno, de la poesía a la política, de la ecología a las artes plásticas, de la música a la historia. La mayor presencia de algunos géneros, la literatura y el ensayo, depende no tanto de los criterios selectivos de la dirección, interesada sobre todo en publicar calidad, como de la producción cultural de los cubanos en un momento especialmente difícil de la realidad nacional, sin otra perspectiva a corto plazo que la muerte del dictador y la incertidumbre de lo que venga. Pese a ello, Cuba está viviendo un momento especialmente fructífero en la creación literaria. El director de *Encuentro*, Jesús Díaz, filósofo, novelista, cineasta en Cuba, con experiencia en la edición de revistas, desde *El Caimán Barbudo* a *Pensamiento Crítico*, exilado desde 1991, primero en Alemania y luego en Madrid, en la presentación de un dossier dedicado a Cuba que publica *La Nouvelle Revue Française* en el número de enero de 1999, insiste en la paradoja de que la literatura cubana esté viviendo uno de sus mejores momentos, cuando en la isla no ya sólo falta la libertad, sino hasta la imprescindible base material, al no quedar ya revistas ni casas editoriales en las que publicar. Esta carencia absoluta lleva a los jóvenes

escritores a buscar una salida en el extranjero, sabiendo que para que sus libros sean impresos tienen que alcanzar una calidad que sobrepase con creces la normal. En España, Abilio Estévez y Leonardo Padura lo han conseguido con cierto éxito.

Encuentro se justifica plenamente por ofrecer una plataforma al pensamiento crítico y a la literatura inconformista que surja en la isla o en el exilio, que es, justamente, lo que legitima a cualquier revista cultural, se publique donde se publique. De manera extraoficial circula en Cuba, y los cientos de ejemplares que logran colarse se leen con especial avidez no sólo porque no haya otras opciones, sino sobre todo porque no se agota en la crítica del régimen —está muy lejos de ser un panfleto anticomunista—, sino que parte de una idea global de la cultura cubana que incluye la etapa especialmente rica que precedió a la Revolución, que los cubanos del interior ignoran, pero también lo que se ha escrito de valor dentro y fuera de la isla, aplicando un solo criterio, su contenido estético o intelectual, y no la ideología política en que se sustente. El que haya podido surgir una revista como *Encuentro* resulta inconcebible sin la tradición anterior a 1959; sin *Revista de Avance*, que se publicó hasta 1933, en la que escribían Jorge Mañach, Juan Marinello y Alejo Carpentier; sin *Orígenes*, menos abierta a los temas políticos y sociales, en realidad una gran revista poética, en la que escribieron José Lezama Lima, su verdadero espíritu rector, Cintio Vitier, Virgilio Piñera, Fina García Marruz, Eliseo Diego. La vitalidad actual de la cultura cubana en uno de los momentos más trágicos de la historia de la República se explica por un pasado cultural que vale la pena conocer dentro y fuera de Cuba.

(Tomado de *El País*, 30 de agosto de 2000)

La revolución inconclusa

LA TRANSICIÓN ECONÓMICA

Cuando se habla de una necesaria «transición» de la sociedad cubana, los dirigentes de ese Estado responden que ese proceso se realizó ya a partir de 1959: las intervenciones por el Estado revolucionario de tierras, fábricas, comercios, bancos y demás industrias, hasta entonces en manos privadas. Pero cuando la oposición tradicional del exilio habla de transición, casi siempre la concibe como un retorno al modelo existente antes de ese año, en el que por tanto, lo esencial es la devolución de las propiedades a los antiguos dueños, es decir, dar marcha atrás a la historia, desandar el camino que el proceso revolucionario llevó a cabo en los años inmediatos al triunfo insurreccional. Es, por tanto, desde la perspectiva revolucionaria, la opción típicamente contrarrevolucionaria.

Podría pensarse que se trata de dos opciones diametralmente opuestas, porque para cada uno el proyecto contrario no es más que una transición a la inversa: en uno, una supuesta colectivización absoluta; en el otro, la privatización. Cuando se realizó la primera Reforma Agraria y se intervinieron los primeros latifundios, se hablaba de entregar las tierras a los campesinos. Se repetía por entonces aquella frase: «La tierra debe ser de quien la trabaja». Y cuando se intervinieron las industrias, los comercios y los bancos, se dijo que se hacía en nombre del proletariado para que los trabajadores fueran «dueños de los medios de producción». El Estado revolucionario, por tanto, se concebía como un medio para el traspaso de las riquezas de una clase social a otra, un instrumento para la realización de este traspaso en dos etapas: primero expropiar a la burguesía y luego convertir en propietario al trabajador.

Nadie puede negar seriamente que el primer paso de esta transición se realizó hasta sus últimas consecuencias,

Ariel Hidalgo

porque todos los capitalistas y terratenientes fueron expropiados. Pero lo que sí puede ser cuestionado es que la segunda fase llegara a realizarse.

Los extremos se tocan y ambas tesis tienen una base común: en las dos lo que se hace es transformar el modo de controlar el monopolio, desplazarlo de lugar. Que un latifundio sea privado o estatal, no cambia su esencia, pues sigue siendo latifundio. En vez de repartir la tierra entre los campesinos, se crearon granjas estatales y los trabajadores, en las fábricas, comercios y bancos, no podían elegir democráticamente a sus directores y administradores, quienes eran designados desde las altas instancias. «El modelo asumido por la agricultura estatal tendió a identificar la propiedad del Estado con la propiedad socialista, lo cual afectó también a empresas socialistas no estatales como las Cooperativas de Producción Agropecuarias (CPA)», señalan dos sociólogas de la Isla comentando aseveraciones de más de un economista cubano y agregan: «Uno de los resultados fue que se generó un trabajador agrícola con características más de asalariado estatal que de dueño socialista».

Por tanto, en ninguno de ambos casos se realiza la indispensable transformación radical para una verdadera solución, ninguno altera lo esencial: el carácter monopólico de la propiedad, la ausencia de los trabajadores en la gestión de los procesos productivos, la marginación de gran parte de la población.

Es decir, si el primer paso se dio en los primeros años, el segundo quedó indefinidamente aplazado, pues las empresas permanecieron en manos del Estado, quien de instrumento se convirtió en fin. Decir que la transición ya se hizo es emitir sólo una media verdad, porque se trata de una transición que quedó interrumpida, que nunca llegó a su culminación y en consecuencia de un proceso revolucionario inconcluso.

Significativo sería el uso del concepto de «propiedad estatal» en vez de propiedad social en la terminología oficial como la forma esencial en la sociedad socialista. Pero estatismo no es socialismo, sino una centralización que niega la sociedad civil, modelo irreconciliable con la concepción originaria del socialismo, el cual sería más bien socialización, es decir, libre participación de todos los sectores sociales en las actividades económicas sin intermediarios burocráticos. Si los clásicos marxistas previeron incluso la abolición del propio Estado como fase desarrollada del socialismo, ¿cómo pretender que la propiedad social ideal sea la estatal, un modelo que demostró su ineficacia al fracasar en la propia Unión Soviética?

TRANSICIÓN POLÍTICA

La propuesta política de la oposición cubana tradicional, como en sus proyecciones para el plano económico —devolución de propiedades y regreso a un capitalismo sin cortapisas— ha sido muy poco original. El proyecto actualmente vigente consistió, básicamente, en la abolición del pluripartidismo propio del llamado modelo democrático representativo y sustituirlo por el unipartidismo, es decir, donde un solo partido dominaba el escenario político, el Partido Comunista, considerado «destacamento de vanguardia de los trabajadores», según la concepción leninista de la «dictadura del proletariado».

Como lo describiera en un controversial estudio la Dra. Miriam Gras Mediaceja del Grupo de Ciencia Política de la Universidad de La Habana, el Partido es «la fuerza social dominante del Sistema dirigiendo el Estado y las organizaciones de masas; el aparato estatal aporta la fuerza judicial obligatoria para todos los ciudadanos, dispone de los instrumentos de coerción, administra, legisla y fiscaliza; y las organizaciones de masas son las correas de transmisión entre la dirección del partido, el Estado y las masas, que movilizan a la población en el cumplimiento de las directrices del Partido» .

La propuesta política original de la Revolución no era el centralismo partidista, sino una democracia sin las corruptelas políticas que habían envilecido a la República. La argumentación para eludir tal proyecto y sustituirlo por el centralismo se basaba en el carácter de plaza sitiada que imponían los enemigos del proceso, «el imperativo de lograr una unidad fuerte, imprescindible en el enfrentamiento de las agresiones externas e internas» .

También de acuerdo con la concepción originaria marxista-leninista, la misión de una vanguardia revolucionaria, consistente en guiar el proceso de transición durante el cual se despojaba del poder político a la clase dominante, era sólo temporal. El Estado revolucionario que en una primera etapa sustituía al Estado «burgués», en una segunda etapa estaba destinado, a su vez, a extinguirse en la medida en que el pueblo mismo adquiriese los instrumentos institucionales para la implementación de una democracia directa. Nadie podría negar que el primer paso se dio, pero la permanencia del poder de la vanguardia gobernando en nombre del pueblo y en lugar del pueblo, significó que la meta fundamental quedara en suspenso, donde la transición quedó «eternizada», o mejor, donde el Estado «revolucionario» se convirtió, de medio, en un fin en sí mismo.

Por su parte, el proyecto de cambio de la oposición tradicional tenía un carácter restaurador, era tan simple como proponer el retorno al punto de partida prerrevolucionario. La propuesta fundamental y común denominador de todos los programas de ese tipo de oposición, sería el pluripartidismo y la democracia representativa.

Sin embargo, quienes piensan que ambos —pluripartidismo y unipartidismo— son opciones diametralmente opuestas y excluyentes, pudieran estar equivocados, pues tanto en una como en otra prima lo esencial: lo que ya algunos politólogos califican con un neologismo: «partidocracia», esto es el control de la esfera política de una sociedad y en particular de los mecanismos electorales, por élites partidistas. Vaclav Havel pone en boca de los partidos las siguientes palabras: «El gobernar es asunto nuestro, así que elijan cuál de nosotros quieren, pero nada más».

Sin el pluralismo de voces de las diferentes corrientes de pensamiento dentro de una sociedad, las posibilidades del progreso se reducen notablemente. Pero la llamada democracia representativa no pasa de ser, en el fondo, un simulacro de pluralismo, otra forma, aunque encubierta, de sistema de partido único. ¿Cuál partido?: el de aquéllos que pueden proporcionar los recursos de campaña sin los cuales no es posible el mecanismo electoral

representativo. Los partidos formales pueden sucederse en el dominio de los poderes ejecutivos y legislativos. Pero por detrás de casi todos los candidatos electos de los varios partidos formales, se halla el poder permanente del partido informal, pero real, poderoso sector con el cual esos candidatos quedan comprometidos.

El sufragio universal, en su concepción original, no era partidista. Simone Weil expresaba que «los republicanos de 1789 nunca hubieran creído capaz a un representante del pueblo de despojarse de toda dignidad personal para convertirse en miembro dócil de un partido político». Describe el sociólogo Renato Mayntz cómo los partidos en su sentido moderno, nacieron con posterioridad a las instituciones parlamentarias y ejemplifica con la Alemania de 1848, cuando se formaron «centros electorales locales que postulaban distintos candidatos, a lo que correspondió, en el parlamento, una formación de grupos de distintas opiniones políticas, que más tarde, por su fusión con las organizaciones electorales, se convirtieron en fracciones de partido» .

Teóricamente tampoco sería partidista el sistema electoral cubano de los llamados poderes populares instaurados 17 años después del triunfo insurreccional del 59, sino por el contrario, eminentemente democrático. Las elecciones se desarrollaban en las circunscripciones vecinales con relativa independencia del partido único y del Poder Central. Los candidatos no tenían que ser forzosamente miembros del Partido y eran nominados en las asambleas de cada circunscripción directamente por los ciudadanos y luego se presentaban a elecciones sin las costosas campañas de la democracia representativa. Luego el elegido no quedaba desvinculado del electorado, sino que debía reunirse cada cierto período con sus electores para rendir cuenta de sus acciones y estaba sujeto a ser revocado si se determinaba que no había cumplido con el mandato por el cual había sido electo.

¿Qué es lo que separaba a la teoría de la realidad? Pues la existencia de un poder superestructural, más allá del poder del pueblo: el partido. Es justamente lo que en la Revolución Rusa impedía que los soviets fueran el más legítimo poder democrático, diferencia que muy claramente expresara la revolucionaria polaco-germana Rosa Luxemburgo en polémica con Lenin: la soberanía del pueblo era asumida por el partido que supuestamente lo representaba, luego el lugar del partido era asumido por un comité central y por último el lugar del comité central, por su principal dirigente, el líder máximo.

UN PASO MÁS ALLÁ

No obstante, si el socialismo real no es en verdad real sino formal, es más factible llenar de contenido una estructura ya existente que tener que empezar por las enormes dificultades que entraña crear tales estructuras.

Ni el gran desnivel social de la Isla, ni las penurias económicas, ni la corrupción, podrán ser erradicados hasta que no se ponga fin al paternalismo y se conceda a los trabajadores real libertad económica; esto es, hacerlos dueños de su propio destino. Una propuesta que sacara al país del inmovilismo sin afrontar las graves crisis políticas de los países de América Latina, sería

llevar a la culminación las propuestas revolucionarias originales, o dicho de otra manera, suprimir las trabas superestructurales ya mencionadas que separan la teoría democrática de la realidad cubana actual.

El Estado no puede considerarse un fin en sí mismo, y su papel en el socialismo real no era teóricamente sino un medio para alcanzar dicho objetivo. Si se quiere reorientar el socialismo por una vertiente más auténtica en relación con sus fines históricos, la clase trabajadora debe dejar de delegar en el Estado la dirección de las empresas y traspasarlas a los colectivos de base. Semejante paso significaría una nueva alternativa para las fuerzas democráticas ante la crisis de los modelos fracasados que supere la actual etapa estatista del proceso cubano heredado de los esquemas eurasiáticos.

Si la primera fase culminó con la expropiación de la burguesía por el Estado, ahora sería preciso completar ese proceso inconcluso, dar un paso más allá, cruzar el umbral que nunca traspusieron los países de Europa Oriental y del Lejano Oriente empantanados en el llamado «socialismo real», iniciar una segunda y definitiva etapa donde el Estado mismo, a su vez, habrá de ser expropiado (o autoexpropiado). Se trataría de una etapa tan trascendental como el de la primera década, pero armoniosa, sin los enfrentamientos dramáticos de la primera fase, para que los medios de producción pasen directamente a los trabajadores, a favor de los cuales fueron hechas, en definitiva, las expropiaciones iniciales. El tránsito ahora sería diametralmente inverso al primero, descentralizador, desestatizando lo antes estatizado, pero en sentido inverso al punto de partida: no a favor de los antiguos propietarios, pendientes acaso a ser indemnizados, sino hacia los trabajadores; esto es, cerrar un ciclo dialéctico en espiral de supuesto retorno al punto de partida de descentralización, pero a un nivel más elevado.

Es decir, no se trata, como en los procesos neoliberales, de privatización en la forma comúnmente entendida, de traspasos de unidades a manos ajenas al proceso productivo, sino de inversión del procedimiento de nombramientos. En vez de designaciones desde cúpulas ministeriales sería preciso invertir el procedimiento de selectividad de cuadros administrativos realizándose escalonadamente desde la base. Con otras palabras, se pasaría el control de las empresas, de manos del Estado, a las de delegados elegidos democráticamente por los trabajadores, quienes a partir de entonces participarían directamente en su dirección y beneficios. Los medios de producción, sin dejar de ser propiedades de todo el pueblo trabajador, pasarían bajo control de los colectivos de base de cada empresa, encargados de asumir el mismo papel que antes desempeñara el Estado en la administración.

Tal reforma aligeraría el cúmulo de funciones y responsabilidades que requieren gran número de funcionarios públicos, generaría un sentido de responsabilidad y autoayuda, pondría a las administraciones bajo el escrutinio permanente del colectivo que los eligió e incentivarían las fuerzas laborales, no sólo en mejorar la producción y el servicio, sino en la conservación y mantenimiento de los bienes de producción en un clima de emulación competitiva con otras unidades o empresas de similares servicios. Siendo una fuerza

laboral calificada, estaría en camino de conquistar una segunda virtud: el poder adquisitivo, virtudes de las que carecen las masas laborales de casi todos los países latinoamericanos. El aumento del nivel de compra de la población, enriquecería el mercado interno y por tanto estimularía aún más las inversiones de capitales tanto internos como externos, al mismo tiempo que se evita una economía dependiente de tales inversiones.

En cuanto a la esfera política, es preciso un reencuentro de todos los factores diversos que aún cuando no concuerden con el proyecto particular y circunstancial de la administración gubernamental, coinciden con el proyecto general que inspiró el inicio del proceso revolucionario. En la propia marginalidad de la sociedad cubana existen elementos que hablan de transición sin caer en la clásica disyuntiva de estatismo versus capitalismo salvaje. La llamada Mesa de Reflexión de la Oposición Moderada, por ejemplo, compuesta por cinco agrupaciones de la disidencia interna, abogan por las pequeñas y medianas empresas independientes con un carácter eminentemente cooperativista y autogestionario.

Partido significa parte, por lo cual partido en el poder significaría que sólo una parte del pueblo y no todo el pueblo tendría el control de la sociedad. Se precisa, pues, la reintegración de todas las partes en la lucha por el triunfo del ideal nacional común, lo cual no significa necesariamente pluralidad de partidos, pues como ya vimos, pluripartidismo no equivale a un real pluralismo de ideas e intereses.

Aunque aún es una escasa minoría, cada vez son más los que piensan que el problema político de Cuba no reside en escasez de partidos, sino en exceso. Por la solución que proponen, no serían calificables como pluripartidistas, pero tampoco unipartidistas, sino, en todo caso, «anapartidistas», o sea, contrario a los partidos, lo cual no significa absoluta carencia de ellos en el ámbito social, sino su exclusión en el control de los mecanismos electorales, semejante a como los concebía el principal teórico de la democracia cristiana, Jaques Maritain, partidos sólo para la educación del pueblo, no para disputarse el botín político de los cargos públicos. Las verdaderas bases a fortalecer para asegurar una democracia verdadera no son los débiles y decadentes partidos políticos, sino los fundamentos naturales de la sociedad: el vecindario y la comunidad de trabajo. La experiencia de los Poderes Populares se basaban teóricamente en la primera de estas bases. Ya sean las circunscripciones o los colectivos laborales, o ambas de forma paralela, pero sin coerciones suprapolíticas, podrían constituir los fundamentos de una democracia auténtica.

¿HA COMENZADO LA SEGUNDA ETAPA DE LA TRANSICIÓN?

Uno de los más lúcidos investigadores cubanos del Centro de Estudios de América (CEA), Hugo Azcuy Henríquez, creía pocos días antes de su muerte, en 1996, que el inicio de esa segunda etapa había llegado: «La sociedad cubana está viviendo un proceso de rearticulación que supone un importante cambio en sus bases estructurales, y que el modelo centralizado de las tres décadas pasadas está cediendo ya a una descentralización». No sólo él lo creía así.

Con la concesión de tierras de las granjas estatales a las Unidades Básicas de Producción Cooperativas (UBPC) —más del 64 por ciento de las tierras cultivables del país—, se consideró que se había dado el primer paso en este sentido. En abril de 1996, el informe de uno de los grupos que discutieron en el Seminario sobre Democracia Participativa —organizado por antiguos exiliados— en la provincia Granma, rechazaba las «prácticas burocráticas y paternalistas que mutilen la acción autogestionada de los productores» y concluía que las UBPC «constituyen una alternativa frente a la opción neoliberal que algunos pretendían que aplicáramos, pues lejos de privatizar, se procedió a fomentar la propiedad cooperativa como fórmula participativa y socialista» .

Pero las excesivas restricciones adulteraban el carácter cooperativo de las nuevas unidades. Un estudio sobre el tema concluía que aunque «la lógica de funcionamiento interno de las UBPC exige la descentralización y el ejercicio cotidiano de la democracia participativa... el excesivo tutelaje empresarial ha sido un factor obstaculizante».

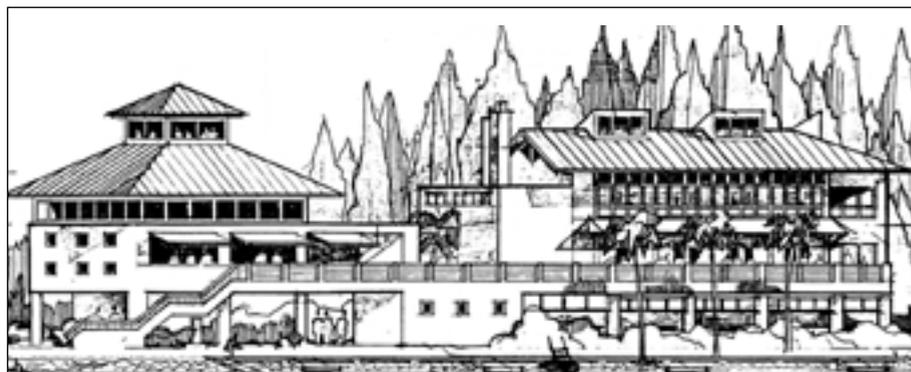
Se legalizó también el trabajo por cuenta propia, como un supuesto mal necesario. El Estado, desde la perspectiva de identificar propiedad social con propiedad estatal, ha estado tratando de evitar, mediante regulaciones desestimuladoras, que se generen relaciones capitalistas. Pero las restricciones, lejos de limitar, transfiere gran parte de este sector, de la esfera legal a la marginal. El capitalismo, según el propio Marx, implica una relación social de explotación asalariada y en este caso se trata de trabajadores dueños de sus propios medios laborales, en coincidente con el objetivo socialista de poner fin al divorcio entre los trabajadores y los medios de producción. El rezago capitalista no reside allí donde permanece una «mentalidad de pequeño propietario», donde los trabajadores controlan directamente las empresas sin intermediarios burocráticos o políticos o donde ese sistema ha sido sustituido por el reparto de utilidades que distingue a las propiedades individuales o de grupos, sino por el contrario, allí donde dependen de administraciones nominadas desde las altas instancias y aún persiste el sistema de pago salarial heredado del capitalismo. No debe calificarse, por tanto, de «egoísmo individualista» a los naturales deseos de individuos y grupos por escapar a las penurias materiales, de remediar por cuenta propia los problemas que el Estado no ha podido resolver mientras se silencia que esos esfuerzos individuales ayudan a paliar las necesidades económicas de toda la comunidad, y aun con más efectividad que las propias unidades estatales.

Una política menos burocrática y más ajustada al principio de la democracia económica sería proceder más bien como aliado, en sentido positivo, mediante concesiones, estimulando las relaciones cooperativistas. Por tanto no debería descartarse, incluso, la posibilidad de estimular mediante créditos, iniciativas de pequeñas empresas individuales, familiares o cooperativas, tanto agrarias como artesanales, sin temor a generar marcadas desigualdades. Contrario a como comúnmente se ha razonado, los desniveles sociales han sido posibles gracias al acaparamiento por sectores minoritarios de una reducida oferta de servicios que en consecuencia mantienen altas ganancias. Luego,

estimulando la creatividad y la iniciativa de forma generalizada, se lograría aumentar la oferta y estabilizar los precios.

La creciente participación de los militares cubanos en la dirección de empresas significó la introducción de algunos elementos cogestionarios como dar voz en las administraciones a una especie de parlamento obrero, así como el reparto de una porción de las utilidades, medidas que marcaron una diferencia en cuanto a eficiencia con el resto de las empresas estatales. Era evidente que estas medidas podían extenderse al resto de los sectores. La cuestión estriba en si este empeño, conocido en la Isla como «perfeccionamiento empresarial», podía superar las barreras burocráticas ministeriales y partidistas.

Esto es, si la revolución se hizo para entregar las riquezas al pueblo, ya es hora de que se las entreguen. De lo que se trata no es de volver atrás ni de permanecer estancados en el presente, sino de avanzar hacia el futuro, llevar a su plena realización, la revolución inconclusa del 59.



Cuba: apertura hacia el exterior, bloqueo interno

AL DESAPARECER EL BLOQUE SOVIÉTICO, SE DESVANECIERON las enormes subvenciones que durante decenios constituyeron las bases de sustentación de la economía cubana. Ante esta situación, el país repentinamente quedó desamparado y las dificultades ya presentes en los años 80 (lento crecimiento económico, incapacidad para enfrentar la deuda externa, gigantescos déficits comerciales, etc.), se agudizaron al extremo de que en 1993 el Producto Interno Bruto (PIB) a precios constantes fue inferior en un 35,0% a lo alcanzado en 1989.

Ante este crítico escenario, a las autoridades no les quedó otro camino que emprender reformas hacia el interior y el exterior del país. Entre las internas, caracterizadas por sus limitaciones, cabe destacar la despenalización de la tenencia de moneda libremente convertible (13 de agosto de 1993); el ejercicio del trabajo por cuenta propia (8 de septiembre de 1993); y la apertura de los mercados agropecuarios (19 de septiembre de 1994) y de artículos industriales y artesanales (21 de octubre de 1994).

En el plano externo, la apertura fue más amplia, aunque controlada. Se ha desarrollado, en lo esencial, sobre la base de la Ley n° 77 para la Inversión Extranjera (5 de septiembre de 1995). Esta flexible legislación permite la inversión de capital foráneo en todos los sectores de la economía con excepción de la salud pública, la educación y la fuerzas armadas, salvo su sistema empresarial. También autoriza la constitución de empresas mixtas sin limitaciones para la posesión de las acciones; incluso es posible, y de hecho existen, entidades de propiedad totalmente extranjera.

Además la Ley contempla garantías contra las expropiaciones; la libre transferencia al exterior en moneda libremente convertible de las utilidades o dividendos obte-

Oscar Espinosa Chepe

nidos en la explotación de las inversiones, sin pago de impuestos u otro tipo de gravamen; así como ventajas fiscales adicionales.

Según el Artículo 33.1, toda la fuerza de trabajo que necesitan estas asociaciones económicas internacionales, con la excepción de los miembros de los órganos de dirección y administración, es suministrada por las llamadas Unidades Empleadoras, entidades estatales que contratan a los trabajadores y les pagan en moneda nacional mientras cobran los salarios en dólares.

Cuando una empresa mixta o de capital totalmente extranjero considera unilateralmente que un determinado trabajador no satisface las exigencias laborales, a tenor con la Ley simplemente puede solicitar a la Unidad Empleadora que los sustituya. Si el empleado en cuestión desea reclamar sus derechos, no puede hacerlo directamente, sino a través de la Unidad Empleadora, única facultada para dirimir el asunto con la Asociación Económica Internacional.

Como señala la Ley, sus regulaciones son únicamente para inversionistas extranjeros, con lo cual está prohibido a los cubanos de la Isla constituir empresas, ni siquiera pequeñas o medianas. En la actualidad, para la gestión particular sólo está permitida la actividad de los campesinos bajo la tutela estatal, sin derecho a la libre venta de su tierra y con un área que no sobrepasa el 18,0% de la superficie agrícola del país, incluidas las pequeñas parcelas dadas en usufructo últimamente; así como el agonizante trabajo por cuenta propia (TCP), que cuando más se autoriza es a la prestación de servicios gastronómicos, sin emplear personal asalariado y hasta una capacidad de 12 sillas.

En estas condiciones, las inversiones extranjeras florecen en un ambiente de garantías y «tranquilidad» laboral, mediante la explotación de los recursos materiales y humanos existentes en la nación. En contraste, la actividad privada nacional languidece, pues incluso los pequeños espacios abiertos, vienen cerrándose.

Al concluir 1999, se habían creado 374 asociaciones económicas internacionales en 32 sectores y ramas, con socios extranjeros provenientes de 46 países (52,0% Unión Europea, 19,0% Canadá y 18,0% América Latina). Las actividades con mayor inserción de capital foráneo son la producción níquelífera, el turismo, la telefonía, la producción y comercialización tabacalera, y la búsqueda y explotación del petróleo, incluido el gas acompañante.

Canadá es el inversionista más importante, con un capital superior a los 600 millones de dólares. Su empresa Sherrit International Corp. es la entidad mayoritaria, con un monto de negocios superior a los 500 millones de dólares, fundamentalmente en el níquel, turismo, telecomunicaciones, petróleo y producción de energía eléctrica. En un comunicado publicado en Toronto, la Sherrit reconoció haber obtenido beneficios en Cuba, en el primer trimestre del 2000, ascendentes a 23,4 millones de dólares, esencialmente por los buenos resultados logrados en sus inversiones en el níquel y el petróleo.

En el turismo, el capital extranjero está presente con gran fuerza. Hasta ahora, se han creado 26 empresas mixtas con un capital de 900 millones de dólares. De éstas, 24 corresponden al sector hotelero con 3700 habitaciones, que sumadas a 15390 pertenecientes a 50 hoteles bajo contrato de administración,

representan un impresionante porcentaje respecto a los más de 32300 cuartos disponibles. Resalta la participación de la transnacional española Sol Meliá, con intereses administrativos o acciones en 12 hoteles, que totalizan 4198 habitaciones y proporcionan el 11,0% de sus ingresos mundiales. Sus inversiones en Cuba son unas de las más lucrativas.

La construcción, restauración, arrendamiento y administración de edificios para oficinas, apartamentos y áreas comerciales, únicamente para extranjeros, en los últimos tiempos han adquirido gran peso. Estas operaciones inmobiliarias, previstas en la Ley nº 77, han facilitado la terminación de edificios con gran confort y lujo (piscinas, sistemas de seguridad por circuito cerrado de televisión, garajes, etc). Según ha informado el Ministerio para la Inversión Extranjera y la Colaboración Económica, están constituidas 20 empresas mixtas con este fin.

No obstante, se conoció recientemente que el proceso de nuevas inversiones se ha detenido y se está evaluando toda la política inmobiliaria, sin conocerse hasta el momento los motivos reales para esta decisión. Muchas personas especulan que se debe al malestar producido en la población por esas provocativas edificaciones, sólo adquiribles por extranjeros, cuando a los cubanos les está prohibido comprar viviendas; el fondo habitacional se encuentra en pésimas condiciones y resulta una odisea obtener materiales para reparar; y la inmensa mayoría de los jóvenes en edad de fundar una familia saben que no tienen perspectivas de poseer su propio hogar.

La creación de asociaciones económicas internacionales continúa y uno de los más recientes acuerdos se produjo con la venta del 50.0% de las acciones de Habanos, S.A., a la entidad franco-española Altadis, por 500 millones de dólares. La nueva corporación comercializará los famosos puros cubanos en el exterior durante 50 años, además de financiar la cosecha tabacalera.

En el futuro se prevén nuevos acuerdos con socios extranjeros, en particular en la explotación y extracción de petróleo. El territorio nacional ha quedado dividido en 45 bloques con potencialidad petrolífera, de los cuales ya existen 20 contratados con empresas de Canadá, Francia, Brasil, Suecia, Reino Unido y España. A esto se agrega que las autoridades de la Isla recientemente decidieron abrir a la inversión extranjera, para explorar a riesgo, la Zona Económica Exclusiva en un área del Golfo de México, dividida en 59 bloques, con una superficie aproximada de 2000 Km² cada uno para facilitar las negociaciones.

Estas operaciones conjuntas con capital extranjero han significado adicionalmente importantes ingresos de divisas, lo cual ha coadyuvado al financiamiento del crónico déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente.

Las inversiones extranjeras, junto al notable crecimiento del turismo convertido en la rama más dinámica e importante del país, y las remesas de los ciudadanos cubanos en el exterior, el principal ingreso neto en divisas, han significado una apertura de Cuba al exterior. Estas medidas ayudaron a detener la caída de la economía e iniciar una cierta recuperación a partir de 1994, que por cierto aún está bien distante de alcanzar los modestos niveles de

cuando comenzó la crisis. Incluso tomando como base las controvertidas estadísticas oficiales, se puede constatar que a finales de 1999, el Producto Interno Bruto (PIB) logrado era todavía un 20,0% inferior al de 1989.

Los modestos espacios abiertos a la actividad de los cubanos a mediados de los 90, también contribuyeron a la reactivación económica. Pero, a diferencia de la apertura al exterior, donde continuamente se observan pasos de avance, al interior del país se paralizaron las reformas y, en estos momentos, se aprecia un retroceso.

En el caso del TCP, en lugar de promoverse, se le han puesto todo tipo de trabas, prohibiciones y aumentos de gravámenes. Además, están paralizadas las autorizaciones para la incorporación de nuevas personas. Como consecuencia, si a finales de 1995 había 205 mil cuentapropistas de acuerdo con cifras oficiales, hoy se estima que no pasan de 150 mil, incluyendo los transportistas particulares, con una evidente tendencia a seguir la disminución.

Asimismo, el Mercado Agropecuario, donde a partir de 1994 los agricultores privados todavía existentes pueden vender sus excedentes después de cumplir sus entregas obligatorias al Estado, tiene un futuro incierto. Según los pronunciamientos realizados en el IX Congreso de la oficialista Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), celebrado en mayo (2000), se avisa una política de priorización de los «Mercados Topados» estatales, donde los precios son fijados por el Consejo de Administración del Poder Popular.

Al mismo tiempo, se mantiene una fuerte campaña contra los mercados agropecuarios aduciendo sus altos precios; pero sin aclarar que ello se debe, en lo esencial, a una demanda insatisfecha por una agricultura improductiva. Además, las autoridades han expresado públicamente el inicio de las acciones contra las viviendas que, al estar cercanas a los mercados agropecuarios, son empleadas para el almacenamiento de productos, lo cual abarata el costo por guardar las mercancías, ya que el Estado cobra muy caro este servicio.

El Estado, que controla por una u otra vía, más del 80,0% de la superficie agrícola del país, mucha de la cual permanece sin cultivar, podría con sus ofertas abaratar los productos agrícolas, aunque no puede hacerlo debido a su gran incompetencia. Por otra parte, las prácticas autoritarias que utiliza, desalientan al sector campesino, probablemente el más eficiente de la nación.

En este contexto, agravado por una circulación monetaria dual, donde el dólar no es asequible a todos los ciudadanos, a pesar de ser indispensable para la adquisición de productos básicos, se desarrolla la economía cubana, con una apertura al exterior que hace cada día a Cuba más dependiente de factores externos. Mientras por otro lado, se bloquea crecientemente la capacidad e iniciativa creadora de los cubanos.



Final de una polémica

En nuestro número anterior publicamos el texto «*Mi reino por el caballo: las dos memorias de Lisandro Otero*», de Enrico Mario Santí. Damos a conocer a continuación una carta que Otero dirigió a Jesús Díaz a propósito del texto citado y de su publicación en *Encuentro*; la respuesta de Díaz, donde se aclara la posición de nuestra revista; una segunda carta de Otero, que de hecho constituye su réplica al texto sobre sus memorias; y una breve dúplica de Santí. Con la publicación de estos textos *Encuentro* da por terminada la polémica, y deja las conclusiones a cargo de los lectores con la convicción de que sabrán separar el grano de la paja.

Carta

Lisandro Otero

México, 26 de julio de 2000

Sr. Jesús Díaz

Director, Revista *Encuentro*, Madrid

Jesús,

cuando surgió la revista *Encuentro* la saludé como un evento que venía a refrescar el panorama de las publicaciones culturales cubanas. Me pareció que tenía un importante papel que cumplir al intentar la conciliación del exilio cubano y de quienes residen en la isla, tanto en la creación artística como en la reflexión ideológica. Siempre he considerado, y así lo he escrito muchas veces, que la cultura cubana es una sola y las divisiones provocadas por las discrepancias políticas no están destinadas a perdurar. Me pareció entonces que *Encuentro* podía cumplir esa misión histórica de síntesis y unidad.

Veo, con sorpresa, que en el número 16/17 de la revista que diriges aparece publicado un panfleto, del señor Santí, en el cual repite las calumnias que tradicionalmente la contrarrevolución más iracunda y extremista ha vertido sobre mí. Con un lenguaje propio de la superada Guerra Fría, con un odio vehemente que recuerda las duras contradicciones de los años sesenta, ese texto no constituye una pieza de crítica literaria sobre mi reciente libro de memorias, sino es una antología de maledicencias, tergiversaciones, infamias y mendacidades que durante algún tiempo la obsesión de algunos fanáticos ha difundido.

Pudiera aclarar, punto por punto, las imputaciones y demostrar que constituyen imposturas, pero esta agresión no merece el esfuerzo.

Ese texto forma parte de la nueva campaña y ha sido distribuido profusamente, con una ansiedad propia de iniciativas más dignas. Sé que publicaciones prestigiosas lo han rechazado. Creo que demerita a *Encuentro* prestarse a esta maniobra del resentimiento y me pregunto qué razones pueden haberte inducido a sumarte a este propósito.

Pese a que en los últimos años he intentado un acercamiento a quienes discrepan de mis opiniones, solamente he logrado recibir nuevas afrentas. Todo ello me conduce a la conclusión de que en una guerra la razón y el equilibrio encuentran poco espacio y no puede haber aproximaciones desapasionadas.

Lamento que *Encuentro* muestre una tendencia a sumarse a la empresa del ultraje y comience a abandonar el perfil mantenido hasta ahora. De continuar por ese camino la revista se invalidará como vehículo del diálogo.

Te ruego la publicación de esta carta.

Respuesta

Jesús Díaz

Madrid, 5 de agosto de 2000

Sr. Lisandro Otero
El Rosedal, Coyoacán
México

Te agradezco que hayas decidido expresar en una carta dirigida a *Encuentro* tu indignación con respecto al artículo de Enrico Mario Santí y las dudas y aprensiones que te provocó el que apareciera en nuestra revista. Las publicaremos sin falta en el próximo número.

Respeto tu decisión de no aclarar «punto por punto» los juicios que las dos versiones de tu libro le motivaron a Santí y de limitarte a rechazarlos. Puedes dar por seguro que *Encuentro* —una publicación que es también tuya, como de todos los intelectuales cubanos significativos de dentro o de fuera de la isla—, te hubiera reconocido el derecho de réplica que libremente decidiste no ejercer.

Te dueles, y me parece humano que así sea, de las afrentas que sientes haber recibido. En realidad, en la tumultuosa historia contemporánea de Cuba casi todos hemos recibido afrentas. Pero también hemos afrentado a otros. Pienso que si bien es normal expresar el dolor del afrentado, debería serlo asimismo que cada uno reflexionara sobre su posible responsabilidad como afrentador.

Te invito a que pienses en ello y te ofrezco las páginas de *Encuentro* para publicar tus reflexiones; nos facilitarías la compleja tarea de continuar desarrollando la sección «Miradas polémicas» donde publicamos el texto de Santí, que como todos los aparecidos en *Encuentro*, y según se informa taxativamente en la página 2, es responsabilidad de su autor.

La mía, que asumo, es haberlo publicado, como asumo también la de publicar tu carta. Quizá no lo entiendas porque nuestras respectivas concepciones sobre la revista difieren. *Encuentro* no intenta, como crees, «... la conciliación del exilio cubano y de quienes residen en la isla, tanto en la creación artística como en la reflexión ideológica». No pretende tampoco «...cumplir esa misión histórica de síntesis y unidad». De intentar dichos objetivos la sección de referencia debería llamarse «Miradas conciliadoras», «históricas», «sintéticas» o «unitarias».

Encuentro se concibe a sí misma como una plaza pública, democrática y civilizada, donde tengan espacio puntos de vista diferentes, contradictorios e incluso opuestos ya sean producidos en la isla o en el exilio. Reconozco que la extrema tensión a que se hallan sometidas nuestra sociedad y nuestra cultura

pueden convertir ese ejercicio en algo doloroso. El texto de Santí lo fue para ti; quizá los adjetivos contenidos en tu carta lo sean para él. No obstante, estoy convencido de que vale la pena, de que los intelectuales cubanos tenemos la obligación moral de expresar libremente nuestros juicios, incluso nuestros juicios polémicos, y de contribuir con ello a prefigurar la difícil transición de Cuba hacia una sociedad abierta y democrática.

Réplica

Lisandro Otero

México, 12 de agosto de 2000

Sr. Jesús Díaz

Director, Revista *Encuentro*, Madrid

Jesús,

en tu carta del 5 de agosto me ofreces las páginas de *Encuentro* para una respuesta al señor Santí, quien no cuenta con el aval para otorgarle el honor de una respuesta. Siempre he estado dispuesto a discutir discrepancias ideológicas pero no injurias ni calumnias, por eso me negué, en primera instancia, a ejercer mi derecho de réplica. Sin embargo, creo conveniente aclararte a ti, y a los lectores de *Encuentro*, algunas de las infamias, errores y desinformaciones mencionados.

Las dos versiones de mis memorias se deben a la solicitud de mi editor en Roma, Giulio Gelibter, quien me hizo cuatro ruegos para la edición italiana. Primero, me pidió que eliminase muchos nombres de cubanos, y de hechos menores, que eran desconocidos internacionalmente y otorgaban al libro una dimensión aldeana. Segundo, me solicitó que aumentase las páginas dedicadas al Che Guevara y a las luchas de liberación nacional en América Latina, en los años sesenta y setenta. Tercero, me reclamó que añadiera más elementos sobre la relación entre la iglesia católica y el proceso revolucionario, puesto que un libro editado en Roma requería de este enfoque, por razones obvias. Y, cuarto, me pidió que actualizara el libro hasta las dificultades surgidas por las opiniones discrepantes que emití en el diario *Le Monde Diplomatique*. Cumplí las cuatro solicitudes porque entendí que, efectivamente, eran enmiendas que enriquecían el libro. Así, le podé unas cincuenta cuartillas de localismos y le aumenté otras tantas. No hubo censura, ni intención de ofrecer dos aspectos contradictorios para satisfacer a distintos públicos. Fue la versión italiana la que entregué para las ediciones en México y en Madrid porque me pareció más completa. La edición cubana ya había sido impresa. Cuando el libro fue presentado en México ofrecí una conferencia de prensa, en la editorial Planeta, donde aclaré lo anterior y así salió reflejado en los periódicos, cuyas fotocopias puedo presentar. No hubo nada clandestino, ni un escamoteo de la realidad.

Nunca me he considerado «colaborador de un régimen» sino un revolucionario que abrazó una causa y dedicó casi tres decenios a contribuir a la construcción de un nuevo orden social más justo. No me acosa ningún

«demonio siciliano» y no recuerdo haber causado daños voluntarios a ninguna persona como consecuencia de mis acciones. Toda memoria es selectiva y sería imposible reproducir cada una de mis vivencias, por tanto hay, obviamente, omisiones de lo menos relevante.

Mi estancia en Europa (1953-1956) y mis estudios en París, fueron íntegramente sufragados por mi padre, quien contaba con los medios económicos para poderlo hacer. No se debió a ninguna sinecura. Mis compañeros de estudio allí, algunos de los cuales viven hoy en Cuba, conocen bien las intimidaciones de mi sustento en aquellos años.

En el periódico *Revolución* laboré como jefe de redacción, encargado de los asuntos editoriales, durante los años 1960 al 63. También asumí la conducción del rotograbado, el departamento de fotografía, los colaboradores y articulistas. En algunas ocasiones dirigí el suplemento *Lunes de Revolución*. Decir que *Revolución* no tuvo página editorial —por llamarle así a la que publica a los articulistas destacados—, revela el desconocimiento que el panfletista tiene de la realidad cubana. Ni la columna «Zona Rebelde», ni la llamada «Al pan, pan y al vino, vino», aunque hiciera esporádicas contribuciones a ellas, no estuvieron nunca dentro de mis responsabilidades, ni así lo afirmo en mis memorias.

El incidente que ocurrió en abril de 1961, que condujo al encarcelamiento temporal de quien entonces era mi esposa, no se debió a ninguna denuncia de los Comités de Defensa de la Revolución, ni a una supuesta filiación batistiana de mi familia, ni a mi origen burgués, como afirma Santí. La madre de ella se hallaba implicada en conspiraciones contrarrevolucionarias y al ocurrir la invasión en Playa Girón se asiló en la Embajada de Venezuela. Cuando mi ex esposa acudió a la sede diplomática, para entrevistarse con su madre, fue arrestada por una guardia de milicianos que se hallaba apostada en los alrededores del lugar. Ni fui arrestado, ni compartí con ella su confinamiento. Estuvo desaparecida durante dos días, durante los cuales la busqué por diversos centros de detención. Fue el ya fallecido comandante, Manuel Piñeiro, quien logró, por mi solicitud, su localización y liberación. Aquellos arrestos preventivos se debieron a la necesidad de paralizar la acción posible de la quinta columna interna en un momento de tensión en el cual la existencia misma de la Revolución se hallaba amenazada. Con mi ex esposa se cometió un error, reconocido más tarde como tal.

También es una falsedad afirmar que el Movimiento 26 de julio me asignó la misión de mantener contactos con la Embajada de Estados Unidos, durante los años de combate contra la dictadura batistiana. En mis memorias dejo constancia de mi participación en la huelga del 9 de abril, el secuestro de Fangio, la insurrección de Cienfuegos, mi recaudación de fondos para la causa insurreccional, mis traslados de armamento, el ocultamiento y asilo de muchos revolucionarios perseguidos, mi cercanía a Haydée Santamaría y Armando Hart, Faustino Pérez, Arnold Rodríguez, Marcelo Fernández, Emilio Aragonés y Manolito Suzarte, entre muchos otros. Pero el libelista prefiere ignorar esos datos fehacientes para ahondar en su intención denigradora.

El incidente ocurrido en torno al insignificante documental, titulado PM, fue la expresión de las luchas internas entre viejos militantes del Partido Socialista Popular y una parte del ala moderada del Movimiento 26 de Julio, en un enfrentamiento por lograr la orientación del movimiento cultural. Constituyó una fabricación, magnificada por quienes constituyeron un grupo de poder que aspiraba al control de la vida cultural. En mi libro dejo bien definidos los hechos en el litigio en torno a P.M. y mi clara participación en el mismo, durante el cual me definí a favor de la libertad de creación y rechacé las manipulaciones sectarias y dogmáticas de los viejos comunistas.

Nunca fui secretario privado de José Llanusa, sino Vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, responsabilidad que acepté a pedido de él. Traté de implementar una política que intensificase la masificación cultural, llevar los conciertos a las fábricas, exhibir las piezas de los museos en las oficinas públicas, dedicar espacio en los periódicos a la educación artística, crear un teatro itinerante para las zonas campesinas. De todo ello ha quedado huella en discursos y artículos, y en la revista *RC* que yo dirigía. Las contradicciones entre diversas organizaciones, y las luchas internas por el poder, frustraron aquellos intentos. Llanusa fue defenestrado en 1970 y una facción, más radical, ocupó el espacio director de la cultura mientras yo me trasladaba al servicio diplomático. Fue el nuevo equipo el que organizó, e inspiró ideológicamente, el Congreso Nacional de Educación y Cultura, en 1971, en el que ni siquiera participé pues me hallaba residiendo en Chile.

Tampoco es cierto que sea el autor de un documento justificatorio de la «política de represión fascista de la cultura», como afirma Santí, publicado por la UNESCO en 1971. Redacté, cuando era especialista de políticas culturales de ese organismo internacional, un programa basándome en las normas en que se basaba la experiencia cubana, dentro de una serie editorial que comprendía todos los países. Basta leer ese folleto, que se encuentra en las bibliotecas del mundo, para comprobar la falsedad de ese aserto de Santí. Por razones de la lógica demora editorial, ese documento fue elaborado varios años antes y cuando salió publicado, en 1971, yo no cumplía funciones en el Consejo Nacional de Cultura y otro equipo había asumido el mando, como ya expliqué. Esa nueva dirección encargó otro programa cultural, que sustituyó al que yo había escrito, y también fue publicado ulteriormente, sin mi firma por supuesto, por la propia UNESCO. Por otra parte, es absurdo afirmar que la UNESCO haya aceptado publicar un documento justificador de una política represiva y fascista.

En torno a Lezama Lima se ha erigido una nube de embaucamientos, tratando de hacer ver que el gobierno cubano le impedía viajar al exterior. Escribí el texto *Para una definición mejor de Lezama Lima*, con el fin de disipar algunas de esas farsas. A Lezama no le interesaba desplazarse al extranjero. Lo comprobé personalmente cuando, estando yo en el Consejo Nacional de Cultura, él fue invitado por la UNESCO a una conmemoración de Rabindranath Tagore y fui a llevarle, personalmente, la documentación necesaria para su traslado a París, la cual rechazó diciéndome que cada viaje era un presagio de

muerte. En 1983, cuando escribí el texto sobre Lezama, no era vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1980 abandoné ese organismo. Tampoco tuve nunca ese cargo, dentro de la diplomacia cubana, sino el de Embajador a cargo de la prensa y las relaciones culturales. En aquella época las funciones del vocero no existían. Una vez más el libelista demuestra su ignorancia profunda de los sucesos cubanos.

La más páfida impostura de Santí me acusa de haber ordenado el arresto de los artistas Camacho y Cárdenas, lo cual jamás ocurrió. No usé medidas represivas, ni ordené la detención de ninguno, ni censuré obra alguna. Cárdenas visitó múltiples veces la isla y se encuentra, ahora, residiendo allí.

Sobre el affaire Padilla se ha escrito suficientemente y en mis memorias queda bien clara mi intervención en los hechos. No fui el principal acusador de Padilla, según cita Santí a Fogel y Rosenthal. El peso en la polémica con Padilla —no una acusación como afirma Santí—, lo cargó *El caimán barbudo* y fue en esa publicación, dirigida entonces por Jesús Díaz, donde se publicaron los textos fundamentales, incluyendo el que dio origen al primer incidente.

En la fantasiosa versión de Santí aparece que envié una escuadra de policías a destruir a hachazos las obras de arte del Salón de Mayo, lo cual jamás sucedió y supongo que este aserto haya provocado la hilaridad de quienes conocen bien la historia, incluidos los extranjeros que acudieron a aquel evento.

En cuanto al crítico inglés J.M.Cohen, fue él quien me dirigió una insultante carta, cuando me hallaba en Chile, amenazándome si pretendía entrar alguna vez a Gran Bretaña. Cohen fue muy activo en el jurado que otorgó el premio a Padilla por el poemario *Fuera del Juego*. La misiva de Cohen era de una desconcertante vileza, con insultantes alusiones personales. Le respondí iracundo. Conservo la carta de Cohen, que puedo publicar en cualquier momento, en la que se advierte la manifiesta intención de azuzamiento y en ninguna parte menciona una supuesta solicitud de ayuda a Padilla. Años después el embajador británico en La Habana se interesó en aquel incidente y le mostré el hostigamiento epistolar de Cohen y el diplomático fue de opinión, y así me lo expresó, que yo había caído en una provocación prefabricada.

Durante el tiempo en que Jorge Edwards fue embajador de Chile en Cuba no frecuenté su compañía, por la sencilla razón de que entonces me hallaba residiendo en Chile. Es, pues, una falsedad la frase que supuestamente Edwards me atribuyó contra Padilla y que reproduce Santí. Otro error: Edwards se estableció en Cuba en 1971, al iniciarse relaciones con Chile; anteriormente había asistido, por breves lapsos, a eventos culturales.

Tampoco tuve nada que ver con la desaparición de Carlos Franqui en una foto con Fidel. No recuerdo que la revista Cuba la haya publicado y si lo hizo, cuando estaba bajo mi dirección, no me percaté de las omisiones.

En el imaginativo repertorio de calumnias del señor Santí no falta ninguna distorsión. Jamás acusé a Carlos Fuentes de fascista, lo cual sería una imbecilidad, dada la conocida posición liberal que el escritor mexicano siempre ha mantenido abiertamente, ni recuerdo que Ambrosio Fornet haya realizado

nada parecido. *Cambio de piel* me pareció, y me sigue pareciendo, una excelente novela.

También cuestiona Santí mi amistad con Graham Greene, afirmando que él no me menciona en ninguna de sus obras. Nuevo error de su falta de información. Greene me menciona no en uno, sino en dos de sus libros de memorias: *Ways of escape* y *Getting to know the general*. Tampoco es cierto que lo haya calificado de homosexual vergonzante, sino menciono que Greene hizo ese comentario refiriéndose a Somerset Maugham.

El resorte inicial de la pugna con Neruda estuvo en su desconsiderada actitud, cuando visitó la isla, exigiendo el pago en dólares de su *Canción de Gesta*, en un momento en que el Banco Nacional apenas disponía de las divisas para sufragar las necesidades básicas de los compromisos en el exterior. También intervinieron las discrepancias entre los partidos comunistas, chileno y cubano, en torno a los movimientos de liberación nacional latinoamericanos, y el papel de la guerrilla y de las organizaciones marxistas. Por sobre todo, estaba la inconsecuente actitud del poeta visitando Perú, cuando había revolucionarios presos, y aceptando una condecoración de un gobierno de mano fuerte. Mientras América Latina despertaba de su subordinación colonial, y se vertía la sangre de muchos revolucionarios, Neruda emprendía una gira de relaciones públicas personales. Eso fue lo que mereció el documento donde se le instaba a reflexionar sobre su comportamiento.

No hubo un intento fallido de mi parte por acceder a la Presidencia de la UNEAC. Fui Presidente de ese organismo, real y efectivamente, por decisión del Consejo Nacional que estaba facultado, por los estatutos, para designarme. Durante mi lapso de dos años en la conducción de la organización de los escritores y artistas cubanos se dio un giro importante hacia su democratización. Se extendió a todo el territorio nacional cuando, anteriormente, había estado limitada a cinco provincias. Era frecuente ver, cada día, varias asambleas simultáneas discutiendo asuntos como la «perestroika», el posmodernismo, la Primavera de Praga, el eurocomunismo y la deconstrucción. Se produjo una apertura de ideas insólita hasta entonces. Los jóvenes, que casi nunca acudían a la UNEAC, se convirtieron en asiduos. La oposición al rumbo emprendido, se alimentó desde la propia oficina de Aldana, donde se coordinaba a mis antagonistas. Un viejo estalinista, como Sergio Aguirre, declaró en una asamblea que la UNEAC había pasado a manos de los «blanditos», aludiendo a mi gestión. No asistí, por hallarme hospitalizado, a la asamblea de intelectuales en la cual Armando Hart me agredió verbalmente. Me llegaron diversas versiones, ulteriormente, y su discurso no fue publicado, por ello no he podido replicar debidamente. Otro error de Santí: Nicolás Guillén no murió de cáncer sino como consecuencia de la amputación de una pierna gangrenada, debido a problemas circulatorios.

De la misma manera el autor del panfleto revela su desconocimiento de la realidad cubana cuando afirma que el contenido de mi artículo de abril de 1992, en *Le Monde Diplomatique*, era una repetición de lo que ya se había afirmado en el IV Congreso del Partido Comunista. En realidad aquel evento se

caracterizó por crear grandes esperanzas de enmiendas en las discusiones previas y terminó con nulos resultados y un generalizado sentimiento de frustración.

Cuando se produjo la llamada Carta de los Diez, encabezada por María Elena Luz Varela, Manuel Díaz Martínez y Raúl Rivero no quise firmarla porque no compartía algunos de sus planteamientos. Cuando se preparó en la UNEAC una respuesta a Los Diez, tampoco quise adherirme por los términos excesivamente agresivos que contenía contra los firmantes. Al decursar los días advertí que aquello se había convertido en una maniobra manipulada desde el exterior y accedí, tras mi rechazo inicial, a que se añadiera mi nombre. No obstante, siempre demostré mi solidaridad con los poetas. María Elena visitó mi casa, me acerqué fraternalmente a Díaz Martínez, quien puede dar fe de ello, y Raúl Rivero es mi amigo.

Repito la pregunta de Santí, pero refiriéndome a él mismo: ¿se le puede dar crédito a quien comete tantas deformaciones y calumnias, da oídos a tanta patraña, insidias, chismorreos e inexactitudes? Su escrito responde a una nueva campaña de descrédito pues se publicó en dos revistas, una chilena y otra mexicana, antes de aparecer en *Encuentro*. A la agresión del exilio uno el silencio interno: hasta donde sé ninguna publicación cubana ha divulgado una sola línea sobre la aparición de mis memorias.

Si queremos ir preparando el terreno para una comprensión inteligente de lo ocurrido en los últimos cuarenta años de nuestra historia, debemos proceder con seriedad y negarnos a dar cabida a los textos injuriosos, imprecisos, que deforman la realidad y la acomodan a la intención hostil de quienes pretenden volver al pasado sin comprender el presente.

Dúplica

Enrico Mario Santí

COMO UN MAL ACTOR ATRAPADO EN SITUACIÓN, LISANDRO OTERO SE JUSTIFICA con argumentos caducos. Sin comprender el presente quiere cambiar su pasado. Observemos su lenguaje, que basta citar para refutar. Todavía piensa, a estas alturas, que Lezama Lima le hubiera dicho a él, Director de Cultura del régimen que lo marginaba, que anhelaba escaparse del país; alberga la ilusión de que, pese a su historial como arquitecto de la cultura represiva del castrismo, no fue colaborador sino un inocente «revolucionario que abrazó una causa»; justifica un llamado «arresto preventivo» de miles de ciudadanos desafectos del régimen como una «necesidad de paralizar la acción posible» que esas mismas personas podrían haber tomado para decidir el destino político nacional; recrea la sangrienta subversión comunista de democracias latinoamericanas, el terrorismo urbano, y la injerencia del castrismo en la vida interna de otros países, como el verter «de sangre de muchos revolucionarios». Pero sin duda su mayor fantasía es que todavía piensa que este intercambio nuestro es un debate sobre «discrepancias ideológicas». Señor Otero, se trata de algo mucho más sencillo: su falta de probidad intelectual.

Todo esto, claro está, dentro de una respuesta que no quiere serlo. Según él, no cuento con el aval para «otorgarme el honor de una respuesta», frase demasiado parecida a las que suele usar el régimen para evadir la crítica de sus disidentes. Pero se equivocan si piensan que Otero me ningunea —vean su recurso al epíteto injurioso, del que mi texto carece. No lo imitaré. Demasiado acostumbrado a no discutir en público sus ideas o acciones, o a reducir cualquier impugnación a «gusaneo» y «escoria», Otero se evade precisamente de lo que se ufana: su responsabilidad intelectual.

Valioso ha de ser en su respuesta que el lector de *Encuentro* podrá ahora cotejar su versión de los hechos con la mía para revelar sus múltiples esquivos e imprecisiones. Baste señalar, como síntoma, su oportuna amnesia ante el notorio recorte de una foto donde aparecía Carlos Franqui en una revista que él dirigía cuando se publicó.

Tal parece que mientras Otero tuvo cancha abierta para obedecer órdenes sin tener que rendir cuentas, todo le fue bien. Pero en cuanto el resquebrajamiento ideológico del régimen empezó a afectarlo, decidió recurrir a su extraña versión de «allí fumé.» De ahí su temor, resuelto en la peregrina fórmula de «dar acceso a su nombre», ante la persecución del Grupo de los Diez; o su retracción, una vez de regreso en Cuba, de su tímida crítica en *Le Monde*, achacándose todo a un malentendido a causa de errores de redacción.

Igualmente esquiva resulta ahora su autoría de la recopilación de textos sobre represión ideológica —publicado bajo el eufemismo de «política cultural»— atribuyendo todo a una trastada que reemplazó su texto por otro, mucho más radical que el redactado por él antes. ¡Qué mala pata la de este hombre! La última la acaban de leer ustedes: el responsable de las dos versiones de sus memorias no fue él sino ¡un editor italiano! Pero entonces, ¿por qué nunca incluyó su ajuste de cuentas en la versión publicada en Cuba? Tampoco le pasa por la cabeza que la versión mexicana hubiese tenido que explicar, como mínima cortesía editorial, la existencia de una versión anterior. Por último, permanece incólume ante la doblez que demuestra la existencia de dos versiones distintas de sus *memorias*, género por cierto que ahora por fin asume.

Otras dos cosas permitirá ese cotejo. Primero, acceso a su versión de los hechos en torno a su *fallida* presidencia de la UNEAC. Aunque me temo que tampoco encontrará allí una explicación de por qué omitió este catastrófico episodio en el recuento de su carrera burocrática. Si insisto en el adjetivo es porque Otero puede haber sido Presidente «de dedo» o «interino», como digo en mi texto, pero nunca lo fue «por voto», que es la única forma que cuenta. De ahí mi segundo punto: al no refutar mi versión sobre este incidente, Otero deja incólume, como tantas otras cosas en mi texto, su veracidad.

No es inverosímil que esta contra-respuesta ocasione, a su vez, nuevos patateos por parte de Lisandro Otero. No volveré a contestarle. Por lo menos hasta que demuestre haber aprendido las mínimas reglas de comportamiento del intelectual en una sociedad abierta. Tome note, por favor. Primero: asuma la responsabilidad por sus acciones, buenas o no. Segundo: ábrase al diálogo. No cuestione el supuesto «aval» de su interlocutor, o se haga rogar de una respuesta por el director de la revista en cuestión. (Ud. no es mejor que nadie, a pesar de todo lo que le han dicho en Cuba.) Tercero: respete el derecho al desacuerdo, o por lo menos no se sorprenda, u ofenda, cuando lo haya. Por último, algo importante que Otero, hijo predilecto del régimen, ha olvidado: *diga la verdad*.¹

¹ Otero se queja de que a la recepción de sus memorias fuera de Cuba se una el vacío que le han hecho dentro. Pero también de que mi texto, que además publiqué en *Estudios Públicos* (Santiago de Chile) 76 (primavera 1999), p.p. 37-56, forma parte de una «campana de descrédito». Los enemigos de Lisandro Otero en México, que se describen como víctimas de la censura que ejerció en el periódico *Excelsior* de esa capital, sí se ocuparon en efecto de reproducir, sin yo saberlo, algunos fragmentos en *Universo del Buzo*, Año 1, n.º 9 (agosto, 2000), pp. 18-31. Otero nunca dice si prefiere el vacío de adentro o la atención de afuera.

Señores de la guerra

CON LA PUBLICACIÓN DE *DULCES GUERREROS CUBANOS*¹ Norberto Fuentes agrega un título más a su obra de cronista de la guerra, tema del que ha hecho su especialidad: de las guerras en las que Cuba ha participado; en su propio territorio y las otras, allende los mares. Tema al que Norberto Fuentes ha permanecido fiel desde sus primeras incursiones como hombre de letras. Pero esta vez no se trata de la heroicidad de la guerra, sino de la fase que sobreviene después: la posguerra. Fase poco estudiada, sin embargo es, de hecho, «la continuidad de la guerra por otros medios.» Es dentro de este contexto que debe verse la trama y el drama narrado por Fuentes en esta obra. El llamado *período especial*, significó para Cuba entrar, por fin, en un período de posguerra, que se inaugura cuando le puso término a la presencia de su ejército en Angola: «una de las últimas batallas de la guerra fría.» (p. 373)

La guerra es un paréntesis que desajusta el tejido social: además del vacío que dejan los guerreros al ausentarse al campo de batalla, la intensidad de la guerra disimula los conflictos internos y crea otros que permanecen latentes hasta el término del conflicto. La guerra es una manera de vivir en lo excepcional y, desde la aparición de Fidel Castro en el panorama político cubano, la isla ha vivido en ese estado de improvisación que deja para un mañana la marcha natural de la sociedad. Los períodos de guerra obligan a las sociedades a vivir en un estado de espera. Si se comienza a contar desde el período que comienza con la Sierra Maestra —aunque se podría comenzar con el asalto al cuartel Moncada— hasta el término de la presencia cubana en Angola, son varios decenios en que el país ha vivido en el paréntesis de la guerra. Tal vez sea el período más largo de guerra vivido por un país en la época contemporánea, y en el que se han visto involucrados, proporcionalmente al número de habitantes, un número tan elevado de combatientes. De hecho, Cuba desde 1959 fue

¹ Norbeto Fuentes, *Dulces guerreros cubanos*, Seix Barral, Barcelona, 1999.

transformada en una base de operaciones desde donde se llevaba la guerra a los más variados escenarios. Llevó primero la guerra a toda América Latina; luego, a raíz de la *Tricontinental*, a todos los frentes de guerra que se abrían en el llamado Tercer Mundo: África, Vietnam, Palestina, Líbano. Luego, aliada con el ejército soviético, tomó parte directa en la guerra fría: Etiopía y Angola fueron los escenarios, sin contar que estuvo a punto de hacer estallar una guerra nuclear.

La salida de las tropas cubanas de Angola marca el comienzo de una experiencia inédita para Cuba que es la gestión de la posguerra. Fidel Castro se enfrenta al problema de un ejército desmovilizado, con todas las consecuencias que ese hecho puede significar, y además en un escenario de *perestroika*. Este es el trasfondo de las circunstancias de la historia narrada por Fuentes: sus modalidades escenográficas y su desenlace trágico son producto de la personalidad del líder máximo.

Con el cese de las actividades militares en el exterior, regresan los guerreros al término de su faena, y se encuentran que han perdido su sitio en el reparto de la organización social. Su presencia molesta: son vistos por la jerarquía como *outsiders*, intrusos, extranjeros que poseen una mirada diferente de las cosas. Además de tratarse de un personal militar acostumbrado a vivir en la excepcionalidad de la guerra, entre guerreros, acatando su propia jerarquía, de repente se ven obligados a acatar una jerarquía de militares de oficina. Guerreros fogueados en los más disímiles campos de batalla, no ven con buenos ojos acatar órdenes de aquellos cuya jerarquía la ganaron gracias a lo que para ellos no son más que las escaramuzas de la Sierra Maestra. Además han visto otros mundos, se han acostumbrado a tomar iniciativas. El choque cultural de la nueva élite guerrera cubana, —tanto la del Ejército, como la del Ministerio del Interior—, con la jerarquía histórica que ha permanecido a buen recaudo en su guarida, no es difícil de imaginar. Norberto Fuentes fue compañero de ruta de la aventura militar cubana en todos sus frentes, es natural entonces que lo golpearan las consecuencias de la desmovilización. Por ello, en *Dulces guerreros cubanos*, su participación no es la simple aparición del autor de sus obras anteriores para dejar su marca en la escena, aquí él comparte el protagonismo con los principales actores de la escena, por su papel no tanto de guerrero, sino de cómplice, de confidente y de admirador.

A lo cual se agrega el hecho de tratarse de un ejército que había ido a combatir en calidad de guardia pretoriana, adscrito al proyecto hegemónico soviético en el África, cuya mayor ventaja para la potencia eslava proveedora de armas y pertrechos, era la posibilidad de que Cuba la proveyese de efectivos negros; las explicaciones al respecto sobran. Este hecho, además del desenlace que tuvieron esas guerras africanas, no se presta para que a los soldados cubanos muertos en ellas se les otorgara el rango de héroes: es más, ni siquiera se les reivindica, sus nombres son silenciados. Es fácil también imaginar el malestar que reinaba entonces en el seno de ese ejército que regresaba del África y el ascendiente que tenía ante ellos el que fuera su jefe y con el que habían combatido: por esa misma razón, el general Arnaldo Ochoa significaba un peligro para la cúpula del poder cubano.

La fidelidad de Fuentes hacia el mundo de la guerra se remonta a su propia historia personal. Como en la mayoría de los adolescentes hombres, la guerra despertaba seguramente en el joven Fuentes un interés particular, y tal vez en él esta inclinación era mayor, como se percibe por la constancia que le ha manifestado al tema a lo largo de su obra y de su vida. Es de suponer que en cuanto a la materia y a las vivencias, Fuentes debe considerarse un autor realizado pues estando en plena adolescencia sobreviene el acontecimiento de enero de 1959, y a partir de allí, siempre contará con la oportunidad de una guerra a su disposición. Al contrario de su modelo mimético, Fuentes no tuvo necesidad de ir en búsqueda de guerras, como fue el caso de Hemingway, la guerra vino a él: se le presentó a las puertas de su casa.

Consecuente con su pasión, Fuentes, que parece haber tenido desde el principio muy clara su vocación de escriba de la guerra, se alistó como cronista de la que estalló en suelo cubano tras la toma del poder por Fidel Castro. Su renombre como escritor lo adquirió muy temprano, con sus crónicas sobre la «limpia del Escambray» durante la llamada «Lucha contra bandidos», desatada tras el alzamiento de grupos armados que decidieron combatir al castrismo desde finales del año 1959.

Las guerrillas anticastristas, que contaban con el apoyo norteamericano, fueron de lejos las más importantes de cuantas guerrillas operaron en ese mismo período en América Latina, éstas últimas auspiciadas por La Habana. La diferencia entre ambos fenómenos fue que las guerrillas latinoamericanas sólo lograron el apoyo de la élite universitaria, mientras que las del Escambray contaron con un verdadero apoyo campesino.

Episodio poco conocido y poco estudiado por los especialistas de Cuba, sin embargo, las guerrillas anticastristas duraron desde finales del año 1959 al año 1966.

Desmarcándose de su hábito de magnificar los acontecimientos en aras de mantener la movilización permanente de la población, y de obtener el apoyo internacional, en ésta ocasión, el gobierno cubano mantuvo una inusual discreción sobre estos acontecimientos. La información sobre los alzados fue sabiamente dosificada y se limitó al ámbito nacional. La razón estriba en que, por experiencia, Fidel Castro no ignora que el nervio de la guerrilla radica principalmente en su impacto ante la opinión pública. Fue años más tarde, y cuando creyó necesario divulgarlo, que Fidel Castro admitió que aquella lucha tuvo el sesgo de una verdadera guerra civil. Las cifras que se admiten a nivel oficial dan un saldo de casi trescientas bajas del lado oficial, y más de dos mil del lado de los alzados.²

La «Limpia del Escambray», como se le llamó a ese período, fue el escenario en el que Norberto Fuentes se fogueó en la guerra y en la escritura, hasta

² Juan Carlos Fernández, *Todo es secreto hasta un día*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
Oswaldo Navarro, *El caballo de Mayaguara*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.
José Suárez Amador, *La lucha contra bandidos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.

llegar a ser el escritor de confianza «del más alto nivel». (p. 30). Las crónicas de Norberto Fuentes estaban dirigidas a despertar las ansias de heroísmo de los miles de jóvenes que engrosaron las Milicias Nacionales Revolucionarias, que junto al Ejército Revolucionario, fueron a combatir a los alzados: toda una generación de jóvenes cubanos tuvo la oportunidad de igualarse a los héroes que poco antes habían tomado el poder. De esa experiencia surge la mística revolucionaria del castrismo: fue el necesario ritual de sangre que sella la hermandad de los guerreros y le da cohesión al grupo. No fue sino hasta mediados de los ochenta que comenzaron a publicarse en Cuba testimonios acerca de esos acontecimientos. Recién en 1986, se publicó *Nos impusieron la violencia*³, un volumen que recoge los reportajes realizados por Norberto Fuentes y publicados en Granma desde el año 1963 al 1966, fecha en que cae el último alzado, cuya entrevista constituye la última crónica del libro, y como cierre del volumen, parafraseando a su *alter ego*, tiene un *¿Adiós a las armas?* en donde el autor expresa el carácter lúdico y placentero de la guerra, muy lejano de su cometido que era la lucha por la defensa de una ideología. La guerra significaba vivir la plenitud que le depara a los guerreros la complicidad fraterna ante la cercanía con la muerte y el placer también de darla. En uno de sus párrafos, refiriéndose a sí mismo, Fuentes expresa la nostalgia de ese estado de ánimo: «Porrúa, flaco desdentado, hermano, qué ganas de verte. De verlos a todos. Apretarnos en un jeep. Cagarnos en dios. Hablar de las mujeres. Reírnos del bandido muerto, de la cara de susto frente al pelotón de fusilamiento.» (p. 320)⁴ Norberto Fuentes, por haber vivido la guerra dentro de sus entrañas, lejos de idealizarla, describe su aspecto más real, más cruel y más cínico. La épica, propia de quienes la viven desde afuera y por ello la idealizan, le es totalmente desconocida. Vale la pena acotar que el libro está dedicado a Antonio de la Guardia, y el prólogo es de Carlos Aldana, entonces favorito de Fidel Castro, hoy caído en desgracia.

LA CASTA DE LOS ELEGIDOS

Dulces guerreros cubanos es precisamente la crónica pormenorizada de la experiencia trágica de unos guerreros que «en el cerrado círculo de los elegidos, eran la élite de los combatientes revolucionarios» (p. 33) para quienes la guerra termina mal: General de División Arnaldo Ochoa, Coronel Antonio de la Guardia y General de Brigada Patricio de La Guardia. Esta vez los papeles han cambiado: los ejecutados no serán ni los alzados del Escambray ni los combatientes de la Unitá en Angola. Son sus amigos, los de su propio campo: son la élite de los guerreros. Guerreros que gozaron de un inmenso prestigio por sus hazañas de combate en los más variados escenarios de guerra del planeta, pero que no murieron en el campo de batalla, sino a manos de aquéllos —o de aquél, para mayor precisión— que les ordenaba combatir y matar en nombre

³ Norberto Fuentes, *Nos impusieron la violencia*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.

⁴ *Ibid.*

de Cuba. La posguerra había llegado y ya no sólo no eran necesarios sino que podían constituir una amenaza, pues sobrepasaban en autoridad y prestigio a los líderes históricos. El prestigio adquirido en los campos de batalla los hacía peligrosos. Su estrecha familiaridad con el peligro y con la muerte la ejercieron fuera de su isla nativa, pero les tocará morir en ella. Ejecutados el 13 de julio de 1989, sus cuerpos descansan en el cementerio de Colón de La Habana en tumbas anónimas.

La intriga que antecedió y culminó con el desenlace de las ejecuciones de Ochoa y de Tony de la Guardia constituye el hilo conductor de la obra. Los mecanismos de acción de la casta que detenta el poder, su rostro oculto, la materia y la trama, las provee la escena oculta del poder en Cuba y su carácter feudal —endógamo—, con características de mafia que monopoliza todas las instancias de la vida del país. Lo que en otros estados es competencia de varios servicios y cuerpos administrativos: el ejercicio del gobierno, los servicios de inteligencia, la policía, la justicia, etc. en Cuba, como en el medioevo, es competencia de un solo hombre: el señor del feudo que ejerce poder de vida y de muerte sobre sus súbditos, secundado por una casta restringida encargada de cumplir con las misiones más variopintas y extrañas a un estado moderno: igual pueden actuar de corsarios, piratas, agentes de negocios, de gánsters, de secuestradores, o ejecutar a desertores o a personajes que molesten o pongan en peligro el poder del autócrata; además de satisfacerle todos sus deseos, pues como se sabe los autócratas son caprichosos. Casta que por supuesto detenta más privilegios que la de ninguna otra en país alguno. La cohesión de la casta se la otorgan precisamente los privilegios, y el vivir fuera de la ley y de las normas que se le aplican al resto del país.

El autor ofrece una crónica pormenorizada de la intimidad de la reducida aristocracia que conforma el núcleo central del poder en Cuba: la cima de la pirámide de donde «bajan» las directivas y caprichos que le imponen al común de los cubanos. Norberto Fuentes aparece como el espejo en el que se reflejaban las facetas más íntimas de la personalidad de estos hombres que viven encerrados en el ejercicio de un poder absoluto y paternalista, del cual han hecho una guarida inexpugnable. Hasta Norberto Fuentes, nadie que hubiese compartido ese grado de intimidad y de complicidad con la casta del poder en Cuba había ofrecido una descripción de un realismo tal, con un nivel similar de detalles tan significativos, acerca de los mecanismos de poder y las relaciones de los integrantes de la casta entre sí. Es tal vez el único escritor cubano de oficio que ha acumulado tamaña experiencia, lo que le confiere una ventaja considerable.

El autor la muestra como una curiosa mezcla de procedimientos medievales extraídos de novelas de caballería y del universo de piratas y corsarios, vestidos con los ropajes obsoletos del estalinismo más retrógrado, secundada por las técnicas más modernas de influencia norteamericana como son los Rangers, y la CIA, cuyas imitaciones cubanas —Tropas Especiales y Seguridad del Estado— no tienen nada que envidiarle a aquéllos; todo ello al servicio, único y exclusivo de un monarca que ha logrado que el mundo entero lo acate y le otorgue legitimidad.

Es también una detallada demostración de las excepcionales cualidades de escenógrafo que posee Fidel Castro. De la manera cómo actúa cuando decide «tronar» a algún miembro de la casta, pues los habitantes comunes y corrientes son reprimidos o fusilados anónimamente. De cómo su obsesión por el detalle lo lleva a acumular, cuidadosa y detalladamente, hechos, gestos, opiniones, todo cuanto le pueda servir para lograr el montaje de la trama que le permitirá alcanzar la meta que se ha fijado, que casi siempre culmina en un juicio y condena a muerte —no estudió abogacía en vano—, cuya escenografía es también competencia suya. En materia de puestas en escena y de escenografías, Fidel Castro domina todas las técnicas. Desde los grandes espectáculos públicos como fueron los juicios de comienzos de la Revolución; el juicio a Marcos Rodríguez (1964), que en realidad fue el pretexto para liquidar al PSP cuando ya no le hizo más falta y amenazaba con arrebatarle espacios de poder; hasta la puesta en escena —esta vez en la intimidad, sólo para uso privado— para defenestrar a Joaquín Ordoqui, antiguo dirigente de ese mismo partido que detenía el importante cargo de Vice-ministro de Defensa. Pero la Causa n° 1 exigía una puesta en escena más compleja, pues el juicio a Arnaldo Ochoa y a los hermanos de la Guardia tenía implicaciones internacionales y, en la escena nacional, se enfrentaba con un hecho inédito: a la revolución, léase a Fidel Castro, le tocaba «sacrificar a sus propios hijos»: y no a cualquiera, sino al producto más genuino elaborado por la revolución, por encima de los cuales sólo se encontraban Fidel y Raúl Castro; de allí que se impusiera el género de la tragedia, aderezado con el dilema corneliano del conflicto entre los sentimientos y el deber, adaptándolo al soporte tecnológico más moderno: el de la televisión. La puesta en escena tuvo visos de una gran mediocridad, pues lo que estaba en juego y su desenlace trágico era desproporcionado en relación a los argumentos que se emplearon: pero lo importante era el resultado.

El mantenimiento en el poder de la revolución es fruto de una conspiración permanente bajo la forma de una lucha de clanes: clanes en el interior de la isla, clanes en el exilio, mientras la población cubana observa perpleja, a la espera.... Tal vez la seducción que ha despertado la revolución cubana en el mundo provenga justamente de esa capacidad escenográfica que ha demostrado tener su líder máximo, que es propia de las conspiraciones, puesto que una conspiración no es más que una puesta en escena.

EL EROTISMO COMO CAUSA DE FUSILAMIENTO

La Causa n° 1 no alcanzó a tener la alcurnia de un drama shakespeariano, pese a contar con todos los elementos, («Arnaldo Ochoa pertenecía al círculo más íntimo de Fidel Castro, uno de los pocos hombres sobre la faz de la tierra que se atrevía a tutearlo» p. 42) debido a la bajeza de los argumentos, y a lo burdo del montaje jurídico empleados en el juicio. Es difícil que las intimidaciones eróticas funcionen como elementos de acusación para justificar ejecuciones, ni siquiera en un país tan mediocremente puritano como los Estados Unidos han servido jamás de soporte jurídico. En realidad, la fachada de combate contra la droga y contra el erotismo practicado fuera del ámbito de

la pareja legal, —que fue el trasfondo que se le quiso dar al proceso contra Ochoa y a los hermanos de La Guardia ante la opinión pública—, parecía más bien dirigida a la opinión pública norteamericana. Cuesta creer lo que afirma Norberto Fuentes, y aún más, que él mismo llegue a creerlo, que fueron los chismes eróticos de una madre descontenta por el uso sexual que se había hecho de su hija la «que entregó a Fidel Castro más evidencias útiles, para argumentar el crimen» (p. 376) Es curioso que Norberto Fuentes no se haya preguntado, o percatado de que, —cuando el jefe de despacho de Raúl Castro, Alcibíades Hidalgo, lo previno de parte de éste último, de alejarse de Ochoa y de los de la Guardia— de lo que se trataba era de buscar la ayuda de Fuentes para deshacerse de ellos. Dada la jerarquía que detentaban y el poder de convocatoria que poseían dentro del ejército y del Ministerio del Interior, la tarea de liquidarlos no era fácil. Lo que seguramente perseguía el escenario diseñado por Fidel Castro, era obtener a través de su hermano que Norberto Fuentes —tal como lo hizo— contrariamente a la supuesta discreción que le exigía Raúl Castro, alertara a Arnaldo Ochoa y a Tony de la Guardia de lo que se tramaba en contra de ellos, para que, ante el riesgo que corrían, intentaran una fuga del país —pues poseían todos los medios para ello— y así ser cogidos con las manos en la masa. Se les acusaría de haber recibido uno o dos millones de dólares de la CIA para que traicionaran, pues además colaboraban con la CIA en el tráfico de drogas. De haber resultado esta hipótesis, el culpable para «argumentar las evidencias del crimen» hubiese sido el propio Norberto Fuentes. No sucedió así y fue preciso realizar otro montaje, y como el tiempo apremiaba, todos los argumentos eran buenos, poco importaba el grado de mediocridad, o de credibilidad que tuvieran. ¿Acaso no lo afirma el propio Norberto Fuentes: en justicia Fidel Castro actúa por anticipado? (p. 225)

Es de lamentar que Norberto Fuentes recurra también al mismo procedimiento y a los mismos argumentos, develar inclinaciones y prácticas eróticas a manera de venganza y de deslegitimación de la casta. No se justifica, ni aún cuando exista «la situación de las cuentas pendientes con Fidel. Es visceral, es sostenido... «La sed de venganza, en verdad, se te aferra, inextinguible.» (p. 423) Es una pena que derroche su talento narrativo y su conocimiento excepcional en ese género de argumentos que merman la credibilidad de su libro. Lo que podemos constatar es que, pese a las vicisitudes que ha sufrido, Norberto Fuentes continúa inspirándose en los mismos métodos, como fiel producto del «aparato» cubano. Utilizar la vida sexual como elemento de chantaje o de prestigio personal es uno de los recursos más utilizados por el aparato de seguridad cubano. El uso en ese tipo de tareas de mujeres adscritas a la nómina del Ministerio del Interior es frecuente, en particular, ejerciendo su «generosidad» entre los visitantes extranjeros, pero como lo deja demostrado el autor, también la jerarquía cubana puede estar sujeta al mismo «tratamiento».

FETICHISMO Y APARIENCIA PERSONAL COMO PRUEBA DE DIGNIDAD

Las castas necesitan signos distintivos que diferencien a sus miembros del resto de los habitantes. La cubana, ignoro por qué razón, escogió una marca de reloj suizo.

Justamente es en la descripción de los signos distintivos de la casta, de los cuales él no se exime, y de la relación que mantienen entre sí, que Norberto Fuentes demuestra la agudeza de su mirada inquisidora y que revela al escritor que es: son detalles que a veces dicen más que los grandes tratados. La omnipresencia de los relojes Rolex entre la casta y su corte, y la relación fetichista-infantil que mantienen con esa marca —fetichismo que el propio Norberto Fuentes comparte sin disimulo— es una de las características de mayor significado psicológico y sociológico. El Rolex es el signo distintivo por excelencia del rango de los dirigentes y de la jerarquía de los agentes. Por ejemplo, a «un adusto y cuartelario oficial intermedio, no le corresponde disfrutar del agradable peso en la muñeca de esta máquina de navegantes»; (p. 232) si logra ponerse uno, en cuanto se encuentra frente a un jerarca, debe esconderlo y ponerse el Poljot soviético que debe llevar de recambio en el bolsillo. El Rolex, entre los señores de la guerra cubanos, cumple la función del estandarte del grupo. Por ejemplo; el de Raúl Castro es un Rolex Super President Champagne de oro macizo de 18 quilates «que te puede dejar ciego». (p. 233) (Hugo Chávez, Presidente de Venezuela, ya luce en su muñeca un ejemplar de ese mismo modelo; signo inequívoco de pertenencia a la casta.) Para demostrar cuán pedestre es el nivel intelectual del ministro del interior, el general Abelardo Colomé Ibarra, «Furry», el autor recurre al Rolex como metáfora demostrativa: «Furry con una pieza más común, de acero níquel, aunque siempre un Rolex Quartz, pero suficiente para alguien que no tiene la menor idea de lo que significa, incluso en términos filosóficos, (sic) llevar en la muñeca una joya de esa naturaleza.» (p. 233) Norberto Fuentes no explica lo que significa en términos filosóficos llevar en la muñeca un Rolex. Es una pena porque tal vez ello podría explicarnos el origen de ese fetichismo tan particular que actúa como distintivo social y signo de cohesión en la corte del monarca cubano, que no puede ser sólo adjudicable a la tendencia de los países del Caribe por cierto gusto barroco.

Los otros signos distintivos: son los Ray-Ban y los Ladas. Con fina ironía, Fuentes describe esos «atributos, que cumplieran con el realce de la dignidad, que como toda legítima dignidad —es física.» (p. 38) Dignidad es el nombre que le da Fuentes al más puro narcisismo de adolescentes retardados.

MATAR ES HACER POLÍTICA Y EL TRÁFICO DE DROGAS ES LA MANERA DE ESTAR PRESENTE POLÍTICAMENTE EN AMÉRICA LATINA

Mafia, guerra antiimperialista, dimensión lúdica de la guerra, el placer de matar legalmente, por lo que los asesinatos no significan una carga culpable; si existe algún culpable, es aquél que los ordena, y quien los ordena los justifica. Esta es la moral política que se desprende de *Dulces guerreros...*. Según Fuentes, mientras la URSS mantuviera a Cuba, el único papel de la isla era la política y la aventura revolucionaria. Le aconsejaba a Tony de la Guardia olvidarse de los negocios que realizaba en el exterior con MC, para proveer la isla de divisas, y dedicarse a ejecutar a los enemigos de la revolución, que había sido la misión para la cual fue creado ese organismo. «Mata, mi hermano,

mata a un poco de hijodeputas y olvídate de estar trasegando con decodificadores de señales de televisión». (p. 371) Norberto Fuentes comulga con la idea de que la grandeza de un país es proporcional al número de cadáveres que tenga en su haber: «Nadie pasa a la historia por hacer negocios, pero sí por matar. No hay crimen. (...) Hay estadistas y soldados. Hay órdenes.» (p. 372) Pero en algo dice haberse equivocado, es que la actividad comercial, el tráfico de drogas, era un asunto político, no económico. Algo parecido ya le había dicho Aldana, entonces secretario ideológico del Partido, repitiendo palabras de Raúl Castro, quien aducía el tráfico de droga como algo que tenía que ver con la independencia; como una vía de escape de los países latinoamericanos. Por su lado Tony explicaba que si no se trabajaba con «determinadas mercancías no puedes entrar en la política latinoamericana.» (p. 372) Pinceladas con las que quiere dejar demostrado que el tráfico de droga en Cuba obedecía a una racionalidad, no sólo comercial sino también política, que no deja de tener su fundamento. El fracaso de las guerrillas en América Latina no significa que Cuba haya renunciado a mantener una presencia activa y a continuar interviniendo en la política interna de esos países. Y es cierto que la producción y la comercialización de la droga ha alcanzado proporciones económicas y políticas difícilmente desdeñables en el marco de una *real politik* en ese continente. Ejemplo de ello, el Plan Colombia que ha diseñado Estados Unidos valiéndose del pretexto de la droga, cuyas consecuencias, dada la simultaneidad de la crisis que golpea hoy a los países andinos, pueden convertir a la zona en un próximo escenario militar, cuyas proporciones dejaría la reciente crisis centroamericana en el rango de un juego de niños.

Un elemento de sumo interés en *Dulces guerreros...* son los enfrentamientos que supuestamente se dan en la cúspide de la pirámide, entre Fidel y Raúl Castro. Este último siempre se ha mantenido a la sombra del hermano. Sumamente irritable por «femenino», —así lo califica Norberto Fuentes que de paso confirma lo de su avanzado alcoholismo—, no obstante, nunca había trascendido ningún enfrentamiento entre los hermanos como el que narra Norberto Fuentes, que tuvo lugar delante del embajador ruso en La Habana, al punto de que el hermano menor llegara al extremo de amenazar con renunciar a su cargo de Ministro de las Fuerzas Armadas. Fuentes nos muestra a un Raúl Castro, contra la opinión de su hermano mayor, partidario de una «*perestroika* suave».

Otro motivo de enfrentamiento entre los hermanos, según el autor, se debió a que Raúl Castro sentía animadversión por Ochoa por la jerarquía que éste había adquirido debido a su capacidad militar. Pese a ello, Fidel Castro lo nombra, sin la autorización de su hermano, —a quien de hecho le corresponden los nombramientos como Jefe del Ejército— Jefe del Ejército de Occidente. Esta sería la clave del entramado que condujo al fusilamiento de Ochoa. Pues, por otro lado, Ochoa, imbuido de su condición de héroe parece que tuvo la osadía de ponerle condiciones a Fidel Castro para aceptar el cargo, Ochoa se ganaba una doble condena a muerte. En la posguerra cubana, todo parecía converger hacia la tragedia.

Pese a la admiración que siente por Fidel Castro, por sus dotes de táctico infalible, el autor no disimula el placer de tomar venganza, revelando hasta qué punto éste se equivocó en sus análisis acerca de la situación que se vivía en la URSS, previa a la *perestroika*, y que fue, según Fuentes, la causa del descalabro de Cuba. Afirma que Castro no se percató, y por eso lo trató con displicencia, hasta qué punto Yuri Petrov, entonces embajador de la URSS en La Habana, era un hombre clave del entorno de Boris Yéltsin. Tal vez el hecho de poseer esta información es lo que hace que Norberto Fuentes afirme que Fidel Castro, ignorando «el verdadero alcance de sus conocimientos», le haya permitido la salida de Cuba. Ello demuestra hasta qué punto Norberto Fuentes continúa poseído por la influencia del «Comandante en Jefe», pues sólo en el estrecho entorno del líder máximo puede adjudicársele algún alcance al hecho de revelar esa información, en el sentido de minarle a éste el prestigio, lo que se supone es el propósito de Fuentes.

EL CORTESANO Y EL ENAMORAMIENTO POR LOS GUERREROS

Una ojeada a los reportajes escritos por Norberto Fuentes demuestra su fascinación por la guerra, los guerreros, y la Seguridad del Estado y «sus soldados del silencio» personificados en el libro por Tony de la Guardia, a quien le está consagrado gran parte de éste, cuya foto aparece en la portada en plena faena de combate y cuya biografía, parece, se proponía escribir con la anuencia del propio Tony. La fascinación, el amor narcisista que ejercía la personalidad de Tony de la Guardia en Norberto Fuentes es una de las claves de la obra. Es el intersticio que deja entrever la dimensión íntima de su fascinación por los guerreros y el papel de cortesano que Fuentes detentaba en el entorno de la casta. Pese a demostrar de pasada ciertos reproches acusando de traición a Patricio y a Tony de la Guardia, sin aclarar la causa, no hay duda de que sentía una verdadera fascinación «ante el joven hermoso y hasta tierno, que venía de los dominios de la muerte, fue algo que el Brother (se trata del propio Norberto Fuentes) disfrutó (...) Endurecido y curado por la sal de la guerra pero consciente de ser hermoso y que aquella tarde hizo, típico en él, un ligero gesto con la comisura de sus labios, abajo y hacia atrás (...)» (p. 438)

En un ir y venir de reflejos de imágenes, de desplazamientos de un espejo al otro, de situaciones apenas esbozadas, a medida que narra su relación con Tony de la Guardia, va también delineando su papel de cortesano, el cual no está exento de esa adulación que busca provocar en el interlocutor una situación regresiva, que lo disponga a brindarse, a la entrega, a la confidencia. Norberto Fuentes dice que había un problema en el sistema de comunicación de ambos, y es que Tony estaba convencido de que, además de ser «los más brother del mundo, él (Tony) era también una especie de héroe de uso particular mío» (...) «no todos los ciudadanos disponían de un héroe para su uso particular y lustre.»

Norberto Fuentes no parece haber ocupado otro cargo que el de simple cortesano durante el período en que transcurre su narración. No parece que detentara ningún cargo en particular. Los privilegios de los que gozaba prove-

nían de sus relaciones con miembros de la casta: las migajas que les caen a los cortesanos son proporcionales al grado de privilegios que detentan los monarcas. Le regalaban dólares; era el encargado de guardarles los maletines; se refiere a un maletín que contenía medio millón de dólares, otro contenía los consabidos Rolex y otros artefactos. Nunca explica ni de dónde provenía ni de quién era, ni para qué, ni tampoco qué hizo con él famoso maletín. Frequentaba el gimnasio de la casta, lugar privilegiado para los chismes; cuando lo llamaban de alguna oficina, él se encontraba en la cama con alguna mujer. No tenía ocupación. Tenía disponibilidad de tiempo.

No es nueva la necesidad de complementariedad que existe entre las monarquías y los cortesanos; ya Castiglione se ocupó del asunto en el siglo XVI —y la relación de complicidad y de seducción del autor con la aristocracia de los señores de la guerra es parte de esa dinámica. Relación especular en la que cada uno refleja la imagen del otro —de hombres que sólo pueden amar a su propia imagen, por lo tanto sólo aman a su semejante masculino— alimentada por un narcisismo, que al igual que el que le da origen al nombre, los ahogará en las aguas de su propia imagen, o en la tibieza de su propia sangre, como fue el caso de Antonio de La Guardia y de Arnaldo Ochoa.

De allí que la asociación que hacían los griegos del guerrero con la femineidad no sea arbitraria. Una legislación de la Grecia antigua,⁵ prescribía inscribir sobre las tumbas el nombre de quienes no habían muerto en el campo de batalla, y de las mujeres que no habían muerto de parto. El esfuerzo del parto era asimilado al esfuerzo del combate guerrero. Ambos eran considerados como esfuerzos físicos dignos de recibir el nombre de *ponos*; término que designa el dolor del parto. El *ponos* es también lo que el muchacho debe aprender a soportar para aprender a ser un hombre. El parto vendría a ser entonces para la mujer una prueba viril y, a la inversa, la guerra sería entonces para los hombres la manera de vivir su parte de femineidad: guerra y femineidad conformarían una *diada* complementaria. Curiosa asimilación, que tal vez contenga la clave del origen de la guerra y de la fascinación que ésta ejerce en los hombres. El narcisismo, ese enamoramiento consigo mismo, se le suele adjudicar a las mujeres, sin embargo, el sustrato del universo del guerrero es la fascinación por sí mismo, porque su cuerpo es la fuente de su *performance*. Cada uno es el espejo del otro. Los guerreros se aman entre sí, porque en el otro encuentran a su igual; la repetición de su propia imagen. No es propiamente un deseo homosexual, sino un enamoramiento de sí mismo. No es casual la preferencia que parece cultivar Norberto Fuentes por ciertas prácticas sexuales. Su narcisismo le da preferencia a indagar una dimensión del cuerpo femenino, pues él sólo conoce un único conducto corporal que se proyecta en el interior del vientre: el suyo. El reconocimiento de la vagina equivaldría a admitir la existencia del Otro, y eso, para un narciso, significa la

⁵ Nicole Loraux, «Les hommes donnet leur vie, les femmes donnent leur fils», en *L'Homme*, enero-marzo, París, pp. 37-67.

caída en el abismo: el abandono de sí mismo. Como le sucederá, si es que no le ha sucedido ya, cuando se percate de que «ese músculo que nunca le falla» está supeditado a la producción de ciertas hormonas la cual tiene una duración limitada en el tiempo.

Numerosas y concordantes han sido las reacciones relativas a la obra de Fuentes por su falta de escrúpulos relativos a la intimidad sexual, por la ausencia de ética, por su cinismo, su falta de fidelidad hacia sus amigos, y al hecho de no expresar el menor amago de arrepentimiento de su parte. ¿Pero acaso podía actuar de otra forma quien ha sido producto y formado parte de una casta que se rige por normas extrañas a la ética y al escrúpulo moral y que siempre ha vivido fuera de la ley? Pese a todo lo que calla en su libro, Norberto Fuentes no parece querer demostrar lo contrario. Su propósito parece ser más bien mostrar, precisamente, el grado de baja moral y ética de la casta y de la corte que la rodea, incluyéndose a sí mismo.

Si Fuentes se encuentra hoy en el exilio, es porque él así lo decidió. Él mismo ha admitido, que incluso después de los fusilamientos de sus amigos, fue invitado a Palacio por Fidel Castro.

En la entrevista ya citada, publicada en el ABC, Fuentes explica que después del proceso de la Causa nº 1 y de su desenlace, él «renunció a todo», pero, no a su ideología, que hizo más bien esfuerzos para mantenerse en el proceso, (sic) y mantenerse en el desarrollo de los acontecimientos, y que todavía en enero de 1990, Fidel Castro lo invitó a dos recepciones en Palacio. Fue en la segunda recepción, en la que se percató de que «ese mundo cortesano» había llegado a una situación similar a la que Borges calificó en la Argentina de «tiempo de oprobio y bobería.» ¿Por qué vino a percatarse sólo en ese momento? Si él compartía el entorno de la casta y parecía no molestarle ese mundo de oprobio. ¿Acaso lo habían convertido en no-persona que es lo que suele ocurrirles a los caídos en desgracia en la isla? ¿Acaso se negó a cumplir con ciertas misiones como, según afirma, le sucedió a Tony de la Guardia quien debía su caída al hecho de haber eludido ejecutar a Rafael del Pino, el general de aviación que desertó en Key West en 1987, y tuvo temor de correr la misma suerte que Tony? Según sus propias palabras, citando la misma entrevista acordada al ABC, la repercusión de la Causa nº 1 es política y marca el fin de la revolución cubana (sic): y el mensaje que se desprende de ella es que Fidel Castro, para mantenerse en el poder, estaba dispuesto a «liquidar fríamente a los hijos más leales y brillantes de la revolución cubana».

El verdadero mensaje de la Causa nº 1 no es demostrar que Fidel Castro está dispuesto a liquidar a los opositores: eso lo ha estado realizando desde siempre. La novedad radica en que el terror llegó a la matriz misma de la casta. Que la rivalidad ya alcanza a los hermanos Castro. Que la aplicación de métodos tan drásticos en el entorno jerárquico más inmediato demuestra la decadencia del régimen. Si no respetó la vida de un general, héroe de la república que cubrió de gloria militar a Cuba, y la del más fiel agente de las actividades ilegales de Cuba en el mundo, qué no se atrevería con un hombre de estatus ambiguo, entre escritor, agente de la contrainteligencia y aventurero,

que había perdido sus puentes con el poder y por ello se encontraba a la defensiva? ¿Temió que le prepararan una coartada para deshacerse de él, sin juicio, sin puesta en escena? ¿Temió que, como a José Abrantes, le «dieran el ticket de una sola vía»? (p. 422) ¿O simplemente perdió los privilegios, porque los miembros de la casta que se los permitían habían desaparecido? Ante el silencio que guarda Norberto Fuentes al respecto sobre ese capítulo de su vida no queda más remedio que recurrir a las conjeturas.

Porque, si bien Norberto Fuentes en sus comienzos como escritor tuvo una reputación de disidente cuando publicó *Condenados del Condado*, con el cual obtuvo el Premio Casa de las Américas (1968), —es la época en que va tomando cuerpo la crisis en el mundo intelectual cubano que desemboca en el caso Padilla a raíz del cual, por cierto, el comportamiento de Fuentes fue de una ambivalencia extrema: primero pasó por la autocrítica, como todos los que participaron en aquella farsa grotesca, para luego, sorpresivamente, adoptar una actitud rebelde, pero sin consecuencias—, a partir de entonces se convirtió en el escriba oficial y copartícipe de las aventuras militares de Cuba en el mundo. Lo que significaba una posibilidad de viajar al exterior, uno de los grandes privilegios que detenta la casta. Viajes que por lo general permiten proveerse de Rolex, Ray-Ban y cuanto artefacto nuevo produzca el mercado norteamericano

La desinformación es una técnica corriente de todos los servicios de contra-inteligencia, y Fuentes se describe a sí mismo como «el escritor del grupo (grupo que formaban Ochoa y los hermanos de La Guardia) con una vieja historia de disidente, pero siempre mantenido dentro de las fronteras de la revolución, que había accedido al grupo por sus características de aventurero.» (p. 91) Mantenerse dentro de las fronteras de la revolución significa recibir instrucciones, no sería de extrañar pues, que su participación contradictoria en el caso Padilla fuera consecuencia de una operación de desinformación.

Norberto Fuentes sitúa su última obra en el género del ensayo. En realidad, *Dulces guerreros cubanos* es un híbrido. No es ensayo, porque está muy lejos de poseer el nivel de reflexión y de introspección que requiere el género. Si los *Essays* de Montaigne le han otorgado la jerarquía al género, el de Norberto Fuentes es la negación del mismo.

Tampoco es novela, porque la realidad que narra rebasa la ficción, pero al tratar de narrarla con procedimientos de ficción, como es el caso, aparece como una novela no lograda. Además, el personaje de lejos más interesante, que es el propio autor: el hombre de letras que ha privilegiado dedicarle más tiempo a ejercer de *voyeur* de la guerra y a la cercanía con los guerreros que a la pluma, sin embargo no se adentra en él; lo deja yermo. Tampoco es una autobiografía pues, pese a ser un prisionero de su yo y de construir, como en todo propósito autobiográfico, una versión protagónica del yo, pese a no concordar con la realidad, es poco lo que cuenta acerca de su vida, sus motivaciones, su origen y es demasiado lo que calla. Tampoco es una confesión, pues está muy lejos del nivel de introspección de un Rousseau y de un San Agustín.

Voyeur de la guerra, a veces también guerrero por persona interpuesta, el suyo fue también el papel del confidente, del personaje, aparentemente secundario, del teatro clásico, sin el cual la trama no podría realizarse ante el público, pues es, precisamente, ese personaje, doméstico o ama de llaves, el que hace posible el desarrollo de la intriga: por eso en el teatro clásico no existen personajes secundarios.

Pese a su capacidad de deconstruir, cabe preguntarse si Norberto Fuentes no pudo con la tarea de realizar el libro que se esperaba de él, o si las zonas de sombra y los silencios son voluntarios por temor o, simplemente, porque aún no ha se operado en él el encuentro consigo mismo.



Viejas tesis sobre el cuento

Pedro Juan Gutiérrez

I

En los últimos años me he convencido de que lo más importante para escribir un cuento, lo absolutamente imprescindible, es aprender a *no* escribirlo. Ese ejercicio de contención y humildad se convierte en una tortura para alguien que se cree escritor. Y que por tanto debe escribir. Hace mucho dejó de existir —si alguna vez existió— el oficio de pensador.

No queda más remedio que someterse a esa angustia. Es el único modo: guardar silencio. Pensar. Esconder el cuento dentro de uno. No escribirlo, resistir la tentación, durante semanas, meses, años. Olvidarlo. Hacer otra cosa mientras tanto, por ejemplo, vender programas para *personal computers* de puerta en puerta (unos años atrás hubiera aconsejado algo más clásico, por ejemplo vender de ese modo la *Enciclopedia Británica*).

Al fin, un día inesperado, sobreviene un ataque de lucidez y en medio del resplandor uno percibe que aquel espermatozoide de cuento, aquella célula microscópica que hace mucho tiempo que uno eyaculó, ha tomado forma, ha crecido, y ya es un feto de cuento. Un intra-cuento. Listo para salir al aire y a la luz. El señorito reclama independencia, libertad y soberanía. Y hay que otorgárselas. De lo contrario provocará una rebelión terrible dentro de nosotros y podría inocularnos el virus de la locura, como le sucedió —por citar un ejemplo cualquiera— a Kafka, que de tanto contenerse, de tanto olvidarse, se le acumulaban dentro muchas fotos hasta que transmutó en paranoico total y esa enfermedad derivó en tuberculosis, se disfrazó, quiero decir, para poder expresarse y poder acabar con la vida que la contenía. Ojo: ese riesgo sigue latente para cualquier escritor.

II

Supongo que cuando al fin —vacío de todo, permeado solamente por la lucidez— uno comienza a escribir el cuento, sabe muy bien que lo esencial es que el lector

sienta en su pellejo el restallido del látigo. Pero no puede ver el látigo. Sólo le dejaremos sentir el picor doloroso en su piel, y al mismo tiempo escuchará el trallazo del cuero en el aire. Pero —insisto— jamás podrá ver el látigo. Ni siquiera podrá presentir por dónde lo atizaremos. Quizás piense que será en la espalda. Y nosotros —sarcásticos— le meteremos el cuerazo en las nalgas.

Es el placer sádico del escritor. Golpear sorpresivamente. Y del lector masoquista. Sentir el gusto ansioso de recibir el latigazo en su piel, después la morbosidad de mirar una y otra vez la marca roja y sangrante. Y lamerse para saborear el hierro de la sangre.

Un sola flagelación. Un cuerazo perfecto. Bien asestado. Mágico, inesperado. Que lo haga despertar de su letargo, de la somnolencia cotidiana. Entonces el lector dirá: «Oh, terrible la vida». Y despertará un poco, temeroso. Asustado como un perro callejero. Si se logra ese pánico el cuento es excelente.

El mejor elogio que he recibido jamás de mi primer libro de cuentos (*Trilogía sucia de La Habana*) me lo otorgó una señora sutil y encantadora, deliciosa escritora ella misma, creo que vasca, que se llama María Amezúa y que vivió algunos años en La Habana. Cuando le pregunté si ya se había leído el libro, me contestó, eludiendo mi mirada y dirigiendo su vista en diagonal hacia un enorme ventanal donde rutilaba la luz infinita y azul del mar Caribe, intentando respirar porque se ahogaba sólo con mi cercanía:

—Me leí las primeras páginas, pero no pude seguir.

—¿Por qué?

—Me da miedo, Pedro Juan. Me espanta.

Pasaron los meses y comprendí que era cierto. No sólo le tenía miedo al libro, sino también a mi presencia. Me temía, me rechazaba, me eludía. Le faltaba el aire cuando me veía. A veces coincidíamos en algún sitio donde teníamos que permanecer algunas horas, y entonces era ostensible. Hacía todo lo posible para evitar que nuestras miradas se encontraran y así no tenía que saludarme ni siquiera con una inclinación de cabeza. Yo percibía que María Amezúa —y éste es su nombre real— tenía miedo. Se sentía asqueada con mi presencia. Posiblemente, casi seguro, me odiaba. Me odia por haber escrito ese libro que jamás podrá leer porque le quema en las manos.

¡Oh, María, bendita tú eres entre todas las mujeres! Ése es el *lector-perfecto*. El *no-lector*. El *lector-imposible*. El lector capaz de retraducir de nuevo el libro a la realidad y crear a pies juntillas en el truco mágico que he realizado ante sus ojos. No percibió que escribí un libro con la mano derecha, ante sus ojos verdes (María Amezúa tiene unos ojos verdes, verdes, verdes. Verdes hasta el agua). Mientras con la mano izquierda ejecutaba el truco imperceptible.

Aspiro a ese lector. Aspiro modesta, humildemente, a tener —al mismo tiempo— seis mil millones de lectores como María. Paralizados. Tensos. Temerosos ante mi látigo.

III

Para llegar a ese latigazo perfecto la vía mejor es la misma que utiliza el arquero zen. Ese buen señor se olvida de la diana y lanza su flecha. Pero sabe que va

a dar en el centro. Está seguro de ello y sabe que su flecha llegará, sin errar ni una micra. Jamás piensa en el blanco. Sólo coloca su pensamiento en la flecha que tiene en sus manos, en una cuerda que tensa, en un arco que se dobla, en sus músculos que se endurecen. Y en el aire. Hay una flecha que surcará el aire zumbando. Una flecha que cortará el aire de un tajazo, con una gracia perfecta. Una flecha que saldrá disparada hasta el sitio ideal.

Para lograrlo el arquero tiene que ser el tipo más humilde de la tierra porque necesita olvidarlo todo. Lo único que le interesa es su flecha. Eso es lo único que existe en ese instante. Una flecha y un poco de aire y el cerebro en blanco. Fuera de esos elementos, todo lo demás es un exceso incompatible con su oficio mágico de arquero zen.

IV

De este modo el texto final no se agotará jamás. Será capaz de generar lecturas diferentes una y otra vez, hasta el infinito. Y ésta debe ser la máxima aspiración de un escritor: fabricar máquinas generadoras de interpretaciones. Construir mecanismos tan meticulosamente perfectos como un reloj suizo clásico y que provoquen millones de lecturas nuevas. Una para cada lector. Algo nuevo siempre, cada vez que se lea. Ése es el cuento ideal.

Entonces es cuando la flecha hace diana perfecta. Y repite siempre, con cada lector, su golpe mágico, el latigazo restallante en el duro, cínico, desconfiado, escamoso pellejo del lector, que espera, adormilado como un cocodrilo, que alguien lo pinche violentamente para sentirse vivo en medio del pantano de miasmas podridas en que a veces se transforma la vida.

Siempre he pensado que un buen escritor es, a fin de cuentas, como un buen mago que asombra a su público con trucos que parecen imposibles. Pero nadie puede descubrir jamás cuándo ni cómo los ejecuta.

Por eso me causan risa los libros y los cursos y talleres para «enseñar» a escribir. ¿Houdini mostró alguna vez cómo lograba zafarse a tiempo de las cadenas y candados, salía de un baúl herméticamente cerrado, y ascendía nadando a la superficie desde el fondo del puerto de New York? ¡Jamás tuvo ni un discípulo! Tampoco tuvo ayudantes porque tendría que asesinarlos sistemática y regularmente para evitar que revelaran las trampas que ayudaban a realizar. Houdini era un asceta, un ermitaño, un solitario, un monje, un esclavo de su arte incomparable y fabuloso. Hizo lo que tenía que hacer: morir mientras ejecutaba uno de sus trucos y llevarse sus secretos a la tumba. Algo digno de un genio.

Eso hacen los grandes escritores: dejar un libro inconcluso y llevarse sus secretos a la tumba. Ninguno puede enseñar a escribir. Y no es que los grandes escritores *no quieran* o no sean generosos y nobles. No. Se trata simplemente de que *no pueden*. Y es que en realidad *no saben* por qué escriben tan bien. Ni se lo imaginan.

Claro, esto último nadie lo reconoce. En un mundo tan racional y pragmático es imposible, es increíble, que alguien diga tranquilamente: «No me imagino cómo escribo, nunca me lo he preguntado». Perdería credibilidad, imagen y todo eso que ha puesto de moda el espíritu mercantil de la época.

Pero los escritores verdaderos saben que al final todo es oscuro o instintivo. Que no existe una poética particular ni una filosofía de la composición, ni un decálogo de nada. Todo queda en el mundo táctil de las obsesiones. Y quizás la única verdad es que todos fabulamos. Todos, desde niños, hacemos historias, las inventamos, las exageramos, las multiplicamos, disfrutamos diciendo mentiras, engañando, adornando la verdad, diciendo sólo una parte y escondiendo otra, de acuerdo con nuestra conveniencia. Y todo obedece a una razón simple y obvia: el hombre es un animal fabulador que necesita de los mitos y de la magia y que necesita comunicar. Pero a muy pocos se les ocurre escribir alguna de esas historias que nos contamos unos a otros. Escribirlas significa pasarlas del aire a un papel y de la memoria a un código de signos. Esa traslación, esa traducción es la que tiene que aprender a realizar el escritor. Y tiene que aprender solo. Terrible pero cierto. Si tiene suerte le alcanzará la vida. De lo contrario se le irá todo el tiempo disponible en intentar aprender. Y jamás lo logrará. Siento ser tan crudo, pero es la verdad. No hay otro modo de decirla.

El gallo de Diógenes

Reflexiones en torno a lo testimonial en los novísimos narradores cubanos

A la memoria del Maestro Salvador Redonet, negrito colibrí.

Habiendo Platón definido al hombre «animal bípedo sin plumas», tomó Diógenes un gallo, y, desplumándolo, lo soltó en la Academia gritando: «he aquí el hombre de Platón».

DIÓGENES LAERCIO,
Vida de los filósofos más ilustres

1

Ronald
o
Menéndez

La existencia de un elemento testimonial preciso, diferenciable del orden del discurso que sobre el testimonio se ha legitimado en Cuba desde los años sesenta, es componente cualificador de los novísimos narradores cubanos. Tal diferencia, como veremos más adelante, está signada por el desplazamiento de sus términos con respecto a aquel testimonio militante de izquierda generado en el ámbito de la emancipación latinoamericana. Una lectura cultural del testimonio latinoamericano, debería establecer, ante todo, el deslinde de tres aspectos que al calor de su ponderada evidencia suelen darse en bloque. Estos son: 1) La obra en su definición genérica; 2) El proyecto social y la práctica en que se inscribe; 3) El espacio letrado de su legitimación. La relación de esta trinidad imita en misterio a la canonizada; a veces sus tres elementos parecen abandonarse en un flujo compartido, otras se jerarquizan, se interdefinen o se superponen parcialmente. Al respecto, podríamos perdernos en una valiosa digresión que sólo creo eludible en nombre de la brevedad que se impone. No obstante, valga una digresión menor para explicar una relación fundamental entre los tres aspectos. Tenemos

una relación complementaria: la obra como práctica legitimadora de un proceso sociopolítico, y el proceso como evidencia histórica y realidad social legitimante. Partiendo de esta mutua correspondencia entre la obra y la práctica social en que se inscribe, tendremos un pilar de su definición genérica si analizamos su acceso al espacio letrado de legitimación. La toma de posición asumida en Casa de las Américas es nuestro paradigma a nivel infraestructural; la institución del Premio y de la serie Testimonio, dentro de la colección «Nuestros países», canaliza hitos como *Me llamo Rigoberta Menchú* (Premio Casa de las Américas, 1983), o, *Si me permiten hablar* publicada posteriormente. De modo que la fundación genérica del testimonio nace de la práctica social en que se inscribe; e inmediatamente aparece ligado a una práctica discursiva letrada que alcanza estatuto de agenda académica. Para esto último, téngase en cuenta su inserción en el ámbito —para decirlo con John Beverley— de esa institución del imperialismo moderno que es la Universidad, a través de publicaciones y corpus de análisis de investigadores como: George Yudice, Mónica Walter, Gaytari Spivak, entre otros. Reflexionar en torno al testimonio latinoamericano suele traducirse en una toma de posición que se refracta hacia las esferas políticas e ideológicas, sin implicarse en ello, desde luego, una pérdida del estatuto científico o estético. El proyecto emancipatorio y continental por el cual se pronuncia nuestra insularidad socialista, verifica *in situ*, en los ámbitos de una política cultural orgánica, los tres aspectos antes enunciados. Se reconoce, desde la oficialidad letrada, la presencia de determinada práctica sociopolítica latinoamericana, en cuya vanguardia se ubica nuestro país. El testimonio literario de izquierda es el tópico recuperable, donde conviven la ideología de esta praxis política y la artísticidad. Podría decirse que la definición artística del testimonio es quien fortalece su participación, desde el campo intelectual, en una toma de posición política; como si esta función política quedase amparada (relativamente inmune) en el principio de autonomía que por definición ostenta el campo artístico. Estratégicamente, el testimonio aparece como un género donde lo referencial recorre en varios sentidos el fundamento de su definición. (Entiéndase «lo referencial» en términos de procesos culturales, que implica lo fenoménico así como sus lecturas: la sensorialidad y praxis del sujeto histórico, pero además, su construcción desde las esferas discursivas). Los estudiosos, por diferentes caminos a veces, llegan a establecer el testimonio como «historia-otra», especie de mensaje alternativo o voz del silenciado, con ello dirigen su proyección epistemológica hacia los dominios de lo referencial, de lo histórico. No sin cierta ambigüedad que se cobija en el género, hibridando lo artístico, lo ideológico, lo (auto)biográfico, la crónica. John Beverley, en una lúcida y mesurada introducción (*Against Literature*), se refiere a cierta metonimia textual que equipara en el testimonio historia de vida individual con historia de grupo o pueblo. En este sentido —continúa Beverley— «el narrador del testimonio no es el subalterno como tal, sino más bien algo así como un ‘intelectual orgánico’ del grupo o clase subalterna, que habla a (y en contra de) la hegemonía a través de esta metonimia, en su nombre y en su lugar». De este modo, el suje-

to enunciador pretende disolverse en la voz colectiva del grupo a que pertenece, construyendo la 'historia' de su espacio cultural. En este sentido, el testimonio suele ser leído en su tensión permanente (ecos de dialéctica socrática) con respecto al discurso histórico hegemónico. Ahora bien, trayendo una oportuna observación de George Yudice, este se refiere al caso cubano (y al de la Nicaragua revolucionaria), en que el testimonio aparece 'estatalmente institucionalizado'. Lo cual, en los marcos del discurso nacional, adquiere condición de 'historia hegemónica', que se propone como historia alternativa legítima para el resto de la periferia latinoamericana. La toma de posición cubana al respecto podría leerse como una especie de cabeza o 'centro de periferia': Para los de adentro, la ideología del testimonio se oficializa y adquiere carácter de ideología hegemónica; para la periferia latinoamericana, sigue apareciendo como alternativa ideológica, como voz del subalterno.

2

La tipología de «Cuento-testimonio», que intento hacer operativa en el subcampo de la más reciente promoción de narradores cubanos, responde al punto de vista de que dicha categoría genérica es tipologizable, dado su carácter de modelo, sistema formal e ideológico, a partir de la producción de las obras particulares. La evolución de reflexiones propias ha logrado apartarme de espejismos como «novísimo testimonio cubano»; quedando «lo testimonial» dentro de la pertinencia distintiva para una zona de la obra de estos narradores. No podría hablarse de testimonio, puesto que el discurso de la construcción del género, ha adquirido, con su institucionalización, densidad de ortodoxia. Precisamente, tal ortodoxia, podría verse como uno de los factores que en mayor medida ha estimulado, en estos narradores, la necesidad de una emergencia desautomatizadora del género. No obstante, en estos productos subversivos, falazmente referenciales, desautomatizadores, debemos reconocer aún el hilo definitorio del componente testimonial. Es la persistencia del paradigma testimonial lo que garantiza, dentro del cuento, la oposición epistémica con respecto al testimonio ortodoxo.

Según Mónica Walter: «Presenciamos el desplome de un proyecto político-social y con ello el derrumbe de una utopía, cuya ubicuidad completa en una parte del mundo resultó engañosa. Todas las categorías, hasta ahora consideradas intocables, han entrado en crisis: sujeto histórico, humanismo, dialéctica, progreso y la utopía misma. Predomina un gesto radical de rechazo que refleja los cambios profundos que vivimos... »

Sin dudas, esta circunstancia atraviesa el campo artístico-literario cubano de finales de los ochenta, en que ocurre la más radical revisión y reformulación de paradigmas que se haya operado en nuestro campo intelectual desde 1959. La definición del testimonio sobre muchos de estos valores que van siendo cuestionados, por una suerte de «efecto mariposa», llega a estremecer el espacio ontológico. Su debilitamiento político es compensado desde la fundamental autonomía que poseen las esferas artísticas. Terreno propicio para una reformulación de paradigmas y una reescritura del género, que opera como

diálogo contestatario ante el estremecimiento hegemónico del testimonio institucionalizado. Este es el caso de obras producidas desde finales de los ochenta por autores muy jóvenes, que comienzan a ubicarse en las nuevas posibilidades combinatorias que aparecen en nuestro espacio de las tomas de posición.

3

Lo testimonial en la producción de los novísimos, puede ser verificado en: 1) su carácter de discurso alternativo, mayormente asertivo y dialógico; 2) su juego de ilusión referencial; 3) la perspectiva autoral en que el sujeto subalterno simula su pertenencia al grupo, y propone su voz como representativa de la posición social en que se inscribe. Tenemos el caso de cuentos que abordan el tema de la guerra, como prismas a través de los cuales se verifica un espectro de asuntos problematizadores del paradigma humanista, propuesto por el discurso ideológico oficial como soporte de la incursión cubana en África. En un texto como «*Relato*», de Rolando Sánchez Mejías, la guerra se traduce en imágenes, en impresiones de muerte que nada tienen que ver con el heroísmo y el triunfo, sino más bien con una irreversible pérdida del individuo (física y moralmente), como aquel punto kafkiano en que el fin imantador se le impone al sujeto. Comienza el narrador: «Mi historia es la siguiente. Hace años estuve en la guerra. ¿Sabe lo que es la guerra? Usted sólo debe conocer de escaramuzas, no debe tener conciencia del sortilegio de los límites, del juego de los campos... Pero bien, olvide por un momento el encuentro de los ejércitos. La historia de cualquier guerra es a la vez más sencilla y más incomprendible. Mire estos personajes, por supuesto reales: un soldado tendido en el bosque, un sanitario que no sabe que hacer con las vísceras del soldado, y un médico —yo—, que sabe perfectamente lo que tiene qué hacer con las vísceras, por lo menos desde un aspecto práctico...»

La subversión del paradigma «sujeto-heroico», desde el rol temático del soldado, asume carácter deconstructivo y nítida oposición en una obra que demoró su publicación por más de siete años; me refiero a la novela (Premio David, 1989) *Cañón de retrocarga*, de Alejandro Álvarez. Hacia el final de la historia, el protagonista (soldado agonizante), en un acto de patética rebelión que adquiere dimensión simbólica, se niega a ser construido como héroe de un discurso manipulador: el que resulta de la actividad modalizadora del autor. A esta actividad opone el soldado su agonizante cabeza negadora: su vida no es negociable por el ideal de mártir.

Otro caso que quisiera traer es la novela *Mata*, de Raúl Aguiar Álvarez, publicada en la Colección Pinos Nuevos, 1985. Su transgresión se construye, en primer lugar, sobre el sistema de personajes: el traidor, el cobarde, la relación individualista y deshumanizada que impone toda guerra, y que la Historia eufórica suele sumergir bajo abstracciones y heroísmo teleológico. Todo esto es reflexionado recurrentemente por el protagonista: «... se pregunta qué coño ha venido a hacer aquí, cómo permitió que le arrebataran la libertad de un día para otro —como un traje rasgado en medio de la calle—, esas

calles fantasmas llenas de amigos brumosos de pelo largo y muchachas de invierno en el cine Yara». La novela de Raúl me remite más a la concepción que tendría de la guerra un personaje de Stephen Crane, que a los argumentos de la narrativa cubana de la violencia, en los años sesenta.

Para esta zona temática, lo testimonial se define desde una evidente referencialidad histórica: esa historia alternativa que es el rostro oscuro de la guerra cubana en Angola. En no pocos casos (Ángel Santiesteban, Alberto Garrido) el autor discursa desde el estatuto del personaje, proponiendo (simulando) él mismo su condición subalterna, su rol de sujeto ecuménico.

Otra zona testimonial se enclava en la histórica demonización, popular y oficial, con respecto al emigrante disidente. Dicha demonización parte de mecanismos discursivos que tienden a confundir el Estado con la Nación, y a refundir monolíticamente dos aspectos que, por definición, deberían ser desligados: la representatividad del Estado y la estratificación del pueblo. El sujeto disidente tiene dos hitos fundamentales en la Historia cubana revolucionaria: el éxodo a través del Mariel (1980), el reciente éxodo conocido como ¿crisis de los balseros? (1994). Ocurre un curiosísimo fenómeno en que el primer desangramiento lleva aparejada una acción social que legitima la demonización; en cambio, el segundo éxodo, no solo carece de digno repudio popular, sino que es tratado oficialmente en términos más cautelosos. La espontánea sustitución del escatológico «gusano» por la épica azarosa de los «balseros», es síntoma de un cambio en el orden de la tolerancia. Asimismo, el éxodo de los ochenta fue tratado, en su momento, desde un testimonio que estigmatiza al emigrante. Retomando el citado ensayo de George Yudice: «La recopilación de testimonios en torno a los acontecimientos del éxodo de Mariel (...) es buen ejemplo de la tentativa por construir un sujeto popular mediante la representación demonizadora de una diversidad de «otros». Este sujeto puede encontrarse interpelado hoy en día en la antigua embajada del Perú, donde se ven fotomurales de la «escoria» —individuos extravagantes, homosexuales y lesbianas, delincuentes y apátridas con caras de susto... expresos contrarrevolucionarios, testigos de Jehová guapetones, oportunistas... (santeros, pederastas), etcétera—, según el agente secreto Jesús Hernández Pérez (1983, 13-14) que se aglomeraron allí para hacer toda una serie de protestas y demandas. Infiltrado entre esta escoria el agente siente el oprobio del pueblo que no obstante le produce orgullo, pues ese oprobio ‘era para el traidor que yo representaba’. El objetivo del testimonio era describir la reacción del pueblo ante esta representación disimuladora como recuperación de la concientización del pueblo.»

Esta perspectiva ideológica con su instrumental retórico, es blanco de revisiones y deconstrucciones desde principios de los noventa. La emigración ilegal vuelve a aparecer como una práctica, esta vez concentrada en jóvenes que no encuentran respuestas a sus incertidumbres, desplazando dicha incertidumbre hacia una especie de «maldita circunstancia del agua» que se proponen superar. El salto es doble (desde su incertidumbre), su ubicuidad puede ser verificada en el campo intelectual como parte del «proyecto creador».

Tenemos el éxodo masivo en que devino nuestra vanguardia plástica de finales de los ochenta, y además, esa casi unánime reescritura no disfórica de la condición del emigrante.

En los cuentos de balseros, la perspectiva autoral refuerza el contradiscurso dado desde la ubicación del asunto y la elección del tema, con respecto a los epistemas que antaño (éxodo del Mariel) sancionaron al emigrante ilegal. Sería engorroso, por ahora, hurgar en ejemplos paradigmáticos de asunto tan unánime en la obra de los novísimos. A partir de lecturas numerosas, salta a la vista la voz de una primera persona embragada en el enunciado; lo cual debe llevarnos a distinguir entre la «real» condición del balsero, y una simulación autoral subalterna que se propone como elemento de verosimilitud y actualiza el repasado yo-ecuménico del testimonio. El intertexto que resulta de dicha práctica discursiva, refunde en un solo producto (el texto) el asunto de los balseros como expresión del tema histórico de la emigración ilegal, y la emigración entendida como el discurso que de ella se ha ido construyendo extra y oficialmente.

He querido dejar para el final una zona testimonial, cuya edición transgresora penetra, con virtud de escalpelo —y descubre visceralmente— cierta marginalia social que es producto de los últimos 34 años. «Martí habló de que los pueblos se conocen también por sus bandidos, sus criminales, sus ladrones, sus putas y sus locos. Esa población marginal completaba y diversificaba el imaginario simbólico del país» (Rafael Rojas). Nadie como Dostoievski para confirmarnos esto. Aquí entrarían textos de diversa índole y factura: cuentos de rockeros y drogadictos, cuentos-gay, nuestra singular prostitución (ambos sexos), crónicas de sucesos plásticos en la calle a finales de los ochenta, y una larga etcétera. Decantar tipológicamente esta zona podría entramparnos en un sacrificio estéril; no obstante, valdría distinguir al menos dos subgrupos bastante delineados. El llamado «cuento-friqui» (la falta de mejores denominaciones no hace más que subrayar lo novedoso de tal engendro). En este caso, lo testimonial opera como representación de usos culturales: presencia de este margen o reducto, con sus hábitos existenciales, musicales, exhibicionistas. Se articula un autor letrado que escamotea su *situs* en la estructura de las tomas de posición dentro del campo intelectual, para sumergirse en un discurso participativo de esta subalternidad. Siguiendo un razonamiento de Jorge Brioso, el narrador subalterno enuncia su condición, y no obstante, a veces es posible distinguir ciertas marcas que lo diferencian del grupo. Lo cual nos refracta hacia los hábitos autorales: cierta simulada pertenencia en el plano sociológico. Tal vez esta sea la causa, unido a la verosimilitud vivencial de los textos, que ha llevado al crítico ajeno —en un raptó equiparable al del forastero ante la alteridad— a confundir al autor con ese producto iletrado que es el «sujeto friqui». Dos de los primeros exponentes de esta literatura —y que ostentan la virtud de ser obras de primer orden— lo constituyen la (injustificadamente inédita) *Rapsodia bohemia* (Premio Caimán Barbudo, 1987), de Sergio Cevedo Sosa; y la reeditada *La horma*, de Ricardo Arrieta. El primero narra la historia de un grupo de jóvenes (rockeros) que deciden abandonarlo todo para retirarse a vivir a la costa (reminiscencia del Goldengate Park). *La*

forma, como todo el mundo sabe, desarrolla su fábula a partir de un conflicto específico: la detención policial de un grupo de rockeros en un concierto. En ambos textos se subraya la naturaleza de una oposición entre el grupo atípico, y la construcción discursiva que se pretende hacer circular a nivel social con respecto a este grupo. Se disecciona esta marginalia proclamada a partir de sus usos culturales, su ideología, la psicología individual y grupal.

El otro subcampo lo constituye el puntualmente denominado «cuento-gay». En el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, entre los días 23 y 30 de abril de 1971, dentro del tópico denominado «Sobre la sexualidad»: «La comisión llegó a la conclusión de que no es posible que por medio de la ‘calidad artística’ reconocidos homosexuales ganen influencia que incida en la formación de nuestra juventud. Que como consecuencia de lo anterior se precisa un análisis para determinar cómo debe abordarse la presencia de homosexuales en distintos organismos del frente cultural. Se sugirió el estudio para la aplicación de medidas que permitan la ubicación en otros organismos, de aquellos que siendo homosexuales no deben tener relación directa con nuestra juventud desde una actividad artística y cultural. Que se debe evitar que ostenten una representación artística de nuestro país en el extranjero personas cuya moral no responda al prestigio de nuestra Revolución.»

No voy a hacer la historia —aunque bien valdrían unas cuantas líneas— de la homofobia oficial que fue cerrando el espacio de las tomas de posición para el campo intelectual de aquellos años. En el caso de la problematización del paradigma / (homo) sexualidad/, inaugurado en el espíritu y en la letra de *¿Por qué llora Leslie Caron?*, de Roberto Urías; podemos verificar, como en los casos del emigrante o el soldado, una disposición discursiva de virtud revisionista (aligerando este último término de toda la carga disfórica con que suele ponerse en circulación). En este caso, la legitimación del paradigma sexual parte de la obra y contrae una relación de mutua validación con respecto a un orden social, especie de «reciprocidad» legitimadora. Sociológicamente, lo testimonial adquiere el aspecto de una reivindicación largamente esperada, y en los marcos del discurso moviliza paradigmas que consiguen alterar la polaridad epistémica del discurso oficial.

Tomemos un caso representativo donde el grupo se inserta en el orden social exhibiendo sus *Evidencias*. Tal es el título de un relato de Pedro de Jesús López: «Desde hacía casi dos meses, varias lesbianas de la beca habían comenzado a agruparse en un clan estridente que fue aumentando el número de sus miembros de modo vertiginoso hasta incluir a muchachas ajenas al mundo universitario. Por esa capacidad expansiva y la agresividad con que se proyectaban, las bautizaron ‘Las Vikingas’. Eran el escándalo del momento. A toda hora se las hallaba en el vestíbulo del edificio, en la escalera de acceso, en la calle o en los propios cuartos. Eran ubicuas, y sus juergas, peremnes.» Es característico que los paradigmas movilizados desde estos textos, se refracten hacia la esfera sociológica del discurso circulante —como en el caso de otros personajes «marginales»— apelando a toda una jerga y *modus vivendi* como garantes de autenticidad, que se traduce en una definida proyección ideológica.

Faltaría referimos a otros subcampos, como aquella «horda lejos de Altamira» que vino a testimoniar, desde la obra literaria, la imperiosa praxis de la nuestra vanguardia plástica ochentiana. O ese otro *constructo*, casi indefinible, donde se perfilan escatológicamente lo popular y sus márgenes, del que pudieran ser representativos no pocos y logradísimos textos (crónicas) de Ismael González Castañer.

Hasta aquí nuestro recorrido, limitado en la precariedad que impone una ponencia. He intentado dar cuerpo prematuro a una idea fundamental, a saber, que el peso de la ortodoxia del testimonio, tal como ha sido institucionalizado en nuestro país, es aligerado y desplazado, hacia la condición de componente testimonial en la obra de la más reciente promoción de narradores cubanos. Dicha desautomatización del género se resuelve subvirtiendo algunos ejes del discurso: el ideológico, el referencial, el formal y el argumental; y manteniendo otros como indicadores de una redefinición. Es de notar, sobre todo, que este desplazamiento ubica algo que podríamos denominar (asumiendo la reminiscencia barthesiana): el grado escritural del texto. Entendido como un primer plano en las pulsiones del significante, refractado hacia una autonomía de naturaleza lúdica. De ahí la irreverencia, ambigüedad genérica y apertura estructural de estos textos. De ahí el sentido de una escritura dialogante, en que nada, salvo el gesto mismo, es definitivo. Se trata de ese gesto, análogo al de Diógenes, cuando «estando cogiendo sol en el Cranión, se le acercó el emperador Alejandro y le dijo: Diógenes, pídemelo que quieras. A lo que éste respondió: pues no me hagas sombra.»

La poesía de Luis Rogelio Nogueras¹

LA POESÍA DE LUIS ROGELIO NOGUERAS (1944-1985) está inscrita en un período que produce, en veinte años, el auge de la poesía conversacional en Cuba y su superación. El momento de la escritura de los primeros poemas de Nogueras es 1965, como él apunta en el breve comentario sobre su primer libro (*Cabeza de zanahoria*, 1967), que aquí se reproduce. Su temprana y lamentable muerte ocurrirá exactamente veinte años después.

En otra parte he tratado de explicar el surgimiento de la poesía conversacional en el mundo hispánico. Se trata, como he querido hacer ver, no de un regreso a la expresión del posmodernismo hispanoamericano —Luis Carlos López, Evaristo Carriego, Baldomero Fernández Moreno— que, ciertamente, tiene importantes representantes en Cuba —Agustín Acosta, Regino Boti, José Z. Tallet— sino del arraigo de un nuevo prosaísmo que aprovecha las conquistas expresivas de nuestra vanguardia.

El proceso de conformación de esa nueva poesía tiene sus antecedentes en los años cuarenta de este siglo, con textos como *La isla en peso* de Virgilio Piñera, *Conversación a mi padre*, de Eugenio Florit y *En la Calzada de Jesús del Monte*, de Eliseo Diego.

Esa renovación se inscribe en el flujo y reflujo que a lo largo del siglo XX van a tener las dos corrientes que Octavio Paz ha descrito como las conformadoras de nuestra contemporaneidad poética: la poesía de la imagen insólita y la poesía prosaísta. La vanguardia, innegablemente, privilegió la primera de esas opciones, que culminará espléndidamente en Cuba con la obra de José Lezama Lima. Pero aún en plena vigencia del magisterio lezamiano, empieza a emerger entre nosotros una poesía de la claridad, empieza

¹ Prólogo a *Encicloferia, antología poética de Luis Rogelio Nogueras*, selección de Guillermo Rodríguez Rivera.

a cobrar cuerpo la acción de esos que Mario Benedetti ha llamado «los poetas comunicantes».

Si el prosaísmo posmodernista aparece como un hiato entre el modernismo y la poderosa vanguardia que aflorará en la tercera década del siglo, si hasta entonces pudo verse la poesía prosaísta como una tendencia menor, siempre en un pudoroso trasfondo, detrás de la dominante poesía de la imagen insólita, esa relación cambiará, y me parece irrefutable que, a partir de los años cuarenta, esta tendencia se irá imponiendo paulatinamente como centro del trabajo de poetas de varias generaciones (a veces coincidentes) y como la fuerza fundamental de la poesía de la lengua.

Creo que esa fuerza brotó de fuentes diferentes, aunque también relacionadas.

En Cuba —porque, obviamente, vamos a tratar de poesía cubana— la necesidad de claridad que la renovación de la lengua poética demanda en su clásico movimiento pendular, va a ser especialmente alimentado por la aparición del trascendental hecho histórico que es la Revolución Cubana de 1959.

Ya desde los primeros años del complejo proceso, se ve emerger una poesía que pretende comunicar con los lectores con los que no podían contar los poetas en tiempos anteriores. En el prefacio a la cuarta edición de su libro *Así en la paz como en la guerra* (1964), Guillermo Cabrera Infante escribía:

«... decía un amigo una vez, ‘cuando un escritor tiene un público es hora de que comience a pensar en escribir para él’ (todavía no sé si este amigo, que es también amigo de las paradojas, quería decir que el escritor debía escribir para el público que ahora tiene o para sí: dejó en manos de la anfibología, de la retórica, esta duda metafísica). Pero quiero anunciarle que escribo para usted al tiempo que le digo, en confidencia: es por ti que escribo».²

Creo que ese sentimiento, esa convicción del encuentro con un lector, es común a los escritores cubanos del momento. Son por supuesto los jóvenes —los compañeros de generación de Cabrera Infante— los que comienzan a conformar una nueva literatura en el país.

Como he dicho más arriba, ese proceso de clarificación, de negación dialéctica de la poesía generada por *Orígenes* y, sobre todo, por José Lezama Lima, empieza a actuar desde los años cuarenta como búsqueda de una alternativa que devolviera el discurso poético a una dimensión más inmanente, a un encuentro más cercano con la realidad del ser humano. Se trataba, una vez más, del redescubrimiento del entorno, de aquella comprensión que Jorge Luis Borges atribuye a Evaristo Carriego en esta página memorable:

«Un día entre los días del año 1904, en una casa que persiste en la calle Honduras, Evaristo Carriego leía con pesar y con avidez un libro de la gesta de

² Cabrera Infante, Guillermo: «Prefacio a la cuarta edición» en *Así en la paz como en la guerra*, cuarta edición (definitiva), La Habana, 1964, Ediciones R, p. 16.

Charles de Baatz, señor de Artagnan. Con avidez, porque Dumas le ofrecía lo que a otros le ofrecen Shakespeare o Balzac o Walt Whitman, el sabor de la plenitud de la vida; con pesar porque era joven y orgulloso, tímido y pobre, y se creía desterrado de la vida. La vida estaba en Francia, pensó, en el claro contacto de los aceros, o cuando los ejércitos del Emperador anegaban la tierra, pero a mí me ha tocado el siglo XX, el tardío siglo XX, y un mediocre arrabal sudamericano... En esa cavilación estaba Carriego cuando algo sucedió. Un rasguído de laboriosa guitarra, la desapareja hilera de casas bajas vistas por la ventana, Juan Muraña tocándose el chambergo para contestar a un saludo (Juan Muraña que antenoche *marcó* a Suárez el Chileno), la luna en el cuadrado del patio, un hombre viejo con un gallo de riña, algo, cualquier cosa. Algo que no podremos recuperar, algo cuyo sentido sabemos pero no cuya forma, algo cotidiano y trivial y no percibido hasta entonces, que reveló a Carriego que el universo (que se da entero en cada instante, en cualquier lugar, y no sólo en las obras de Dumas) también estaba ahí, en el mero presente, en Palermo, en 1904. «Entrad, que aquí también están los dioses», dijo Heráclito de Éfeso a las personas que lo hallaron calentándose en la cocina.

Yo he sospechado alguna vez que cualquier vida humana, por intrincada y populosa que sea, consta en realidad de un momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es.³

Esa sospecha borgiana (de Jorge Luis, no de César ni de Lucrecia) es también perfectamente sospechable para los grupos humanos y, por supuesto, para los grupos literarios. Ya desde los albores de la Revolución Cubana, entre los poetas, se refuerza esa voluntad de contactar con el mundo, de comprender al hombre en su dimensión de ser vivo y sufriente, que los poetas hispanoamericanos del siglo han heredado de César Vallejo. No sólo la vida estaba aquí, sino que parecía que empezaba a estar también la historia. A fines de la década de los años cincuenta, dos poetas cubanos marcan señaladamente ese hallazgo que, como quiero hacer ver, apoya un pie en la dinámica interna de nuestra poesía, y el otro en la dramática transformación de nuestra historia.

Entre 1956 y 1959, Fayad Jamís está escribiendo en París un libro que se publicará en La Habana en 1962, bajo el título de *Los puentes*.

Vagabundo del alba —y también de la noche— parisina, Jamís entregará una poesía intensamente contaminada por la realidad de las calles y la vida del Quartier Latin de París, que amplían y ahondan los poemas existenciales que había escrito en La Habana de 1954, recogidos en un poemario que las ediciones Orígenes publicaron bajo el título de *Los párpados y el polvo*.

En los primeros años de la década de los sesenta, aparece *Libro de Rolando*, que reúne la breve e intensa obra de Rolando T. Escardó, muerto en un accidente que ocurre casi a la par con la edición de su libro.

³ Borges, Jorge Luis: «Evaristo Carriego» en *Obras completas*, Buenos Aires, 1974, Emecé Editores, pp. 157-158.

Escardó se apoya en los hallazgos del César Vallejo de *Trilce*, y en las exploraciones del poema en prosa de Rimbaud y Lautreamont. En 1962, Heberto Padilla publica, en las Ediciones Unión, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, *El justo tiempo humano*, que es reeditado en 1964. Pero creo que para la definitiva afirmación de la poesía conversacional en Cuba va a resultar crucial la aparición del breve poemario *Historia antigua*, de Roberto Fernández Retamar, en 1964.

Este libro introducía un lenguaje sencillo, voluntariamente comunicativo, pero problematizador de las diferentes aristas de la vida. Incluso, las habitualmente existentes fronteras entre esas aristas parecían disolverse y los compartimentos confundirse. Había allí un poema dedicado a Beny Moré, muerto un año antes que, de pronto —como Nicolás Guillén o Alejandro García Caturla décadas atrás— nos hacía ver que era falsa la delimitación absoluta entre arte popular y arte culto, porque ambos podían reunirse en la sensibilidad de un país que estaba reencontrándose. Se trataba de una poesía de la reflexión, del ingenio, que eran los que, en esos textos, convocaban a la sensibilidad. Estoy, no historiando el surgimiento de la afirmación del predominio de la poesía conversacional en Cuba (lo que planeo hacer en otro lugar) sino apenas describiendo a vuela pluma las contingencias poéticas en las que empieza a escribir Luis Rogelio Noguera.

Pero faltaría hacer referencia a voces que provenían de otros sitios que no eran Cuba.

Pablo Armando Fernández me dijo alguna vez que mi generación poética era la primera en Cuba que se había formado íntegramente en la influencia de la poesía hispanoamericana.

Creo que exageraba, aunque existían motivaciones para que él lo percibiera así.

Los poetas que entonces teníamos algo más de veinte años, descubríamos y leíamos con avidez a Baudelaire, Rimbaud, Walt Whitman, Eliot, los surrealistas, Maiacovski, Nazim Hikmet, el García Lorca de *Poeta en Nueva York* y *Diván del Tamarit*, el Luis Cernuda de *Desolación por la quimera*, a Miguel Hernández, al Vicente Aleixandre de *La destrucción o el amor* y de *Historia del corazón*, a Blas de Otero, que entonces residía en La Habana y aquí editó *Que trata de España* pero, nos volcábamos con intensidad hacia una Hispanoamérica cuyas letras comenzaron a hacerse familiares, y sobre todo actuales, con el trabajo editorial de Casa de las Américas.

La poesía de esta zona del mundo alcanzó una jerarquía universal bastante antes de que el mercado internacional del libro promoviera la gran novelística que escriben Carpentier, Asturias, Juan Rulfo, Cortázar, García Márquez, José Lezama Lima, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Roa Bastos, Cabrera Infante.

Para los jóvenes poetas cubanos, por esos años, ya no eran sólo Rubén Darío y Pablo Neruda —hasta entonces parcialmente conocidos—, sino el hallazgo deslumbrante de César Vallejo, de la obra de Vicente Huidobro y Oliverio Girondo, del Borges poeta que leíamos en las ediciones de Emecé que existían en bibliotecas, y de los entonces nuevos Nicanor Parra, Jaime

Sabines, Juan Gelman, Ernesto Cardenal, Enrique Lihn, Roque Dalton, cuyas obras casi iban surgiendo ante nuestros ojos, porque vivían, impartían conferencias, daban recitales, editaban sus textos en La Habana de entonces.

La Habana se había convertido en esos años sesenta, en el centro irradiante de la cultura hispanoamericana, lo que nunca antes había sido, y era perfectamente lógico que esa fuerza cultural se ejerciera, primeramente y con más vigor, sobre los nuevos poetas de Cuba.

Yo tuve el privilegio de leer (y escoger para editar dos de ellos) los primeros poemas de Luis Rogelio Nogueras, cuando se fundó *El Caimán Barbudo*.

Privilegio en el que colaboraron decisivamente las circunstancias. Yo era casi dos años mayor que él y le aventajaba en dos o tres en los estudios en la Escuela de Letras y de Arte, que ambos seguíamos. En los primeros días de 1966 apareció mi primer poemario (*Cambio de impresiones*) y a Nogueras le gustó. Compartíamos, además, copiosas conversaciones con otros condiscípulos —casi todos picados por el bicho de la poesía—, si mal no recuerdo, en la humilde cafetería que sigue estando en 23 y F, cuando no en el histórico banco del vestíbulo de la Escuela. No recuerdo cuándo Wichy me hizo leer sus poemas. Y cuando en los primeros meses de 1966, Jesús Díaz —entonces recién estrenado premio de la Casa de las Américas, con su libro *Los años duros*— me propuso participar de la fundación del nuevo magazine, yo me di a la tarea de nuclear a un grupo de poetas jóvenes y afines, que suscribieron el manifiesto «Nos pronunciamos», que yo redacté, y que aparece en el opus I del *Caimán*. Entre esos poetas estaba Luis Rogelio Nogueras.

He creído siempre en la eficacia de los grupos literarios, sobre todo cuando los escritores (en este caso, los poetas) aparecen en la vida cultural. Luego, las cosas forzosamente cambian y cada cual debe seguir el camino que la realidad le impone y que su talento le permite.

El grupo de jóvenes escritores desarrolla un constante intercambio de ideas y experiencias en el momento de la vida en que ellas pueden compartirse con avidez y beneficio para todos. El grupo de jóvenes escritores manifiesta una fuerza que le permite hacerse conocer y participar con mucha mayor intensidad en la vida literaria.

Desgraciadamente, la convicción centralista de la mayor parte de nuestros dirigentes culturales —que era, en rigor, muestra de su generalmente pobre formación cultural— veía siempre en el grupo una «pandilla» y se desconfiaba por principio de aquél que formaba parte de uno y todavía mucho más de quien lo organizaba, si esta organización no le había sido confiada por lo que la burocracia llama «los niveles competentes».

Pero nadie, desde una posición burocrática, política, estatal o de cualquier índole, puede eficientemente organizar un grupo cultural, sino apenas promover aquél que se ha integrado siguiendo sus leyes, que son las de la cultura y no otras.

Para lo que me interesa señalar aquí, Luis Rogelio Nogueras se nutrió del trabajo de aquel grupo y, por supuesto, lo nutrió con su talento y su simpatía, que enriqueció la vida de todos sus compañeros.

Son los años de ese grupo, los años iniciales de *El Caimán Barbudo*, los que encierran el momento en que aparece su primer libro: *Cabeza de zanahoria*.

Se ha dicho que, en la obra inicial de un artista, están ya en germen los rasgos que le van a acompañar toda la vida. No sé si concederle condición axiomática a esta afirmación, pero creo que ella es profundamente cierta en lo que toca a Luis Rogelio Noguerras y su poesía.

En algún ensayo me he referido a lo que llamo «las dos poéticas una» de Noguerras.

En efecto, el acento fundamental en ese primer poemario, es el predominio de la poesía conversacional.

En otro estudio, he tratado de hacer ver que esa afirmación de una poesía que prefiero llamar *prosaísta*, es un proceso que viene fraguándose en nuestras letras desde los años cuarenta y que pasa a ser central en ese segundo lustro de los sesenta.⁴ Creo que a ese predominio en Cuba, contribuye el hecho de que la nueva generación de poetas que aflora entonces, la elija como *su* tendencia.

Acaso el primer signo de ello fue la edición, en 1963, de *La piedrafina y el pavorreal*, el primer libro de Miguel Barnet. Ese libro —como *Poemas del hombre común*, de Domingo Alfonso, apenas un año después— marchaba por un camino cercano al que deseábamos para nuestra poesía y yo propuse a Barnet que suscribiera el manifiesto «Nos pronunciamos», que actuó como la declaración de principios de los poetas nucleados en torno a *El Caimán...*, de la misma manera que hice esa propuesta a Nancy Morejón, cuyo segundo cuaderno de poemas, *Amor, ciudad atribuida*, se movía por una ruta análoga. Los dos rehusaron y seguramente con buenos motivos. No sólo porque ambos eran ya personalidades más afirmadas que los desconocidos que suscribieron el texto, sino porque pensaron, con razón, que era bastante ingenuo establecer pautas sobre un arte que apenas se ha ejercido.

A pesar de la condición de absolutos principiantes de sus firmantes y, de la ingenuidad que su misma existencia supone, estoy convencido de que ese manifiesto contribuyó en no escasa medida al predominio de la tendencia poética que en él se explicitaba, e incluso a que poetas de más edad y obra (que se habían mostrado reticentes y hasta discrepantes con respecto a la poesía conversacional) se sumaran a esa expresión apenas un poco después. Los ejemplos son varios, pero quiero señalar el de Manuel Díaz Martínez (quien polemizó agudamente conmigo a raíz de mi comentario sobre su libro *El país de Ofelia*) y que en 1967 obtuvo el premio Julián del Casal con *Vivir es eso*, un muy buen libro, plenamente colocado en la tendencia que un año antes rechazaba.

Pero mucho más que el manifiesto, contribuyó a ese triunfo la práctica poética de los mejores poetas entre esos desconocidos firmantes del «Nos pronunciamos». En primerísimo lugar, el trabajo de Luis Rogelio Noguerras.

⁴ Rodríguez Rivera, Guillermo: «El cambio en la poesía en español a partir de la década del cuarenta», en *Casa de las Américas*, La Habana, 1995, y en *Encuentro*, Madrid, 1997, n.º 3.

Entre los textos de *Cabeza de zanahoria* hay varios poemas centrados en asuntos que el manifiesto postulaba como propios de la poesía que necesitábamos. La infancia y la familia se colocaban en un plano preponderante.

No significaba esto, por supuesto, que fueran esos temas inéditos en la poesía ni tampoco en la poesía de Cuba. Uno de nuestros poetas más admirados entre los cubanos, Eliseo Diego, había sido precisamente un incesante frecuentador de ambos asuntos. Nos interesaban, porque eran facetas esencialmente vinculadas a la existencia, y sobre ella pretendíamos fundar nuestra poética.

Los textos de Nogueras que abordan la niñez y la familia, se ubican en la sección que se denomina, en *Cabeza de zanahoria*, En familia, que conservan tanto la referencia temática al título, como el carácter confidencial que la frase tiene en el habla cubana. Hay en ellos casi un tratamiento testimonial, casi el desnudo relato de una anécdota.

Recordar el *Retrato del artista adolescente*:

*Está desnudo,
mirando a la cámara,

sentado en una taza de noche
tan brillante,
tan blanca.*

Anécdota, es cierto, y no hay que olvidar la capacidad de la poesía conversacional para incorporar la diégesis; pero lo diegético en Nogueras viene del vínculo con el cine, que hace que los poemas funcionen como mínimos guiones en los que la «cámara» puede captar ese detalle del brillo, la blancura de la taza de noche, que se amplifica para iluminar la toma en que el texto deviene. Semejante fuerza cinematográfica tiene *Cumpleaños*.

Otras veces, lo conversacional va a perseguir la extraña poesía de lo real, que tantas veces se enmascara en la rutina con la que se le percibe día a día. Así, en ese pasmoso final que termina el poema a la muerte del abuelo:

*Abuelo duerme su gran sueño.
Cómo dura la muerte del abuelo.*

De pronto, se advierte el enorme, inacabable tiempo de la muerte, todavía más desmesurado si se le confronta con la fugacidad de la vida.

Como Rimbaud, como Chagall, como Vallejo, Nogueras ha incorporado la visión del niño, que refuerza la percepción de ese «misterio de lo cotidiano» que Fernández Retamar veía como fundamental en la buena poesía conversacional.

Un texto como *The raven* es la típica inversión que provoca la antipoesía, que también tiene su parte —moderada, es cierto— en esos primeros poemas de Nogueras, aunque el humor que ella propone desarrollar persista a lo largo de su obra. *El bombardeo a la aldea*, referido a la guerra de Vietnam, es una muestra de cómo Nogueras encaró la asunción de una poesía de denuncia

social, sin repetir los mecanismos que fueron los típicos, por ejemplo, del Neruda que empieza en *España en el corazón*. Es como si el poeta renunciara a una fundamentación ideológica e informativa en torno al asunto que aborda, que actuara infaliblemente para contextualizar su poema. El texto, así, se conforma con mostrar lo más económicamente posible, esa nada química en que la agresión ha convertido la vida.

Pero ya en *Cabeza de zanahoria* comienza ese envés de la poética de Nogueiras que se amplificará para irradiar, cada vez con más fuerza, sobre su obra posterior. Él aparece en la sección que el poeta titula «Los hermanos».

¿Quiénes son «los hermanos»?

Son los que han asumido el destino del arte, el destino de la poesía, los que no se han conformado con el mundo tal cual es, y han decidido, dolorosamente, añadirles algo de sí, han preferido entenderlo de otro modo, aunque esa comprensión distinta les costara la vida.

Abundan aquí los suicidas (Pavese, Nerval, Atila Jozsef, Horacio Quiroga) pero junto a ellos, los sacrificados de otro modo (Vallejo, Martínez Estrada). Esta galería se convierte en un panteón de héroes, tan legítimos como los héroes de la historia, que Nogueiras empieza a levantar en un medio que ponía preferente atención a éstos últimos.

Esa comprensión de la interdependencia de revolución y cultura, es esencial en la cosmovisión que caracterizó la poesía de Luis Rogelio Nogueiras.

Toda revolución popular —mucho más en América Latina— genera fácilmente una visión simplista que suele subvalorar la cultura cuando no prescindir de ella. Al aserto de que la acción (la praxis) está antes y por encima de la creación artística, le sigue con frecuencia el que la creación artística tiene que ser su dócil subordinada, porque si no, no puede sino resultar una peligrosa entelequia que, en el mejor de los casos, representará sólo una gratuidad.

Afortunadamente, los cubanos tuvimos —tenemos— una percepción diferente en el criterio del fundador de esta nación, José Martí. Escribiendo sobre un poeta entonces prohibido en su país, el norteamericano Walt Whitman, decía Martí:

«¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gente de tan corta vista mental que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida.⁵

Por este camino, Nogueiras ampliaba, reinterpretaba y personalizaba aquello que José Antonio Portuondo había llamado, en un libro de 1955, *El heroísmo*

⁵ Martí, José: «El poeta Walt Whitman», en *Ensayos sobre arte y literatura*. La Habana, 1972, Editorial de Arte y Literatura, p. 157.

intelectual. Nogueras forjaba un necesario heroísmo de la poesía, que se entendía en parte por sus exactas y complejas relaciones con la existencia, por la capacidad de los poetas para congregarse, disgregarse, fortificar, angustiarse y comunicar a los hombres el deseo y la fuerza de la vida.

En *El entierro del poeta* compone un escenario en el que la figura de César Vallejo emerge al final como una síntesis del ideal humano, más allá de sus concretas proyecciones políticas, aunque ellas sostengan esa síntesis.

Pero su visión de «los hermanos» (los poetas), no queda en esa perspectiva un tanto subsidiaria de la vida; no permanece arrimada a ese asidero sentimental del escritor que, de alguna manera, coloca a la experiencia en el plano preponderante. Porque para el poeta —y para aquéllos que quieren comprender su trabajo— la misma experiencia de la poesía desempeña un papel mayor.

Nogueras pasa a explorar, a pensar la significación de la experiencia de la poesía en estos hombres, lo que es un modo de entregarnos su propia percepción del oficio. ¿Cómo y por qué surge un poema? ¿Cuánto vive? Cuando se sacrifica toda la vida a unas palabras, ¿será porque esas palabras son también toda la vida?

Nogueras advierte un definitivo imponderable en el perseguido, indagado origen del poema.

Un poema rechaza todo vínculo entre la experiencia inmediata y la vida que alcanzan las palabras. A su protagonista, la lucha social lo lanza a escribir un poema de amor para una mujer inexistente, mientras la vivencia del amor lo devuelve a la poesía que narra huelgas y batallas. La ironía de *Acerca de un breve poema que lo hizo inmortal* radica en el incalculable e inevitable diálogo entre la experiencia y la tradición, entre el autor y los otros, que acaso concluya subrayando aquella verdad que argüía Paul Valéry: una obra «es obra de muchas cosas y no sólo de un autor». *Vida de un poema* es el traslado del poema a la agotable experiencia vital de todos los hombres. Pero acaso la pieza maestra en esta indagación en el poema sea *Eternoretornógrafo*, que concluye en un círculo perfecto. Tan perfecto, que la idea de la eternidad de la poesía, de que los poetas repiten la inmortal poesía de siempre, está en un poeta aparentemente tan ajeno a Nogueras como el mexicano Enrique González Martínez:

*Mañana los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.*

...

*Y todo será inútil, y todo será en vano,
será el afán terrible y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.
Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.*

Este texto es de 1915. Como González Martínez, Nogueras cree que esa canción es la misma, aunque haya cambiado el verso, aunque sean otras las exigencias de las poéticas, las intransigencias de las poéticas:

*Hasta que el hombre de Pekín, en la húmeda
caverna de Chou-Tien
viendo arder lentamente sobre las brasas el anca
de un venado,
gruñó los versos que le dictaba desde el futuro
un joven poeta que murmuraba cerrando un libro
de Apollinaire.*

Nogueras apenas si llegó a relacionarse con la idea de *postmodernidad*. En los años que precedieron a su repentina muerte, ella empezaba a hacerse conocer entre nosotros. Pero yo creo que la sensibilidad del poeta remonta esas —a la larga, triviales— pertinencias de la teoría, que necesita tenerlo todo perfectamente delimitado y encasillado.

José María Heredia fue romántico antes de *Hernani*, y Juan Clemente Zenea respiró el aire modernista en un texto como *En días de esclavitud* que es muy anterior a Martí, Casal y Darío.

Por otra parte, la *postmodernidad* no ha podido ser definida como una tendencia poética o estética. Es Jürgen Habermas quien habla de la existencia de una «actitud» postmoderna, y ella no está centrada necesariamente en el fin de la historia diagnosticado por Fukuyama, mientras la historia sigue con más salud que nunca, ni en la tesis del fin de las ideologías, que se convierte en espeluznantemente ideológico.

Lo *postmoderno* llega a Hispanoamérica, un mundo en el que incluso no se ha consumado la modernidad a la manera de Europa o Norteamérica, como han llegado tantas cosas que surgieron en otros ámbitos, en otros períodos del desarrollo histórico y que son inevitables sumandos culturales, referencias que también contribuyen a hacer el espíritu de nuestra cultura.

Como creo en ese proverbio chino que dice que los hombres se parecen más a su época que a sus padres, veo en Nogueras un acuerdo con esa «actitud postmoderna», que en él se da como acercamiento a un pasado que se contemporaneiza, como visión irónica de un tiempo que, en un sentido, siempre regresa.

En Nogueras hay la evasión con respecto a un discurso centralizador, mediante el despliegue de la parodia y del «arte menor». Está hasta en esa «pessoiana» búsqueda de un heterónimo, de un *alter ego* que permita escapar de la cadena de hierro —personal, epocal, estilística— que el propio yo impone.

De ese modo, Nogueras, que había sido una de las voces conformadoras y culminantes de la expresión conversacional en la poesía de Cuba, inicia una clara superación de sus postulados, acercándose a la visión de la literatura desde la literatura.

«Poesía de gabinete», la llamó algún crítico. «Mientras no sea el del doctor Caligari», le escuché decir a Wichy alguna vez.

Yo creo que, en los ochenta, el trabajo de Nogueras es un paso en esa búsqueda de una manera de poetizar que reemplace el cansancio de esa «poesía de la existencia» que había tocado fondo en sus posibilidades. Estaba encontrando las posibilidades de esa nueva estética cuando concibió y escribió *La forma de las cosas que vendrán*, libro paródico, multiaspectual, repleto de humor y de sabiduría, cuando lo sorprendió la muerte.

Fue ése su último poemario. El último libro de un excelente poeta, porque ése fue su oficio mayor, aunque ejerció varios. Pero la de poeta era su esencia, su don entre todos los dones.

Nogueras vivió en Cuba durante la Revolución. En ese proceso histórico se ubica toda su obra. Fue fiel a ella, a los que consideraba sus principios, lo que no le impidió ser fiel a sí mismo. Ello, a veces, le ocasionó más tropiezos que venturas.

Si se repara en las fechas de edición de sus libros, se advertirá fácilmente que después de *Cabeza de zanahoria*, transcurren diez años sin que Luis Rogelio Nogueras publique un libro de poemas.

La dirección del Consejo Nacional de Cultura, a partir de 1971, lo mantuvo en un repugnante ostracismo, como a otros importantes escritores cubanos. En *Las palabras vuelven*, que reúne sus poemas no recogidos en libros, aparece un breve texto cuyo título es ese año. Lo copio aquí, aunque figura en el cuerpo de la antología:

*Es de noche
las arañas tejen en las sombras sus redes
asesinas*

*Es de noche
escribo para mañana
mis palabras vencen
sobre el silencio del mundo*

Nogueras, como otros tantos escritores cubanos, pensó que los logros que la Revolución había traído al país, estaban por encima de la desastrosa política literaria de esa década de los setenta. Asumió sus dolores sabiendo que, como ha sido, sus palabras vencerían sobre el silencio del mundo y sobre todos los silencios.

Ojalá esta antología sirva para hacer conocer, fuera de las fronteras de Cuba, de sus mares (en la patria, los jóvenes no han cesado de leerlo) el trabajo de uno de los más importantes poetas de la isla en las últimas décadas. Varias personas han contribuido (paradójicamente, muchos connacionales) a que se desprecie o se ignore el trabajo de los escritores cubanos que, como Nogueras, decidieron vivir, trabajar y morir en Cuba. Ojalá que esta antología venza también sobre el silencio del mundo.

Amor loco en Siberia

LILIANE HASSON

Jesús Díaz
Siberiana
Espasa
Madrid, 2000, 228 pp.

«T ONTO, TONTO, CUBANO, NEGRO Y TONTO», de esta forma increpa al periodista Bárbaro la rubia Nadiezdha Shalámov González, su intérprete. Con infinita ternura. Nacida en Siberia de padre ruso deportado a las minas de Kolymá y de madre española hija de republicanos, también se casará con un ex preso del Gulag. Este, destrozado a los diez años de detención, de víctima se volverá victimario de la propia esposa. Y al mencionar de pasada el «pabellón cáncer» el autor le rinde a Soljenitsin un homenaje implícito. Hasta aquí la comparación.

El libro narra la historia de un amor compartido de lo más impredecible, que brota en la taigá y sobrevive en un mundo «lleno de lobos», sí, de lobos y de enfermos. ¡Qué extraña pareja, la de estos jóvenes que no tienen nada en común! Aunque, eso sí, ambos proceden del infierno, lo cual les hermana más allá de las diferencias, que no son pocas. Es la historia de un amor patético y condenado de antemano. O, según se mire, llevado a cabo hasta la plenitud del desenlace que expresa «la felicidad única que nace del dolor más intenso».

En La Habana, él se había criado en una covacha poblada de ratas entre los cintarazos del padre y una sufrida madre que le iba machacando una larga retahila de consejos para valerse en la vida: «lo único que no puede ser un negro es...» de acuerdo con las circunstancias: grosero, ladrón, bruto, analfabeto. Sólo los blancos pueden darse esos lujos. A los negros se les exige que se porten como dechados de perfección con la esperanza de que se haga caso omiso de su color. La alienación de Domitila nos resulta más

convinciente que cualquier tirada sobre el racismo imperante en la Isla.

En la adolescencia, Bárbaro sufre el trauma nunca superado de los desmanes de un General, por más señas héroe de numerosas hazañas africanas. Ya graduado de periodista, le envían para un reportaje sobre las grandes construcciones del comunismo a la lejanísima y helada taigá de Siberia.

Siberiana es una novela de pasión y de muerte. Es un himno a la vida y un cantar épico a la naturaleza. Se entrecruzan el ritmo lento que impone el clima y el frenesí desbocado en las fiestas endemoniadas donde los generosos brindis de vodka, la balalaika, los extraños retos de los comensales, sus danzas, embriagan hasta el delirio, recordando el furor del viento en las estepas. En otros momentos la belleza de los paisajes aturde, se compagina con el estado de ánimo de los enamorados y se desprende una poesía sobrecogedora.

La obra consta de cuatro partes, mejor dicho de los cuatro elementos que ya lo arrasan todo, ya están en simbiosis con los seres humanos. Primero, el Aire: durante el larguísimo vuelo, Bárbaro, aterrado por el avión —*La Bestia*— recapacita con angustia los portadores de su vida como dicen que sucede en trance de muerte. Una vida embargada por la impotencia. Luego aparece la Tierra insondable de hielos perpetuos. Se produce el encontronazo con la muchacha de ojos azules y «español mesetario». Una pasión avasalladora nace entre ellos. Ella le enseñará el modo de lidiar con aquella naturaleza «de un blanco opaco, tan diabólicamente bello como un paisaje de infierno», procurando no domarla sino aliarse con ella.

Con el tercer elemento, el Fuego, se produce un cambio de tono. Aquel fuego infernal calienta el baño de vapor a la rusa. Las burlescas tribulaciones del cubano son desternillantes. Ahora sí el infeliz ha dado con un «mundo de locos» donde, la ducha y el tan anhelado jabón se sustituyen por «vapor y látigos...». Y otra vez el cubano recuerda a su madre que le repetía que «un negro podía ser cualquier cosa en este mundo, menos sucio». Bárbaro no sale de su perplejidad ni de su

asombro al cerciorarse, despavorido, que la rama de eucalipto que le entregaron sirve para autoflagelarse. Pero el asombro es compartido: los «azotados» del baño nunca habían visto a un *chorni* (negro) y lo «escudriñan con la vista como si el salvaje fuera él». En otros términos, se invierten los papeles. Y el cubano descubre a sus expensas el genio de unos siberianos tan ásperos como el clima. El es doblemente extranjero, un *nierus*, o no ruso absoluto, puesto que es negro. Siempre se es el salvaje, el *bárbaro* de alguien. En los momentos en que Nadiezdha no está a su lado para traducir, se entabla una comunicación no tan elemental basada en los visajes, los ademanes, los tonos de voz, que es uno de los logros de esta novela. Hay un distanciamiento de Jesús Díaz con respecto a los protagonistas. Cada pueblo luce estrafalario para los demás, y la intolerancia es universal.

Y para terminar, el Agua. Presenciamos el deshielo, promesa de primavera, a través de un estrepitoso derrumbe. Los bloques de hielo —el mundo— se vienen abajo. En la apoteosis final, se entremezclan los cuatro elementos en una grandiosa sinfonía.

El amor va sorteando a su modo todos los escollos, inclusive los más insólitos. Hasta el aborrecido atuendo siberiano deja de ser un feo disfraz y el cubano le coge cariño: «demasiado calor le había dejado dentro aquella tierra helada.» Ya mira el protagonista con otros ojos «los feos sobrecalcetines de lana; los ridículos sobrecalcancillos manchados de orina...», unas ropas «que pesaban como un fracaso». Los lectores dudamos entre la risa y la emoción.

Despunta la raigambre picaresca, y lo puro alterna con lo soez. Veamos: para «dar de cuerpo» con treinta grados bajo cero, ¡Bárbaro no puede prescindir de los consejos y hasta de la ayuda de la intérprete! Por más romántico que sea el amor, el cuerpo no se deja olvidar. Hay unas antológicas sesiones en la letrina donde el cubano, de torpe, hace el ridículo con las debidas consecuencias. No sigo y con su permiso, voy a parafrasear a Virgilio Piñera: *se ruega no enviar descripciones*.

La novela entera está permeada de misticismo. La joven siberiana santifica a todos los prisioneros políticos a través del padre y a

pesar de todo, del esposo. Para el cubano, Siberia se convierte en «tierra sagrada» por ser la que vio nacer a la amada. Las respectivas madres de ambos, la cubana Domitila y la española Angustias son Cristo, un Cristo hecho mujer, una salvadora. Una nueva idiosincrasia se desarrolla en el alma de Bárbaro que rinde culto al «dios de los rusos» —tantas veces sordo— al que invocan con frecuencia los siberianos; compite en armonía con sus propias deidades. Hijo de Changó, el protagonista empieza a amar y a entender a los hijos de San Nicolás. El panteísmo es otra dimensión de esta novela telúrica, «himno de amor a la naturaleza siberiana». Pero el ser humano es el principio y el fin de todas las cosas: «Nadiezdha era el vínculo entre el cielo y la tierra».

Todo cuanto sucede en esta magnífica novela es a la vez extraño y verosímil —me refiero a la verdad psicológica— y se sustenta de una doble realidad, la de Cuba y la de Siberia (donde, según reza la contraportada, el autor había estado en 1977). Jesús Díaz no cae en la trampa de excederse al evocar la isla tropical y el continente helado, ya de por sí hartos excesivos. Y logra, sin el menor asomo de sensacionalismo, hacernos cercano y entrañable lo inaudito. ■

Un manifiesto cubano del nihilismo

EMILIO ICHIKAWA MORÍN

Carlos Victoria
Puente en la oscuridad
Letras de Oro
Universidad de Miami, 1994, 216 pp.

NO SÉ SI ESTÁ JUSTIFICADO DESDE EL PUNTO de vista de la pedagogía más avanzada, pero entre las reglas para lograr una clase óptima en la Universidad de La Habana exigían un parlamento o «performance» inicial

llamado «motivación». Digo «performance» porque tenía mucho de teatral, de plástico.

El objetivo era simple: tratar de seducir al estudiante para que se interesara en los 100 minutos que duraba el encuentro docente con el profesor de turno.

Uno de los ardides que más utilizaba para «motivar» conferencias demasiado áridas sobre sociología o historia de la filosofía, era referir textos literarios que hicieran tangibles el tratamiento conceptual. Por ejemplo, para problematizar el nihilismo de Federico Nietzsche, primero hablaba de la novela *Padres e hijos*, donde Iván Turguenev concibe una sólida práctica en esta posición a través del anarquismo, más cercano al ámbito político.

Claro, los trabajos de Nietzsche son lo suficientemente metafóricos como para «motivar» desde ellos mismos; tanto, que hasta no hace mucho las universidades alemanas lo trataban más como escritor que como pensador profundo.

La valorización de Nietzsche le debe mucho a los franceses quienes, como Gilles Deleuze, no sólo comenzaron a traducir con mucho escrúpulo sus obras en los años 60, sino que las emplearon como fundamento referencial de todo un movimiento filosófico.

Creo que en el día de mañana, si por alguna invisible circunstancia vuelvo a conversar en un aula de la Universidad de La Habana, «motivaré» la filosofía cartesiana con «Los nuevos pensamientos de Pascal», que Reinaldo Arenas incluye en *El color del verano*, y propondré a los estudiantes iniciarse en el nihilismo a partir de esa suerte de «manifiesto nihilista» que utilizando un recurso epistolar introduce Carlos Victoria en su novela *Puente en la Oscuridad*.

Nihilismo es negación. En su sentido más radical, negación de cuanto negar es posible, que no es todo, ya que hay límites morales y gnoseológicos para este ejercicio.

El nihilismo, como el anarquismo, no puede ser consecuente de manera absoluta porque le está vedado revertirse. Tiene que aceptarse, argumentarse y en la medida de lo posible demostrarse. Cuando la posición nihilista quiere radicalizarse volviéndose contra sí misma ya no es consecuente, al

menos desde el punto de vista formal. Nihilismo es negar, pero sin alcanzar negar la negación ya que, cuando esta se reitera, se convierte en una afirmación.

El nihilismo es, sino la última, una de las utopías finales. Indirectamente muestra una gran fe pues confía en la negación; aún cree en que hay cosas que ameritan, por lo menos, el ser negadas. Cuando el Superhombre se lanza contra Dios, el filósofo consigue una soledad arrogante.

Pero nihilismo es algo más que decir «no»; es cuestionar; es una conclusión y no un simple punto de partida. Es entonces algo adquirido; por ejemplo, una gran sabiduría, como el nuevo Zaratustra de Nietzsche, o una locura, como es el caso de Gabriel Perdomo, uno de los personajes de *Puente en la oscuridad*.

Nietzsche, y esto es rigurosamente biográfico, se hizo de una lucidez febril y llevó su pensamiento a límites demenciales. Como Natán Velázquez, destinatario del «Manifiesto Nihilista» en la novela de Victoria, buscó desesperadamente a su hermano y volcó su compasión en una bestia.

En la cultura cubana, como en cualquier otra, hay escalas en fobias y admiraciones. Se han establecido históricamente; es decir, no valen para siempre. Políticamente, tal vez lo peor que se le puede decir a un cubano es «anexionista» y «traidor a la patria»; esto, como es un insulto, no acepta argumentaciones. Referido a lo sexual, aunque el machismo ambiente suele esgrimir con intenciones ofensivas el epíteto de «maricón», en el sistema de referencias resulta peor ser calificado de «tarrú». Cualquiera puede ripostar con éxito: «Está bien, seré pájaro, pero no soy un tarrú», «Fulano tendrá mucho dinero, pero es tremendo tarrú».

Maldecir, ofender, no bastan para ser considerado nihilista. Y lo aclaro, porque las maldiciones y ofensas cubanas apelan con frecuencia al recurso de la negación, como esa crispada que amenaza con «defecarse» en Dios, y por añadidura, «en todos los santos de la iglesia».

El nihilismo es método más que doctrina; un estilo para ubicarse en el mundo de una manera beligerante. Es un «flirteo» con Dios y el hombre; un humanismo *sui generis* que

dice sí y después no; que «abanica» (*to flirt*) entre el asentimiento y la destrucción.

No todas las loas que se hacen al hombre son de interés filosófico o literario. En otro sentido, un matrimonio mal llevado no lo hace a uno Kierkegåard, tal vez ni siquiera Vargas Vila. Para no referir aquellos casos, quizás contraproducentes, en que cierta misantropía sirve de fundamento para una concepción política de la sociedad o una crítica moral de la misma. Un ejemplo de la primera alternativa es el *Leviatán*, de Thomas Hobbes; de lo segundo, *El panal rumoroso*, de Bernard de Mandeville.

Hobbes creía que el hombre era «naturalmente malo»; una premisa antropológica opuesta a la que después postularía la Ilustración y que nos resulta más familiar. No sé hasta qué punto es correcto, pero solemos creer, es nuestra costumbre, que las democracias occidentales se erigen sobre la idea de que el hombre es bueno e igual por naturaleza.

El pensador inglés creía que el hombre es enemigo del hombre; que dos hombres se reúnen para difamar o atentar contra un tercero y que esa predisposición es la base de la sociedad. Por esas tendencias destructivas, concluía Hobbes, es que se hace necesario un «estado», un Leviatán que castigue y controle. Como decía Octavio Paz, un «ogro filantrópico».

Esta conclusión del poeta mexicano siempre me ha parecido consecuente con algunos textos de Alfonso Reyes, quien curiosamente tradujo al español *El panal rumoroso*, donde Mandeville utiliza el «presupuesto misantrópico» para cuestionar la moralidad social de su tiempo, la cual resume en una sentencia conocida: «Vicios privados y virtudes públicas».

Desde entonces se mantuvo el uso de axiomas y metáforas insectológicas para referirse a la sociedad. Lo hizo Voltaire en su *Diccionario Filosófico*, D'Alembert y Diderot en la *Enciclopedia*, Marx en *El Capital*. En la literatura cubana contemporánea contamos con la novela *Naturaleza muerta con abejas*, donde Atilio Caballero ofrece una visión de Cienfuegos, de Cuba en general, a partir de las imágenes analógicas al mundo de las abejas.

Ya en su novela *La travesía secreta* Carlos Victoria había utilizado el género epistolar

para configurar algunos capítulos; recurso literario que le permite presentar lo que he llamado «Manifiesto nihilista» en *Puente en la oscuridad*.

Desde un sanatorio mental en Naples, Florida, el interno Gabriel Perdomo envía una carta que revela su perfil espiritual a Natán Velázquez. A diferencia de otros textos donde no es muy difícil detectar los heterónimos de Carlos Victoria (César en el relato «*El novelista*», Marcos en *La travesía secreta*, por citar dos ejemplos) en *Puente en la oscuridad* es arduo decidirse. Es muy improbable que las conclusiones existenciales que sirven a Gabriel para una comunicación tan simple le sean totalmente ajenas a Natán.

Lessing, que elaboró una suerte de ilustración serena, concibió un Natán con una peculiar sabiduría. El Natán de Carlos Victoria se distingue por una cualidad muy interesante:

«—Mi nombre es Natán. En inglés, Natham.

—¿Judío, no?

—Soy cubano.»

Recuerdo que hace unos años Iván de la Nuez comentaba sobre la importancia de un encuentro entre creadores cubanos e israelitas. Mucho podemos aprender de ese pueblo diaspórico; también, verificar lo endeble de un nacionalismo criollo sin amalgama religiosa y, ya que es un destino «compartido», relativizar nuestra autocomprensión como «pueblo elegido»: ¿qué de elegido puede tener un pueblo que no está solo en la preferencia de Dios?

A Lezama se atribuye también una salida irónica, y muy amable en este caso, a uno de esos intentos por buscar la singularidad insular maximizando o minimizando nuestros atributos a través de la comparación. Según cuentan, durante un paseo por el Malecón alguien había dicho al artista en un ataque de plenitud: «La Habana es como Venecia», y éste concedió: «Sí. En tiempo de crepúsculo». También hay un chiste de Borges que algunos amigos consideran de muy mal gusto donde, después de reconocer que, en efecto, Barcelona puede considerarse una ciudad europea, acota: «En términos españoles».

No hace mucho, paseando por una reserva natural de Biscayne con el pintor y amigo Ramón Alejandro, improvisamos una versión miamense de estos divertimentos al divisar los edificios del downtown: «Miami es como Nueva York... vista desde Homestead». Igual que el israelita, somos un pueblo elegido; lo que para otra cosa.

Estos no son más que esfuerzos intelectuales «gráciles y sonrientes» por aceptar el solemne tópico de la cubanidad, que sin ser explícito, atraviesa o escolta toda la trama de *Puente en la oscuridad*.

Hay un código oculto, supongo, en eso de elegir al ángel Gabriel como una suerte de símbolo de la simbiosis cultural. Salman Rushdie inventó un ángel híbrido, (Gabriel) Farishta en sus *Versos satánicos* para lidiar con el centauro indio británico. Carlos Victoria busca con otro Gabriel la Cuba errante:

«—¿Gabriel, el ángel?

—Gabriel, un cubanoamericano. Está ingresado aquí».

Con Gabriel Perdomo podemos ensayar una sentencia que ideara Kipling para el militar inglés: «El típico cubano exiliado. Que, por supuesto, no existe».

La locura lúcida de Gabriel Perdomo, su espiritualidad híbrida, están expuestas en los términos absolutos de «misión». Consiste en una «renuncia total» a los «formalismos del mundo»; lo que en un mundo esencialmente formalizado viene a ser casi todo. Carlos Victoria le ha concedido a Gabriel Perdomo la posibilidad de percibir «la verdadera cuestión de fondo», una humanidad y una naturaleza muy cuestionable frente a la que se siente náufrago. Hay por los menos dos especies implícitas en este modo de presentar las cosas: la que no percibe «la verdadera cuestión de fondo» y puede sobrevivir mal que bien en el mundo de los sentidos; y la que también la constata pero a diferencia de Gabriel se le posiciona de alguna manera: adaptándose, participando, evadiéndose, cambiándola o tratando de hacerlo.

A nivel descriptivo cualquiera puede coincidir con la tesis de que el «egoísmo» es la base de la existencia humana en sociedad. De cualquier manera, una sociedad asentada en un fundamento «altruista» llevaría a las

mismas luchas y formas de exterminio que su opuesta. La teoría social ha especulado sobre el asunto; en un experimento ideal, dos individuos radicalmente egoístas que trataran de salir a un mismo tiempo por una puerta, acabarían en el mismo conflicto que si lo intentaran dos altruistas radicales: en el primer caso se lucharía por salir primero que el otro, en el segundo porque el otro salga primero.

No viene al caso ahora dilucidar lo anterior metodológicamente, pero doy fe de que, al menos desde el punto de vista del «menor esfuerzo», de una «economía del pensamiento», es preferible optar por el presupuesto «egoísta».

Gabriel Perdomo no se lamenta ni protesta porque «la verdadera cuestión de fondo» sea, por ejemplo, el «crimen», pero queda como una resultante negativa de su constatación. Igual pudo limitarse a revelárselo a Natán o, coincidiendo con un Marx posible, considerar al crimen como una de las fuentes mismas de la salvación¹.

El cuestionamiento del mundo, el nihilismo, es universalizado por Gabriel. Es supraclasista, panpolítico y transgeográfico. Concierne a los hombres y también a los animales. Descubre que la sociedad se configura alrededor del odio, pero sucede que siempre ha sido así. Lo que llamamos «utopía social» debe tener esta realidad en cuenta, no espantarse ante ella.

En su obra *El principio esperanza*, Ernest Bloch buscó salidas efectivas para la «tensión utópica»; una «topía» de la proyección social. El mismo Kant consideró que el precepto «Ama a tu prójimo como a ti mismo», que Gabriel cita en su carta a Natán, es vano si se refiere al amigo. Amar al prójimo bueno no es un principio moral, es un sobrentendido. Sólo tiene verdadero contenido moral el mandamiento de amar al prójimo enemigo, es decir, a esa porquería de mundo que le ha sido revelada a Gabriel.²

¹ Ver Marx, Carlos. *Elogio del crimen*. Ediciones Deleatur, París, 1999. (Editado por Ramón Alejandro).

² Ichikawa, Emilio. *El amor por amor, ¿es amor?* La Gaceta de Cuba, mayo-junio 1999.

Recuerdo una curiosa reclamación que Hölderlin le hiciera a Dios: «Me has dado más de lo que puedo digerir». Creo que esta es la fuente que alimenta la demencia de Gabriel: le fue dado comprender demasiado. Y esta situación es la precondition para un sufrimiento perpetuo. No se puede rebelar; no puede destruir un estado de cosas que comprende. Sólo le queda sufrir y perdonar; compadecerse de quienes le golpean porque sus agresiones le parecen condicionadas, causadas por el «fondo» de las cosas.

Para colmo comprende hasta la estrategia lingüística del poder, para el que todo este complejo universo se reduce a una sola palabra: locura.

Hospitales psiquiátricos, escuelas, cárceles, fábricas son, según Michel Foucault, módulos arquitectónicos-funcionales para distintas formas de encierro. En sentido general son perfectamente permutables, y esto no es algo ajeno a Gabriel, quien se siente hospitalizado en una cárcel o prisionero en un hospital. Da lo mismo; tanto un médico como un policía tienen poderes sobre el cuerpo y sobre la muerte.

No podían faltar en la carta notas referentes a una circunstancia particular de Gabriel Perdomo: es un cubano exiliado del socialismo. Con el tiempo y su «locura», el nihilismo ha desbordado los límites estrictos del castrismo y alcanza a la «sustancia» misma de la cubanidad; si se quiere, a esa historia y esa cultura que en rigor ha hecho posible como condición, el mismo castrismo.

Se trata de una revolución que, respecto a la desigualdad, ha tenido resultados fútiles. No hizo otra cosa que barajar los estratos. Lo que una vez se consiguió con dinero, se consigue ahora con mentiras y delación. ¿Qué antes existían individuos hipócritas? Es cierto, pero bajo el castrismo es la sociedad, y son los individuos los que, excepcionalmente, alcanzan a ser sinceros. De la usura monetaria se ha pasado a la usura moral. Ya no se empeñan joyas: se empeña el alma.

La locura de Gabriel hereda la institucionalización de las fallas morales de la cubanidad en el contexto del castrismo: la emulación socialista es la institucionalización de la envidia; los Comité de Defensa de la Revolu-

ción son la institucionalización de la delación; la libreta de racionamiento (que en otra aberración lingüística se llama de «abastecimiento»), como dice en su carta a Natán, una «institucionalización de la miseria».

Desde el punto de vista sociológico durkheimiano, el castrismo ha regularizado, institucionalizándolas, aquellas manifestaciones «anómicas» de las sociedades en el contexto de la civilización occidental.

Si el alma es sensible y está a flote, como al parecer estaba el alma de Gabriel, esto es suficiente para volverse loco. Pero a él le estaba reservado mucho más. Comprender que la demencia del castrismo debe mucho a la historia demencial de la isla. Que esta, a su vez, está comprometida con la locura de toda la historia y la naturaleza humana. Que la suya es una locura que concierne al hombre como especie y que, por tanto, es un arrebato, propiciado por Dios.

El manifiesto epistolar de Gabriel Perdomo es también la prueba de una locura trascendental. ■

Comparaciones odiosas

ALEJANDRO DE LA FUENTE

Carmelo Mesa-Lago (con la colaboración de Alberto Arenas de Mesa, Iván Brenes, Verónica Montecinos y Mark Samara) *Market, Socialist, and Mixed Economies: Comparative Policy and Performance, Chile, Cuba, and Costa Rica* Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2000, XIV + 707 pp.

CARMELO MESA-LAGO HA DEDICADO MÁS de treinta años de su activa vida profesional e intelectual al estudio de la economía cubana, a la enseñanza de la economía comparada y a la investigación de los sistemas de pensiones y seguridad social en América Latina. En más de un sentido, este libro representa la culminación de largos años de

cuidadosa recopilación y análisis de datos, de estudio de las economías latinoamericanas y de colaboración con un grupo de científicos sociales jóvenes, los cuales se formaron bajo su dirección en la Universidad de Pittsburgh, donde Mesa-Lago es profesor distinguido emérito de economía y estudios latinoamericanos y, más recientemente, en la Universidad Internacional de la Florida.

Market, Socialist, and Mixed Economies (Economías de Mercado, Socialistas y Mixtas) es de gran utilidad e interés para una amplia variedad de lectores: para los interesados en estudios comparados; para los latinoamericanistas en general y los estudiosos de la economía latinoamericana en particular; para los interesados en cuestiones de desarrollo, las políticas sociales y su interacción con los procesos políticos. Desde luego, el libro es también de interés para los que estudian la historia reciente de los tres casos seleccionados por el autor: Chile, Costa Rica y Cuba.

Gran parte del éxito de este libro está basado, precisamente, en la acertada selección de los tres casos de estudio. Se trata de países relativamente similares en términos de geografía, cultura y recursos humanos, pero los mismos se ubican claramente, desde el punto de vista de sus políticas económicas y de desarrollo, en tres puntos diferentes en el espectro de los modelos económicos posibles. Chile ejemplifica (desde el golpe militar que derrocó al gobierno socialista de Salvador Allende en 1973) el modelo neoliberal por excelencia, esto es, el modelo de mercado. Dicho modelo, con un mayor énfasis social, ha sido mantenido por los gobiernos democráticos a partir de 1990. En el otro extremo, Cuba representa el socialismo de estado, basado en la socialización casi universal de los medios de producción y el control férreo y centralizado de la economía por parte del estado. Entre estos dos polos, que por supuesto no son sólo económicos, el caso de Costa Rica es utilizado para evaluar el impacto y funcionamiento de una economía «mixta,» en la que se conjugan elementos de la economía de mercado con cierto grado de intervención estatal y de planificación. Además de una selección acertada,

Mesa-Lago y sus colaboradores merecen crédito por otra razón: la transparencia y honestidad con que exponen sus metodologías y las limitaciones e insuficiencias de sus datos que, como era de esperar, no son siempre comparables. Esto facilita la discusión y posible crítica de sus resultados por parte de investigadores futuros.

Los estudiosos cubanos, a quienes esta reseña está dirigida fundamentalmente, encontrarán este libro fascinante. No se trata sólo de que los indicadores económicos y sociales recopilados por el autor sean interesantes en sí mismos. Mesa-Lago ha presentado muchos de estos resultados en trabajo anteriores, como su reciente *Breve historia económica de Cuba socialista* (Madrid: Alianza Editorial, 1994). Lo que hace a este libro particularmente interesante es el hecho de que los indicadores cubanos son comparados, de forma sistemática, con datos similares en Chile y Costa Rica. Las ventajas de este método son obvias: es ahora posible evaluar los éxitos y fracasos de las políticas económicas cubanas a la luz de la experiencia de otros países de la región. Y esto hace que el autor arribe a conclusiones que, al menos en algunos casos, son verdaderamente sorprendentes.

Es paradójico, por ejemplo, que pese a la continuidad del modelo político cubano durante el período analizado (que comienza en 1960), Cuba experimentó el mayor número de cambios en las políticas económicas patrocinadas por el estado. Pero la paradoja, señala Mesa-Lago, es sólo aparente. Precisamente es el férreo control político que caracteriza al caso cubano lo que llevó a estos cambios en las políticas económicas, muchas de las cuales no tuvieron el tiempo necesario para desarrollarse plenamente. El gobierno cubano experimentó con el socialismo de estilo soviético en 1961-63 y 1970-85 (el período de mayor estabilidad y de mejores resultados económicos), implementó políticas radicales anti-mercado en 1966-70 y de nuevo entre 1986 y 1990, durante el llamado período de rectificación de tendencias negativas (en ambos casos con resultados económicos negativos). Finalmente, en los noventa (el llamado período especial), el

gobierno introdujo algunas reformas de mercado, aunque el autor detecta una paralización de las mismas a partir de 1995-1996. Dado el grado de centralización y control de la economía que han caracterizado al caso cubano, las cambiantes políticas económicas han sido aplicadas nacionalmente, lo cual tiende a magnificar el impacto de las políticas erróneas.

Mesa-Lago claramente expresa en la introducción que uno de sus objetivos fundamentales es evaluar el desempeño de los tres sistemas en las áreas económica y social e investigar las causas de esos resultados. Dicha evaluación se basa en una serie (amplísima y cuidadosamente construida) de veinte indicadores económicos y sociales, los cuales son agrupados en cuatro categorías generales. Dos son económicas —indicadores macroeconómicos domésticos y economía externa— y dos son sociales: distribución y empleo y bienestar social. Basado en estas categorías, cuya elaboración está limitada por la ausencia de datos confiables para cada uno de los casos, el autor construye una escala que mide el desempeño de los tres modelos en 1980 y 1993 (los años 1960 y 1973 son excluidos por la falta de indicadores macroeconómicos confiables en el caso cubano). Sus resultados indican que, en 1980, Chile tenía el mejor desempeño económico y el peor en el área social. Costa Rica tenía un desempeño medio en la economía y los mejores resultados sociales. Cuba tenía el peor desempeño económico y resultados medios (pero muy cercanos a los de Costa Rica) en el área social. El orden se mantenía idéntico en 1993 en lo que respecta al área económica (Chile, Costa Rica y Cuba), pero había cambiado en el área social: Costa Rica continuaba liderando el grupo, pero Chile se había colocado en el segundo lugar, mientras Cuba tenía los peores resultados sociales. El mejoramiento relativo de Chile es atribuido por el autor a la mayor preocupación que los gobiernos democráticos han mostrado por los asuntos sociales desde 1990. El deterioro cubano, a la crisis de los noventa.

Quizás lo más sorprendente de estos resultados es el desempeño relativamente

pobre de Cuba en el área social —el área de los éxitos emblemáticos de la revolución cubana— en 1980 y 1993. Pero debe tenerse en cuenta que algunos indicadores sociales básicos, como la distribución del ingreso y el índice de pobreza, no pudieron ser incluidos en la escala final por la carencia de datos adecuados y comparables. De haber sido posible su inclusión, Cuba de seguro hubiera estado a la cabeza de los indicadores sociales en 1980 y hubiera mejorado su posición en 1993, aunque tal vez no en la magnitud necesaria para alterar el orden.

Estos resultados son debatibles también por otra razón. Los dos años escogidos para la comparación final, 1980 y 1993, tienden a afectar de forma desproporcionada el desempeño relativo del modelo cubano. Mil novecientos ochenta es un año que los cubanos recuerdan como el año de Mariel pero es también un año de malos resultados económicos —el peor, de hecho, entre 1971 y 1985. Durante todo este período, 1980 fue el único año en el que el Producto Social Global cubano decreció (ver la Tabla III.3, p. 348). Respecto a 1993, la explicación es casi innecesaria: es el peor año de la crisis económica de los noventa, el año en el que la economía cubana tocó fondo, afectando inevitablemente los programas sociales. En cambio, 1980 es un año relativamente bueno para los otros dos países estudiados, particularmente para Chile; 1993 también lo es. En los casos de Chile y Costa Rica los años seleccionados no corresponden a momentos de crisis. En el caso cubano sí. Esto puede afectar los resultados. Sería interesante, por ejemplo, que usando metodologías y datos similares, algún investigador intentara en el futuro hacer una comparación similar usando como punto de referencia los momentos de crisis (1981-82 en Costa Rica; 1982-83 en Chile; 1991-93 en Cuba) para evaluar el impacto de las mismas sobre los programas sociales.

Pero la selección de 1993 como año terminal del estudio no se debe a un intento deliberado de manipular los resultados. Cuando el libro se concluyó, a fines de 1997, el autor carecía de datos sistemáticos posteriores a 1993. Aún así, previo a su publica-

ción Mesa-Lago actualizó, en la medida de lo posible, sus indicadores para el período 1995- 1997 (ver Tabla V.34, p. 663). Durante estos años se produjo una modesta recuperación económica en la isla, pero en términos relativos Cuba continuaba a la zaga de los otros dos países analizados. Sólo en dos indicadores sociales, analfabetismo y mortalidad infantil, el desempeño cubano era el mejor (aunque seguido muy de cerca por Chile y Costa Rica). Dicho de otra forma, si este estudio hubiera finalizado en 1995 o 1996, en lugar de 1993, sus resultados fundamentales serían básicamente idénticos.

Es necesario aclarar, además, que el impacto de los años seleccionados en lo que toca al área social es limitado, por el sencillo hecho de que los indicadores sociales (los índices de morbilidad y la mortalidad infantil, por ejemplo) no reflejan las coyunturas económicas de forma inmediata y automática. Por otra parte, Mesa-Lago también compara el desempeño de los tres casos en 1960 y 1973 (ver Tabla V.31, p. 660) y encuentra que, en ambos años, el desempeño cubano fue inferior al de Chile y Costa Rica. Por si fuera poco, el autor compara sus resultados con los de agencias internacionales, como el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, y halla que los mismos son perfectamente congruentes. Los resultados cubanos, pues, no pueden ser atribuidos a un sesgo por los años seleccionados.

De esta forma, Mesa-Lago y sus colaboradores han colocado el estudio de las políticas sociales cubanas en un nuevo plano de reflexión y análisis. Como cualquier otro esfuerzo intelectual serio y fructífero, el legado fundamental de *Market, Socialist, and Mixed Economies* es una invitación al estudio sistemático de estos problemas. Los investigadores futuros podrán corroborar o corregir algunos de los resultados presentados en este libro. Lo que está claro es que este libro representa un hito, un nuevo punto de partida y que formará parte de cualquier análisis futuro. Conociendo a Carmelo, sé que dará por logrado su objetivo principal cuando esos estudios se produzcan. ■

La resaca como cómplice del canto

LOURDES TOMÁS

Joaquín Gálvez
Alguien canta en la resaca
Término Editorial
Cincinnati, 2000, 62 pp.

DESDE SU TÍTULO, EL POEMARIO *ALGUIEN canta en la resaca* de Joaquín Gálvez (La Habana, 1965) nos enfrenta con una situación paradójica: la de cantar en la adversidad. La resaca remite al obstáculo que impide el avance hacia un suelo firme donde reposar. Nadie cantaría en la incertidumbre de navegar siempre contra la resaca. No obstante, a lo largo del tiempo, que es también un mar incierto, los poetas han cantado a la orilla de calma que su imaginación les promete, a la esperanza de encontrarla, y han cantado aún después de entender *que tal orilla / para el hombre no está reservada* (62). El viaje que nos propone Gálvez en sus páginas culmina con la comprensión de que todo paraíso es sólo numen, pretexto para el canto poético.

El libro está dividido en tres partes. En la primera de ellas, *Con la cicatriz del tiempo*, el tema axial, como su título indica, es la memoria: el poeta vuelve ahora la mirada a su pasado, a la herida que le legó la cicatriz. Los textos se ordenan aquí según la cronología de los hechos autobiográficos aludidos. Los poemas iniciales (*Infancia y Beate-manía*) comprenden la fase de la inocencia en la vida del autor.

Seguidamente asistimos a su conflicto con una Historia que invade completamente su ámbito personal y determina su destino. La conciencia de una situación que incapacita la voluntad individual provoca el abandono del país de origen. Los poemas entre *Lost Generation* y el fin de la primera parte abarcan la experiencia del poeta en un destierro que lo convierte en un hombre escindido:

un *desertor de su propia historia* (24), un ser separado de su sombra, de su memoria.

La segunda parte, *La máscara frente al rostro*, constituye una reflexión sobre el tema de lo aparente y lo real. En los primeros poemas, que se dirigen a los personajes emblemáticos, la máscara representa lo engañoso entendido como hipocresía. Sin embargo, hacia el final de esta sección, lo aparente resulta ser el yo en continuo devenir. En *Auto-retrato* leemos:

*El hombre que fui durante diez años,
le reclama los derechos del Yo
al que hoy escribe estas palabras...* (40)

¿Cuál de los dos es el real, el hombre que fue el poeta hace diez años o el hombre que es ahora? El tiempo lo reduce todo a máscara.

El la tercera y última parte, *Alguien canta en la resaca*, el amor, la vida, el sueño y la muerte se funden y se constituyen en un tema único: el arte. Todo existe para ser sustancia de la poesía, que es *corazón real* del poeta en la vida (62), y *es sepultura de la muerte* (56). El pesimismo que rezuma este poemario no nos abisma al final en el despropósito o el absurdo. Existir es padecer, pero el sufrimiento se justifica como razón del canto. Porque el hombre no está en la orilla prometida, emprende el viaje interior, la aventura de crear:

*Mi mundo no pertenece a mi reino,
pero yo he creado un reino
a pesar de mi mundo.* (pag. 53)

Capaz de erigir un reino a imagen y semejanza del poeta, *la poesía es la única llegada posible* (62).

Alguien canta en la resaca abarca a Cuba dentro y fuera de Cuba. La historia posrevolucionaria de la nación, su dolorosa búsqueda de un paraíso socialista, el fracaso de su empeño, la consecuente diáspora, el siempre obsesionante mar cubano yacen en la metáfora de ese alguien que canta entre azules a una tierra amurallada por infranqueables resacas, a su orilla de calma por siempre inaccesible, y se encuentra a sí mismo en el canto, y encuentra en sí mismo la Isla Prometida.

Pero esa metáfora no se circunscribe a un tiempo y un espacio determinados. De la experiencia cubana, Joaquín Gálvez rescata para la poesía una esencia trascendente. Si me preguntasen el gentilicio del cantor de la resaca, diría que no lo tiene, o que lo tiene sólo si *humano* es un gentilicio. ■

El vuelo como opción liberadora

EMILIO DE ARMAS

Carlos A. Díaz Barrios
La canción de Ícaro
Editorial La Torre de Papel, Colección Opus
Miami, 1999, 29 pp.

LA CIUDAD ES LA HABANA, O, MÁS BIEN, LA Habana Vieja. El lugar es un pequeño taller de edición e impresión, muy cerca de la catedral. El año, casi con certeza, es 1974. Y los personajes son dos jóvenes, casi adolescentes. Están preparando un folleto que deberá publicarse en pocos días. El contenido del manuscrito no les interesa gran cosa: piensan en sus propios versos, todavía inéditos. En cómo podrían agruparse sobre aquellas hojas, una tras otra; en cómo se irían juntando los cuadernillos, breves y densos, hasta componer la maravilla —el libro—, con su cubierta de colores irrevocablemente sobrios y —cuando más— una viñeta con aire de otra época. O, tal vez, una tipografía barroca sobre un profuso grabado con serpientes marinas y navíos entrelazados en tenso combate, y marineros de mirada ciega que caen por la borda hacia el abismo. Y mientras esto y mucho más trama cada uno, posiblemente sin decírselo al otro, aparece el tercer personaje: viene de la calle, buscando los recodos de sombra de los callejones y las plazas. Saluda con voz mate en la puerta, aún con la esperanza de no haber llegado adonde hay que decir yo soy y preguntar por

otro, a ver si todavía se puede andar un poco más por todas partes sin tener que llegar a ninguna. Pero es allí, y lo esperan. Esos dos muchachos, apenas un poco más jóvenes que él, son editores. Y él —la situación no tiene remedio— es el autor del folleto, cuyas pruebas de impresión tiene ya entre las manos y ha comenzado a revisar, mientras, secretamente, piensa en otra cosa: sus propios versos, todavía inéditos.

No recuerdo de qué hablamos en todo aquel tiempo, salvo que, al poco rato, los tres nos reíamos de nada, como si cada uno hubiera dejado en libertad su personaje verdadero. El folleto —innecesario al fin— se publicó o quedó inédito entre sus propias páginas, y al terminar la mañana los tres nos despedimos frente al portón del taller casi medieval: Efraín Rodríguez Santana y Carlos Barrios, para irse a almorzar, supongo que en El Patio o en La Bodeguita; yo, para volver a algún sitio que no estaba sino al final de mis propios pasos.

Unos años más tarde, Rodríguez Santana publicó en aquel taller de La Habana Vieja su primer libro de versos, *El hacha de miel*, en una edición que revelaba todo el secreto esmero que puede urdirse en la sombra plomiza de una imprenta. Carlos Díaz Barrios, en cambio, se marchó bajo la luz o la noche restallantes de un puerto que podría ser cualquiera de la isla, si no le hubieran dado mucho antes el nombre de Mariel. Pero se llevó consigo la sombra y el esmero del hacedor de libros: doblemente hacedor porque ha dedicado su vida a escribirlos y editarlos, en una obra que cuenta con numerosos títulos personales, entre poesía y narrativa, y con una colección de ediciones que ha hecho valer su nombre —*La Torre de Papel*— como sinónimo de poesía bien cobijada.

La obra literaria de Díaz Barrios consta de dos novelas (*El jardín del tiempo* y *Balada gregoriana*) y siete poemarios, dos de los cuales han alcanzado reconocimientos de importancia: *La claridad del paisaje* (1994) recibió el premio Letras de Oro, de la Universidad de Miami, y *Oficio de responso* (1994) ganó el premio Juan Ramón Jiménez, un importante galardón otorgado en España. Como una confirmación de los valores de esta obra, el autor publicó recientemente *La*

Canción de Ícaro. Se trata de un poema extenso, de aliento rapsódico, que se sostiene de principio a fin sobre un bien logrado equilibrio entre la imagen poética como fuerza casi autónoma, y un discurso conceptual que aspira a trascender los laberintos de la imagen. En el contrapunto entre ambos factores se apoya la voz literaria de Díaz Barrios, una voz que se ha hecho reconocible entre los poetas cubanos nacidos alrededor de 1950, no obstante el número y la diversidad de figuras que ofrece esta generación.

Pero *La Canción de Ícaro* admite más de una lectura: además de seguir el texto como un discurso unitario en que se recrea, desde claves personales, el conocido mito, es posible entrar en el poema como si se quisiera fragmentarlo, extrayendo de él, alternativamente, fragmentos que podrían tomarse como poemas breves y cerrados en sí mismos, de tal modo que la rapsodia se descompone y recompone a cada momento, en versos y estrofas que apuntan hacia la captación y expresión de una especie de sabiduría poética, es decir, asentada en la poesía y expresada mediante ella:

*Toda belleza desaparece en la belleza,
toda eternidad busca en el patio
al inocente para venderle su fábula.
(...)
oscuro el sabio que predice el futuro,
pero sabe que el pasado
es el verdadero futuro.*

Como reverso de este tono suprapersonal, el poeta se vuelve de repente sobre sí mismo, como si el ascenso de Ícaro fuera, esencialmente, un acto de autorreconocimiento que culmina en una canción de soledad e intranquencia ética, en que las alusiones y referencias culturales se entrecruzan para componer y recomponer un texto de sólida resonancia:

*Nunca,
nunca he sido el hijo predilecto.

Nunca he sido el bufón obediente
que baña el pavorreal del rey.
Nunca he sido el soldado perfecto
que sabe morir por nadie.*

*nunca he sido ése
de la máscara con alas,
ni mucho menos el otro,
el que guarda
treinta monedas encima.*

La voz lírica, no se refugia en la fácil altivez de sus laberintos, sino que los trasciende para encarnar en el hombre histórico, juez y víctima de su época, involuntario pero real protagonista de ella:

*Pero tampoco soy el héroe
porque estoy vivo,
y eso no es de los héroes
(...)
¿Y dónde están los límites?
¿Quién puede medirlos
sin comprometerse?*

*¿Nosotros,
que somos seres
ahogados en un discurso?*

*Entonces, yo soy
el desertor de la palabra.*

Esta «deserción» es la verdadera clave del vuelo emprendido por Ícaro en el poema de Díaz Barrios: deserción que se ejecuta no como un acto de intrascendente confirmación posmoderna, sino como una opción liberadora frente al texto-discurso esencialmente viciado de la posmodernidad:

*Quiero conspirar de otra manera:
(...)
al lado del amigo
con su risa de diamante;
al lado del país del odio
de los adolescentes;
al lado del que abre una zanja
para enterrar el cielo;
al lado del dolor
con sus islas transparentes,
al lado de los que regresaron
con las manos sin rostros...*

*Porque yo soy el hombre,
el que recoge alas
en el fondo del infierno.*

La conclusión del poema restablece la imagen del héroe caído (hombre o ángel) como protagonista y espectador de un drama que transcurre dentro de sí mismo. En este drama, los personajes se repiten y confunden: «Yo, Tiresias, / yo Ulises, / yo Píndaro, / yo Ícaro, / yo nadie...» no es sino el reverso de «todos», una de las muchas máscaras asumidas por Ulises para volver a Ítaca, que en este caso puede ser La Habana, o, más bien, La Habana Vieja... Quizás un pequeño taller de edición e impresión, muy cerca de la Catedral. ■

¡Oh, Miami!

ANTONIO ORLANDO

Santiago Rodríguez
La vida en pedazos
Colección Ficciones
Cincinnati, Ohio: Término Editorial 265 pp.

AMIA MIAMI LE FALTABA SU NOVELA (O, AL MENOS, su novela de fines de milenio) y Santiago Rodríguez, en una sorprendente primera incursión en el género, decidió inventársela. El resultado es *La vida en pedazos*: una obra polifónica y laberíntica, que exige del lector una complicidad atenta y que, como premio, le entrega una trama bien urdida, un desenlace sorprendente y una galería de caracteres de gran humanidad.

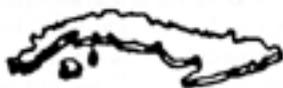
La novela congrega a una veintena de personajes, en su mayoría cubanos en el exilio, bien diferentes entre sí: desde Carli, el recién llegado, hasta Marchelo, el presentador de éxito de la televisión hispana en los Estados Unidos, pasando por pintores, travestis, balseros, profesoras jubiladas, narcotraficantes, políticos, empresarios, espías y policías gays, cuyas vidas ellos mismos exponen sin muchos miramientos, más allá del bien o del mal, como quien habla con toda confianza a un amigo íntimo. Aunque por su construcción algunos de los personajes sobresalgan sobre

otros, bien por tener mayor participación o por resultar especialmente atractivos, lo cierto es que no hay un héroe o un personaje que impulse la acción. Es Miami, la ciudad, sus lugares nunca descritos pero mencionados una y otra vez, sus rituales políticos, su legendaria indiferencia por la cultura, su manera de moldear las costumbres y la psicología de sus pobladores (tanto de los lúcidos como de los enajenados), quien deviene protagonista absoluta del relato. Miami, un espacio que buena parte de los personajes de la novela detestan —o que, en el mejor de los casos, toleran como un mal necesario— y con el que sostienen una contradictoria relación de amor-odio, de agradecimiento-repulsión, que ni ellos mismos alcanzan a explicarse y que exorcizan apelando al consabido choteo cubano.

La vida en pedazos está llena de referencias al séptimo arte, explícitas, desde la elegante cubierta diseñada por el indispensable Umberto Peña —con una claqueta y fotos de

Anita Ekberg y Marcello Mastroniani, entre otras figuras legendarias del cine— hasta los títulos de los capítulos que, revelados únicamente en el apéndice final, convidan a los cinéfilos a una relectura que ponga de relieve las asociaciones: *Mañana lloraré*, *La chica de la valija*, *Algunos prefieren quemarse*, *Kiss kiss bang bang*, *Escupiré sobre sus tumbas* o *Amarga victoria...* Pero, más allá de estas alusiones, la estructura misma de la novela nos remite a *La dolce vita* o a una película de Altman. La historia —que es la suma de múltiples historias personales— se presenta como un rompecabezas cuyas piezas, al principio en desorden e inconexas, resultan un tanto desconcertantes, pero que, poco a poco, van tomando su lugar ante los ojos del alucinado lector.

Con un humor descarnado, una magnífica apropiación de la oralidad y un erotismo a lo Genet, Santiago Rodríguez entrega un libro que, detrás de su estudiado desparpajo provocativo, realiza una sutil e inteligente aproximación al *modus vivendis* (o *sobrevivendis*) y a la



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.

SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO

EDICIONES UNIVERSAL
(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234
Fax: (305) 642-7978

e-mail: ediciones@kampung.net

<http://www.ediciones.com>

con frecuencia un tanto elemental filosofía de la comunidad (?) cubana en el exilio de Miami; a la vida en pedazos que evoca el título, pero también a la vida hecha pedazos de varias generaciones, a causa del error trágico de haber nacido en una isla maravillosa que pareciera condenada a purgar una impagable y seguramente espeluznante culpa. Es un libro en que no pocos pasajes sobresaltan por su vocación cáustica, pero del que no está ausente una conmovedora capacidad de comprensión y de compasión.

A tono con sus referentes cinematográficos, podría decirse que en esta novela de Santiago Rodríguez (Guantánamo, 1940) confluyen los chistes y el costumbrismo gruesos y un tanto chabacanos de las comedias italianas de los 60, el ritmo trepidante y el suspenso de los mejores *thrillers* de Hitchcock, el surrealismo insuperable de los noticieros ICAIC de los años setenta y la poética religiosa, dolorosa y austera, de las películas de Dreyer. Sin cabos sueltos ni giros tramposos en la trama, todos los hilos se anudan en un desenlace a un tiempo dulce y amargo, parecido (si es que las ciudades tienen sabor) al sabor de Miami. ■

El cuento cubano más allá del exilio

JORGE LUIS LLÓPIZ

Luis de la Paz
El otro lado
 Ediciones Universal
 Miami, 1999, 133 pp.

LA GENERACIÓN DEL MARIEL CAMBIÓ, DEFINITIVAMENTE, las cosas en la literatura cubana del exilio. Ésta solía seleccionar los temas y tratar los conflictos en los cuentos de modo diferente al quehacer literario de las minorías étnicas de origen hispano en los Estados Unidos. Antes de la década del 80, el

cuento cubano solía desarrollar dos tipos de asuntos: uno, encaminado a desacralizar el ideal revolucionario, que promovía el gobierno de Fidel Castro; y otro, a mitificar el pasado. La primera variante —llamada literatura de compromiso—, recogía el dolor y el desacuerdo de los exiliados; la otra resaltaba, como paliativo, las costumbres y las tradiciones de los cubanos antes de 1959.

Los temas de los cuentos «comprometidos» reflejan las circunstancias políticas de Cuba en el momento en que sus autores salieron del país hacia Estados Unidos. Los primeros años del poder revolucionario vinieron acompañados de una fuerte lucha entre la burguesía y la nueva dirección del país. Los propietarios defendían sus capitales e influencia social y los rebeldes los despojaban de ellos. Esta guerra se reflejó en muchos cuentos donde aparecían personas perseguidas, golpeadas y encarceladas por el gobierno. Luego, los escritores que salieron, a finales de la década del sesenta y principios del setenta, trajeron consigo vivencias nuevas de la represión: la creación de campamentos agrícolas, considerados como verdaderos campos de concentración; el acoso de las organizaciones de masas; el totalitarismo del Sistema Socialista, se convirtieron en materia literaria. Se observa en la mayoría de los cuentos de esa época amargura, frustración y dolor —a causa del exilio forzoso—; y, sobre todo, rencor e impotencia por la imposibilidad de castigar al culpable de la separación de las familias cubanas. Esa rabia hace que se olvide el sentido estético de la literatura, que las narraciones se desquician en denuncias y protestas a la manera de una tribuna política. Por su parte, la vertiente «melancólica» pretendía borrar el hecho de que un gobierno socialista reinara en el poder. Los narradores resaltaron —a la manera de cuadros costumbristas—, asuntos familiares y sociales característicos de la población rural cubana antes de 1959. Lo hacían, con tanta añoranza, que no desarrollaban la intensidad de la trama ni la tensión del conflicto; más bien describían escenas, tipos y tradiciones. Entre esas dos tendencias, también se crearon cuentos cuyo referente nada tenía que ver con Cuba. El caso más

célebre fue el de Carlos Alberto Montaner con sus libros *Póker de brujas y otros cuentos* (1968) e *Instantáneas al borde del abismo* (1970). Lo irreal, fantasmagórico, satánico y anormal imperaron en las narraciones de ambos volúmenes. Tal parecía que el conflicto cubano no interesaba a su autor, si no fuera por los escritos contra el gobierno de Castro, expresados en ensayos y en la novela *Perro-mundo*. Los relatos de Montaner no se integraron a las dos grandes vertientes de la literatura del exilio; y en cambio, se insertaron en la tendencia fantástica e irreal del cuento escrito en Cuba en la década del sesenta. La cuentística no-realista en la Isla había cobrado fuerzas por el año de 1963 y decayó considerablemente en el año de 1968; ante el empuje de una literatura comprometida, defensora del ideal revolucionario, que el gobierno apoyaba y estimulaba.

La mayoría de los cuentos del exilio no reflejaban por ninguna parte ese sentir de las minorías en los Estados Unidos tan bien descrita por la literatura nuyorriqueña, dominicana y chicana. Los conflictos basados en la discriminación del inmigrante, el desarraigo del emigrante, y el choque entre la cultura hispana y norteamericana no eran preocupaciones para la narrativa breve de los cubanos en la década del sesenta, setenta y aún en buena parte, de los ochenta. Fue con la llegada de nuevos escritores por el Mariel en 1980 que se crearon las bases para la aparición de un nuevo tipo de literatura que ya en los años noventa afloran en los cuentos de varios autores y en particular en la colección *El otro lado* de Luis de la Paz. Con este volumen De la Paz rompió con las dos grandes tendencias del cuento del exilio; incluso, consigo mismo, pues su libro de cuentos anterior *Un verano incesante* (1996), aún se insertaba en una u otra corriente. El escritor ha dado un paso importante: su propuesta sacude el término de literatura del exilio. Amplía el concepto pues la escritura de los cubanos se va haciendo cada vez más cubano-americana, al compartir con los otros grupos étnicos minoritarios, su suerte en los Estados Unidos. La colección *El otro lado* tiene más de un cuento que habla de la experiencia del inmigrante cubano. Hay un

choque de culturas que estremece tanto al intelectual como al ama de casa.

El artista de *La presentación* no había conseguido dar a conocer su novela. Necesitó verse vinculado a una noticia tremendista, como la de que un conocido le disparase desde el público, para que los medios noticiosos le dieran cobertura al lanzamiento de su libro. Mediante una narración sencilla y directa se cuenta un acontecimiento absurdo y se resalta que a la prensa, la televisión y la radio no les interesa el ser humano, ni la labor del escritor, sólo la noticia sensacionalista. La anciana de *El examen* necesita la ayuda del gobierno para su jubilación. Debe pasar la prueba de ciudadanía norteamericana para obtenerla, pero no consigue responder una de las diez preguntas, y pierde la oportunidad de la ayuda estatal. El narrador testigo se apoya, otra vez, en el absurdo para describir a personas viejas y enfermas atravesando una situación embarazosa como si fueran jóvenes estudiantes. La narración enfatiza la deshumanización del individuo, reflejada en la postura discriminatoria de los agentes que supuestamente brindarían la asistencia social a los ancianos. También se evidencia la zozobra del inmigrante en la marca social que lleva Gustavo en *Asignación*. El narrador testigo presenta, a través de la transcripción de una entrevista, la verdadera naturaleza de Gustavo a quien la sociedad ha clasificado como escoria. Ese estigma le persigue incluso fuera de La Habana y por eso trata de alejarse de Miami, lugar de reunión de los marielitos.

South Beach es el cuento que mejor refleja el desarraigo del cubano en suelo norteamericano. El protagonista René está casado; pero va en busca de un romance en Ocean Drive, lugar popular de Miami Beach. El narrador en tercera persona diseña un personaje en el que predominan los sentimientos ambiguos. Atracción y repulsión constantemente marcan el comportamiento de René. Le gusta el ambiente de Ocean Drive pero rechaza la mediocridad de las personas; desearía tener una relación sexual con una prostituta mas su inseguridad lo detiene. Este proceder lo conduce a una soledad donde la masturbación es el paliativo. Su inadaptación social se muestra en varias de

sus valoraciones y en su comportamiento. Es una especie de fantasma que vaga por las calles sin poder dejar su huella de hombre. El conflicto del desempleado en el relato *El laundry* se emparenta con el de René. El hombre, después de trabajar 15 años en una lavandería, se quedó sin trabajo. Él le cuenta a una desconocida que el laundry fue un lugar repulsivo y atractivo. El dueño de la lavandería no puso reparos en darle el empleo cuando se enteró que era ilegal y no sabía inglés; no obstante, el propietario le pide favores sexuales y el protagonista le complace. El homosexual se siente agradecido e infeliz al mismo tiempo; desearía encontrar una pequeña tabla donde asirse: la sociedad norteamericana le da entrada pero no-pertenencia. Tanto en *El examen*, como en *Asignación* se siente la presencia de casas pero no de hogares, de personas mas no de familias. En *Manías de viejo*, Alvaro se siente solo. La única compañía es Antonio, un viejo que encontró una tarde de sol vagando por la calle y a quien le regaló un poco de dinero. Cuando la relación comenzaba a hacerse una costumbre, el anciano desapareció sin dejar señas. Entonces, él decide dar las monedas a otra persona desconocida: necesita compartir con alguien su soledad. Este quedarse sin familia presente en *El laundry*, en *South Beach* aparece también en la narración *Los sobrevivientes*, donde la amistad entre dos amigos se desvanece ante la propuesta homosexual de unos de ellos.

Hay en estos cuentos una narración desasacionada de conflictos angustiosos que recuerda la obra de narradores como Calvert Casey y Humberto Arenal en sus libros de corte existencialista *El regreso* (1962) y *El tiempo ha descendido* (1964), respectivamente. Ambos podían concebir una situación desgarradora sin acudir a descripciones sensibleras. Lo mismo consigue De la Paz en los cuentos *South Beach*, *El laundry* y *Manías de viejo*. Es impactante el desenfado del narrador al contar aquellas penas tan caras a los personajes en medio de un ambiente extraño y adverso. Sólo un cuento *Online*, parece contradecir esta observación, pues dos seres logran una cercanía, una supuesta realización amorosa; pero, a través de un medio tan metafísico como el de la red electrónica.

Las narraciones muestran una cara diferente del exilio en la que el desarraigo y la discriminación son el pan nuestro de cada día. ¿Qué hacer con tanta agonía? ¿Masturbarse como René en *South Beach* o la pareja en *Online*? ¿Resignarse al desamparo del gobierno como la anciana en *El examen*? ¿Entregar monedas a ancianos desconocidos como el viudo de *Manías de viejos*? Sin dudas, es un otro lado distinto, agresivo, áspero que muchos cubanos no se han atrevido a contar para no acabar con la idea del sueño americano. ■

Vivir entre dos geografías

RODOLFO MARTÍNEZ SOTOMAYOR

Nicolás Abreu Felipe
Miami en brumas
 Ediciones Universal
 Miami, 2000, 205 pp.

MIAMI EN BRUMAS, DE NICOLÁS ABREU Felipe (La Habana, 1954), es una de esas novelas en la que, ya desde las primeras páginas, asistimos al inusual encuentro con un texto que nos provoca placer y al que acudimos, no como un mero hecho de disciplina literaria. La fórmula es un lenguaje limpio de recursos superfluos, escenas que invaden nuestra imaginación con la inmediatez abarcadora del cine, una narración lineal con toques reflexivos y retrospectivos que nos llevan al punto de donde emergen, dándole más solidez y vida a la historia, abordando en ésta toda una visión realista de las dos geografías entre las que navega el autor: Miami y La Habana.

Cuba aparece en estas páginas con todas sus miserias, los tumultos, las colas, la ciudad que se postra frente al mar como salvación y esperanza, la eterna obsesión por el mar, siempre como medio de separación y a la vez de libertad; los detalles de una vida cotidiana en la necesidad de todo, la pobreza

moral, el calor asfixiante, la perpetua búsqueda del aire, quizás como un estimulante símbolo de vida. Dulce, viuda y sola, se ahoga aprisionada en esta Cuba y en su isla interna de recuerdos, idealizando a Máximo con esa memoria irracional que sólo provoca la nostalgia del amor perdido. Del otro lado, Máximo, objeto de ese amor, «burócrata de yate y oficina, con perro y familia, en el Miami del exilio», imagen del desarraigo brutal de quienes no pertenecen al entorno que habitan y jamás pertenecerán nuevamente al país que dejaron. La nostalgia por un pasado y la imposibilidad de recuperarlo: «Todo se reducía ahora a fotos, a voces que parecían resonar tras el misterio de una carta».

La inadaptación propia de un exiliado trasciende la inadaptabilidad aún mayor de quien parece convertirse en subversivo de las urbes a un nivel universal: «Las ciudades modernas eran monumentos a la inutilidad, los hombres en sus grandes almacenes se trituraban entre sí». Esta especie de anarquía mental lo lleva a dibujar de forma descarnada a esta ciudad en brumas desde una óptica no idílica sino condenatoria. Allí está Miami, su arquitectura chata y sus políticos corruptos, una Hialeah caudillista y constantemente bajo la agotadora lluvia. Se va percibiendo junto al autor la necesidad irremediable de la fuga definitiva como única libertad posible.

Máximo escruta en la zona más oscura del vacío existencial, provocado tal vez por el afán de un exiliado que aspira a vivir con la intensidad espiritual imposible, fuera de las costas donde nació, y más allá de su propio mundo individual; es también el artista que no comulga con nada, salvo con el arte como único pedestal para la vida: «amaba el arte, creía con firmeza que era ese el último instinto que conservaba el hombre para poder sobrevivir». La sensación de culpa frente a la disyuntiva de salvación personal y el desprendimiento forzoso de todo: pasado y familia para lograrla. La insensibilidad que va creando la modernidad a través de las máquinas que nos alejan de los sueños voluntarios, nos la brinda el autor a través del vínculo hijo-Nintendo. Algo del hombre-masa de Ortega y Gasset se perfila en esta relación al margen de la demencia.

Stefan Zweig, en la carta de despedida que dirigió a sus amigos durante su exilio en Brasil, nos dejó dicho: *¿Qué es lo que un refugiado puede esperar de la vida?* Brutalmente arrancado de su pasado, éste ha muerto para él, hasta el consuelo de los recuerdos le está prohibido, pues como dice Dante «No hay sufrimiento peor que evocar una época feliz de nuestra vida cuando la desgracia nos oprime».

Miami en brumas es un resumen de esta desgracia, en el que Miami y la isla se funden para dar testimonio del espanto. La razón y la consecuencia de un exilio matizado sólo por la fuerza siempre eterna del amor. ■

Para la suma visión

RAFAEL ALMANZA

Ernesto Ortiz
Fragmentos del ojo
Fundación Jorge Guillén
Valladolid, España, 1998, 110 pp.

¿USTED TAMBIÉN ES UN YOGUI OCCIDENTAL? La contemplación no pasa de ser, hoy por hoy, una técnica de la eficiencia psicológica que se vende en los libros de autoayuda? ¿Me conviene enterarme de cómo es el asunto en verdad, sin *marketing*?

He aquí un joven cubano que vive en la más atrasada provincia del país, en la mágica ciudad de Pinar del Río donde se ha estado editando la única revista honesta que tenemos —*Vitral*, de cuyo consejo es miembro—, y en donde dirige *deLiras* (*sic*), otra publicación católica, dedicada exclusivamente a la literatura. Con estas credenciales pudiéramos esperar un libro de eso que llaman poesía social, pero Ortiz nos entrega una experiencia mayor de realidad —de la realidad mayor. El título no debe despistarnos. Este poeta cristiano no milita desde luego entre los apologistas del fragmento como fracaso o rechazo o imposibilidad de toda unidad,

sino como faceta o asíntota de ella. Ya en la dedicatoria a su esposa. afirma que *en su pupila —lago— se une lo fragmentado, pues «mirándola, me veo»*. Las aventuras de la contemplación como anagnórisis en la totalidad del ser se cumplen aquí en el diálogo con un tú trascendente al poeta —la amada, la naturaleza, la poesía, el paisaje— pues *frente a Ti, lo intento, / pero no puedo estar me quieto, / y en tal desasosiego / (tal vez) / radica mi misterio*. En efecto, su calidad radica en no intentar, al menos ahora y aquí, la posibilidad del diálogo sin mediaciones con el Tú trascendente. Por demás, después de San Juan de la Cruz, nadie en nuestra lengua se ha atrevido a tanto. Incluso un Martí quedó casi mudo cuando *entró la luz en él*, y sólo supo ofrecerle su muerte. Con una óptica más humilde pero no menos eficiente, más cercana, al hombre común, como lo hubieran querido San Francisco de Asís o Santa Teresita de Liseaux, la poesía de Ortiz configura en este libro nada menos que una fenomenología de la Contemplación Natural. Discuten los sabios si el éxtasis es un privilegio de muy pocos, como las capacidades del divo de ópera, el físico genial o el recordista olímpico, o si es posible para todos mediante unas ciertas técnicas voluntarias. Yo no sé: pero parece que la poesía es un recurso propiciatorio. En todo caso, como en Ortiz, para el primer escalón contemplativo, quizás menos exiguito o exigente.

La primera sección del libro consiste en un elenco de las experiencias contemplativas: de la naturaleza (el paisaje pinareño: árboles, aguas, mar, aserríos, tabaco), del paisaje como distancia y como habitación, de la percepción sensual (vista, olfato, tacto) y de la relación amorosa (un conjunto de delicados e intensos poemas eróticos, donde todo lo físico aparece dichosamente espiritualizado, y en donde el anhelo de unidad se declara sin rodeos: *el oceánico Uno/ sin Mí, sin Dos, sin el terror/ de que no estés: El beso sigue siendo una pared/ (quiero estar adentro, estar adentro)*). La verdad de estas aproximaciones se revela en el hecho de que no se presenta como una suma de delicias sino más bien de dificultades: sólo puede haber fragmentos del Uno en esta visión: imposible no tener

mitades, no estar separado trágicamente de la sustancia universal, del Azul, del Índigo Equilibrio que nos imanta y nos promete: hay también el Corte, la visión instantánea que se pierde sin remedio y sin darnos cuenta —y el Negro, la Nulidad. Pero ante la fugacidad de toda visión el poeta constata una posibilidad de anclaje afirmativo: *mar-chamos tranquilamente*. Por eso la, segunda y última sección del libro consiste en el *Diábolito diafragma*, un poema que intenta reconstruir los fragmentos en una unidad de fe bajo un ritmo hesicástico: diez unidades compuestas por un total de 103 estrofas de tres versos blancos (como si el *hai-ku* coincidiera con el Dante). Todo lo que separa al poeta, de la visión suma es enfrentado por un pensamiento poético en el que teología y poesía se confunden dichosa, inseparablemente: la fugacidad, la huida de lo múltiple a lo uno, el enfrentamiento con esta contradicción, el refugio en la amada y en la habitación terrestre, las observaciones y los deleites, los prestigios de la tarde y el reconocimiento del dolor y del sufrimiento como necesidad, como espejo de la visión, son resueltos por la promesa de volver a nacer en la visión total, que está ya en la memoria indeleble que tenemos de Dios: *«Y en prístino eclipse, / en mi memoria: / un nacimiento»*. Este visionario de lo terreno necesariamente concibe la visión suma —la visión de la suma—, sólo en la resurrección. Como si estuviera demostrándola.

Y esta sabiduría se ofrece en textos despojados, serenos, desprovistos del alarde y la palabrería de moda. Sus versos finales suelen ser ejemplarísimos: concluyen con firmeza, pero sin rotundidad, con todos los armónicos de la sugerencia y con una economía lapidaria. Es verdad que a veces el lenguaje se le complica inútilmente, que algunos versos o alguna página sobran, que convendría cambiar el orden de algunas; pero estos reparos son excusables en medio de tanta propiedad. Hemos perdido la virtud de recitar para corregir. Muchos grandes, de Goethe a Juan Ramón, lo hicieron sin rubor y sin descanso. *Fragmentos del ojo* puede pulir todavía sus cristales vivos, pero es ya, una sólida afirmación de verdad espiritual y de desnuda poesía. ■

Experimentos en una isla

MIGUEL RIVERO

Corinne Cumerlato y Denis Rousseau

L'île du Docteur Castro

La transition confisquée

Ediciones Stock

París, 2000, 313 pp.

EVIDENTEMENTE, LOS AUTORES SE INSPIRAN para escoger el título en una obra de H.G. Wells, que se denomina *La isla del doctor Moreau*.

La obra de Wells es una novela de ficción científica en la cual un doctor loco escoge una isla desierta para hacer experimentos y transformar animales en seres humanos. Después, la novela fue llevada al cine. Existen tres versiones cinematográficas, la primera de 1933, del cineasta Erle C. Kenton; la segunda de 1977, de Don Taylor y la más reciente es de 1996, de John Frankenheimer.

Los autores de *L'île du Docteur Castro* deleitan al lector con las diferentes facetas de Fidel Castro: «el Comandante meteorólogo», cada vez que se acerca un huracán; «el salvador», cuando con un casco se lanza al rescate; «el intelectual», cuando asiste a las reuniones de la UNEAC; «el cocinero», cuando argumenta acerca de las ventajas de comprar chícharos en el mercado mundial; «administrador de hoteles», cuando da lecciones a los subordinados en el sector turístico; «el colega», cuando dicta las orientaciones de la prensa; «el deportivo», cuando se dedica a entrenar a la selección nacional de baseball para ganar a los Orioles de Baltimore... una lista interminable con anécdotas picarescas que vivieron los dos periodistas en Cuba, entre 1996 y 1999.

Recordemos algunos de los experimentos realizados en nuestra isla: el cruce de vacas y toros, con aquellos símbolos de los F-1 y F-2; rodear La Habana de cafetales, construir el comunismo en un poblado de Pinar del Río... Por último, ahora los pedagogos y maestros «harán de Elián un niño modelo».

Lo más triste es que el experimento en la isla de Cuba ha sido a la inversa: seres humanos convertidos en rebaño, a cargo de los pastores de los CDR y del Partido Comunista de Cuba, «invitados» a marchas, mítines y concentraciones, hasta obligar a que el Congreso y el gobierno de Estados Unidos anulen todas las leyes, o enmiendas de leyes contra Cuba. Trotsky no habría podido inventar pretexto mejor para la «Revolución permanente».

El libro tiene una introducción donde aparecen, entre otras definiciones, la que ya mencionamos de las diversas facetas del Comandante.

Vale la pena mencionar el título de los restantes diez capítulos, porque seguramente los lectores se quedarán con las ansias de poder disfrutar de esta obra: *El «sistema» Castro: una arquitectura totalitaria*, «Luchar»: *la guerrilla diaria*, *La urna destruida*, *Una economía detenida*, *La entrada al bunker*, *¿Hasta cuándo?*, *Entre las manos de Dios*, *La responsabilidad de Estados Unidos*, *El viaje a Cuba* y *La transición inevitable*.

Rousseau fue el jefe de las oficinas de la agencia de noticias francesa (AFP) y Corinne Cumerlato trabajó en La Habana como corresponsal del diario galo *La Croix* y el semanario *L'Express*.

Los autores califican a Fidel Castro como «el sobreviviente» y recuerdan la propia frase del Comandante dirigida a los visitantes que recibe, en muchos casos dirigentes políticos que le aconsejan realizar cambios: «Yo los escucho con la sonrisa de la Gioconda y la paciencia de Job».

Rousseau y Cumerlato llegan a una conclusión: «El castrismo se ha convertido en un sistema totalitario al servicio de un objetivo único, mantener al frente del Estado a una casta burocrática y militar que ha sometido su destino al del Líder Máximo».

Los autores definen el embargo norteamericano contra Cuba como una medida «evidentemente estúpida», que ha dado el pretexto de presentar el caso como «la lucha de David contra Goliat». Nada mejor para despertar la simpatía en el exterior. Aunque, en realidad, en el interior del país es el Goliat de una maquinaria represiva, que funciona como un reloj suizo, que mantiene al

pueblo (David) «humillado en la lucha por la subsistencia», como se demuestra con lujo de detalles en esta obra.

«Me gustaría despertar un día sin pancartas, sin consignas, sin aclamaciones, sin tribunas, sin discursos, despertarme como un ser normal, sin significado político», según el deseo del escritor disidente Manuel Vázquez Portal, citado en el libro.

Los periodistas galos recuerdan consignas escritas en los muros, que provocan la risa: «Aquí no se rinde nadie», aparece en el muro de un cementerio, «Yo me quedo», en una parada de ómnibus, sin que aparezcan los medios de transporte...

El libro recoge la obsesión de muchos cubanos de salir del país. Pero, aunque tengan una «carta de invitación», tienen que pagar al Estado cubano cerca de 500 dólares, o sea «cincuenta veces el salario promedio mensual». En el libro aparece un dato que da la idea de la magnitud del éxodo potencial: En 1998, «cerca de 600.000 candidatos» estaban inscriptos en la Oficina de Intereses norteamericana para la lotería y tratar de obtener, por vía legal, una visa para Estados Unidos.

Para los periodistas galos no pasó inadvertido el hecho de las medidas restrictivas para la salida de menores por la vía legal. Los padres tienen que dejar a sus hijos «cuando se acerca la edad del servicio militar».

Precisamente, la campaña «para salvar a Elián del secuestro en Miami», como mencionaba «Granma», puso en evidencia los centenares o miles de padres que claman desde el exterior por sus hijos menores y las autoridades de La Habana no los dejan salir de la Isla.

La obra revela cómo el sistema controla la vida de los cubanos, «desde la cuna hasta la tumba».

«Rechazar el juego de la adhesión militante, incluso aunque sólo sea de fachada, es correr el riesgo de, tarde o temprano, quedar marcado y organizaciones como los Comités de Defensa de la Revolución pueden hacer la vida imposible a la persona que tome ese camino», advierten los autores.

Citan el caso de Milagros Cruz, militante de los derechos humanos, de 31 años, que fue «internada varias veces en un hospital

siquiátrico» y después obligada a partir al exilio, dejando por detrás «a su hija pequeña».

En lo que se refiere a los inversionistas extranjeros en Cuba, el libro es aleccionador. «La primera condición es dinero en mano, después no dejarse impresionar por el doble lenguaje de las autoridades y posteriormente someterse a las pesadas cadenas de las empresas del Estado, que cobran precios exorbitantes». Citan algunos: 3.000 dólares mensuales por el espacio para una oficina, el acceso a Internet más caro del mundo: 260 dólares por mes y «telecomunicaciones ruinosas», al precio de 6 dólares por minuto por una llamada telefónica hacia Europa.

La situación del nativo empleado por los extranjeros queda sintetizada en estas líneas: «El empleador extranjero paga al Estado cerca de 450 dólares mensuales por un empleado cubano que recibe como promedio sólo 15 dólares». Además, advierten que los inversionistas no tienen derecho a escoger a los asalariados. Son seleccionados «los políticamente correctos» por Acorec y Cubalse, empresas del Estado.

Probablemente, uno de los capítulos más interesantes del libro es el titulado «La transición inevitable».

Los autores parten del principio que los «apparatchiks» sienten miedo de lo que sucederá cuando desaparezca del escenario el Máximo Líder. Citan algunas variantes de la probable transición:

La del «escenario chileno», o sea, Fidel Castro es quien se encarga de conducir los cambios. Es la patrocinada por el conocido disidente Elizardo Sánchez. Pero, las últimas declaraciones del Máximo Líder, acerca de que eso no le preocupa y no tiene que preparar ningún sucesor, dejan poco margen para darle crédito a esta variante.

El «escenario tunecino». Los «pinchos y mayimbes» tropicales reeditan en La Habana la destitución «por senilidad», en 1987, del presidente Habib Bourguiba y «controlan» la evolución de los acontecimientos.

Pero, los propios autores citan casos como el del teniente Omar Izquierdo Sánchez, descontento con el régimen, y que terminó «en las cárceles de Villa Marista» (sede de la Seguridad del Estado). Esto esclarece

que la situación, por el momento, es bien diferente y este desenlace «tunecino» parece poco probable.

El «escenario haitiano». La desaparición física de Fidel Castro desencadena poco después «sangrientos arreglos de cuentas entre los cubanos». Este sería el peor de todos. Como advirtió en febrero del 2000 Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, «no importa lo que suceda, será necesario evitar el caos a cualquier precio». Céspedes es de la opinión de que Castro morirá como Franco, ejerciendo sus funciones hasta el final, y tiene la esperanza de que después «las cosas cambiarán gradualmente».

El «escenario constitucional». Según el artículo 94 de la Constitución, «en caso de ausencia, de enfermedad o de muerte del presidente del Consejo de Estado, el mismo será sustituido en sus funciones por el primer vicepresidente».

Raúl Castro asume el poder, «pero rápidamente delega funciones en tecnócratas del régimen que preparan la apertura y la reforma democrática», según los autores de esta obra, que consideran a Carlos Lage como el personaje ideal para el puesto de Primer Ministro, pues se ha ganado «la simpatía de los hombres de negocios extranjeros».

Rousseau y Cumerlato revelan unas declaraciones, quizá muy poco conocidas, de Ricardo Alarcón, actual presidente de la denominada Asamblea Nacional del Poder Popular.

En diciembre de 1997, preguntado por un periodista del «Nuevo Día de Puerto Rico» acerca de la sucesión de Fidel Castro, Alarcón dijo: «Si llega ese momento lo haría...creo que puedo dar mi contribución debido a mi experiencia». Según los autores, Alarcón se precipitó con estas declaraciones y después se vio «obligado a defender las posiciones ultra-ortodoxas».

El «escenario español». Se produce el pacto de la transición en una mesa de negociaciones, entre disidentes y representantes del gobierno, después de «neutralizar» al exilio radical de Miami y con la ayuda de la Iglesia católica. Pero, los autores reconocen que «la atomización de la disidencia interior» y su falta de «legitimidad política» hacen difícil una apertura rápida de esta negociación.

«El escenario político militar». Los jefes militares, ahora convertidos en nuevos hombres de negocio, facilitan la transición, asociados «con la nueva generación de tecnócratas cubanos».

Según los autores, el ejército cubano no está vocacionado para la represión y lo más probable es que el escenario de transición, que propugna la oposición moderada, la lleve a cabo «una junta político militar».

El último párrafo del libro vale la pena reproducirlo textualmente:

«Por el momento, el caudillo cubano ha rechazado convertirse en reformador de su régimen, prefiriendo esperar por su liquidación. Por tanto, Fidel Castro no participará. Corresponderá a los cubanos escribir su propia historia. Esta vez, utilizando los verbos en el pasado».

El libro merece ser traducido lo más rápidamente posible al español y puesto en circulación por alguna editorial importante.

Se siente el deseo de organizar una colecta, para regalarle un ejemplar a Ariel Dorfman, a José Saramago (para que comparta la lectura con su esposa Pilar), o a Eduardo Galeano... pero, ¿valdría la pena? ■

Un ajiaco cubano-alemán sobre la tercera reforma agraria de Cuba

CARMELO MESA-LAGO

Hans-Jürgen Burchardt, editor

La última reforma agraria del siglo:

La agricultura cubana entre el cambio

y el estancamiento

Caracas, Nueva Sociedad, (2000), 268 pp.

AMADO EN LA INTRODUCCIÓN UN «AJIACO alemán-cubano», este interesante y valioso libro es resultado de un proyecto multidisciplinario de investigación (economistas, sociólogos, historiadores, expertos

rurales) de Alemania y Cuba, principalmente de las Universidades de La Habana y Hannover. Se concentra en la llamada «tercera reforma agraria» de Cuba (1993-94), precedida por las reformas de 1959 y 1962-63, la última en ocurrir en la región durante el siglo XX. La segunda parte del título proviene del editor (Burchardt) el cual caracteriza la coyuntura económica a finales de los 90 como «estancamiento con estabilidad» y cuestiona en su trabajo si se trata de un simple ajuste o una verdadera reforma. Por su parte Bert Hoffmann plantea que la reforma «dista mucho todavía de [haber logrado] una recuperación económica o de representar un modelo de desarrollo sostenible» y parece estar estancada desde 1996.

El libro incluye 17 trabajos (doce por cubanos, cuatro por alemanes, y uno por un norteamericano), los cuales se agrupan en tres partes con los siguientes autores y temas: (I) Historia o antecedentes de la agricultura cubana: Franklin W. Knight (esclavitud y tenencia de la tierra), Max Zeuske (sociedad agraria en los siglos XIX y XX) y Julio Díaz Vázquez (racionamiento y consumo de alimentos en 1962-1998); (II) Reformas agrícolas en los noventa: Bert Hoffmann (la crisis en 1986-99 y las reformas económicas), Omar Everleny Pérez Villanueva (la reforma en la agricultura), Juan Valdés Paz (los diversos tipos de cooperativas), Angela González Vázquez y Armando Nova González (el mercado libre agropecuario) y Niurka Pérez Rojas (participación y autonomía de las UBPC); y (III) Perspectivas para el cooperativismo: Hans-Jürgen Burchardt (cambio o estancamiento en la reforma agraria), Santiago Rodríguez Castellón (las UBPC y el plan versus el mercado), Ernel González Mastrapa (las cooperativas y la generación de empleo), Miriam García Aguiar (UBPC y la ecología), y Viviana Togores González/Tania García Lorenzo (la inserción de Cuba en la OMC y el Convenio de Lomé).

El libro es bastante objetivo ya que identifica tantos los aciertos como los defectos de la tercera reforma agraria dentro del proceso general de reforma económica de los noventa (algunas de las críticas más fuertes la hacen cubanos). Contiene abundantes cifras y gráficas, estudios de caso, análisis crítico, y

recomendaciones para mejorar la situación actual. Todo ello indica el creciente grado de especialización, nivel académico e independencia de los científicos sociales cubanos y hace muy recomendable la lectura de este libro. Sus principales debilidades son: la frecuente repetición de los antecedentes de la reforma y las medidas de ésta, la ausencia de series estadísticas completas y sistemáticas que permitan evaluar sus resultados, y la falta de un capítulo final que resuma las recomendaciones de política hechas por los autores. Es imposible en esta reseña siquiera resumir los 17 trabajos del libro, de ahí que hay que hacer una selección dolorosa; debido a mi disciplina e interés por la situación actual, no tocaré la parte histórica y me concentraré en los seis temas económicos clave de la tercera reforma agraria, destacando los aspectos más novedosos en el análisis.

1. *La crisis y la «regresión tecnológica»*. Según Pérez Villanueva, el modelo de desarrollo agrícola anterior a la crisis era intensivo de capital por su alto consumo de combustible, fertilizantes y otros insumos, así como elevada mecanización y riego extendido; dicho modelo logró un incremento de la producción pero al precio de baja eficiencia, desempleo estacional oculto, costosos subsidios estatales y consiguiente déficit fiscal, además la producción nacional sólo satisfacía la mitad del consumo de la población, por lo que provocó una fuerte dependencia externa (importaciones de alimentos, equipo, combustibles, fertilizantes, herbicidas). La crisis económica de los 90 fue resultado de una combinación de «deformaciones crónicas internas» y una caída drástica de las importaciones, lo cual «agudizó las deformaciones estructurales que arrastró el modelo agrario cubano a lo largo de más de 30 años de Revolución» y lo hizo insostenible. La crisis causó una «regresión tecnológica» ya que obligó al cambio abrupto hacia una tecnología baja en capital e intensiva de mano de obra y tracción animal.

2. *Cambios en la tenencia de la tierra*. Es convencional afirmar que la tercera reforma agraria ha resultado en una transformación de la tenencia de la tierra, pero la proporción del uso de la misma por el sector «socialista» (integrado por las granjas estatales y las coo-

perativas UBPC y CPA) continúa sin cambio: 85% en 1992 y 1997, al igual que la proporción del 15% en el sector privado (integrado por cooperativas ccs 11% y campesinos individuales 4%). Lo que se ha modificado es la composición dentro del sector socialista, puesto que el estatal se ha reducido de 76% a 33% y el de las UBPC ha aumentado de cero a 42% (Pérez Villanueva). Una comparación en 1997 de la distribución porcentual por sector, por una parte del número de unidades agrícolas y, por la otra, de la superficie agrícola (excluyendo a los campesinos individuales), muestra que las granjas estatales tienen sólo el 7% de las unidades pero controlan el 34% de la superficie (fincas de enorme extensión y la más baja productividad), mientras que las proporciones respectivas de las UBPC son 37% y 44% (fincas grandes), y las proporciones de las ccs son 39% y 13% (fincas pequeñas); si se hubiesen dado cifras de los campesinos individuales sus fincas serían las más numerosas y pequeñas (¡pero las más productivas!, ver sección 4). A fines de 1998 las fincas estatales entregaron tierras ociosas a grupos de sus trabajadores pero estos deben cumplir estrictamente las metas fijadas en sus contratos con el gobierno (Valdés Paz).

3. *Las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC)*. Con ironía, el editor Burchardt exclama que «la maravilla cubana [es] ¡cooperativismo sin cooperativas!»; la UBPC es «un híbrido a medio camino entre la empresa estatal y la verdadera cooperativa» dice Rodríguez Castellón. Los logros y fallas de las UBPC son notados por varios de los autores (Burchardt, González Mastrapa, Pérez Rojas, Pérez Villanueva, Rodríguez Castellón, Valdés); entre las ventajas están la transformación de la base productiva (pero conservando intacto el obsoleto marco estructural), el incremento en la participación, el aumento de la producción, y la reducción de los subsidios fiscales. Pero los defectos identificados por dichos autores (y por «una amplia gama de sociólogos, economistas y representantes de otras disciplinas sociales en la isla», p. 179) sobrepasan sus ventajas: (a) la indispensable autonomía e independencia de las UBPC o bien no existe o es muy limitada; (b) continúan predomi-

nando la centralización, la regulación vertical, la administración paternalista y el control directo, todos ellos típicos del modelo anterior, pero los dos ministerios principales a los cuales las UBPC están subordinados (Agricultura y Azúcar) no han demostrado su eficiencia productiva hasta el presente; (c) el Estado tiene poder para hacer decisiones sin contar con las UBPC, por ejemplo, determina los planes de producción, fija los precios de los productos (por debajo del precio de mercado) y mantiene el monopolio sobre la comercialización agropecuaria (el *acopio*, que se juzga centralizado, burocrático e ineficiente), así como sobre los insumos, el combustible, la maquinaria y los servicios que se proporcionan a las UBPC; (d) el «excesivo tutelaje estatal» se agrava porque no cumple con sus obligaciones, así retrasa las entregas de combustible, abonos, herbicidas, implementos agrícolas y otros insumos, además paga bajos precios por los productos que compra a las UBPC pero les vende sus insumos a precios elevados; (e) el tamaño aún relativamente grande de las UBPC combinado con la «regresión tecnológica» no se adecuan a las nuevas condiciones productivas y psicosociales de las cooperativas; (f) los miembros no se ven a sí mismos como dueños sino como asalariados y no realizan la conexión entre los resultados de la cooperativa y su ingreso, no hay suficientes incentivos para el esfuerzo laboral; y (g) hay un déficit crónico de mano de obra de carácter cíclico y ha ocurrido una caída en la mano de obra calificada, especialmente de los técnicos, debido a los débiles incentivos para atraer fuerza de trabajo permanente.

Los defectos anteriores han acarreado efectos negativos: la mayoría de las UBPC no son rentables (sus costos exceden a sus ingresos), hay elevadas pérdidas en las cosechas, la calidad del trabajo de siembra es pobre, los rendimientos agrícolas son bajos, la productividad del trabajo no ha crecido, la participación de las UBPC en el mercado libre agropecuario es ínfima y, por todo ello, no han logrado aumentar suficientemente la producción y reducir los precios de los productos agropecuarios. Una cita de la revista *Bohemia* resume el desempeño: «Una pesadi-

lla existencial amenaza a las UBPC... [Ellas] han alimentado más dudas que barrigas».

4. *El mercado libre agropecuario.* Estos mercados fueron autorizados por primera vez en 1980 pero Fidel los suprimió debido a que consideró que generaban una «nueva clase» campesina de alto ingreso. Después de un fuerte debate en el que Fidel mantuvo una posición opuesta, se restablecieron los mercados en octubre de 1994 con varios objetivos consecuentes con la reforma: estimular la producción agrícola (ya que los productos se venden a precios de mercado, muy superiores a los precios de racionamiento), promover la diversidad y calidad de la mercancía, eventualmente reducir los precios, y permitir al grupo de ingreso medio y alto acceso a productos fuera del racionamiento y así crear incentivos al esfuerzo laboral. Pero como en el caso de las UBPC, el mercado «libre» sufre notables restricciones y por ello no ha logrado cumplir sus objetivos. González Vázquez nota una innovación en los 90, que se autorizó el uso de intermediarios por los productores privados (prohibidos en los 80), los cuales facilitan la comercialización de los productos a cambio de una comisión; no obstante, se intentó regularlos estrictamente (porque la alta dirigencia los percibe como parásitos que reciben ganancias jugosas), pero esto provocó el desabastecimiento de los mercados, y obligó al gobierno (incluyendo a Fidel) a ser más flexible y aceptarlos como un mal menor. El Estado aún ejerce un monopolio sobre el tabaco, el café, la carne vacuna, la papa, y la leche y los productos lácteos (los cuales no pueden ser vendidos en los mercados). Además, para Nova González el mercado agropecuario funciona casi como un monopolio pues los precios no se establecen a través de la oferta y la demanda, sino por acuerdo entre los ofertantes (vendedores). Estos, a su vez, están sometidos a fuertes regulaciones e impuestos.

Según Nova hubo un aumento notable en el volumen de ventas en 1994-96 pero una disminución en 1997; por otra parte, los precios de los productos cayeron fuertemente en 1994 (justo después de abrir los mercados) pero se estancaron en 1997-99 con cierta tendencia al alza; esto él lo atribuye a las barreras que limi-

tan la producción y la oferta en dichos mercados. En 1997 el suministro de productos agrícolas al mercado era como sigue: 50% por el sector privado (con sólo 15% del uso de la superficie agrícola), 32% por las granjas estatales (con 33% de la superficie) y sólo 5% por la UBPC (con 42% de la superficie), lo cual es otro indicador de las restricciones estatales a las UBPC y su pobre desempeño. También en 1997 entre 30% y 57% del suministro del consumo diario de nutrientes (calorías, proteínas, grasas) se hacía por los mercados libres agropecuarios (así como por las tiendas en divisas del Estado y el mercado informal o bolsa negra), y el alto precio promedio en dichos mercados «incide notablemente sobre el presupuesto familiar, sobre todo en las familias de bajos ingresos» (Nova, p.146).

5. *Resultados de la tercera reforma agraria.* Un problema del libro es que no ofrece series estadísticas anuales completas de 1989 a 1998, las que permitirían comparar la situación antes de la crisis (1989), en el momento peor de ésta (1993), y después de la reforma (1994-98); esta falla hace difícil evaluar los resultados de la reforma agraria. Varios autores sostienen que ha habido una recuperación de la producción agrícola, excepto en el azúcar y la ganadería (donde las caídas aún en 1997 eran entre 35% y 50% por debajo del nivel de 1989), pero no se puede determinar con exactitud el grado de dicha recuperación, pues para ello habría que comparar sistemáticamente la producción de los principales renglones agrícolas en 1989 y 1997.¹ Por ejemplo, Pérez Villanueva exhibe en un cuadro la producción agrícola por habitante, la cual aumentó notablemente entre 1970 y 1986-90 pero cayó en 1990-95, sin embargo este último período combina la fortísima caída de 1990-93 con la débil recuperación de 1994-95 y el cuadro no da cifras sobre la recuperación más fuerte de 1996-98; aún así, en la mitad de los productos mostrados en el cuadro, el nivel en 1991-95 era inferior al de 1970 (cerea-

¹ Para un análisis de este problema véase mi artículo «The Resurrection of Cuban Statistics», *Cuban Studies*, nº 31 (2000).

les y leguminosas, leche de vaca, carne y huevos). Otro cuadro suyo muestra el deterioro considerable de la eficiencia entre 1986-90 y 1991-95, por ejemplo, el costo por un peso de producción bruta aumentó en 62% (de 1.23 a 2.0), las pérdidas promedio en miles de millones de pesos subieron en 314% (de 278 a 1,150), y el gasto de salario por un peso creció en 167% (de 0.39 a 1.04); pero se requerirían cifras separadas de 1990-93 y 1994-98 para evaluar el impacto de la reforma a mediano plazo.

Burchardt resume el resultado de la tercera reforma agraria en la siguiente frase: «Hoy día, aún no puede afirmarse que las transformaciones ocurridas en el sector agropecuario y el tipo de economía mixta que parece consolidarse han dado respuesta adecuada y eficiente a los problemas históricos de la agricultura cubana: la escasez de la mano de obra y la dependencia externa para la alimentación de la población. No se ha logrado la autosuficiencia alimentaria» (p. 187).

6. *Recomendaciones.* Estas no se encuentran en un capítulo de conclusiones del libro sino que están dispersas en los diversos trabajos, pero se observa un consenso notable entre los autores en cuanto a que el Estado debe utilizar adecuadamente las leyes del mercado, y que debe extender y profundizar la reforma, con las siguientes medidas: (a) avanzar más en la diversificación de los modos de producción, la tenencia de la tierra y de los productores; (b) reducir el tamaño de las fincas del sector socialista, incluyendo las UBPC; (c) hacer el sistema más descentralizado y claramente determinar la frontera entre las esferas estatal y cooperativa; (d) establecer la insoslayable independencia y autogestión democrática de las UBPC y otras cooperativas de producción; (e) eliminar el monopolio estatal en la determinación de los planes de producción, la comercialización de los productos, la fijación de los precios, y el suministro de insumos, sustituyéndolo por la acción cooperativa y la ley de la oferta y la demanda; (f) suprimir las restricciones y obstáculos que impiden la participación adecuada de las UBPC en el mercado libre y promover que el precio sea fijado por regateo entre vendedo-

res y compradores, a fin de aumentar la oferta y la competencia, reducir los precios y así favorecer el consumo de la población especialmente la de más bajo ingreso; (g) crear incentivos (por ejemplo, precios adecuados a los insumos y productos) y condiciones de trabajo y vida adecuadas para los cooperativistas a fin de asegurar el suministro adecuado de mano de obra estable; y (h) sustituir los subsidios estatales por ayudas directas a los grupos de menor ingreso.

Se apuntan las experiencias china y vietnamita como modelos que Cuba debería seguir con las adaptaciones necesarias. El editor concluye expresando la esperanza de que la implantación de las medidas anteriores podría convertir a las UBPC en reales cooperativas y un polo que impulsase otras formas organizativas dentro de la reforma económica general, así como a una distribución social más justa que la actual, y a la democratización real de la economía y la sociedad. ■

La fiesta que viene

RAFAEL ROJAS

Eliseo Alberto
La fábula de José
Editorial Alfaguara
México, 1999, 312 pp.

ES UN RELATO DE FRANZ KAFKA, TITULADO «Informe para una Academia», se narra la historia de un mono que, luego de ser cazado en la Costa Dorada de África, es enjaulado en un zoológico alemán. El mono, que, naturalmente, no es feliz en su jaula, traza un curioso plan para recuperar su libertad: observará muy bien a esos hombres que lo miran curiosamente, a través de las rejas, y aprenderá a ser como ellos, los imitará cabalmente, hasta el punto de ser un hombre más, un ciudadano cualquiera que perderá sus simiescos atractivos ante el resto de los hombres. Así, el mono se adiestra en todos los

rituales humanos: camina erguido, estrecha manos, se viste de pantalón y levita, fuma tabacos, lee periódicos, descorcha botellas de champán y hasta ofrece una que otra copa al público. Poco a poco el extraño personaje se vuelve una presencia rutinaria a quien los visitantes saludan tímidamente y siguen de largo en busca de la jaula de la pantera o el foso de los caimanes. Los dueños del Zoológico, asombrados y molestos ante semejante milagro darwiniano, deciden, entonces, liberar al mono, que al humanizarse se vuelve terriblemente aburrido, y venderlo a un Music Hall, donde se ganará la vida como bailarín de tap.

El relato de Kafka, como casi toda su literatura, es una parábola que quiere denunciar lo fácil que es hacerse pasar por un hombre en medio de la deshumanización de la cultura moderna. El escritor cubano Eliseo Alberto ha escrito otra parábola, *La fábula de José*, en la que una deshumanización, más aguda que la que vivió Kafka en la Praga de principios del siglo XX, hace que un hombre cualquiera logre despertar la atónita curiosidad de sus semejantes. Una curiosidad extrema, hecha de miradas absortas e inclementes, que transforman al hombre en un animal enjaulado en el Zoológico del Mundo. Ambas parábolas son ostensiblemente cristianas. Por eso el mono de Kafka, entre todas las libertades, prefiere la que «ofrece la puerta total que el Cielo forma sobre la Tierra», mientras que el hombre de Eliseo Alberto se aferra a una plegaria dubitativa, que expresa sin ambages la honda soledad de la criatura moderna: «Dios quiera que exista Dios».

Esta es la historia de José González Alea, un emigrante cubano que asesina a un borracho que pretendía abusar de su amada, es encarcelado y una buena tarde le proponen salir de la prisión a cambio de ser exhibido en la jaula de un Zoológico. José acepta y es instalado en la última jaula del Zoo, la que, según la escala de la evolución, corresponde al Hombre con H mayúscula y se ubica justo después de la del mono. Entre los bienes con que cuenta José en su nueva y precaria morada se encuentran las Obras Completas de Oscar Wilde. Lichi nunca explica porqué es la única lectura que le permiten a tan honorable inquilino. Me atrevo a sugerirle una

explicación: Wilde pensaba que la modalidad más perfecta del hombre era el dandy. José era exhibido como el arquetipo del Hombre, pero, al igual que el mono de Kafka, tenía la posibilidad de salir de aquella jaula si hacía suyos los atributos del dandy.

Como casi toda la literatura de Eliseo Alberto esta novela es una tragicomedia, un texto divertido, hilarante, pero, a ratos, sórdido y cruel. La terrible historia de José merece el contrapunto, tan logrado, de los cuatro solos de Zenaida Fagés, esa mulata atípica, a quien no le gusta bailar, pero goza con las matemáticas, admira al pedagogo ruso Antón Makeenko, escucha Radio Reloj empedernidamente y siempre quiere irse del país, de cualquier país. La estrategia de construcción de este personaje revela el gusto de Eliseo Alberto por los caracteres únicos e irrepetibles. Un principio recurrente del montaje de la acción con figuras excepcionales que asegura el sello estilístico del autor de *La eternidad por fin comienza un lunes* y *Caracol Beach*. Esa búsqueda de un mundo habitado por criaturas raras, inverosímiles, casi fantásticas, y que acompañan siempre la fascinación de Eliseo Alberto por los circos y los zoológicos, esta vez ha desembocado en la creación de una utopía: la ciudad virtual de Santa Fe y su playa Caracol Beach, donde también se desenvuelve la trama de *La fábula de José*.

Algunos críticos han insistido en la continuidad de este utopismo en relación con los proyectos mágicos de la generación del *boom* de la novela latinoamericana y en especial, con la poética de Gabriel García Márquez, a quien Eliseo Alberto considera su maestro. En efecto, la sombra acogedora de *Crónica de una muerte anunciada* se proyecta sobre esta novela y hasta ciertas huellas sintácticas, al inicio de cada capítulo, dan fe de la herencia de *Cien años de soledad*. Pero ahora me gustaría llamar la atención sobre un punto, bastante obvio, en el que el universo de Eliseo Alberto abandona las utopías del realismo mágico latinoamericano. Santa Fe y Caracol Beach son ciudades panamericanas, y no específicamente latinoamericanas, donde conviven hispanos, sajones, armenios, polacos, hawaianos, albaneses, martiniqueños y escandinavos. Se trata, pues, de una utopía

multicultural panamericana, más cercana a la Razón Cósmica de Vasconcelos que a la América Nuestra de Martí, y que incorpora reflejos de la latinización de ciertas ciudades de los Estados Unidos, parecidas a Miami, Los Angeles y Nueva York.

El clímax de este utopismo se despliega en la escena del carnaval que aparece casi al término de la novela. Aquí no sólo se mezclan espacios de la Habana con otros de Miami, como en algún sueño inicial de José González Alea, sino que se entrelazan los tiempos en una verdadera ucronía o corrección simbólica de la historia. En esa disparatada opereta se puede ver a Lenin conversando de béisbol con Wilde, quien, naturalmente, saborea un helado de fresa; a Carlos Gardel boxeando con Mohamed Alí y a Tin Tan y Ernest Hemingway patinando por una acera al son de la *Conga de Jalisco*. A diferencia de lo que pensaba Mijaíl Bajtín, el carnaval en esta novela no funciona, curiosamente, como un escenario para la proyección de lo grotesco, sino como una fiesta de reconciliación entre entidades hostiles de la historia. Una vez más, la literatura de Eliseo Alberto persiste en edificar una gran ficción que apacigua a los enemigos más feroces y domestica a los sujetos más díscolos. El carnaval, en *La fábula de José*, irrumpe como la negación del zoológico, es decir, como un bestiario en el que se han derribado las rejas y cada animal ha experimentado por un instante la liberación y la tierna vecindad con sus semejantes.

El zoológico, el carnaval y la ciudad multiétnica de Santa Fe son tres alegorías en una: tres comunidades que se debaten en el dilema entre la segregación y el contacto, entre el deslinde y la hibridez. De ahí que José, en un sentido antropológico, no solo sea el arquetipo de la especie humana en el Zoo, sino también, en un sentido sociológico, el arquetipo del sujeto cubano en una cultura postnacional. José es el último hombre y el último cubano. La diáspora de la isla, en las últimas décadas, va creando comunidades híbridas, como Santa Fe y Caracol Beach, habitadas por extrañas criaturas cubano-mexicanas, hispano-cubanas, cuban-americanas, franco-cubanas, cubano-colombianas, cuba-ricans, sueco-cubanas y así y así, desatando mestizajes hasta con

la última nacionalidad del planeta. Los ojos de Eliseo Alberto miran, a través de las rejas de la cubanidad, a esa nueva fauna de arlequines que se multiplica por el mundo y, en el silencio de su mirada, parece leerse un grito: ¡libérenme y vayamos juntos al carnaval! Y es que Lichi es, probablemente, el único que sabe dónde es esa fiesta que viene, ese carnaval que está al doblar de una próxima esquina del tiempo y el único que sabe que allí nos encontraremos todos, los vivos y los muertos.

Harold Bloom, que ha leído más libros que casi todos nosotros, dice que una buena novela deja al lector en una especie de zozobra, que desestabiliza su identidad, ya que siente que ha sido testigo de un mundo familiar y ajeno a la vez. Esa es la ambivalente hospitalidad de toda buena novela. Cuando terminé de leer *La fábula de José* sentí algo más que esa zozobra, sentí una algarabía, algo así como la inercia del bullicio de una fiesta, que se queda retumbando entre las sienes hasta que llegas a casa y te tomas un alka seltzer. Luego comprendí que aquel aturdimiento no era más que la sobrevida del estruendoso carnaval de Caracol Beach en mi cabeza. Tengo la sospecha de que Lichi ha decidido dejarnos inmersos en esa resaca para guiarnos, como zombies, a la sobriedad de otro carnaval, el de la historia. La fiesta que viene. ■

El extraño caso del ave y la escritura

GERARDO FERNANDEZ FE

Ena Lucía Portela
El pájaro: pincel y tinta china
Ediciones Unión
La Habana, 1999, 218 pp.

DE PROUST SE CONOCE AQUELLO DE QUE «una obra en la que hay teoría es como un objeto al que se le deja el precio «... Curioso reproche, pues tras la llegada a Cuba de

los primeros tomos de *A la recherche...* a través del librero francés Georges Morion instalado en La Habana —anota Carpentier—, «se decía (...) que no tenía asunto, que más bien parecía un ensayo» (*La Gaceta de Cuba*, diciembre de 1989). Trato de imaginar al lector de entonces, perdida la mirada sobre extensiones de escritura y de escritura, como ave errada en la maraña, en el Tiempo que (casi) no transcurre, entre la tanta carencia de esa linealidad a la que está definitivamente acostumbrado.

En estos tiempos en los que el narrador cubano se ha trastocado en corresponsal de guerra o en mago que extrae citas de Borges de un sombrero, un libro como *El pájaro: pincel y tinta china* acaba por demostrar que de una historia tan simple (porque literariamente lo es) como la de un *pentágono amoroso* (Fabián, Camila, Bibiana, Cécile y Emilio U), con el solo artificio del tejedor, se termina escribiendo un buen libro.

No niego, pues, que la autora se sume al comentario, en su caso leve, sobre la realidad cubana, ni que abunde —¡bien que lo hace!— en referencias culturales: peculiaridad, para no decir ya vicio, de la narrativa de los noventa. «Yo cito alegremente, sin preocupaciones de ninguna índole», anota el narrador, con descaro —*al descaro*, diríamos hoy—, mientras que a otros escritores sí les preocupa, empeñados en dar y en alimentarse con la idea de una narrativa ¡transgresora y erudita! «Uno a veces necesita inmensamente transgredir para no sentirse humo, para otorgarle algún peso a la existencia. Claro, solo se trata de una ilusión...» —aclara ahora el narrador.

Pero aquí, contrastando con lo mucho que hoy se publica, ante el dilema Cultura-Escritura del que tantos autores no pueden librarse, la Escritura (¿la escritora?) termina por imponerse. Ser escritor, definitivamente, es colocar palabra *tras* palabra, palabra *ante* y *sobre* palabra, con la audacia del marino que ejecuta nudos. Son nudos de marinería los que destacan a este libro, máximo si se tiene en cuenta que literalmente (léase anecdóticamente) muy poco ocurre a lo largo de sus doscientas páginas. Es esta una novela de extensión, de regodeos,

inquietante y quizás densa para aquellos lectores que gustan de la pacatería de otros libros que se diluyen —incluso hoy— entre la isla, sus mitos y sus ambientes floridos.

Decía densa, pues abunda el lector ávido de peripecias e impotente ante el entarimado —nudos, por qué no enredo— desplegado por esta autora, primero anticipándonos un asesinato, luego recreándose en dibujar ambientes y mundillos personales poco comunes, en escenas que nos retornan a la humorada y al absurdo de un Bulgakov, o en otras que nos recuerdan el Eros agreste de *Bilbao*, de Vigas Luna o las atmósferas de neón de Tarkovsky. Pero la manida densidad a la que recurriría el también manido lector estaría dada en lo que creo sea uno de los valores de este texto: la capacidad para imbricar lo antes anotado con una abundante carga reflexiva, incluso teórica... «Mi novela será retórica, exuberante, verbosa y palabrera. Sin conciencia alguna de la economía. Pero eso no importa», anuncia el narrador (devenido personaje) al tartamudo en un momento del séptimo capítulo. De ahí que asombre el detenimiento (finalmente aquí no hay concisión ni elipsis, sino cortes, giros en el tiempo y alternancia de voces) con el que la autora se recrea en la disertación sobre la *Persona, el perseguidor y la ciudad* (capítulo VII) o en la disertación sobre *El Jugueté* (capítulo IX). Al caracterizar a Camila, nuevamente el narrador-personaje añade: «no apreciaba para nada las teorías ni las explicaciones quizás enmarañadas y un tanto artificiosas, como *esta*». Súmese además la dosis de descreimiento y el sentido paródico de la realidad y de la historia que se desprende tras la lectura de estas páginas. Poco, o casi nada, es tomado en serio —al no ser la escritura misma, acto de tejer—, y aunque sea más que evidente una carga personal que colinda por momentos con lo autobiográfico, nada más lejos de la posición de un autor egocéntrico, que se cree enormemente incapaz de mirarse a sí mismo y a su escritura desde el prisma de la crítica.

El pájaro: pincel y tinta china se halla del lado opuesto de una balanza en la que se erigió hace ya un buen tiempo una épica de lo cotidiano curiosamente combinada con una

lítica de lo trascendente (Senel Paz, Arturo Arango, entre otros) que, al dejar atrás otra ya trasnochada épica de clandestinos y de rebelión social (Otero, Cofiño...), pretendió postular *su apología de la ternura* en textos de iniciación a un mundo (y a un hombre) nuevo, en bucólicos ambientes becarios y en historias-del-primer-amor. Del otro lado de la cuerda —repito—, en este texto alineal y maledicente, puede leerse ahora: «Así es el Nuevo Realismo, se aprovecha de nuestras enfermedades más terrestres y las convierte en una especie de mística del desapego».

La historia del feto malformado de Zaratustra, el hombre de la bata azul, los «cuerpecillos agónicos»: pacientes del Dr. Shilling, «muñecos a los que no había necesidad alguna de tratar como a personas», la historia sucia de Elsinore, la violencia de Fabián, la

muerte de Emilio U..., además de sagaces cotilleos sobre parte de nuestro mundillo literario actual, elemento no necesariamente de envergadura en la totalidad del texto, aunque novedoso en medio de una literatura las más de las veces abundantemente desabrida, no son sino factores de peso que operan la radical oposición entre *mística del desapego* y *apología de la ternura*.

Han sido muchos en esta última década los textos que se han sumado al desapego, a la rareza y a la transgresión: ambientes rock, psicofármacos, citas culturales, erotismo... Han sido pocos los que han sobrepasado la frontera que separa la crónica atrevida de la real literatura. Desde mi silla de simple lector, voto por este libro a todas luces bien escrito y por este texto literaria y escrituralmente maledicente. ■

Cartas a *encuentro*

✉ Un saludo fraternal desde Cuba y mi deseo de que su publicación siga cosechando lectores tanto en la isla como en el exterior. Aquí se les lee y se les relee, sobre todo entre quienes por una razón u otra logran acceder con sistematicidad a la revista: no cabe duda de que *Encuentro* ha superado las expectativas y hoy día ocupa un lugar privilegiado en cuanto a la calidad y diversidad, tanto más si se le compara con otras publicaciones cubanas.

RAISA MORALES, (La Habana)

✉ De *Encuentro*, ¿qué les diré que por alguien más autorizado ya no hayan sabido? Es indudablemente un esfuerzo editorial portentoso (y me imagino cuántos quebraderos de cabeza debe estarles dando); el más serio —y no conozco otro, que están realizando los cubanos en este instante, y uno de los mejor logrados en los cuarenta años de diáspora. Representa la última promoción generacional, cuyo «boom» en España y en el mundo es verdaderamente impactante. De esto sí valdría la pena hablar, de los caracteres filosóficos y especialmente axiológicos de un horizonte intelectual cuyo sustrato nutricional ha sido la Cuba de estos cuarenta años y el mundo después de 1989 (o el proyecto hacia la síntesis Clinton-Yeltsin). Pero eso ya es otro tema.

JORGE VALLS, (Miami)

✉ Confío en que la revista *Encuentro* continúe insuflando esos aires renovados que tanta falta nos hacen a todos los cubanos, tanto los de aquí como los de afuera.

DR. ERNESTO CAÑABATE REYES, (Camagüey)

✉ Me entusiasmó el ensayo de Jesús Díaz sobre *El Caimán* y *Pensamiento*. Riguroso y honesto como pocos. Me llegó al alma aquel balance de la época y de sus vidas. Yo no sabía del drama de los tres amigos. Una discrepancia: no creo, ni mucho menos, que *Los años duros* sea un libro «prescindible»... Me convencieron también mucho los artículos de Ponte, demoledor, y el comentario de Díaz Martínez. ¡También me convenció lo que se dice tan generosamente de mi traducción de *El Asalto!* Gracias.

LILIANE HASSON, (París)

✉ La intervención de Jesús Díaz acerca de *El Caimán Barbudo* y *Pensamiento Crítico* no sólo me pareció estupenda sino necesaria. La reflexión que propone excede largamente el contexto de la experiencia cubana.

JORGE GOLDENBERG, (Buenos Aires)

☒ No sólo me pareció muy reveladora la polémica en torno a las «versiones» del congreso de LASA en Miami, sino impresionante el diálogo que pudo sostener Jesús Díaz con Aurelio Alonso después de tantos años. De nuevo me refiero al «desgarraamiento» de quienes se han quedado y quienes han podido salir. Además del extraordinario logro de una revista que se abre a quienes viven dentro y fuera de Cuba, creo que *Encuentro* ha sido importante para las escritoras y artistas cubanas. Me intriga profundamente la pintura de Sandra Ramos, de quien la revista incluye no sólo ilustraciones sino reproducciones. También me interesa la investigación de Glenda León sobre la «Performance». Luego, hay un ensayo muy valioso sobre la narrativa de Mayra Montero y amplias reseñas de libros de poetisas como Reina María Rodríguez y Lourdes Gil. También noté que una joven cubana, Ena Lucía Portela, se ganó el «Premio Rulfo» con un cuento que es más bien un «long-short-story», lleno de misterio, suspenso, y condimentos de una intelectualidad femenina que no se cotizaba sobre lo difícil que ha sido la crisis revolucionaria para las mujeres... Bravo por este *Encuentro* voluntaria o involuntariamente feminista, que también comenta el libro de Sami Tschak sobre la prostitución.

HELENA ARAÚJO, (Lausana)

☒ Los felicito por el último número de *Encuentro*, en el cual sobresale la polémica en LASA 2000. Monsiváis con su claridad y humor usuales, está de primera. Y ni hablar de la contribución de Jesús Díaz, la cual es honesta, lúcida y de gran desenfado, recordándome las mejores páginas de periodismo polémico de esos verdaderos «Santos» del siglo 20: Orwell, Camus y Böll.

ALEJANDRO ANREUS, (Jersey City)

☒ Excelente el trabajo de Jesús Díaz sobre *El Caimán Barbudo y Pensamiento Crítico*. A la gente de mi generación la historia nos llegó a pedazos, no siempre congruentes, contados en voz baja en la complicidad de los pasillos, y se diluyó en murmullos. Es una gran satisfacción colaborar con *Encuentro*, que sabe lo que ya una vez dijo Kundera: que la lucha contra las dictaduras es la lucha de la memoria contra el olvido. Y *Encuentro* enfrenta a los paladines de la desmemoria con valentía y rigor profesional.

IVETTE LEYVA, (Miami)

☒ Recientemente he tenido que salir del país, y he pedido asilo en Holanda. Aquí me encuentro, muy ansioso de recomenzar mi vida como escritor. *Encuentro*... siempre ha sido un lugar esencial de nuestra cultura aun cuando teníamos que escondernos para leer el ejemplar que algún amigo nos hacía llegar. Quisiera colaborar con ustedes.

ASLEY L. MÁRMOL, (Amsterdam)

☒ Creo —y esta ha sido siempre mi posición, aún con las diferencias estéticas y hasta políticas (lo cubano, como emblema, trato de mantenerlo a raya, o mejor, como

un afecto más entre muchos)— que la revista *Encuentro* es de vital importancia en el panorama actual. Más allá del entusiasmo que pueda producir emocionalmente en términos —repeto— de afectividad nacional, la revista, como proyecto, es insustituible.

ROLANDO SÁNCHEZ MEJÍAS, (Barcelona)

✉ Recibí el número 14 de *Encuentro*, lo agradezco mucho. Me parece muy bueno que hayan publicado el trabajo de Monreal, realmente muy valiente y de gran calidad. Sobre el resto de la revista sólo tiene un calificativo: Excelente. Muestra a las claras de lo que somos capaces los cubanos.

OSCAR ESPINOSA, (La Habana)

✉ Creo que *Encuentro* es de un gran valor e interés para aquellos y aquellas que nos dedicamos a los estudios cubanos. Me llamo María Luisa Ochoa Fernández y actualmente me encuentro trabajando como investigadora en el Departamento de Filología Inglesa de la Universidad de Huelva gracias a una beca de 4 años de duración del Ministerio de Educación y Cultura que me permite llevar a cabo la redacción de mi proyecto de tesis que se basa en la narrativa del exilio cubano.

MARÍA LUISA OCHOA FERNÁNDEZ, (Huelva)

✉ El último número es uno de los más sólidos que han hecho hasta ahora y eso es la mejor noticia cuando se trata del último número. La revista está renovando la promesa de que lo mejor sigue siendo cosa del futuro.

Suerte, mucha suerte, que la revista va super bien (el último número es línea a línea prácticamente perfecto).

ENRIQUE DEL RISCO, (New York)

✉ La revista *Encuentro*... es una de las publicaciones que más me ha gustado sobre Cuba. Ahora mismo no recuerdo ninguna que esté a su altura. Todas las otras que he podido leer tienen un velo propagandístico, un prisma unilateral por el que se filtra cada palabra. Su revista es lo mejor que me pudo pasar en este tiempo.

JENNY GRAC, (Yugoslavia)

✉ Pude leer esta semana, en el nuevo número de *Encuentro* que me acaba de llegar el texto de Uva de Aragón sobre encuentro y desencuentro, destierro y destiempo... o hasta exilio e insilio. La felicito. No sabía que ella y Jesús Díaz tenían ese primo «en común». Como si fuera una metáfora de los cubanos dentro y fuera de la isla. Me ha encantado recibir esa revista, y algunos números en particular han sido magníficos.

RUBÉN G. RUMBAUT, (Estados Unidos)

✉ Hay momentos particulares en la vida de las personas, en que esa propia vida parece estar llegando a su fin, con la secuela de frustraciones y depresiones que esto implica. Parece llegado el fin, y con él la desidia; nada llama la atención de las víctimas en situaciones semejantes. Confieso que ese es mi caso actual por razones puramente personales de índole sentimental, del que espero salir adelante, como tantas veces. No cito títulos para no herir susceptibilidades, pero me rodean varios volúmenes literarios de gran valor de los más prestigiosos autores del momento y ninguno ha logrado captar mi interés ni detener el barraje de pensamientos negativos, característicos de estos estados de ánimo como el que padezco. Mi mente nada en un remolino monotemático de aguas turbias.

En eso cae en mis manos el número 16/17 de *Encuentro* y, en medio de su devoración afanosa, de su permanente lectura, me doy cuenta de que esta revista, además de sus inocultables valores de todo tipo —o quizá por eso—, también viene a ser algo así como un bálsamo espiritual, capaz de poner en orden las emociones más momentáneamente dañadas. Recuerdo el caso de un prisionero político cubano que pudo mantener su integridad espiritual durante quince años en la cárceles castristas gracias a su práctica y fe en el yoga. *Encuentro* vine a ser algo así como mi yoga personal del momento. Gracias, hermanos por este regalo de vida que ofrecen a todos los cubanos que tenemos la suerte de conocer la existencia de una publicación de tantos y tantos valores.

Chau. Su amigo que les quiere mucho,

EZEQUIEL PÉREZ MARTÍN, (Argentina)

✉ No puedo estar más que de acuerdo con la brillante descripción que hace Ignacio Sotelo de las notas sobre la política española en Cuba, artículo publicado en el número 16/17 de la revista de su dirección. Sin embargo, no me parece correcto, por parte del autor, afirmar que las relaciones con Cuba, simplemente por el hecho de haber desaparecido de los medios españoles, ya no interesan a nadie. Por el contrario, pienso que el gobierno del Presidente Aznar ha acertado en el diseño de sus relaciones con Cuba, al situar el énfasis tanto en la búsqueda de un marco estable con el régimen castrista, con determinados sectores del exilio democrático, así como en la identificación y apoyo de los grupos disidentes en la Isla, que vienen configurando el esbozo de una sociedad civil que, previsiblemente, sobrevivirá a Castro después de su definitiva desaparición. El gran acierto del gobierno español está ahí, en haber encontrado ese equilibrio que los gobiernos socialistas ni quisieron ni pudieron alcanzar. Creo que el momento actual, y el futuro, son decisivos para la concreción de ese nuevo modelo de relaciones, y los hechos lo vienen a confirmar. La política española hacia Cuba es la correcta, Cuba sigue siendo foco principal de actualidad en España, y las relaciones bilaterales se hallan definidas en términos muy positivos que, de seguro, van a dar mucho juego.

ELÍAS M. AMOR BRAVO, (Valencia)

✉ Quisiera animarles a realizar un *Encuentro* con la historia del siglo XX, abarcando todos los aspectos de este siglo: desde la arquitectura hasta la música, pues considero que, entre tantas cosas que nos han robado a los cubanos, se encuentra un estudio serio y sin fanatismos de la Historia de Cuba y dejar un legado a las próximas generaciones, fundamental para el estudio y desarrollo de una nación. No sé si esto ya existe, si es así agradecería que publicaran bibliografía sobre el tema.

ALFONSO GARMILLA, (Santander)

✉ Ante todo déjenme expresarles mis felicitaciones por su revista *Encuentro*. Yo estoy investigando sobre música cubana en la Universidad de Londres y he encontrado sus artículos sobre política, arte y sociedad muy interesantes.

VIVENZO PERNA, (Londres)

✉ Hace unos días tuve la enorme suerte de que me regalaran unos números de la Revista *Encuentro*. Ha sido un placer haberla podido leer. La calidad literaria y el conocimiento de los temas desarrollados en los artículos es magnífica y me acerca aún más a entender a este pueblo hermano.

JOSÉ MANUEL DEL RÍO ÁLVAREZ, (España)

Ante la muerte de Heberto Padilla

Encuentro de la cultura cubana se suma al duelo provocado por la muerte de nuestro entrañable amigo Heberto Padilla, uno de los más grandes poetas cubanos de todos los tiempos. Si es cierto que los últimos cuarenta años han marcado a fuego y para siempre la historia de Cuba, también lo es que el poemario que marcó a fuego y para siempre esa experiencia se llama *Fuera del Juego*.

El Premio que se le otorgó a ese libro clave, su publicación posterior y la actitud abiertamente crítica de Heberto Padilla frente a las arbitrariedades del gobierno cubano, dieron lugar al encarcelamiento del poeta y conformaron, junto al atroz auto sacramental que tuvo lugar en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba la terrible noche de su autoinculpación pública, el núcleo del celeberrimo “caso Padilla”, verdadero parteaguas en las relaciones entre el totalitarismo cubano y la intelectualidad internacional.

Encuentro de la cultura cubana trató esa estremecedora tragedia en el “El caso Padilla: crimen y castigo”, de Manuel Díaz Martínez (número 4/5) y en “La revolución cubana: los años del consenso”, de Carlos Mosiváis (número 16/17). Teníamos, además, la intención de hacerle un homenaje a Padilla, pero como otras veces la muerte nos ganó la partida.

No así a él, que quedará para siempre en la historia de Cuba como un símbolo de lo que pueden la verdad y la belleza.

Jesús Díaz en Gallimard

La editorial Gallimard, de prestigio reconocido en todo el mundo, ha contratado *Siberiana*, la más reciente novela de Jesús Díaz, para su publicación en lengua francesa. *Siberiana* fue publicada este año en España por la editorial Espasa - Calpe. ●

Roberto González Echevarría en la American Academy of Arts and Sciences

El destacado ensayista y profesor cubano Roberto González Echevarría ha sido elegido miembro de la American Academy of Arts and Sciences, la más prestigiosa y antigua sociedad honorífica de los Estados Unidos. Con González Echevarría fueron electos este año, además de científicos notables, el director de cine Steven Spielberg y la actriz Meryl Streep. El profesor González Echevarría, que imparte clases en Yale University, ha recibido este año el doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de South Florida, en Tampa. ●

Pedro Luis Ferrer en España

El conocido compositor y cantante cubano Pedro Luis Ferrer, autor de temas muy populares en la Isla, realizó, el pasado mes de mayo, su primera gira española. Las presentaciones de este importante músico estuvieron organizadas por Yeiyebe (músicos del mundo) y tuvieron lugar en las ciudades de Madrid, Barcelona, Zaragoza y otras. LA gira le sirvió también como promoción para el lanzamiento de su primer CD en el país «100% cubano», que estuvo a cargo de la nueva firma discográfica Ceyba Music. En noviembre, Pedro Luis Ferrer estará de regreso en Europa para participar en la feria Strictly Mundial, entre los días 15 y 18 de ese mes. Los medios de comunicación españoles reflejaron con entusiasmo esta primera gira de Ferrer. ●

Antología poética de Luis Rogelio Nogueras

Recientemente ha salido en México, bajo el sello editorial Mucuglifo, una antología que

recoge lo mejor de la obra poética de este importante poeta, narrador, ensayista y cineasta cubana, prematuramente desaparecido. *Encicloferia* es el título del libro y también el de una novela inédita del propio Nogueras, que en breve será publicada por la editorial Letras Cubanas. ●

De Vigía a La Aurora

Los fundadores de Ediciones Vigía (Matanzas, Cuba), después de un prestigio consolidado tras quince años de trabajo ejemplar, han creado en Madrid la nueva colección La Aurora, proyecto que aspira a la realización de doce títulos de otros tantos autores cubanos e internacionales. El propósito de este esfuerzo es rendir homenaje a *La Aurora de Matanzas*, periódico fundado en 1828 y que muy pronto alcanzó renombre por la excelencia de su realización. Todos los libros de ambas colecciones son realizados e iluminados a mano, lo que los convierte en piezas únicas de gran valor. El libro inaugural de La Aurora será una antología poética de José Martí. ●

Seminario de Cine en La Habana

Entre el 19 y el 23 de marzo del próximo año (primero del nuevo milenio), tendrá lugar en La Habana, en la sede de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, el Primer Seminario Permanente de Formación y Desarrollo de Proyectos Audiovisuales Iberoamericanos y Caribeños. Entre los objetivos de este Seminario se destaca el de «dotar a los participantes de las herramientas necesarias para el desarrollo y presentación de proyectos cinematográficos en los mercados internacionales con el propósito de facilitar el acceso a los productores. La participación tiene un costo de mil dólares estadounidenses para los que asistan con un proyecto y de seiscientos para los que lo hagan sin proyecto. ●

Fallece en Cuba «Pello el Afrokán»

Entre las gratas imágenes de los sesenta, vienen a la memoria los conciertos multitu-

dinarios de Pello el Afrokán. Dueño de los carnavales cubanos desde 1963, el creador del Mozambique entusiasmó con su ritmo a casi todos los públicos dentro y fuera de la Isla, pues su María Caracoles llegó hasta el Olimpia de París y otros escenarios de Europa. Recientemente, con motivo de su entierro, Cuba le rindió a Pello el último homenaje. Muy pocos de los allí presentes conocían que su nombre había sido Pedro Izquierdo. ●

Escenifican pasajes de la nueva novela de Eliseo Alberto

Fue presentada en México la nueva novela de Eliseo Alberto *La fábula de José* (Alfaguara). Pero no fue una presentación al uso, sino que varias escenas de libro fueron escenificadas y musicalizadas, con lo que se consiguió un acercamiento más participativo del público durante los cincuenta minutos que duró esta inusual puesta en escena. Aunque todo no fue teatro y hubo también palabras pronunciadas por Aealtiel Alatríste, Jordi Soler, Rafael Rojas y el propio autor de esta novela que, según Rojas, implicó la creación de una ciudad utópica panamericana (...) esto es, una ciudad carnaval que casi es decir un zoológico. La noche fue cerrada por el toque de cinco tambores que no impidieron que se escuchara decir a Eliseo Alberto que trabaja en una nueva novela en la que, de una vez por todas, los hechos transcurrirán en La Habana. ●

Actividades de Pro Teatro Cubano

La asociación Pro Teatro Cubano tiene el propósito de incrementar la presencia y el interés por nuestro teatro en general, pero en particular el que se escribe en el exilio, y a este fin ha dado inicio, el pasado 13 de mayo, a una serie de iniciativas en el Koubek Center de la Universidad de Miami, encabezadas por una conferencia del Dr. Aristides Falcón sobre «Antonin Artaud y el teatro de la crueldad en Cuba». La segunda actividad tuvo lugar en el mismo sitio, en junio, y esta vez estuvo a cargo de la Dra. Wilma Montero Detjens, quien disertó acerca de *Los siervos* en el teatro de Virgilio Piñera. ●

Coloquio sobre la poética de Eliseo

«A través de su espejo» fue el nombre del coloquio celebrado en junio pasado en La Habana, en el Instituto de Literatura y Lingüística, con el propósito de indagar en torno al quehacer literario de Eliseo Diego. El evento contó con el coauspicio de diversas Instituciones nacionales e internacionales y en él se abordaron temas tales como «La obra elieseana y el contexto socio-cultural de la época», «Eliseo Diego y el Grupo Orígenes» entre otros. El Instituto de Literatura y Lingüística posee la biblioteca pública más antigua de Cuba, fundada en 1793 por la Sociedad Económica de Amigos del País. ●

Premio para Minerva Salado

El XVII Premio Carmen Conde de Poesía para Mujeres ha premiado este año el libro *Herejía bajo la lluvia*, de la poeta cubana residente en México Minerva Salado. El Premio, que está patrocinado por El Corte Inglés S.A. y organizado por Ediciones Torrezo, fue convocado por primera vez en 1984, aunque es esta la segunda ocasión en que es otorgado a una escritora latinoamericana. ●

Jornadas de Economía Cubana en Granada

Los días 27, 28 y 29 de junio pasado tuvieron lugar, en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Granada, las primeras jornadas de Economía Cubana, auspiciadas por la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de esa ciudad andaluza. Lo más destacable del evento fue que, en un ambiente distendido y cordial, pudieron dialogar especialistas cubanos de la Isla o del exilio, así como algunos profesores españoles. Especial relevancia se le ha concedido a las ponencias de Matías Travieso, del importante bufete Shaw Pittman, de Washington, y a la de Vladimir Davydov, del Instituto de Latinoamérica, de la Academia de Ciencias de Rusia. ●

El legado de Fernando Ortiz

La Junta Administrativa de la Asociación Histórica del Sur de la Florida y el Vice Presi-

dente de manufactura y comercio internacional de Texaco en las regiones del Caribe y Centroamérica, han hecho posible una exposición de instrumentos musicales de percusión, pertenecientes a la colección de la familia Howard. La inauguración tuvo lugar el pasado 7 de septiembre, en el Historical Museum of Southern Florida, y resultó ser una exploración, con música en vivo incluida, de las raíces africanas de la música del Caribe a través de las investigaciones de Don Fernando Ortiz. ●

Pérdida de un luchador

El pasado 18 de septiembre falleció en La Habana Jesús Yáñez Peletier, vicepresidente de la Comisión Cubana de Derechos Humanos. Su biografía más sucinta recuerda que salvó la vida a Fidel Castro en la cárcel de Boniato, integró en 1959 la escolta personal de aquel, sufrió encarcelamiento en 1960 y salió de prisión en 1971 sin el derecho de abandonar el país. Desde inicios de los 80 se convirtió en un defensor del movimiento Pro Derechos Humanos y en un fuerte opositor del régimen castrista. ●

Homenaje a Santiago Álvarez, en Holguín

El Centro Provincial de Cine de Holguín organizó el pasado mes de junio un Encuentro Nacional de Documentales, dedicado a rendir homenaje a la memoria de Santiago Álvarez. El encuentro se tituló «Por Primera Vez». Durante el Encuentro fue estrenado el documental *Un lugar llamado humanidad*, de Humberto González, y se proyectó un ciclo de documentales franceses donados por la Alianza Francesa de Cuba. También se presentó una muestra de cine francés, en la que se destacó el filme *Himalaya*. ●

Semana de cine iberoamericano en Cine de Ávila

Entre el 14 y el 20 de junio tuvo lugar en la ciudad de Ciego de Avila la VII Semana de Cine Iberoamericano. En esta jornada participaron filmes de España, Chile, Argentina y Cuba. ●

Filme sobre el drama familiar cubano

Basada en la pieza teatral *Lágrimas del alma*, de Pedro Monge Rafuls, se ha realizado en Estados Unidos el cortometraje «Proyecto Cinematográfico Cubano», en el que el tema central es el de la ruptura familiar que se origina en Cuba a partir del triunfo castrista de 1959. El filme ha sido realizado de manera independiente por el cineasta Mario García Joya y la actriz Yvonne López Arenal, quien ha comentado que «el principal reto que tiene ante sí la comunidad cubana exiliada es fortalecer sus espacios culturales y garantizar las posibilidades para la creación artística». ●

Conferencias sobre literatura cubana en New York

El Centro Cultural Cubano y el Spanish Institute presentaron, entre el 19 de mayo y el 9 de junio, un ciclo de conferencias titulado «Literatura Cubana Contemporánea», en la sede del Spanish Institute, en New York. El ciclo abordó los géneros de cuento, poesía, teatro y novela, y contó con la participación de destacados investigadores, profesores y especialistas, entre los que destacan Antonio Benítez Rojo, que disertó sobre el cuento; Heberto Padilla, quien lo hizo sobre poesía, Antonio Cao, que habló de teatro, y Mayra Montero, que abordó la novela. ●

Encuentro de nuevos narradores cubanos

La Casa de América en Madrid fue sede de este Encuentro, en mayo, realizado a propósito de la edición (Editorial Siruela) de la antología del mismo título. Para el libro fueron escogidos escritores cubanos nacidos a partir de 1959, independientemente de su lugar de residencia actual. La antologadora, Michi Strausfeld, afirma en el prólogo que «Hoy resulta muy difícil para los escritores cubanos tener una visión amplia de lo que se escribe *dentro y fuera*, ya que las «islas» — Cuba y Miami— no permiten un contacto fácil». Entendemos que este Encuentro propiciado por la Casa de América es un feliz intento para que ese contacto empiece a resultar menos difícil. ●

Música cubana en internet

El Cuarteto de Guitarras EntreQuatre realizó el pasado 17 de junio una propuesta novedosa: la transmisión en directo, a través de internet, de un concierto con imagen. El programa fue titulado «Música de España y las Américas», y contó con la presentación de obras de Leo Brower y Flores Chaviano, entre otros. En el caso de Flores Chaviano, resultó ser un estreno absoluto de *Danzón Uno*, lo que constituye un doble acontecimiento. ●

Música cubana en Ysbreker, Holanda

La Sala de Conciertos Ysbreker, en Amsterdam, presentó entre los días 20 de julio y 6 de agosto un importante Festival de Música Cubana. El programa contó, entre otros, con la participación de la «Charanga Sabor Cubano», el Sexteto de Polo Montañez, el Cuarteto de cuerdas Habana, Ramón Valle, etc. ●

Reconocimiento al trabajo de Keyla Orozco

Keyla Orozco, compositora cubana residente en Amsterdam, ha recibido recientemente el Gugenheim Fellowship. Este reconocimiento consiste en 40 mil dólares para trabajar un año en un proyecto; en este caso se trata de un concierto triple para violín, piano y orquesta sinfónica. ●

Alma Caribeña de Gloria Estefan.

La cantante cubana Gloria Estefan, una de las más populares y reconocidas en el panorama de la música popular contemporánea, presentó en mayo, en Madrid, su último trabajo discográfico, *Alma Caribeña*. Según declaró a la prensa, en este nuevo disco «hay más fusión, lo hemos hecho sin restricciones creativas. En cuanto a lo musical, predomina lo cubano, con el son y un viejo ritmo llamado caballito, pero también tiene algo de salsa de los años setenta, tipo Fania, bachata dominicana y murga panameña». ●

Eduardo Manet en Montecarlo

Eduardo Manet, reconocido escritor cubano residente en París, es el autor del libreto de la ópera «Cecilia», estrenada este año en Montecarlo por el Conjunto Operático local. El texto, basado en la novela *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, fue calificado por la crítica especializada de «fuerte, denso y palpitante». La puesta en escena estuvo a cargo de Jorge Lavelli y la dirección general del belga Patrick Davin. ●

Seminario teórico sobre estudios culturales, en La Habana

La sala Rubén Martínez Villena, de la UNEAC habanera, acogió entre mayo y junio pasados el seminario teórico «¿A dónde se encaminan los estudios culturales. Una nueva dimensión del saber socio-cultural?» El propósito de los organizadores ha sido replantearse, desde América Latina, los enfoques y los modelos culturales de los discursos teóricos contemporáneos. La coordinadora de este evento ha sido la Dra. Magali Espinosa. ●

Teatro infantil cubano en España

La Colmenita, compañía cubana de teatro infantil, ha ofrecido funciones en mayo pasado en varias ciudades españolas como Santander o Torrelaguna. La agrupación está dirigida por Carlos Alberto Cremata, y en sus presentaciones por tierras peninsulares ha incorporado a 80 niños españoles, la mitad de ellos discapacitados. ●

Premio Nacional Danza 2000

Por tercer año consecutivo fue entregado en La Habana el Premio Nacional de la Danza. En esta ocasión y siguiendo un curioso orden le correspondió al maestro Fernando Alonso, fundador del Ballet Nacional de Cuba y del Ballet de Camagüey, quien lleva más de cinco décadas dedicado al quehacer danzario. Las ediciones anteriores de este Premio habían correspondido a Alicia Alonso (1998) y a Ramiro Guerra (1999). ●

Libros recibidos

■ AA.VV.; *La familia y sus raíces en la nación cubana*; Ed. Vivarium, Departamento de Comunicación Social Arzobispado de La Habana, 1999, pp. 314. Aunque ya en el prólogo de este volumen se precisa que los problemas de todo tipo a los que se enfrenta hoy día la familia como institución ocurren a nivel mundial y no local, todos los textos que agrupa se refieren a aspectos específicos de la familia cubana, vistos a través de la literatura, la sociología, la psicología, la historia y el acontecer de actualidad. En la sección VI, «La familia en la literatura cubana», se destaca el trabajo de Ivette Fuentes de la Paz, *La familia en la novelística cubana del siglo XX: ética y sociedad*. Tal vez el punto más vulnerable de este libro sea que al tratarse de una edición católica, a la hora de analizar la familia cubana desde el punto de vista de la religión lo haga únicamente desde el catolicismo y deje fuera cualquier análisis del tema realizado desde la perspectiva de las religiones de origen africano, que tanta importancia y presencia tienen en la vida cubana, incluida la vida familiar, desde luego.

■ AA.VV.; *Paseo pintoresco por la Isla de Cuba*; Ed. Herencia Cultural Cubana / Ediciones Universal, Miami, 1999. De joya editorial podría calificarse esta obra que rescata con sumo cuidado grabados y textos de la primera mitad del siglo XIX. Era la época en que, en Cuba, la litografía empezaba a desplazar técnicas de grabado más costosas y laboriosas como el grabado en metal y en madera, y hombres como Antonio Bachiller y Morales o Cirilo Villaverde querían dejar sus testimonios escritos de los lugares y obras arquitectónicas que comenzaban a entrelazarse con una idea de nación. El primer fascículo de esta obra que ahora se rescata, apareció en La Habana el 26 de abril de 1841 y contenía un texto de Bachiller sobre el Morro y dos litografías, desde diferentes ángulos, de la fortaleza.

■ AA.VV.; *Mamá, yo quiero saber... entrevistas a músicos cubanos*; Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1999, pp.258. Casi veinte de los más destacados músicos cubanos de la actualidad (Carlos Varela, Chucho Valdés, Juan

Formell, Harold Gramatges, etc.) ofrecen a otros tantos entrevistadores comentarios y anécdotas personales y profesionales, además de algunas de sus ideas y reflexiones acerca de los más diversos aspectos de nuestra música.

■ ÁLVAREZ BRAVO, ARMANDO; *El día más memorable*; Ed. Universal, Miami, 1999, pp. 91. Aun cuando debajo del título aparece la palabra «cuentos» (ya se sabe que no hay que hacerle demasiado caso a la manía de los «géneros»), varios de los textos que componen este libro son más bien unos singulares ensayos breves, o, quizás, poemas en prosa, y hasta los hay que pudieran considerarse como una irregular y novedosa forma de escritura musical. Y tanta variedad de posibilidades para un libro que no alcanza las cien páginas, se debe, con toda seguridad, a la pulcritud de una prosa que, puesta en función de la experiencia, se resiste con lucidez a ser subsidiaria de ella. Armando Álvarez Bravo nació en La Habana, en 1938. Reside en Miami, donde es crítico literario y profesor de periodismo.

■ BORDAO, RAFAEL; *Los descosidos labios del silencio*; Ed. Palmar, Brooklyn, N Y, 2000, pp. 51. Sigue acumulando Bordao premios y reconocimientos a su labor poética. Tantos, que podría caerse en la tentación de hablar más de sus premios que de su obra. Y es que las distinciones y galardones, necesarios unas veces y deseables otras, enmascaran, para bien o para mal, el quehacer artístico. Este libro, como casi todos los anteriores del autor, llega acompañado de una nota vencedora: «Mención de Honor del Concurso Internacional de Poesía Antonio Machado (1998) en Francia; y estuvo entre los cuatro finalistas del Premio Internacional de Poesía Gastón Baquero (1999) en España». No sé si tantos clarines resulten coherentes con un poeta que reclama que *oremos / por los que se empernan / en la amargura / y dan el golpe contundente*. Rafael Bordao nació en La Habana, en 1951. Actualmente reside en New York, donde trabaja como profesor de Literatura y Español.

■ DEL CASTILLO, AMELIA; *El hambre de la espiga*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 81. Puede ser un error dividir la poesía en femenina y masculina, pero es un hecho que

hispanoamérica ha producido un tipo de poesía femenina (o si se prefiere, escrita por mujeres) que se distingue claramente de cualquier otra. Y en esta tradición se sitúa el presente libro. Es este un poemario, como comenta Orlando Rossardi, «que habla (y que canta) al conocimiento y entendimiento de las emociones, de las pasiones, de los apetitos»,... Amelia del Castillo nació en Matanzas, Cuba. Tiene publicados varios libros de poesía. Actualmente reside exiliada en Estados Unidos.

■ CAZORLA, ROBERTO; *...Se ríe de esquina peligrosa*; Ed. Betania, Madrid, 2000, pp. 103. La exacta simetría tipográfica de estos poemas se corresponde cabalmente con su simetría expresiva: se trata de dos mitades (hemisferios) portadores de lo igual y lo diverso. Sensualidad y ascetismo. Celebración alborozada de piernas, cuellos, cinturas. Festividad carnal que una palabra siempre bien dominada conduce hacia una irreversible frustración. Roberto Cazorla nació en Ceiba Mocha, provincia de Matanzas, Cuba. Desde 1963 reside en España, donde trabaja como periodista.

■ CIRULES, ENRIQUE; *Hemingway en Cuba*; Ed. Libertarias-Prodhufi S.A., Madrid, 1999, pp. 184. Se ha repetido hasta el agotamiento que la vida del escritor norteamericano Ernest Hemingway despierta más interés que su obra misma. En cualquier caso, es cierto a que sus aventuras y desventuras (incluido el fagonazo postrero de su célebre *Malincher*) han producido muchas más páginas que las dedicadas a comentar sus libros. Y como que el Nobel yanqui tuvo casa propia en Cuba y residió muchos años en la Isla, también más de un escritor cubano se ha afanado en rastrear las huellas de las peripecias cubanas del novelista. El presente libro se ocupa principalmente de dos de estas peripecias: los amores de Hemingway con la bellísima Jane Mason, esposa de Grant Mason, gerente de la Pan American para todo el Caribe y poseedor de una espléndida mansión en la desembocadura del río Jaímanitas, y sus actividades como cazador de submarinos alemanes en aguas del Golfo durante la Segunda Guerra Mundial. Enrique Cirules nació en Nuevitas, Camagüey, en 1938. Reside en Cuba.

■ COLLAZO, MIGUEL; *Estancias (Breviarios completos)*; Ed. Unión, La Habana, 1998, pp. 144.

Como el propio autor aclara en su «Nota aclaratoria», estos textos conciernen «al puro orden del espíritu y a mis erráticas meditaciones filosóficas y poéticas». Varias de estas narraciones (o como quiera llamarseles) ya habían aparecido publicadas dos décadas atrás en el volumen *Onoloria y otros relatos*, de modo que se trata de una obra escrita hace ya mucho tiempo y en la que Collazo ha querido rendirle un tributo a sus «años juveniles y de inicial madurez», cuando acababa de regresar de un largo viaje por Rumanía y quiso dejar testimonio, con lenguaje poético no siempre pleno, de sus andanzas por las tierras del Conde Drácula. Miguel Collazo nació en La Habana, en 1936. Reside en Cuba.

■ CUADRA, ÁNGEL; *José Martí: análisis y conclusiones*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 76. El volumen reúne (la selección es del propio autor) seis de los trabajos periodísticos que, con el mismo título, aparecieron publicados en Miami, en el *Diario Las Américas*, en la columna semanal de Cuadra en ese diario. Ángel Cuadra nació en La Habana. En 1967 fue sancionado en Cuba a quince años de prisión por sus actividades como opositor político. Desde 1985 reside en Estados Unidos.

■ CHAVIANO, DAÍNA; *Casa de juegos*; Ed. Planeta, Barcelona, 1999, pp. 192. Novela delirante de esta ganadora del Premio Azorín, en la que se combinan erotismo, sexualidad, ceremonias religiosas, magia, todo con un ritmo narrativo que avanza a galope tendido hacia una búsqueda desesperada de la propia identidad. Cierta que por momentos (más de los recomendables) el texto cede demasiado terreno a tópicos que ya resultan bastante manidos («Soy un génesis de fuego. Me vuelvo luna, me vuelvo demonia. No me alcanza el tiempo para respirar. Clavo a Dios en mi entrepierna...»), pero a pesar de ello la novela consigue una grata travesía mística y sensual resuelta con un lenguaje que funciona. Daína Chaviano nació en La Habana. Desde 1991 reside en Estados Unidos.

■ FERNÁNDEZ PINTADO, MYLENE; *Anhedonia*; Ed. Unión, La Habana, 1999, pp. 79. Libro que obtuvo el Premio «David» 1998, le aporta a la joven narrativa cubana al menos un hallazgo importante: la posibilidad efectiva de convertir una existencia metafórica en existencia real sin naufragar en las aguas de

la demencia. Esta característica se destaca sobre todo en el relato titulado *El día que no fui a Nueva York*, que por un curioso artificio podría titularse «El día que sí fui a Nueva York». Y es que la autora posee una especial facultad para desplazar esa realidad cotidiana que por momentos roza un cierto costumbrismo actualizado hacia lugares a los que para llegar no se necesitan visados ni humillantes permisos para viajar al exterior. Mylene Fernández Pintado nació en Pinar del Río, en 1963. Actualmente reside en Cuba, donde trabaja como asesora legal del ICAIC.

■ GONZÁLEZ MOLINA, ISABEL CECILIA; *Bañada de azul*; Ed. Casa de Cultura, Miami, 2000, pp.37. Prosas poéticas en las que una exaltada emoción amorosa, las más de las veces incontenible, se hace presente en cada frase, diríase que en cada palabra. La autora, en algún momento se proclama a sí misma «guerrillera de alcoba».

■ GONZÁLEZ, NELSON SIMÓN; *Brujas, hechizos y otros disparates*; Ed. Betania, Madrid, 2000. El libro obtuvo Primera Mención en el Premio Edad de Oro, 1998 y Mención en el Premio Ismaelillo de Literatura Infantil de la UNEAC, 1999, ambos en La Habana. Algunas de las narraciones que incluye se inscriben por derecho propio dentro de la mejor tradición cubana en el género. Por ejemplo, el titulado *Hechizo para atraer el sueño*, resulta de una gran perfección formal y de una hermosura posiblemente intraducible a ninguna otra lengua. Nelson Simón González nació en Pinar del Río, en 1965.

■ HARNECKER, MARTA; *La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo posible lo imposible*; Ed. Siglo XXI, Madrid, 1999, pp. 410. Libro de gran rigor académico y teórico en el que tras analizar algunos de los aspectos más relevantes que han empobrecido y deteriorado el discurso de la izquierda mundial en los últimos años del siglo XX, la autora se propone reivindicar el legado marxista y plantea la necesidad de reorganizar los movimientos de izquierda y superar la profunda crisis teórica en que se han sumido. Y aunque no incurre en el desatino de ofrecer recetas para alcanzar tales objetivos, sí penetra en el territorio siempre equívoco y tortuoso del idealismo (cualquier idealismo, suponiendo que algún incauto suponga que

hay más de uno), puesto que la realidad y los hechos, con comillas o sin ellas, existen, están ahí, y lo imposible es, sencillamente, imposible. En todo caso, la pregunta más importante que suscita el libro es ¿cómo quienes no han sido capaces de hacer posible lo verdaderamente posible van a pretender hacer posible lo imposible?

■ HENARES DÍAZ, FRANCISCO; *Cartagena-Cuba. La mar de puentes*; Ed. Troquel, Cartagena, Murcia, 2000, pp. 82. Los vínculos que unen a Cuba con España (con toda España) tienen sus características particulares en los diversos territorios que componen la península. El presente libro es un intento serio y documentado de hurgar en las pistas disponibles para encontrar los lazos culturales, políticos, económicos, familiares, etc. que existen entre la Isla y la ciudad murciana de Cartagena.

■ JIMÉNEZ, GUILLERMO; *Las empresas de Cuba. 1958 (I)*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 730. Primer volumen de una ambiciosa obra (*Enciclopedia Económica de Cuba Republicana*) que abarcará cuatro y que ofrecerá una valiosa información sobre la economía y la sociedad cubanas en el período que va de los últimos años del siglo XIX al triunfo de la revolución castrista. Esta primera entrega se convierte en material de consulta imprescindible para investigadores del tema, puesto que recoge por vez primera los datos relacionados con las 1380 firmas empresariales y comerciales más significativas del país en 1958, proporcionando referencias precisas sobre el estado financiero y las actividades económicas de las mismas. Guillermo Jiménez nació en La Habana, en 1936. Fue fundador del Directorio Revolucionario y Comandante del Ejército Rebelde.

■ LABRADA AGUILERA, AGUSTÍN; *Más se perdió en la guerra*; Ed. Universidad de Quintana Roo, México, 2000, pp. 125. Recopilación de textos periodísticos aparecidos entre 1993 y 1998 en el diario *¡Por Esto!*, de Quintana Roo, México. Los temas abarcados son, como corresponde al periodismo, muy variados, y están agrupados en seis secciones cuyo único parentesco es la consistente prosa del autor. Agustín Labrada nació en Holguín, en 1964. Desde 1992 reside en México.

■ LABRADA AGUILERA, AGUSTÍN; *Viajero del asombro*; Ed. Gobierno del Estado de Quinta-

na Roo, México, 1997 (3a. ed.), pp. 43. Breve poemario en el que el poeta se reencuentra con la décima para despojarla del pinto-resquisimo con el que comúnmente se la asocia y restablecerle fueros poéticos de mayor hondura. Se destaca la dedicada a María Teresa Vera: *en su abisal cubanía / como quien busca una puerta / a la música que abierta / llenó su idioma, María*.

■ LUIS, WILLIAM; *Dance Between Two Cultures*; Ed. Vanderbilt University Press, USA, pp. 350. Profundo análisis académico en el que el autor aborda ese gran cuerpo literario de origen latino o caribeño que ha surgido en las últimas décadas en los Estados Unidos. Especial atención le dedica a la conocida novela de Oscar Hijuelo *The Mambo Kings Play Songs of Love*. Muy documentado y de lúcida reflexión resulta el capítulo *Cuban America Poetry*. William Luis nació en Nueva York y es profesor de Español en Vanderbilt University.

■ MARTÍNEZ, ANA MARGARITA; *Estrecho de traición*; Ed. Universal, Miami, 1999, pp. 150. Noy hay dudas de que la traición, en cualesquiera de sus aspectos, es uno de los grandes temas de la literatura de todos los tiempos. Y este libro narra con lujo de detalles una gran traición política y sentimental que terminó costándole la vida a cuatro personas en el muy conocido derribo de dos avionetas de «Hermanos al Rescate». El texto es en sí mismo de un importante valor documental. Ana Margarita Martínez nació en La Habana y reside desde 1968 en los Estados Unidos.

■ MÁRMOL, JOSÉ; *La invención del día*; Ed. Bartleby, Madrid, 2000, pp. 60. Magnífica prosa poética de este autor dominicano ganador del Premio Nacional de Poesía de su país y de un accésit en el certamen «Eliseo Diego», en México. «El discurso de Mármol —según el prologuista Eduardo Moga— infringe las normas y crece gracias a esa infracción: palabras laxadas que buscan una patria intransferible y, a la vez, compartida. José Mármol nació en República Dominicana, en 1960.

■ MILLER, TOM; *Trading with the Enemy. A Yankee Travels Through Castro's Cuba*; Ed. Basic Books, (primera edición, Ed. Atheneum, 1992), New York, 1996, pp. 353. Este libro,

del que no tenemos noticia de que exista ninguna traducción al español, sigue siendo hoy día una de las más serias aproximaciones a la realidad cubana de las últimas décadas realizada por un norteamericano. Al texto se le podría elogiar lo que algunos críticos le han reprochado: falta de pasión y de agresividad. Pero es precisamente gracias a la mesura de los análisis que se consigue una visión objetiva de una realidad que es ya en sí misma desmesurada, agresiva y pasional. Tom Miller nació en Washington, tiene publicados varios libros sobre latinoamérica y actualmente reside en Tucson, Arizona.

■ MONTORO, RAFAEL; *Discursos y escritos*; Editorial Cubana, Miami, 2000, pp. 530. Compilados por Rafael E. Tarragó (autor también de la Introducción a la edición) aparecen estos enjundiosos textos de un gran cubano del siglo XIX, que se destacó siempre por la lucidez de sus opiniones y su ánimo poco beligerante. Hombre muy presente en la vida política y económica cubana de la segunda mitad del pasado siglo, su legado ha padecido de un injusto y dañino olvido por parte de la nación cubana. Este libro es un intento por rescatar un pensamiento y una conducta que tal vez resulten muy útiles para la Cuba de hoy y la del futuro.

■ NUEZ, MANUEL; *Vivencias en La Habana actual «...un libro sobre su gente»*; Ed. Suso-Gáldar, Gran Canaria, 2000, pp. 80. Libro que narra la experiencia cubana de este canario apasionado de la religión yoruba. Está redactado a medio camino entre la crónica periodística y el diario personal y en él encontrará el lector un buen testimonio de las miserias, alegrías y desventuras de los habitantes de Cuba. Manuel Nuez nació en Gran Canaria, en 1947.

■ ORTEGA, GREGORIO; *Villa Adelaida*; Ed. Unión, La Habana, 2000, pp. 166. El autor de *Juego de Espejos* consigue en esta nueva obra un acercamiento dramático a determinandos aspectos de la realidad cubana más actual: las penalidades de un oficial del Min-Int venido a menos, las descoyuntadas relaciones familiares entre cubanos de «fuera» y de «dentro», etc. Además, tratándose de una novela en la que los personajes femeninos vertebran el relato, la lectura queda como insuflada por un viento desgarrador y al mismo tiempo

conciliatorio. Gregorio Ortega nació en La Habana, en 1926. Reside en Cuba.

■ ORTEGA ALFONSO, RAÚL; *Con mi voz de mujer*; Ed. Arlequín, Guadalajara, Jalisco, México, 1998, pp. 58. Prosas poéticas, o quizás sería más preciso decir narraciones que buscan alcanzar un sentido poético a través de la palabra simple. Raúl Ortega nació en La Habana, en 1960.

■ ORTEGA, ALFONSO, RAÚL; *Acta común de nacimiento*; Ed. Praxis, México, D.F., 1998, pp. 56. Poemario, en el que su autor cede con frecuencia a la tentación de resultar impactante. Títulos como «Me cago de miedo frente a la soledad que me busqué» o «Confesión ante el cura que se masturba a costa de las monjas», impresionan más que los propios versos.

■ DE LA PAZ, LUIS; *El otro lado*; Ed. Universal, Miami, 1999, pp. 133. Nueve relatos integran este libro tan legítimo como audaz. La prosa es concisa y directa, sin brillos de vidrios falsos, y muy eficaz para transmitir esa pregunta que ya Camus había planteado espléndidamente y que consideraba como la cuestión fundamental de toda filosofía: vale o no vale la pena que la vida sea vivida. Sin embargo no se trata de narraciones desalentadas, sino más bien de una propuesta curiosa: sí vale la pena, aunque resulte más bien ridículo: Luis de la Paz nació en La Habana, en 1956. Reside en Miami.

■ PONTE, ANTONIO JOSÉ; *Ramón Alejandro*; Ed. Art Tribu's, Angers, Francia, 1999, pp. 64. Hermoso libro con reproducciones de cuadros del pintor cubano Ramón Alejandro y texto de Antonio José Ponte. No se trata, afortunadamente, de un cerebral análisis académico de la obra del pintor; tampoco, más afortunadamente aún, de un acercamiento «desde el corazón» o alguna majadería de ese jaez. Es, más bien, una pesquisa a través de la sensibilidad y la historia de la pintura y de la cultura en general. ; tanto que se termina por no saber si el texto explica los cuadros o si los cuadros explican el texto.

■ RIBEAUX DIAGO, ARIEL; *El oro de la edad*; Ed. Premio Ismaelillo de novela, 1997. La paráfrasis siempre implica un riesgo; más aún cuando el texto del que se parte es un clásico y, debido a alguna curiosa perversión, un objeto de culto. Sin embargo, Ariel Ribaux con-

sigue salir airoso en el intento desmesurado de proponer una reescritura (relectura) del texto escrito por Martí para los niños. Ariel Ribaux Diago nació en La Habana, en 1969. Actualmente reside en Guatemala.

■ ROBLES, MIREYA; *La muerte definitiva de Pedro el Largo*; Ed. Lectorum, México D.F., 1998, pp. 147. Los típicos personajes de los pueblos de Cuba, con su lenguaje y su candor, adquieren en esta novela una novedosa significación: son desplazados por la autora fuera de sus límites estrictamente costumbristas y lanzados a espacios universales. Ella misma comenta que Pedro el Largo nace de una pintura de Van Gogh; de una visión de la que surgen, como piezas de rompecabezas, las distintas vidas de ese viejo que es una parodia del chamán, un loco visitado por la sabiduría, un sabio en estado casi constante de locura. Mireya Robles nació en Guantánamo, en 1934; tiene varios libros publicados y ha residido en diversos países.

■ RODRÍGUEZ SANTANA, EFRÁIN; *Otro día va a comenzar*; Ed. Verbum, Madrid, 2000. Excelente poemario que fue galardonado, en 1999, con el Premio de Poesía «Gastón Baquero», convocado por la editorial Verbum. Llama especialmente la atención en estos poemas, además de la precisa decantación de la palabra puesta en función de un decir que sobrepasa con mucho los signos, la delicadeza de orfebre con que el poeta transita a través de un tiempo que es único, para engarzar un siglo en otro, un milenio en otro, creando un cosmos personal en el que la Historia, el erotismo, la magia, se rearticulan en lo que al final quizás resulte una nueva mitología. Efraín Rodríguez Santana nació en Cuba, en 1953. Actualmente reside en La Habana.

■ ROY, JOAQUÍN; *Cuba, the United States, and the Helms-Burton Doctrine*, Ed. University Press of Florida, 2000, pp. 282. Documentado análisis de lo que podría considerarse la cadena de sucesos visibles (también los invisibles) que dieron lugar a la promulgación de la ley norteamericana Helms-Burton, que de manera tan poco acertada presume de ser una solución para los problemas sociales, políticos y económicos de Cuba. El autor analiza también las consecuencias que para los propios Estados Unidos ha tenido dicha ley. Joaquín Roy es profesor de la Universidad de Miami.

■ RUIZ MONTES, LAURA; *Lo que fue la ciudad de mis sueños*; Ed. Bartleby, Madrid, 2000, pp. 79. Basta una primera lectura de estos versos para que se conviertan en entrañables. La poeta viene a decir a sus lectores, en voz baja, que resignarse no es obedecer, que renunciar no es escapar, que retirarse no es esconderse. Todo el poemario se presenta alentado por una aparente paradoja: una feliz desilusión, lo que le otorga, claro, un tono que roza lo místico a través de un verbo casi litúrgico. No sé si a la poesía se le puede pedir mucho más que sentido y sonido. Este libro tiene mucho de ambas cosas. Laura Ruiz nació en Matanzas, en 1966. Reside actualmente en esa ciudad.

■ SANTIESTEBAN PRATS, ÁNGEL; *Sueño de un día de verano*; Ed. Unión, La Habana, 1998, pp. 78. Premio «Luis Felipe Rodríguez» de cuento, 1995. Estos cuentos resultan meritorios por más de un motivo (aunque es posible que estos motivos no sean más que uno): el asunto que abordan, la forma de hacerlo y la eficacia con que funcionan. La guerra de Angola y la participación cubana en ella es algo que por reciente y por vaya uno a saber cuántas causas más ha aparecido poco, demasiado poco, en nuestra literatura. Pero enfocar el asunto desde la óptica de la frustración, el disparate y la manipulación, es algo que se ha hecho menos todavía. Y eso precisamente es lo que hace este joven narrador que tiene la lucidez de saber que las epopeyas son, en el mejor de los casos, una falacia para la mayor gloria de alguien, cualquiera, que nunca es el que muere ni el que queda mutilado. Ángel Santiesteban Prats nació en La Habana, en 1966.

■ VALDÉS CAMACHO, ORLANDO; *Los condenados*; Ed. Hermanos Loynaz, Pinar del Río, 1998, pp. 80. La introspección, la búsqueda de respuestas existenciales, el soliloquio aun cuando se dialogue, son algunas de las características que distinguen a la mayoría de los personajes de estos relatos resueltos quizás mediante una excesiva oralidad flagrante que no deja demasiado espacio a la imaginación del lector. Quien narra lo dice todo, a pesar de que siempre se narra en primera persona. Orlando Valdés Camacho nació en Pinar del Río, en 1962.

■ VARELA, FÉLIX; *Frasas de sabiduría*; Ed. Universal, Miami 2000, pp. 205. El doctor Rafael

B. Abislaímán ha realizado la selección y edición de este volumen que agrupa fragmentos del pensamiento de Varela. El libro resulta muy útil pero también peligroso, porque puede inducir a una lectura descontextualizada de las ideas de quien se ha dicho que nos enseñó a pensar. Y ese tipo de lectura puede resultar tendenciosa y funcionar eficazmente para objetivos contrarios a los perseguidos.

■ ZAMORA, ANTONIO R.; *Guerras alcaldicias. La lucha por la alcaldía de Miami*; Ed. Universal, Miami, 1999, pp. 158. Libro de fácil lectura y de mucho interés documental, que abarca las dos décadas que van de 1980 al 2000 y el rico anecdotario de ese período en los afanes del exilio cubano por ganar influencia en la alcaldía de Miami o por hacerse directamente con ella. El autor, integrante desde muy temprano de la comunidad cubana exiliada y abogado de profesión, conoce de primera mano el tema que aborda, puesto que desde 1973 ha ejercido en esa ciudad su carrera y ha participado de forma activa en los avatares políticos de la región. Antonio R. Zamora nació en La Habana, en 1941. Reside en Miami.

.....

Pasar revista

■ ACTORES (nº 1, especial 2000, pp. 98). Revista editada por la Asociación Cultural Unión de Actores. Este número especial incluye «La escenografía», texto del destacado diseñador cubano Gabriel Hierrezuelo, en el que su autor enfatiza en la necesidad de una «línea», en el sentido que Eisentein le otorgaba a este término, para cualquier creador que quiera comunicar algo. La idea más atractiva de este artículo radica en diferenciar lo «funcional» mecánico de lo «funcional» estético. Director: Teófilo Calle. Dirección: Gran Vía 50, 3º D, 28013, Madrid.

■ AMERICA LATINA HOY (nº 25, agosto 2000, pp. 110). Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios de Iberoamerica y Portugal, de la Universidad de Salamanca. El número está dedicado al tema *Medios de comunicación y democracia*, lo que le otorga un interés de

gran actualidad no sólo para América Latina, sino para todo el resto del mundo. México, Argentina o Brasil son algunos de los países cuyas relaciones entre medios de comunicación y democracia se analizan en los casi diez textos que se publican. Vale la pena destacar, entre éstos, *Justicia y seguridad en las noticias sobre el crimen: la construcción televisiva de un problema social*, de Ricardo Gutiérrez, en el que su autor aborda el ámbito de los teleticcioneros en Argentina y descubre algunas de las definiciones mediáticas del crimen y las dificultades de los ciudadanos para intentar resolver este problema social. Directores: Esther del Campo y Manuel Alcántara. Dirección: San Pablo, 26, 37001, Salamanca.

■ ART NEXUS (nos. 36 y 37, abril-junio y julio-septiembre 2000, pp. 160 c/u). Una de las mejores publicaciones de Artes Plásticas publicadas en Latinoamérica, perteneciente a la Asociación de Revistas Culturales Colombianas. Ofrece una información minuciosa y atractiva acerca de artistas, galerías, etc. en nuestro continente. Y, como no podía ser de otra manera dada la gran calidad de la plástica cubana contemporánea, aparecen referencias o textos de fondo que tienen que ver directamente con la obra de nuestros pintores y escultores. El nº 36, en un texto de Carol Damián (*Art Miami 2000*) comenta, entre otros, el destacado trabajo de Arturo Cuenca en esa ciudad de La Florida. El nº 37, por su parte, incluye *Performance cubano en los años 80*, de Francine Birbragher, en el que se explica este movimiento en Cuba como «una transgresión a la censura». Directora: Celia Sredni de Birbragher. Dirección: Cra. 5 nº 67-19 Apartado Aéreo 90193 Bogotá.

■ BOLETIN DEL COMITÉ CUBANO PRO DERECHOS HUMANOS (ESPAÑA) (nº 32, primavera-verano 2000, pp. 64). Publicación de gran valor para la democracia en Cuba, puesto que de forma mesurada pero sistemática y sin concesiones revela las múltiples violaciones a los derechos humanos en la Isla, a pesar de ser Cuba promotora y signataria de la Declaración Universal de estos derechos. Este número contiene fragmentos del Informe General realizado por el Comité para la 56 reunión de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, celebrada en Ginebra en los

primeros meses de este año. Directora: Dra. Marta Frayde. Dirección: Apartado de Correos 54011; 28008, Madrid.

■ CAHIERS DES AMÉRIQUES LATINES (nº 31/32, pp. 295). Publicación del Instituto de Altos Estudios para América Latina, de la Universidad de La Sorbona, París. El presente número contiene un dossier titulado *¿Cuba sí, Cuba no?* En el que cerca de diez analistas abordan el tema cubano desde otros tantos puntos de vista. El propósito de este dossier, según sus presentadores, es averiguar qué se salva y qué no del proyecto castrista después de la caída del muro de Berlín. Se destaca especialmente el texto *La communauté cubaine des États-Unis : d'«exilé» à «immigré», une nouvelle identité?*, de Michel Forteau. Directores: Jean-Michel Blanquer y María-Eugenia Cosío-Zavala. Dirección: Institut des Hautes Études de L'Amérique Latine (IHEAL) 28 rue Saint-Guillaume 75007 Paris.

■ CIEN AÑOS (nos. 4-5 abril mayo 2000 y 6 junio 2000, pp. 32 y 24 respectivamente). Boletín que publica la Asociación del Centenario de la República Cubana (ACRC). Esta entidad fue fundada en Francia el 1 de diciembre de 1999 con el propósito de celebrar los cien años de la fundación de la República, aunque sus miembros fundadores precisan que las más de cuatro décadas de castrismo no deben ser consideradas como vida republicana para los cubanos. El nº 4-5 contiene un artículo de Javier Castro Mori en el que rastrea muy documentadamente la existencia de algunas de las revistas «llamadas literarias» en las primeras décadas del siglo XX cubano. El 6 incluye un texto breve pero enjundioso de Enrique José Varona sobre Menocal y la desaparición de la pintura académica republicana. Consejo de redacción encabezado por Javier de Castro Mori. Dirección: 9 rue Biot 75017 Paris.

■ CINE CUBANO (nº 147, pp. 80). Sigue mejorando la presentación de esta publicación del ICAIC: magnífica cubierta de Zaida del Río, excelente papel, diseño impecable, impresión exquisita. Y lo mejor: se ocupa efectivamente de cine y lo hace de una forma atractiva y amena, lo que representa un salto superlativo en relación a números anteriores. El homenaje a Ripstein es hermoso y merecido, y la entrevista a Wim Wenders (origi-

nal para *World Circuit*) revela muchos de los entresijos de la realización de ese éxito que ha sido *Buena Vista Social Club*. Director: Alfredo Guevara. Dirección: Calle 23 n° 1155 e/10 y 12, Vedado, La Habana, Cuba.

■ **CRÍTICA** (nos. 80, 81 y 82, feb.-marzo, abril-mayo y junio-julio 2000, pp. 120 c/u). Revista cultural de la Universidad Autónoma de Puebla, México. José Kozer, Ena Lucía Portela, Raúl Rivero, Antón Arrufat, Pedro de Jesús, son algunos de los escritores cubanos cuyos textos aparecen en estos números de *Crítica*. Y el hecho de que una revista cultural universitaria acoja en sus páginas a autores pertenecientes a las más diversas generaciones, que viven en la Isla o fuera de ella, que escriben poesía o teatro o ensayo o cuentos y novelas, que tienen diferentes creencias, hábitos personales, preferencias religiosas o sexuales o lo que sea, agrupados todos únicamente bajo el indicador de la calidad de la obra, resulta alentador y esperanzador. Aunque, desde luego, no se trata, afortunadamente, de una publicación reservada a cubanos. En el n° 80 aparece *Qué hace un novelista*, de John Dos Passos, que es un texto que todo narrador o aspirante a serlo debería leer. Director: Armando Pinto. Dirección: 2 Norte 1006, Apartado Postal 1430 C.P. 72000 Puebla, Pue., México.

■ **CUADERNOS DEL ESTERO** (n° 13-14 1998-1999, pp. 300). Revista de Estudios e Investigación, Cartagena, Murcia. Publicación anual. El número está dedicado a «Cartagena-Cuba. La mar de puentes», y sus editores se han propuesto un homenaje a la vez que un análisis de las relaciones que a través de la historia han relacionado a esta región de España con Cuba. La presentación de los textos la ha realizado Eliades Acosta Matos, Director de la Biblioteca Nacional José Martí, de La Habana, quien recuerda las palabras del apóstol: ...«en política, lo cierto es lo que no se ve...» También se incluyen entrevistas con primeras figuras de la intelectualidad cubana como Cintio Vitier o Moreno Fraginals. Director: Francisco Henares Díaz. Dirección: I.E.S. Politécnico C/Grecia, 56, 30203, Cartagena, Murcia.

■ **CUADERNOS HISPANOAMERICANOS** (nos. 598 y 600, abril y junio 2000, pp. 160 c/u.). Revista de la Agencia Española de Coopera-

ción Internacional. La publicación se distingue por el sostenido rigor de sus textos. Es de agradecer que el n° 598 dedique su dossier a Machado de Assis, ese grande de la literatura brasileña y universal, quien, aunque no padece la injusticia de la desatención o el olvido, tampoco goza del justo lugar que su talento y su obra merecen. Este dossier de Cuadernos... viene, pues, a colocar las cosas en su sitio. En este sentido hay que destacar el trabajo de Carlos Alberto Pasero, *Machado de Assis cuentista*, en el que se reafirma el carácter fundacional de este escritor: «Los inicios estéticos del cuento brasileño hay que buscarlos en su vasta obra». El n° 600 incluye un comentario a la edición de Alianza de la *Poesía Completa* de Lezama, prologada por el poeta César López. Director: Blas Matamoros. Dirección: Avda. Reyes Católicos, 4, 28040, Madrid.

■ **CUBA BUSINESS** (nos. 2, 3, 4, 5 y 6 de 2000, pp. 8 c/u). Boletín mensual, independiente, publicado en Londres desde 1987. Se ocupa de analizar diversos aspectos del mundo financiero y empresarial cubano y sus relaciones con el resto del mundo. Renglones como el turismo, la industria tabacalera, las telecomunicaciones y un largo etcétera, son abordados en este boletín, apoyándose siempre en fuentes informativas confiables, por lo que proveen al lector interesado de un material de primera para estar informado y actualizado. Editor Jefe: Eareth Jenkins. Dirección: 2 Cromwell Place, London SW7 2JE

■ **DIARIO DE POESÍA** (n° 53, otoño 2000, pp. 48). Periódico cultural editado en Argentina con frecuencia trimestral. Aparece el excelente ensayo de Antonio José Ponte *El abrigo de aire* publicado originalmente en *Encuentro* 16-17. También puede leerse *Joyce y la escritura del Ulises*, del pintor Frank Budgen, quien fuera amigo personal del genial escritor irlandés; el texto es un fragmento del libro de Budgen *James Joyce and the making of the Ulysses*. Director: Daniel Samoilovich. Dirección: C.C. 1790 (1000, Correo Central), Buenos Aires, Argentina.

■ **DISIDENTE** (n° 154, abril 2000, pp. 20). Boletín de la organización «Disidente Universal de Puerto Rico», fundada en San Juan, en 1986. Este número publica un artículo de Oswaldo Payá Sardiñas, desde La Habana,

en el que se explica en qué consiste el «Proyecto Varela» y por qué este proyecto, en opinión de su autor, representa una opción para los cubanos, «pues se propone el logro de instrumentos legales que garanticen a los cubanos el ejercicio de sus derechos civiles y económicos y abrir los espacios para el diálogo, la participación democrática, la solidaridad, sembrándose así las bases de la cultura cívica que queremos rescatar y perfeccionar mirando hacia el futuro». Director: Angel W. Padilla Piña. Dirección: PO Box 360889, San Juan, Puerto Rico 00936-0889.

■ ENEMA (Primera edición, pp. 30). Publicación de la Facultad de Artes Plásticas del Instituto Superior de Arte. Irreverente y divertida. Hace saltar por los aires cualquier postura solemne y ceremoniosa. Sin embargo, podría pedírsele un poco más de coherencia en los textos. Sólo eso. Pero tratándose de una revista de artistas plásticas y bien vistas las cosas, no hay por qué. A fin de cuentas, el discurso gráfico es de primera. Los dibujos de Janer, desde el primero hasta el último aportan un discurso de gran lucidez. (No aparecen Director ni Dirección).

■ ENFOQUE (nº 69, enero-marzo 2000, pp. 40). Boletín de la Arquidiócesis de Camagüey. Crece en páginas y en indagación teórica esta modesta publicación, con lo que comienza a llenar un vacío de varias décadas en tierras principieñas. (Ignoramos si estas publicaciones tienen posibilidades de rebasar las fronteras provinciales). El presente número informa del fallecimiento de Gustavo Sed Nieves, quien por su prodigiosa memoria y su dedicación en cuerpo y alma a la investigación histórica había llegado a convertirse en algo así como una enciclopedia viviente para todos los camagüeyanos. Como dice la nota necrológica: «Otros historiadores han dejado un libro, un compendio, una crónica. Sed nos ha legado una manera de mirar la historia (...) Sólo él podía poner tanta gracia en combinar la gran historia con esa otra, la mínima, que se pierde en los vericuetos familiares de Puerto Príncipe. También se reproduce el texto del mensaje de la Conferencia de los Obispos Católicos por el Jubileo del 2000 («Un cielo nuevo y una tierra nueva»). Asesor: P. Alvaro Beyra Luarca. Dirección: Casa Diocesana Ntra. Sra.

De la Merced. Plaza de los Trabajadores nº 4, Apdo. 72, Camagüey, Cuba, C.P. 70100.

■ ESPACIOS (nos. 1 y 2 2000, pp. 60 c/u). Revista que de manera casi artesanal realiza trimestralmente el Equipo Promotor para la Participación Social del Laico (EPAS), de la Arquidiócesis de La Habana. Estos números, correspondientes a los dos primeros trimestres de este año, continúan en la línea de ofrecerle al público una alternativa al discurso único y cerrado de las publicaciones oficiales. Y no es que se trate de un discurso político ni contestario o disidente, sino que ofrece la posibilidad, tan necesaria para los cubanos, de ver las cosas (todas las cosas) desde un punto de vista diferente. Es bueno confirmar que, aun cuando el poder absoluto radique en una sola cabeza, existen millones de cabezas que piensan. En estos dos números se comenta el legado pictórico de Landaluze, la obra periodística de Cepero Bonilla, el cine de Almodóvar, el aporte de Fernando Ortiz, las Grandes Ligas de béisbol y la participación de cubanos en ellas, etc. Director: Eduardo Mesa. Dirección: Tte. Rey e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

■ EXTRAMUROS (nº 0, sept. 1999 y nº 1, dic. 1999, pp. 40 y 56, respect.). Revista Cultural y Literaria, con salida trimestral, publicada por el Centro del Libro y la Literatura de Ciudad de La Habana. Números que evidencian signos positivos de que la cultura cubana recupera espacios que le pertenecen por derecho propio. A fin de cuentas, la cultura nunca ha sido ni podrá ser una función subalterna de un proyecto político, aun cuando llegara a participar activamente en él. Celebramos la aparición de Extramuros y su visión irreductible del arte y la literatura. En el nº 1 se incluye un extenso comentario a la obra del pintor Aisar Jalil, que además de develar algunos mecanismos del mundo creativo del pintor, nos permiten disfrutar de las atractivas imágenes de su obra reciente. Directora; Susana García Amorós. Dirección: Zanja 732, e/ Hospital y Aramburu, Ciudad de La Habana. C.P. 10300.

■ FRAGUA (nos. 4, 5 y 6 2000, pp. 8 c/u). Boletín de los ex-prisioneros y combatientes políticos cubanos. La publicación es muy modesta, pero no deja de salir, lo que constituye su mayor mérito. Quienes la hacen no

se proponen denuncias crepitantes ni espectaculares, pero no renuncian a su derecho de informar sobre la realidad cubana, a ofrecer sus puntos de vista. Tiene mucho interés la pequeña sección «Esbirros», en la que se dan los nombres y los lugares de trabajo habitual de algunos de los oficiales del MININT que más activamente participan en atropellos y actividades represivas. Muchas de las noticias que se publican provienen de la prensa independiente que funciona dentro de la Isla. Dirección: PO Box 520562, Miami FL. 33152 USA.

■ LA GACETA DE CUBA (nos. 1 enero-febrero, 2 marzo-abril y 3 mayo-junio 2000, pp. 64 c/u). Publicación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Algo de Ave Fénix ha de tener esta revista, y si cerró 1999 de una forma que no podría considerarse como feliz, ha logrado cubrir el primer semestre del 2000 con tres números de lujo. Claro que le falta todavía intensificar el intercambio planetario y abierto, pero aún así el despegue salta a la vista, tanto por la calidad de la presentación como por la selección de los textos. El artículo de Cira Romero sobre Lino Novás (nº 3) es algo que venía faltando, y el de Emilio Ichikawa (nº 1) sobre la crítica de arte tiene la agudeza y el rigor habituales en este ensayista cubano. El nº 2 contiene un merecido homenaje a Miguel Collazo. Director: Norberto Codina. Dirección: Calle 17 nº 353 e/G y H, El Vedado, La Habana, 10400.

■ HERENCIA (nº 1, primavera, mayo 2000, pp. 46). Revista de presentación impecable editada en Miami por el Cuban National Heritage. Es una suerte para los cubanos contar con personas que, en medio del caos y la dislocación de cuarenta años, se ocupen de rescatar y organizar nuestro patrimonio cultural. Eso es lo que hacen el Cuban National Heritage y *Herencia*. Cada nuevo número de esta publicación merece ser conservado cuidadosamente porque reproduce con gran calidad imágenes y textos que reencontran a cualquier cubano con sus raíces. Varias de las páginas de esta entrega están dedicadas a Sagua la Grande, ciudad donde naciera Jorge Mañach; otras a Wifredo Lam, también sagüero; se incluye un texto muy curioso sobre las relaciones entre las univer-

sidades de Miami y La Habana, por el que puede el lector enterarse de que la primera estudiante latinoamericana matriculada en ese centro de La Florida fue una cubana, santiaguera por más señas, allá por el otoño de 1928. Redacción y coordinación: Armando F. Cobelo. Dirección: 300 Aragón Avenue. Suite 260 Coral Gables, FL, 33134

■ HOPSCOTCH (nos. 1 y 4, 1999, pp. 180 y 166, respect.). Revista cultural editada por Duke University Press. Destaca en esta publicación el criterio artístico con que se realiza. Todo el material gráfico es en blanco y negro, de mucho rigor de imagen y composición, con lo que consigue una comunicación más personal, diríase que dramática con el lector, proporcionándole un disfrute estético y un mejor acercamiento al texto. El nº 1 incluye el texto *Cuban players*, del profesor y ensayista cubano Roberto González Echevarría, en el que aborda el tema de la antiguas ligas profesionales de béisbol en Cuba, refiriéndose a Agapito Mayor, que fuera una de sus figuras más populares. En el nº 4 puede leerse *The Hunger Artists*, en el que su autora, Diana de Armas Wilson, se formula algunas preguntas cruciales con respecto a la dolarización, la prostitución y el turismo en Cuba. Editor Jefe: Ilán Stavans. Dirección: 905 W. Main Street, Suite 18-B Durham, NC 27701

■ INICIATIVA SOCIALISTA (nº 57, verano 2000, pp. 110). Editada por el Club de Iniciativa Socialista. Publicación que aborda de forma abierta la situación actual de la izquierda en España y el mundo, que da cuenta de algunos de los descabros más significativos que han sufrido en las últimas décadas y que propone posibles soluciones para alcanzar una «modernización» que no lleve implícita una renuncia a lo que de algún modo podría llamarse los verdaderos preceptos de la izquierda. Consejo editorial encabezado por Angel Barón. Dirección: A.P. 6088, 28080, Madrid, España.

■ LETRA INTERNACIONAL (nº 67, 2000, pp. 96). Publicación miembro de ARCE (Asociación de Revistas Culturales Españolas). Todos los textos publicados en este número pertenecen a autores de primera línea, incluidos dos que ya pueden considerarse clásicos: Harold Bloom y Jacques Derrida. Pero dejando a un

lado estas figuras que no necesitan comentarios, vale la pena destacar los cuatro trabajos agrupados bajo el epígrafe de «Memoria de las dictaduras» y especialmente el de Clara Crabbé Rocha (*La memoria literaria de la dictadura*, en el que la autora disecciona con lucidez, a través de la obra de una serie de escritores portugueses, el tratamiento narrativo y poético de la dictadura como asunto literario. Directores: Salvador Clotas y Antonin J. Liehm. Dirección: Monte Esquinza, 30, 2ª dcha. 28010, Madrid).

■ LEVIATÁN (nº 79, Primavera 2000, pp. 154). La Fundación Pablo Iglesias edita esta revista que definen como «de hechos e ideas». En el presente número se aborda una vez más el tema Pinochet y, para continuar en el ámbito de los dictadores latinoamericanos, aparece también un artículo sobre el tripartidismo mexicano y otro sobre Cuba (Max Weber en Cuba, de Marlene Azor Hernández). Este último texto tiene mucho interés porque lejos de presentar a Marx y a Wiber como figuras contrapuestas, siguiendo el abordaje tradicional hecho por el pensamiento sociológico contemporáneo, la estudiosa se ocupa de ver en ella una complementariedad. Directora: Amelia Valcárcel. Dirección: Monte Esquinza 30, 28010, Madrid.

■ MERIDIANO (nº 4, edición especial, primavera 2000, pp.47). Publicación del Centro de Estudios para una Opción Nacional. El número recoge un resumen de los cuatro primeros talleres del Centro, celebrados entre el 31 de julio de 1999 y el 15 de enero del 2000, en Miami y en Cuba. Se recomienda especialmente la lectura de *El Estado*, de Ricardo A. Puerta, texto en el que este destacado sociólogo cubano analiza con mucha coherencia, profundidad y gracia la situación del Estado cubano en las últimas cuatro décadas. Director: Rafael Artigas. Dirección: PO Box 110235 Hialeah, Fl 33011, USA.

■ NOTICIAS DE ARTE CUBANO (nos. 1, 2 y 3, 2000, pp. 8 c/u). Publicación mensual editada por el Consejo Nacional de las Artes Plásticas. Se trata de un tabloide que informa de los principales acontecimientos que en el mundo de la plástica tienen lugar en Cuba. Siempre está bien enterarse de que en la Isla se le rinde tributo a la obra de Agustín Cárdenas o de que se ha inaugurado un sa-

lón de arte erótico, impensable en épocas de beatería pseudomarxista. Director: Rafael Acosta de Arriba. Dirección: E-mail: CENAP@cubarte.cult.cu

■ OPUS HABANA (nº 1, 2000, pp. 60). Publicación de la Oficina del Historiador de la Ciudad. Revista que se realiza con extremo cuidado de todos sus detalles. El cuadro de Rubén Alpízar, que se reproduce en portada, dota el número de un atractivo singular. El breve ensayo de María Teresa Linares, *Una canción enteramente habanera*, es un rastro necesario de ese género que tanta admiración sigue despertando hoy día en todo el mundo. Director: Eusebio Leal Spengler. Dirección: Oficios, 6, (altos), esq. A Obispo, Plaza de Armas, Habana Vieja.

■ PALABRA NUEVA (nos. 85, 86 y 88, 2000, pp. 54, 46 y 54, respect.). Revista mensual del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana. Lo mismo que otras publicaciones procedentes de diversos sectores de la Iglesia Católica, ésta entiende la labor evangelizadora a través de todo el entramado social y no sólo a través de la palabra religiosa propiamente dicha. Siguen siendo tan amenas como oportunas las «Apostillas» de Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, o las observaciones de Orlando Márquez. En el nº 88, que aparece bajo el título general de «La Carta que no pudo ser Magna», se realiza una valiosa indagación acerca de la Constitución del 40 y algunas de las causas que impidieron que sus postulados fueran llevados a la práctica, a pesar de que en su letra sigue siendo, con mucho, la mejor Constitución que hemos tenido jamás. Director: Orlando Márquez. Dirección: Habana nº 152, esq. A Chacón, La Habana Vieja, CP. 10100

■ POLÍTICA Y GOBIERNO (nº 1, primer semestre 2000, pp. 180). Publicación de la División de Estudios Políticos del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), en México. La revista, que se propone abrir espacios para la difusión y crítica de trabajos académicos en Ciencia Política, cuenta en este primer número con un exhaustivo y documentado ensayo de Todd A. Benson sobre la Ley Helms-Burton y sus repercusiones en Cuba. Director: Benito Nacif. Dirección: Carretera México-Toluca 3655 (km.16.5) Lomas de

Santa Fe, Delegación Alvaro Obregón, Apartado Postal 10-883, 01210, México, D.F.

■ **REVISTA HISPANO CUBANA** (nº 7, pp. 240). Publicación cuatrimestral de la Fundación Hispano-Cubana. Buena parte de este número está dedicada a comentar o analizar, desde diversas perspectivas, los sucesos acaecidos en Cuba en 1980 y que dieron lugar al llamado «éxodo del Mariel». David Lago, Pío Serrano, Liliane Hasson y Rafael Bordaon parten de experiencias personales o de indagaciones literarias para evocar o diseccionar el fenómeno Mariel a dos décadas de haber ocurrido. Director: Guillermo Gortázar. Dirección: Orfila 8, 1º A, 28010, Madrid.

■ **SÍNTESIS** (nº 31-32, enero-diciembre 1999, pp. 414). Publicación de la Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos (AIETI), que tiene como objetivo «promover el conocimiento de la realidad iberoamericana en España, y de servir de plataforma para el estudio y la reflexión conjunta entre especialistas europeos y latinoamericanos sobre temas actuales de América Latina». El presente número pretende dar respuesta a una pregunta central que se formulan los editores: ¿cómo se inserta América Latina en el nuevo contexto global de revolución tecnológica, de empresas multinacionales, de movimientos sociales, de bandas criminales transnacionales, etc.? Entre las numerosas respuestas ofrecidas, destaca *Continuidad y cambio en la nueva política exterior de Brasil - El caso de Cuba*, de Bert Hoffmann. Director: Christian L. Fres. Dirección: Claudio Coello, 101, Bajo-Centro, 28006, Madrid.

■ **UNUS** (nº 2, primer semestre 2000, pp. 74). Revista de Investigación y Estudios. Publicación semestral del Departamento de Desarrollo Académico de la UNUM (Universidad Nuevo Mundo). Llama mucho la atención en las publicaciones de este centro universitario su singular sentido del formato y el diseño. Desde el color algo amarillo del papel hasta la tipografía y la encuadernación, producen la grata sensación de que se tienen entre las manos cuadernos de tiempos pretéritos. Pero lo editores van mucho más allá de este recurso formal y se hacen con textos atractivos y aportadores. El presente número incluye *El lenguaje poético*

(*apuntes sueltos*) de Carlos Olivares Baró, en el que el rigor académico consigue despojarse de sus arideces habituales para conseguir una expresión accesible y simpática. Director Alfredo Troncoso. Dirección: Apartado Postal 113-022, Correo Portales 03301, México, D.F.

■ **VITRAL** (nos. 32 y 33, 2000, pp. 82 y 90, respect.). Revista Socio-Cultural del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa. En el Nº 35 se ofrece una amplia información acerca del otorgamiento del Premio «Príncipe Claus», en Amsterdam, Holanda, a esta publicación. En sus palabras a los galardondados, el propio Príncipe Claus definió los tres espacios que la Fundación reconoce como alternativas para escapar de limitaciones o represiones: «lugares de exilio, espacios en los márgenes y plataformas de desafío». El nº 36, por su parte, publica una extensa entrevista al pintor canadiense Jacques Laurendeau, quien viaja anualmente a Cuba para pintar paisajes, pues se confiesa admirador de Chartrand y Víctor Manuel. Director: Dagoberto Valdés Hernández. Dirección: Obispa de Pinar del Río, Calle Máximo Gómez nº 160 e/Ave. Rafael Ferro y Comandante Pinares, Pinar del Río, Cuba.

■ **ZONA ABIERTA** (nº 90/91 2000, pp. 204). Volumen que completa la publicación de los resultados de un proyecto de investigación sobre la política de las reformas económicas en América Latina. Se analiza aquí esta cuestión en países como Brasil, Argentina, México y Venezuela. Se destaca *Liderazgo político y reforma económica: el caso de Venezuela, 1989-1998*, de Manuel Hidalgo. Director: Ludolfo Paramio. Dirección: Editorial Pablo Iglesias, Monte Esquinza, 30, 28010, Madrid.

Convocatorias

NOVELA

■ **ALFAGUARA DE NOVELA**. Premio internacional dotado con 175 mil USD (28 millones de ptas.), la edición de la obra en 16 países y escultura conmemorativa. Extensión mínima de 200 páginas con 1800 caracteres cada una. Se agradece la inclusión de disquete en

formato PC. Se adjuntará declaración firmada aceptando las bases. Las obras podrán ir firmadas o con seudónimo y no se habrán presentado a ningún otro concurso. El premio implica la cesión de los derechos, incluidos los cinematográficos, a la editorial. La obra premiada será publicada y comercializada en España, América Latina y Estados Unidos. El plazo de admisión cierra el 15 de diciembre y el fallo será el 20 de marzo del año siguiente. Editorial Alfaguara, Calle Torrelaguna, 60, 28043, Madrid.

■ **PRIMAVERA DE NOVELA.** Dotado con 30 millones de pesetas como anticipo de derechos y edición de la obra en Espasa-Narrativa, con tirada de 100 mil ejemplares. Extensión mínima de 150 folios. Originales firmados o con seudónimo. Se acompañará certificación del autor garantizando que los derechos de la obra no están comprometidos y que no ha sido presentada a otro concurso pendiente de resolución. El plazo de admisión cierra el 31 de diciembre. El fallo será en marzo del año siguiente. Carretera de Irún km. 12,200. 28049, Madrid.

■ **ANDALUCÍA DE NOVELA.** Dotado con 6 millones de pesetas y edición de la obra en Ed. Alfaguara. Extensión entre 150 y 300 folios. Se garantizara mediante certificación del autor que los derechos no están comprometidos y que no ha sido presentada a otro concurso. Originales por duplicado. Las obras deben de ser inéditas y podrán ir firmadas. La admisión cierra el 15 de enero del 2001 y el fallo se hará público el 13 de marzo. Avenida de La Palmera, 48, 41012, Sevilla, o Ed. Santillana, S.A. Juan Bravo, 38, 1a. Planta, 28006, Madrid.

■ **ATENE0 CIUDAD DE VALLADOLID** (Premio de Novela Corta). Dotado con 3 millones de pesetas como anticipo de derechos de autor y publicación por Algaida Editorers S.A. Mínimo de 100 folios y máximo de 150. Los trabajos pueden presentarse firmados o con seudónimo. Originales por duplicado, encuadernados o cosidos. Se adjuntará certificación del autor garantizando que no tiene comprometidos los derechos ni se ha presentado a otros concursos. Fecha límite de admisión: enero 31. Comercial Grupo Anaya. Polígono Argales, Vázquez Menchaca, parcela 128 bajo. 47008 Valladolid.

■ **ANDALUCIA DE NOVELA ALFAGUARA-BBV.** Dotado con 7 millones de pesetas como anticipo de derecho de autor y publicación de la obra. Extensión entre 150 y 300 folios. Originales por duplicado acompañados de disquete. Se adjuntará declaración de que no están comprometidos los derechos editoriales de la obra y que no se ha presentado a otro concurso. Los trabajos podrán ir firmados o con seudónimo. No se devolverán originales no premiados. El contrato de edición recogerá la explotación más amplia posible de la novela (incluida la audiovisual). La editorial se reserva el derecho de publicar alguna de las obras finalistas. El plazo de admisión cierra el 30 de marzo. Avda. De La Palamera, 48. 41012, Sevilla.

■ **DISTEL.** Dotado con 100 mil USD (13 millones de pesetas, aproximadamente). La obra ganadora será publicada simultáneamente por editoriales de Argentina, Colombia, España y México. La admisión de obras cierra el 15 de marzo. Fundación Santillana. Plaza de Ramón Pelayo, s/n, 39330, Santillana del Mar, Cantabria.

RELATO Y CUENTO

■ **ALFONSO GROSSO.** Premio de un millón y medio de pesetas, dividido en un millón para la obra ganadora y dos accésit de 300 mil y 200 mil cada uno. Libro de relatos inédito con una extensión mínima de 45 folios y máxima de 70. Originales por quintuplicado. El ganador deberá añadir una copia en disquete 3.5 Word Perfect. La admisión cierra el 31 de diciembre. Pajaritos, 14, 41001, Sevilla.

■ **ANA MARÍA MATUTE.** Premio de Narrativa de mujeres. Dotado con 150 mil pesetas y publicación de la obra. Sólo pueden participar mujeres. Extensión máxima de 12 folios. Originales por duplicado, firmados o con seudónimo. Cierra el 31 de diciembre. Apartado de Correos 19032, 28080, Madrid.

■ **ANTONIO MACHADO.** 300 mil pesetas para la obra ganadora. Extensión máxima de 15 folios. Cierra el 31 de diciembre. Ayuntamiento de Ponferrada, Plaza del Ayuntamiento, 1, 24400, Ponferrada, León.

■ **LA FELGUERA.** Dotado con un millón de pesetas y la imposición de «Las llaves de San Pedro». Extensión mínima de 6 folios y má-

xima de 8. No se devuelven trabajos. Cierra el 31 de diciembre. Calle Paulino Vicente, 2, 33930, La Felguera, Asturias.

■ CIUDAD DE PEÑÍSCOLA. 750 mil pesetas. Extensión máxima de 8 folios a razón de 30 o 32 líneas por folio. Se podrán presentar una o más obras. La admisión cierra el 25 de enero. Ayuntamiento de Peñíscola, Plaza de la Constitución, 1, 12598, Peñíscola, Castellón

■ GABRIEL MIRO. Primer premio de 500 mil pesetas y segundo de 250 mil. Extensión máxima de 8 folios. Se pueden enviar cuantos originales se desee. Los cuentos premiados pasarán a ser propiedad de la entidad convocante; el resto será destruído. Cierra el 31 de enero. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Obras Sociales. C/San Fernando, 40, 03001, Alicante.

■ LENA. Medio millón de pesetas para el ganador. Originales por sextuplicado. Extensión máxima de 8 folios. La admisión cierra el 31 de enero. Ayuntamiento de Lena. Casa Municipal de Cultura, 33630, Pola de Lena, Asturias.

■ CIUDAD DE HUELVA. Dotado con medio millón de pesetas para el ganador. Máximo de 2 cuentos por autor y declaración de no tener comprometidos los derechos y que los cede a la entidad convocante, que podrá publicar la obra de la forma que estime oportuna. Cierra el 1 de marzo. Delegación Provincial de la Consejería de Cultura en Huelva, Junta de Andalucía, Avenida Alemania, 1, 21071, Huelva.

■ FERNÁNDEZ LEMA. CASTELLANO. Un millón 200 mil pesetas. Máximo de 25 folios. Originales por sextuplicado. La admisión cierra el 31 de marzo. Fundación Fernández Lema, Casa de Luarca-Valdés, c/Olavarrieta, 24, 33700, Luarca.

■ CIUDAD DE CORIA. Medio millón de pesetas y edición de la obra premiada. Libro de cuentos de entre 75 y 100 folios. Originales por sextuplicado. Cierra el 31 de marzo. Institución Cultural El Brocense. Ayuntamien-

to de Coria. Ronda de San Francisco s/n 10005, Cáceres.

POESÍA

■ GASTÓN BAQUERO. La obra premiada será publicada por Editorial Verbum. Extensión mínima de 500 versos y máxima de 800. El fallo será la primera semana de mayo. El plazo cierra el 6 de febrero. Ed. Verbum c/Eguilaz, 6, 28010, Madrid.

■ ANTONIO MACHADO. Dotado con 600 mil pesetas, trofeo en bronce, publicación del libro en Editorial Hiperión y entrega de 50 ejemplares al ganador. Extensión entre 500 y 700 versos. Originales por quintuplicado. Cierra el 22 de febrero. Ayuntamiento de Baeza, Departamento de Cultura, c/ Pasaje Cardenal Benavides, 7, 23400, Baeza, Jaén.

■ GABRIEL CELAYA. Premio de medio millón de pesetas, diploma, publicación de la obra y 30 ejemplares para el autor. Extensión máxima de 700 versos y mínima de 500. Se enviará un único ejemplar debidamente encuadernado. Cierra el 31 de marzo. Ayuntamiento de Torredonjimeno. Casa Municipal de la Cultura, Plaza de la Victoria, 2, 23650, Torredonjimeno, Jaén.

■ LUIS CERNUDA. Dotado con un millón y medio de pesetas, de las cuales 700 mil se entregarán al ganador y 300 mil se dedicarán a la edición de la obra; también se conceden dos accésit de 300 mil y 200 mil cada uno. Libro de poemas con una extensión mínima de 500 versos. Originales por quintuplicado y disquete 3.5 WP o Word para los ganadores. Cierra el 31 de diciembre. Ayuntamiento de Sevilla. Registro General, c/ Pajaritos, 14, 41001, Sevilla.

INVESTIGACIÓN

■ MENÉNDEZ PIDAL. Dotado con un millón de pesetas. Debe tratarse de un estudio inédito sobre lingüística española. Cierra el 22 de diciembre. Real Academia Española. Secretaría, c/ Felipe IV, 28071, Madrid.

COLABORADORES

- Ramón Alejandro.** (La Habana, 1943). Pintor. Reside en Miami después de una larga estancia en París.
- Rafael Almanza.** Economista y escritor cubano. Reside en Camagüey.
- Uva de Aragón.** (La Habana). Ha publicado entre otros libros *El caimán ante el espejo. Un ensayo de interpretación de lo cubano*. Reside en Miami, donde es Subdirectora del Instituto de Investigaciones Cubanas de la Universidad Internacional de Florida.
- Emilio de Armas.** (Camagüey, 1946). Investigador y poeta. Ha publicado recientemente *Sobre la brevedad de la ceniza*. Reside en Miami.
- Velia Cecilia Bobes.** (La Habana). Socióloga. Actualmente es profesora en FLACSO, Ciudad México.
- Elisabeth Burgos.** Ensayista venezolana. Ganó el Premio Casa de las Américas con el libro *Me llamo Rigoberta Menchú*. Reside en París.
- Esteban Luis Cárdenas.** (Ciego de Ávila, 1945). Ha publicado los poemarios: *Cantos del centinela* (Miami, 1993) y *Ciudad mágica* (París, 1998).
- Félix Cruz-Álvarez.** Poeta. Su último libro es *Entre el río y el eco*. Trabaja como profesor de Literatura en Miami.
- Ángel Cuadra.** Poeta. Es miembro del comité organizador de la Feria Internacional del Libro de Miami.
- Daina Chaviano.** (La Habana, 1957). Novelista y poeta. Ha publicado la novela *El hombre, la hembra y el hambre*. Es redactora de la edición en español de *Newsweek*.
- Carlos A. Díaz Barrios.** (La Habana, 1950). Acaba de publicar el poemario *La Canción del Emigrado*. Dirige en Miami la editorial La Torre de Papel. Redactor de *The Miami Herald*.
- Néstor Díaz de Villegas.** (Cumanayagua, 1956). Ha publicado, entre otros, el poemario *Confesiones del estrangulador de Flagler Street*. Reside en Estados Unidos.
- Jesús Díaz.** (La Habana, 1941). Su última novela es *Siberiana*. Director de la revista *Encuentro*. Reside en Madrid.
- Benigno Dou.** Poeta y periodista. Ha publicado los poemarios *Palabras encantadas* y *Frente al espejo purificador*. Trabaja en *El Nuevo Herald*, Miami.
- Oscar Espinosa Chepe.** Economista cubano. Reside en La Habana.
- Mauricio Fernández.** Poeta. Es autor, entre otros libros, de *El cortejo* y *En los días que suceden*. Reside en Miami.
- Gerardo Fernández Fe.** (La Habana, 1971). Ha publicado el poemario *Las palabras pedestres*. Reside en La Habana.
- Eugenio Florit.** Uno de los poetas cubanos más importantes del siglo. Autor de *Trópico*. Falleció recientemente en Miami.
- Rafael Fornés.** Arquitecto cubano. Reside en Miami.
- Alejandro de la Fuente.** Profesor de historia latinoamericana y del Caribe (Universidad de Pittsburgh). Es autor de *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba*, que aparecerá en español en la editorial Colibrí.
- Luis Marcelino Gómez.** Cuentista y poeta. Autor de *Hambre de pez*. Reside en Miami.
- Orlando González Esteva.** Poeta y ensayista. Sus últimos libros son *Amigo enigma* (España) y *Concierto en La Habana* (México).
- Luis Goytísolo.** Novelista español. Ha publicado, entre otras, la novela *La paradoja del ave migratoria*.
- Germán Guerra.** (Guantánamo, 1966). Poeta y ensayista. Ha publicado *Dos Poemas y Metal*. Reside en Miami.
- Pedro Juan Gutiérrez.** Escritor y ensayista. Publicó, entre otros, el libro de relatos *Trilogía sucia de La Habana*. Reside en La Habana.
- Liliane Hasson.** Ensayista y traductora francesa. Reside en París.
- Ariel Hidalgo.** Ensayista cubano. Reside en Miami.
- Emilio Ichikawa.** (Bauta, 1962). Ha sido profesor de Filosofía en la Universidad de La Habana. Autor del libro de ensayos *El pensamiento agónico*. Reside en Miami.
- José Kozér.** (La Habana, 1940). Poeta. Su último libro es *Dípticos*.
- Ivette Leyva Martínez.** (Holguín, 1972). Periodista. Reside en Miami, donde trabaja para la Agencia Reuters.
- Félix Lizárraga.** Poeta y narrador. Autor del poemario *A la manera de Arcimboldo*. Reside en Miami.
- Jorge L. Llópiz.** Cuentista y ensayista. Autor del ensayo *La región olvidada de José Lezama Lima*. Reside en Miami.
- Rodolfo Martínez Sotomayor.** Cuentista. En 1996 publicó *Contrastes*. Reside en Miami.
- Ronaldo Menéndez Plasencia.** (La Habana, 1970). Escritor, ensayista y crítico de arte. Ha recibido el premio de cuento de Casa de las Américas, 1997. Reside en La Habana.
- Carmelo Mesa-Lago.** (La Habana, 1934). Economista. Su último libro es *Market, Socialist, and Mixed Economies: Comparative Policy and Performances, Chile, Cuba, and Costa Rica*. Reside en Miami.
- Carlos Alberto Montaner.** Periodista y ensayista. Presidente de la Unión Liberal Cubana. Reside en Madrid.
- Antonio Orlando.** (Ciego de Ávila, 1956). Narrador. En 1998 estrenó en Bogotá su pieza teatral *El León y la Domadora*. Reside en Estados Unidos.
- Lisandro Otero.** Novelista cubano. Sus memorias se titulan *Llover sobre mojado*. Reside en Ciudad México.
- Luis de la Paz.** Cuentista. Su último libro es *El otro lado*. Miembro del consejo editor de la revista en Internet *Nexus*.
- Juana Rosa Pita.** Poeta. Su obra incluye veintitún libros y varios plegables y plaquettes. Reside en Miami.
- Ricardo Porro.** (Camagüey 1925). Arquitecto. Realizó en Cuba las escuelas de Danza y Artes Plásticas del actual Instituto Superior de Arte. Reside en París.
- F.J. Préstamo.** Arquitecto. Ha sido profesor en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Miami. Reside en los Estados Unidos.
- Nicolás Quintana.** Arquitecto-urbanista. Es profesor de Arquitectura de la Universidad Internacional de la Florida desde 1996. Se le dedica el Homenaje de este número.

- Andrés Reynaldo.** Poeta y periodista. Premio Letras de Oro 1987 por su poemario *La canción de las esferas*. Dirige el suplemento Viernes de *El Nuevo Herald*.
- Alejandro Ríos.** (La Habana, 1952). Crítico de arte y periodista. Organiza el Ciclo de cine cubano en el Miami-Dade Community College. Reside en la Florida.
- Miguel Rivero.** (Villa Clara, 1939) Periodista. Fue corresponsal de Prensa Latina en Vietnam, Francia y Gran Bretaña. Actualmente reside en Lisboa.
- Guillermo Rodríguez Rivera.** (Santiago de Cuba, 1944). Poeta y profesor universitario. Ha publicado *Sobre la historia del tropo poético*, 1985. Reside en la Habana.
- Rafael Rojas.** (La Habana, 1965). Historiador. La editorial Colibrí ha publicado su libro *El arte de la espera*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Ciudad México.
- Teresa M^a Rojas.** Poeta y teatrista. En 1996 publicó la antología *Hierba dura*. Dirige el grupo Prometeo del Miami-Dade Community College.
- Orlando Rossardi.** Poeta e investigador. Entre otros, ha publicado los poemarios *Los espacios llenos* y *Memoria de mí*. Reside en Miami.
- Enrico Mario Santí.** Escritor y profesor universitario. Su último libro es *Por una poliliteratura: literatura hispanoamericana e imaginación política*. Reside en Estados Unidos.
- Manuel Santayana.** Poeta. Autor de los poemarios *De la luz: situada* y *Las palabras y las sombras*. Profesor de idiomas en el Miami-Dade Community College.
- Ignacio Sotelo.** Sociólogo español. Ex-profesor de la Universidad Libre de Berlín, ciudad donde reside.
- Ilán Stavans.** Autor de *La condición hispánica* (Fondo de Cultura Económica) y editor de *The Oxford Book of Latin American Essays* (Oxford University Press). Reside en Massachusetts.
- Lourdes Tomás.** Cuentista y ensayista. Ha publicado *Las dos caras de D* (cuento) y *Espacio sin fronteras* (ensayo, Premio Casa de las Américas 1998).
- Roberto Uría.** Cuentista. Autor del libro de narraciones *¿Por qué llora Leslie Caron?* Reside en Miami.
- Carlos Victoria.** (Camagüey, 1950). Autor, entre otros libros, de la novela *La ruta del mago* y *El resbaloso y otros cuentos*. Trabaja en la redacción de *El Nuevo Herald*.
- Fernando Villaverde.** Cuentista y poeta. Autor, entre otros, de *Los labios pintados de Diderot*, Premio Letras de Oro 1992 de narración. Reside en Barcelona.
- Gladys Zaldivar.** Poeta e investigadora. Su último poemario es *Cantata de las ruinas*.

DOSSIER LITERATURA CUBANA EN MIAMI

Ramón Alejandro ■ Uva de Aragón ■ Esteban Luis Cárdenas ■
Daína Chaviano ■ Félix Cruz-Álvarez ■ Ángel Cuadra ■ Emilio de
Armas ■ Néstor Díaz de Villegas ■ Carlos A. Díaz Barrios ■
Benigno Dou ■ Mauricio Fernández ■ Eugenio Florit ■ Alejandro
de la Fuente ■ Luis Marcelino Gómez ■ Luis Goytisoló ■ Orlando
González Esteva ■ Germán Guerra ■ Ariel Hidalgo ■ Emilio
Ichikawa ■ José Kozer ■ Ivette Leyva Martínez ■ Rodolfo
Martínez Sotomayor ■ Jorge Luis Llopiz ■ Félix Lizárraga ■
Antonio Orlando ■ Luis de Paz ■ Juana Rosa Pita ■ Andrés
Reynaldo ■ Alejandro Ríos ■ Teresa María Rojas ■ Orlando
Rossardi ■ Manuel Santayana ■ Lourdes Tomás ■ Roberto Uría ■
Carlos Victoria ■ Fernando Villaverde ■ Gladys Zaldívar

